





TIK-NAY

«EL PAYASO INIMITABLE»

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

I.—La alegría de andar *(Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur.)*
II.—Europa se va... *(Novela.)*
III.—El otro *(Idem.)*
IV.—Duelo a muerte *(Idem.)*
V.—Memorias de una cortesana *(Idem.)*
VI.—La opinión ajena *(Idem.)*
VII.—Punto-Negro *(Idem.)*
VIII.—El seductor *(Idem.)*
IX.—Sobre el abismo *(Idem.)*
X.—Confesiones de «un niño decente» *(Autobiografía.)*
XI.—Tik-Nay «el payaso inimitable» *(Novela.)*

EN PRENSA

Los volúmenes XII, XIII y XIV

EDUARDO ZAMACOIS

OBRAS COMPLETAS

XI

TIK-NAY

"EL PAYASO INIMITABLE"

(NOVELA)

(ÚNICA EDICIÓN REFUNDIDA POR EL AUTOR)



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID



Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30.—MADRID

TIK-NAY

"EL PAYASO INIMITABLE"

I

En el reducido andén de la estación de Alcalá de Guadaira, famoso pueblo de la provincia de Sevilla, conocido asimismo por el nombre de "Alcalá de los Panaderos", sólo quedaba José Antonio Venegas, de pie y cruzado de brazos, en la actitud irresoluta de un somnámbulo: sentado ante él, el hocico en alto, un hermoso perro de caza mirábale de hito en hito con sus inteligentes y cariñosos ojuelos humedecidos por el frío. Un empleado pasó a lo largo de los vagones cerciorándose de que las portezuelas estaban cerradas y gritando con voz enronquecida y maquinal, pues a nadie podía ir enderezado el aviso:

—¡Señores viajeros, al tren!...

Algunas cabezas asomaron por las ventanillas, contemplando curiosas el cariz del cielo y las trazas de aquel caballero inmóvil y sordo a

toda sensación, como aletargado en las penumbras indecisas de un ensueño. Más allá, en el coche inmediato al ténder, una mujer joven y guapetona, la cabeza cubierta por un pañuelo rojo, que el viento sacudía, le atisbaba también, con sus grandes ojazos pardos de campesina.

Los demás coches, casi todos de tercera clase, estaban mudos y tristes, como jaulas vacías; algunos metros más lejos bostezaba la negra boca de un túnel, semejante a un ombligo enorme. El jefe de estación tocó una campana y la locomotora lanzó un silbido impaciente, breve y agudo; sintióse un ruido insólito de herrajes, estremecimiento doloroso que recorrió los vagones de unos a otros, y el convoy avanzó lento y malhumorado, cual consciente del largo camino que le obligaban a recorrer: partió sin la ostentosa majestad del expreso, humildemente, arrastrándose cazurro sobre sus ruedas hartas de tierra... Y Venegas le vió hundirse bajo la granítica bóveda del monte, despertando las reconditeces de sus extrañas con el fiero trajín de sus músculos de acero: luego sólo percibió, a la zaga del furgón de cola, un farol rojo que parpadeaba a cada nuevo traqueteo, semejante a una lágrima sangrienta en el fondo de la órbita tenebrosa del túnel; después aquella última visión desapareció y sólo quedaron adheridas al muro algunas leves masas de humo que el viento desgarraba en copos sutiles.

La estación era pequeña: una vieja casucha hecha de tablas y ennegrecida por el aliento de las máquinas: más allá, bajo un zaquizamí de

maderas mal unidas, estaba la cantina; al otro lado de la vía, junto á una cerca y entre álamos, había una caseta de guardabarrera y un pozo, cuya polea oscilaba a impulsos del viento con chirridos desapacibles de hierro mohoso. A ambos costados del túnel y protegidos por inseguros cobertizos, estaban varios coches destinados al transporte de mercancías; pero casi nunca debían de utilizarse, pues yacían empolvados, y los hierbajos que crecían entre los rieles, se enlazaban atrevidos a las ruedas inmóviles, y las gallinas correteaban por allí familiarizadas con aquellos enormes armatostes pasivos.

Cerrando el horizonte de Este a Oeste, erguíase la montaña del túnel, con sus desnudas vertientes sembradas, a trechos, de colleja, y sus arbolillos escuetos cuyas ramas desnudas retorcíanse sobre el abismo, cual si el vértigo del vacío los atrajese: en lo alto, destacándose del cielo gris, se perfilaban los restos de un fortísimo castillo árabe; trozos derruídos de murallones inexpugnables, torreones aspillerados que aún pregonaban el poder de aquella fortaleza otro tiempo opulenta, y que ahora, pintados de amarillo por los siglos y el sol, se hundían y resquebrajaban lamentablemente.

Todas aquellas edificaciones ocupaban una gran extensión de terreno, siguiendo los declives del monte hasta sus últimas estribaciones, en donde yacían rotas y dispersas, arrolladas por el empuje de la vida moderna que, avara de nuevas conquistas, sube a turbar el sueño taci-

turno del coloso apoltronado bajo el peso de su poderío deshecho.

José Antonio Venegas continuaba absorto, cual si un sahumerio mágico hiciese danzar ante sus ojos las olvidadas perspectivas de un diorama animado, y su memoria revistase series inacabables de recuerdos perdidos. ¡Todo estaba según él lo dejó, muchos años antes!...

La estación, con su endeble techumbre y sus paredes ensuciadas por el humo de las máquinas; el grupo de álamos esbeltos; el castillo, altivo y sereno, desafiando a la muerte; aquellos parajes colindantes entristecidos por las primeras escarchas otoñales; aquellos árboles raquíticos, desesperados, crispados sobre el abismo; aquellos coches inmóviles agarrotados por los hierbajos que enlazaban sus ruedas; aquel túnel que había devorado tantos trenes en marcha, tantos millares de viajeros anónimos, y aun seguía con la insaciable bocaza abierta, como una risa eterna del granito herido por la piqueta del ingeniero, pidiendo más victimas, más trenes.... Embebecido en sus meditaciones, Venegas sentíase más ágil, más joven: aquello era una consurrección milagrosa de su espíritu y de su carne; era burlar al Destino, mofarse del tiempo cruel, coger el libro de la Vida y hojearlo hacia atrás...

Cansado de esperar, el perro empezó a correr tras las hojas secas, y antes de sujetarlas entre sus manos. daba saltos y cabriolas que le desentumecian; luego las dejaba para arremeter contra otras, prefiriendo las mayores, que roda-

ban por el asfalto del andén con un ruido de pájaro herido que se arrastra: era un hermoso cachorro perdiguero, de nariz hendida, con flexibles orejas leonadas que le llegaban al hocico.

El viento, frío, pertinaz, sacudía los esbeltos álamos, que se inclinaban a cada nueva ráfaga simulando ceremoniosas reverencias; lejos piaban algunas gallinas que avanzaban por el túnel, confiándose en aquella obscuridad inofensiva; en la cantina, un hombre y una mujer cuchicheaban en voz baja, mientras miraban a Venegas con esos ojos recelosos de los campesinos a quienes los habitantes de las capitales no inspiran confianza; la polea del pozo continuaba quejándose con lamentar desapacible.,. Al cabo José Antonio Venegas volvió en sí, despertado de su ensueño por el griterío de las gallinas que el perro acosaba: algunas habían logrado ganar los coches de un revuelo, y cacareaban ufanándose de hallarse tan seguras; otras aleteaban túnel adentro, huyendo despavoridas en la obscuridad. Entonces Venegas recogió su maletín y empezó a silbar.

—¡Duque, ven aquí! ¡Duque... Duque!...

Y cuando lo vió volver, moviendo la cola y quitándose con la lengua algunas plumas que pegadas al hocico traía, no esperó más y salió del andén por un estrecho carrejo abierto entre la estación y la cantina.

El camino adelantábase hacia la derecha y en suave pendiente trepaba hasta la primeras casas del pueblecito. Aunque iba muy entrado el día, el sol no lograba romper el espeso velo

de brumas hilado durante la noche, y el paisaje quedaba envuelto bajo un melancólico resplandor espectral: a la izquierda se dilataban vastos terrenos incultos donde dormían, desparramados, trozos informes de murallas pertenecientes al antiguo castillo y que probablemente constituyeron sus primeros reductos; ahora no servían para nada útil y continuaban hundiéndose poco a poco en la tierra, rodeados de zarzas bravías y de jaramagos, el penacho fúnebre de las ruinas; a la derecha ascendía la rápida ladera del monte, tapizada de espesos herbazales y sembrada de árboles. helechos, criptógamas y algunos restos de paredones caídos que parecían luchar contra la gravedad y esforzarse en remontar la cuesta.

Venegas avanzaba, sorprendido de hallarlo todo según él lo dejó. Nada había variado: allí, como más atrás, en la estación, el tiempo parecía haberse cansado de correr; y aquel pedacito insignificante de mundo mostrábase inmóvil, embalsamado de inexplicable manera, retando a la muerte.

Esto le produjo una sensación dolorosa...

La humanidad cobarde ha ideado, para engañarse, la quimera del presente creyendo que las palabras engendran realidades. ¡Mentira!... No hay nada absolutamente presente: la vida huye siempre y el tiempo sólo ofrece dos fases: ayer y mañana. Hoy... es el punto movible, fugitivo e inapresable, donde el porvenir se inmerge en la vorágine insaciable del ayer; y vivir es estar en el centro mismo de ese abismo, con el corazón

lleno de zozobras por lo que aun no ha llegado, y los ojos arrasados en lágrimas por lo que huyó y es irremediable... Y rumiando estas tétricas filosofías miraba José Antonio en torno suyo, pareciéndole que la tierra bostezaba de cansancio bajo el cielo plomizo de aquella mañana de otoño, desilusionada y triste como el despertar de una noche de orgía.

El pueblo ofrecía ese aspecto plácido y blanco característico de los villorrios andaluces. Las casas, de planta baja, tenían grandes portalones y ventanas florecidas y enrejadas; sobre el muro de algunas huertas descollaban árboles frutales y palmeras que rendían sus hojas flexibles con melancólico abandono, cual si, acobardadas ante el cariz del cielo invernoso, suspirasen por los cálidos países tropicales de donde fueron cruelmente arrancadas; y en el misterio de los patios señeros voces femenines modulaban cantares que ponían una emoción de arte en la monotonía de los quehaceres domésticos.

José Antonio Venegas frisaba en los cuarenta y tantos años: era de regular estatura, fuerte y bien proporcionado, y a pesar de su edad conservaba la soltura elegante y el desenfado conquistador de un antiguo galán. El semblante es la confesión plástica del espíritu, y Venegas llevaba estereotipadas las angulosidades de su carácter en los duros rasgos de su expresiva fisonomía. Tenía la cabeza grande, la frente breve y tozuda de los hombres de acción, en quienes la estrechez de pensamiento aumenta la intensidad y rapidez de las determinaciones; los

arcos superciliares muy acentuados; los ojos pardos, hermosos, de mirar insolente y descuidado. La nariz, tajante y aguileña, descendía sobre un bigote blanco, cuyas guías empingorotadas daban altanería al rostro, enjuto y moreno; los labios eran finos y burlones, y el mento napaleónico, saliente y rotundo: no usaba barba, llevaba los cabellos peinados hacia adelante, para encubrir el excesivo desembarazo de las sienes, y este detalle coquetón imprimía un sello netamente español en aquel semblante grave, enérgico y gastado, lleno de confesiones dolorosas.

Al enfrentarse con la iglesia de Santiago, detúvose a contemplar el aspecto sereno de sus muros revocados de blanco, y la calle de Nuestra Señora del Aguila, que conduce al castillo. Era éste—el forastero lo recordaba bien—un sitio delicioso desde donde se abarcaba un paisaje bellísimo: al pie del monte el pueblecito, con sus casitas enanas que salpican de manchas blancas el verdor de las huertas; al frente, el camino férreo de Carmona, retorciéndose en curvas pintorescas hasta perderse tras unos ribazos; a la derecha el río Guadaira, que escapa humildoso entre alfombras perennes de verdura mientras mueve algunos molinos; y más allá el altozano de San Roque, con la ermita que lo apellida y parece ponerle un casquete místico a guisa de solideo.

Al llegar a la calle Mina, José Antonio entró en el café del Aguila, establecimiento modesto que el vecindario alcalaíno llamaba pomposamente Casino.

Iban a ser las once. En el salón, donde había algunas mesas con piedra de mármol, un viejecillo barbiblanco y rechoncho trajinaba detrás del mostrador, fregando vasos y alineando las botellas de un estante; al fondo se abría un pasadizo, donde una muchacha lavaba con los brazos desnudos y arqueando, a cada nuevo esfuerzo, sus caderas robustas. Venegas abarcó de una ojeada todos estos detalles, y, despues que se hubo sentado y pedido café, lió un cigarrillo y prendió la hebra con el viejecito. El perro se echó en medio de la sala, bajo la piedad de un rayo de sol.

Por las preguntas del viajero comprendió su interlocutor que Venegas estaba inocente de cuanto en el pueblo acaeció durante aquellos últimos años, y así empezó a referirle con venteril desenfado lo que sabía. José Antonio, de codos sobre la mesa, la cabeza alta, le escuchaba atento, mirándole con sus ojos cansados y duros de capitán negrero, y sin acordarse de beber el café que humeaba en el vaso.

—¿Dice usted que va para diez y nueve años que falta de aquí?... ¡Carape!... ¡Apenas si ocurrieron lances desde entonces! Hay tela cortada para hablar tres días. El pueblo no ha variado; únicamente ahí abajo hicieron un abrevadero y una plaza con árboles y bancos rústicos; es muy bonita, y los domingos por la tarde tenemos música pagada por el Ayuntamiento.

—Eso es nuevo para mí—repuso Venegas—. Cuando salí de este lugar, la calle Mina concluía en un barranco, peligroso en tiempo de aguas.

—Vaya, sí, señor: de todo fuí testigo. Realmente el pueblo no ha cambiado gran cosa; pero las personas... ¡anda, anda!...

Desapareció detrás del mostrador para recoger algo, y luego declamó sentenciosamente, encogiéndose de hombros con ademán de hombre resignado:

—¡Qué quiere usted!... La vida es humo... Yo me llamo Fermín Díaz, cuento cincuenta y tres años, nunca me he movido de aquí, ¡y he visto morir tanta gente!... Unos finaron, otros se han ido...

Y agitó su mano derecha en el aire, queriendo indicar con aquel gesto vago ese país remoto de donde nadie vuelve. Su colocutor, distraído, miraba inconscientemente aquella muchachona que lavaba, ayudando el esfuerzo de sus brazos desnudos con un enérgico y lascivo arqueamiento de caderas.

—¿Y de Frasquita Carrillo—indagó Venegas—se acuerda usted?

—¿Cuál, la mujer de Juanito Campos?... No sé nada. La última vez que la ví, ya era una real moza; después creo que murió de parto. Como era tan poquita cosa, no pudo ser madre.

Lanzó una carcajada soez. José Antonio Venegas le miró, estremeciéndose,

—¿Y don Rafael, el cura?—preguntó.

—¡Ah!... Se fué al Viso, y no ha vuelto.

—¿Y don Jerónimo, el secretario del Ayuntamiento — añadió Venegas interesándose por aquel individuo que evocaba en su memoria una nota alegre—qué fué de él?

—Le dejaron cesante. El pobrete, como no tuviese aquí rincón donde meterse, se trasladó a Carmona, y allí murió.

Venegas se admiraba y entristecía a cada nueva noticia: aquéllos eran los compañeros de su generación, que pasaban como sombras livianas, mientras el hostelero reía con esa petulancia mortificante de los seres vulgares que no piensan morir.

—Esto se va—decía subiéndose al mostrador para sacudir las botellas colocadas en las tablas superiores del estante—, y se va a escape...

José Antonio continuó su interrogatorio, acicateado por una curiosidad insaciable y ordenando sus recuerdos; y esto lo hacía pausadamente, entre sorbo y sorbo de café.

El otro respondía a tentebonete, y sin vacilar.

—¿Y de José Antonio, el hijo de don Lucas Venegas?

El hostelero, que terminada su faena salía del mostrador arreglando un cigarrillo, se detuvo a meditar, arrugado el entrecejo.

—Un machacho guapote y muy recuestado de las mozas—insistió el forastero—; su padre tenía bodegas en la calle Alpechin...

Pero Fermín no recordaba y Venegas continuó ayudándole, mas cuidando, mediante discretas pleguerías y atenuaciones, de no descubrirse.

—Su madre se llamaba doña Fidela Domínguez. A él le conocía todo el pueblo; era así, de mi estatura, elegante, chancero y valentón. Aquí

tuvo una pendencia grave con Periquillo Venegas, su primo, a quien hirió...

Entonces el hostelero recordó:

—¡Jinojo, es cierto!... Veo que tiene usted bonísima memoria. Ese José Antonio era un trueno, y seguramente habrá concluído mal, pues quien mal anda... ¡Luego dicen que los refranes mienten!... Yo sostengo que no siempre la buena cepa cría buenos retoños, pues don Lucas Venegas era llano y formalote y castellano viejo a carta cabal, con una historia y una honra más limpias que el sol. Pues ¿y su esposa? Mujer más santa no la hubo, ni más amante de su hijo, tampoco...

Venegas había prendido otro cigarrillo y miraba al hostelero sin pestañear, conmovido ante aquellos juicios de la posteridad. Fermín, en pie delante de él, hablaba con las manos escondidas bajo el delantal: era regordete y pequeñín como un diccionario, y sus ojuelos astutos inspeccionaban al extranjero, queriendo reconocerle.

—De esas historias—añadió—, aún hay quien se acuerde: sobre todo, de la de Rosarito Castillo...

Interrumpióle la expresión que desfiguró el semblante de Venegas con una máscara trágica: fué una mirada buída y feroz, que le registró el cerebro.

—¿La trató usted?—preguntó transcurrida una ligera pausa.

—Sí.

—También murió.

—Sí; lo sé...

Y no hablaron más.

Cuando José Antonio salió del café, lanzose a caminar sin rumbo preciso, molestado por esa impresión de vacío que oprime al cautivo en su celda, o al desterrado pobre en las calles de una gran ciudad desconocida; y tuvo miedo de verse tan solo, tan olvidado, y de ser extranjero en aquel pueblo que casi fué suyo. Las palabras del hostelelero le habían acuchillado el corazón; de buena gana se hubiese marchado de allí inmediatamente, pero le era imposible huir tan pronto; tenía que esperar al tren de las cinco, y hasta entonces no le quedaba otro recurso que el de ambular de un lado a otro representando el desconcertante papel de un muerto resucitado. Siguió, pues, por la calle de Avellaneda y, torciendo a la derecha, bajó al camino férreo de Carmona.

El día era triste y por el cielo se empujaban grandes masas de nubes: a la derecha, lejos, aparecía la parte superior del castillo, coronado en su parte más alta por la torre de Nuestra Señora del Aguila, y ostentando en las quiebras de la montaña silos metidos en pintorescos marcos verdes de enredaderas y parras silvestres: aquéllas eran las viviendas del barrio de los gitanos, miserables zaquizamíes abiertos en la piedra, cual hoyuelos cavados por la viruela de la miseria.

Al frente se extendían los pinares y el cerro de San Roque, cortado casi perpendicularmente sobre el río y que ofrecía una ladera inaccesible, agria, seca y rugosa, como el rostro de una vie-

ja, con hendeduras graníticas en las cuales crecían plantas parasitarias y grupos de pinos que velaban con su follaje los duros reflejos metalescentes de la piedra árida.

Venegas avanzaba lentamente, procurando ordenar la turbamulta de recuerdos que invadían su memoria; e insensiblemente las perspectivas olvidadas, las escenas vividas muchos años atrás, quemaron su frente.

De pronto resonó el silbido del tren descendente de Carmona, y muy luego apareció la locomotora entre dos ribazos sembrados de opulentas chumberas, mugiendo, soplando, lanzando al aire su blanco penacho de vapor, semejante a la trenza de una enorme peluca empolvada; y continuó rodando, afanosa y fatal como el Destino, a precipitarse dentro del túnel que esperaba allá abajo, pasado un puente, con sus negras fauces abiertas... y en el cual se hundió, devolviendo momentáneamente a la tierra los cuerpos fatigados de los viajeros que iban en los vagones. Y entonces toda la montaña retembló, como quejándose del desgarro que en sus entrañas dormidas causaba aquel hambriento gusano de hierro.

José Antonio, el ánimo turbado por el légamo de sus recuerdos torcedores, descendió al riachuelo, cortado en aquella parte por la represa de un molino que en la margen opuesta se parecía. Era un lugar impregnado de tristeza, de silencio, de olvido... y, aunque Venegas no era un sentimental, empezó a filosofar ante el paisaje evocador de escenas distantes que ahora

acudían atrailladas a su memoria en virtud de misteriosos dinamismos cerebrales. Aquel molino era lo fijo, lo sujeto a la tierra por fortísimas raíces; el río simbolizaba lo tornadizo, lo mudable; aquella casita era el arca santa guardadora del secreto mejor de su juventud, y él —un día— pasó junto a ella sin detenerse, como huían eternamente, obedeciendo a la ley de la gravedad, las pacíficas ondas murmurantes del Guadaira...

José Antonio era hijo de don Lucas Venegas y de Fidela Domínguez, acomodados labradores alcalaínos. El muchacho creció gozando de holgada posición, y con don Lucas primero y en la escuela más tarde, aprendió las cuatro vaguedades de historia sagrada, gramática y geografía, que luego le abrieron las aulas del Instituto. Pepe Venegas fué un estudiante desigual: algunos días le acometía la fiebre del estudio, y entonces trabajaba sin desmayos y aturdía a sus condiscípulos con los alardes de su buen entendimiento; pero otros muchos se iba al campo a cazar pajarillos, o al barrio de la Macarena, a reñir con los chicos de aquella vecindad; y entonces reaparecía el verdadero Pepito Venegas, perezoso y vagabundo, que no podía decir sus lecciones si no llevaba las fechas históricas y los nombres geográficos de difícil recordación escritos en los puños de la camisa.

El mozo, no obstante, siguió aprobando asignaturas, aunque con grandes trabajos, y desarrollando en Sevilla la gracia y el ingénito garabato que tantas simpatías le captaron cuando

niño. Todos los veranos, pasados los exámenes, volvía a Alcalá, un poquito más alto y gallardo, con más donaire en el ingenio y más truhanerías. Era enamorado y pendenciero, conocía la guitarra lo suficiente para lucirse en noches de serenata y francachela, y los troneras más crudos le respetaban, sabedores de la solidez de sus puños y lo poco sufrido de su condición.

Entretanto, don Lucas y su mujer levantaban castillos en el aire soñando para José Antonio un tranquilo porvenir de burgués. Don Lucas quería que su hijo fuese abogado: lo esencial, a su juicio, era conquistar una profesión distinguida, un título académico, que se avergonzase de los arados y rastrillos del labrador y disimulase la progenie plebeya del chico; título que requería un buen despacho, con estantes y sillas de roble...

Y en estas minucias del futuro hogar pensaban doña Fidela y don Lucas, cuando la casualidad permitió que José Antonio se encariñase con ideales muy diferentes.

Sucedió que una noche fué Pepe Venegas a la función inaugural de una compañía acrobática, recién llegada de Madrid. La música y la brillante indumentaria de los artistas deslumbraron los ojos y la fantasía del mozo, presa al instante del hechizo con que a sus miradas inocentes se ofrecieron las ágiles amazonas, los malabaristas esbeltos y los payasos, con sus saltos y sus ridículos candores de niños grandes.

Primero apareció una joven jineteando un

caballo tan airoso y bien perfilado como la misma gallardía. El brioso animal empezó a dar vueltas, unas veces al galope, otras despacio, levantando mucho las manos, moviendo el cuello coquetonamente, azotándose los flancos con la cola y ondulando el flexible lomo cual si los acordes de la música le produjesen voluptuosos estremecimientos; la gentil amazona le rozaba las ancas con su latiguillo, miraba al público y sonreía; y cuando la orquesta ejecutó un "galop" apasionado, el caballo se encabritó, corcoveando bravío como toro picado del tábano.

Después salieron varios payasos y unos japoneses, que jugaron con puñales y esferas metálicas multicolores, y tras ellos tres acróbatas cuyos trabajos formaban la parte más sobresaliente del programa.

Eran unos saltos icarios dados en tales condiciones de extremado peligro, que maravillaban, y algo matemático debía haber en ellos porque el menor descuido, la discrepancia más leve en aquella enrevesada urdimbre del dinamismo acrobático, podía ser funesta a cualquiera de los artistas. Los tres atletas ocuparon sus respectivos trapecios: el primero sobre el escenario; el otro en medio de la pista, y colocado en un plano superior al de sus compañeros; el tercero, al otro extremo del circo, de pie sobre una pequeña plataforma, tenía entre sus manos la barra del trapecio en que había de lanzarse al vacío. Esperaban inmóviles y callados a que la red que garantizaba sus vidas estuviese bien tendida y sujeta, y la ansiosa ex-

pectación del público crecía con el esmero de aquellos preparativos.

Todos estos prolegómenos los observaba Pepe Venegas, el espíritu turbado, cual si dentro de su conciencia escuchase la revelación o profecía de lo que él mismo había de ser.

Veía a los atletas balanceándose en el espacio, ágiles, vigorosos, al aire los férreos músculos de sus brazos y de sus piernas, gallardos como héroes homéricos, orgullosos también de distraer el ánimo de tantos espectadores y de esclavizar la atención de las mujeres. Venegas, a pesar de su escaso juicio, desmenuzaba el estado psicológico de los tres artistas: comprendía su inquietud y la emoción que agitaba sus pechos, y les envidiaba, deplorando no estar en su puesto y sí allá abajo, entre la multitud adocenada.

De pronto, la orquesta calló y en el circo hubo un silencio absoluto y solemne, cual si por encima del público fuese a pasar volando la muerte,

El acróbata más inmediato al escenario se columpiaba vigorosamente cabeza abajo, los brazos extendidos y sujeto el trapecio por las corvas; luego, cuando juzgó que su impulso era suficiente, lanzó un grito corto, imperativo, sofocado por la sangre que su violenta actitud agolpaba a su garganta; en tal instante, el gimnasta que ocupaba la plataforma lanzóse al vacío, agarrado al trapecio. Era llegado el momento decisivo y la concurrencia vibró; pero su ansiedad fué corta, porque el segundo acróbata había logrado agarrarse a las muñecas de su compa-

ñero, luego de dar dos vueltas en el aire. Reforzados la longitud y el peso de aquel péndulo humano, los dos hombres, fuertemente asidos, continuaron balanceándose con mayor ímpetu y, dóciles a un segundo grito, el primero devolvió al otro a su trapecio y después a la elevada plataforma desde donde se había arrojado.

José Antonio salió del circo tan excitado, que apenas pudo dormir; el sueño lo concilió muy tarde, y más que saludable reposo fué sopor delirante y sofístico de calenturiento, poblado de imágenes extraordinarias: damas vestidas de negro cabalgando por los aires sobre yeguas guadalcaceñas, ardientes como potros árabes; chinos que llevaban prendidos en las orejas gigantescos anillos de oro y acróbatas que, dando vueltas, caían al suelo desde una elevación inconmensurable.

Este mundo funambulesco danzó en su cerebro durante muchas noches, hasta que, sin consultarlo con nadie, Pepe Venegas acordó trazar el porvenir de su vida. El sería acróbata; era una vocación irresistible, fatal, que sentía cosquillear en sus músculos.

Aquel año el mozo se graduó bachiller y regresó a su pueblo con el título que, según las candorosas cábalas de don Lucas, había de conducirle al año siguiente, y como por la mano, a la Universidad. José Antonio volvía más hombre, más desarrollado y embellecido, cual si los ejercicios gimnásticos hubiesen vigorizado su antigua belleza infantil; y ya empezaban a abocetarse en su rostro los rasgos que tanto se pre-

cisaron después: el mento saliente, los ojos fieros y autoritarios, la frente voluntariosa de los hombres de acción o de los atletas acostumbrados a lanzarse al espacio desde grandes alturas. Cuando el flamante bachiller declaró sus inclinaciones acrobáticas, doña Fidela y don Lucas quedaron consternados, considerando ridículo y depresivo para el prestigio de su apellido que, aunque plebeyo, estaba tan limpio y expurgado de impurezas como el del más linajudo aristócrata, aquello de andar de circo en circo, medio desnudo y dando piruetas.

A todos las objeciones paternales opuso Pepe Venegas la terquedad fanática de su resolución. y tras muchas contiendas logró vencer y regresó a Sevilla, donde permaneció dos años perfeccionándose en su arriesgado oficio, para el que poseía excepcionales aptitudes de vigor, agilidad y resistencia. Cuando estuvo suficientemente adiestrado y con los puños bastante sólidos para confiar a ellos la salud de sus huesos, salió para Utrera con una modesta compañía acrobática; de Utrera fué a Sanlúcar, y de allí a Chiclana, y de Chiclana al Puerto de Santa María. Después pasó a Huelva.

En Lisboa estaba cuando supo la muerte de su padre, el bondadoso don Lucas. A pesar de su vida agitada, la triste nueva causóle un áspero dolor, y aun tuvo su corazón, que parecía endurecido como sus múscutos, dulces sentimientos que arrasaron sus ojos en lágrimas y le hicieron verter llanto abundante y reparador. Mas, por el momento, no accedió a los reiterados llama-

mientos de doña Fidela; se había contratado ventajosamente en un circo de Cartagena, y luego iría a Valencia, prosiguiendo una campaña en la que iba ganando mucho dinero y una reputación envidiable. Frecuentemente los periódicos hablaban de él. Así fué transcurriendo el tiempo, y pasaron siete años.

Siempre con éxito, Venegas seguía trabajando en Barcelona, Bilbao y otras ciudades importantes de España, y aun se atrevió a llegar a Marsella y Tolosa, mientras la pobre doña Fidela continuaba en su señero escondrijo de Alcalá, escribiendo una carta hebdomadaria al hijo ingrato y buscando ávidamente en los diarios el nombre de "Tik-Nay", pseudónimo exótico que disimulaba en los carteles de los circos la verdadera personalidad de José Antonio. Al fin, Venegas hubo de sentir un ramalazo de hastío causado por las escenas, siempre repetidas, de su vida errabunda, y volvió a su pueblo.

La entrevista de doña Fidela y José Antonio fué conmovedora: se abrazoron llorando y hablaron mucho; la anciana no daba paz a sus ojos, y mientras él se quitaba el traje de viaje para vestirse otro limpio y más cómodo, ella le contemplaba recreándose en su obra, enorgullecida de ser madre de un mozo tan cumplido; y suspiraba gozosa examinando su rostro expresivo de macho apasionado; su cuello grueso y fuerte; sus hombros anchos; sus brazos de atleta, cuyos bíceps miguel-angélicos revelaban una forzuda complexión de gladiador clásico; sus músculos enjutos y vibrantes...

El día de Santiago se festejaba en el pueblo con funciones religiosas y bailes públicos, y en uno de ellos conoció José Antonio a Rosarito Castillo, la muchacha más gentil y menos ventanera del lugar, hija única de Leandro, el viejo molinero que vivía al otro lado del Guadaira. Venegas sintió saltársele el corazón tras ella, y sacándola a bailar puso en sus miradas tanto fuego y acertó a requebrarla en términos tan lisonjeros y cortesanos, que alucinada la niña, hubo de aceptar las relaciones con que el bizarro galanteador la convidaba.

Venegas iba a ver a Rosario por las noches: en semejante hora el río ostentaba el poético hechizo de sus riberas arboladas y cubiertas de espadañas viciosas, y sus aguas rielaban silenciosas bajo la luz lunar. José Antonio lo atravesaba por la represa y llegaba al molino, especie de escondrijo nemoroso nimbado por la dulce poesía del pinar inmediato. Rosario esperaba a su novio tras la reja, para pronto embelesarle con su negra cabellera adornada de nardos, su frente pequeña, sus ojos magníficos, verdes como los de Circe, y su boca grande, limpia y fresca, de inocente lugareña que nunca ha mentido.

Las conversaciones eran largas, dulces...

Y una noche, en que parecía haber más perfumes afrodisíacos en el aire y más armonías en el bosque y más luz en el cielo, Venegas acercó su rostro a la reja buscando con sus labios, aheleados por los rigores de su casto amor, los labios de Rosario; y como la enamorada niña

no retiró su boquita, el beso aquel fué seguido de otros muchos de regalado sabor prodigados entre frases vehementísimas de cariño que, muy pronto, siguiendo retorcidos laberintos anatómicos y sufriendo milagrosas metamorfosis químicas, fueron cayendo en el corazón de la doncella como gotas de refinada miel.

Estos amoríos hubieran tenido desenlace feliz, a no haber torcido la fatalidad el curso de las cosas, permitiendo que los celos desaforados de Perico Venegas, un primo de Jose Antonio que desde tiempo atrás cortejaba a la garrida molinera, desatasen la lengua del despechado mozo, quien se dió a referir mucho de lo que de buena tinta sabía relativo a Rosario, y otro tanto, y no fué de lo menos ofensivo, que puso de su cosecha malaconsejado por sus celos y su ofendido amor; y tan bien preparado halló el campo moral del pueblo para recibir la cizaña de la calumnia, que hasta el mismo Leandro llegó a enterarse de cuanto a espaldas suyas ocurría.

De aquel episodio guardaba Tik-Nay un recuerdo que había encanecido sus cabellos.

Una noche Venegas llegó al molino y explicaba a Rosario los chismes que correteaban el pueblo, y la urgencia de busearle al conflicto rápida y legal solución; después, olvidado del peligro, lanzó por la ventana una mirada escrutadora, sedienta... La noche era hermosa, las hojas del emparrado cuchicheaban, la represa reverberaba a la luz lunar con el color grisáceo del granito, las aguas rielantes del Guadaira corrían bajo los árboles desmayados sobre el

cauce, murmujeando en la penumbra de los remansos...

Tanta paz la miraron y tasaron en lo mucho que valía José Antonio y Rosarito, y vencida la fortaleza de sus ánimos por los hechizos del paisaje, se abandonaron al deseo.

—Abre...—rogó él.

Y ella, hechizada, balbuceó:

—Espera...

De pronto, en aquellos instantes de subidísimo deleite en que la explosión del delirio carnal robaba a sus cerebros el discurso, la puerta del molino, que había quedado entornada, se abrió y los amantes volvieron a la realidad aterrados por un grito sibilante, terrible como el rugido de las fieras hambrientas: ante ellos estaba el viejo Leandro, trágico en la sombra como un símbolo del honor paternal ofendido: los brazos abiertos, los puños crispados, el rostro descompuesto y los ojos fuera de las órbitas, sin hallar una frase ni un gesto que revelasen el infernal desconcierto de su alma; visión magnífica que llegaba al techo y que parecía haber surgido del suelo trayendo la venganza implacable de todos sus ascendientes para arrojarla sobre aquella hija frágil y aquel advenedizo bandolero de honras.

Tik-Nay recordaba que todo esto, aunque sólo duró segundos, fué algo tremendo como la misma eternidad, con sus miriadas de siglos, compendiada y servivida en algunos segundos. ¡Oh! La vida del hombre sería inacabable si todos los instantes durasen lo que aquél...

Pero el furor de Leandro fué pasivo; al pronto tuvo una convulsión extraña, un movimiento frenético de avance; luego cayó hacia atrás, prorrumpiendo en una carcajada aguda, sarcástica, que desfiguraba su rostro con esa mueca repugnante de los que mueren de frío. José Antonio quiso levantarse, mas el deleite y el terror habían roto sus nervios con dos descargas simultáneas, tan fortísimas y contrarias, que vino al suelo sin conocimiento.

Cuando recobró los sentidos se halló en su cama, junto al médico y a doña Fidela, que le miraba a través de un velo de lágrimas; mas al propio tiempo recordó la escena del molino, creyó ver otra vez el semblante, alternativamente rojo y lívido, de Leandro, que reia con los ojos fuera de las órbitas, y la horrible boca desquijarada por aquella carcajada que tableteaba inacabable en la oquedad de la noche, y sobrecogido de miedo volvió a desvanecerse.

Posteriormente Venegas advirtió que en su organismo habíase producido una catástrofe: su cuerpo estaba intacto, al parecer, pero hubiérase dicho que no le pertenecía completamente y que su conciencia se acortó o empequeñeció, refugiándose en el tronco. Aunque no había perdido la sensibilidad de sus extremidades inferiores, no podía servirse bien de ellas, cual si su voluntad, temerosa de aventurarse a lo largo de las piernas, se detuviese en las rodillas: unas veces las órdenes eran ineficaces y aquéllas permanecían inactivas; otras, en cambio, se agitaban desordenadamente, siendo inútil cuanto in-

tentaba para refrenar su desaforado pataleo.

En tal estado permaneció varios meses, sin que la exigua ciencia de su médico lograse obtener ninguna victoria ostensible sobre la enfermedad rebelde; muy al contrario, ésta parecía afianzarse y entronizarse, agravando los desgarros medulares causados por las dos terribles y simultáneas conmociones del deleite y del pánico. Entonces los parientes y amigos de doña Fidela más interesados en remediar las malandanzas de la pobre viuda, determinaron enviar al enfermo al hospital de Sevilla.

La enfermedad de José Antonio fué anotada en el Registro con el nombre de "mielitis crónica posterior"; nombre terrible, revelador de un padecimiento cuyo trágico desenlace puede retardarse pero no impedirse, y que mata en el plazo improrrogable de quince años.

Las horas se deslizaban en los hospitales lentamente. Al principio Venegas recordaba los detalles de sus desventurados amores; pero como nadie le hablaba de aquello, ni él conservaba a mano cartas ni retratos que pudiesen retrotraer a su memoria la imágen de Rosario, fué olvidándose de ella y sólo sobrevivió la figura de Leandro, riendo y extendiendo hacia él sus puños vengativos.

Aquella risa histérica repercutía continuamente en sus oídos como el murmullo de las olas en el misterio de los caracoles marinos... ¡Ja, ja, ja!; ¡ja, ja, ja!...; una vez, diez, ciento, con sempiterna monotonía; aguda, breve, cortante, sin modulaciones...

A veces creía que aquella risa diabólica resonaba en el lecho inmediato, ocupado por un imbécil, y su ilusión era tan fuerte que escondía la cabeza bajo las mantas, temeroso de ver el semblante de Leandro, dramatizado por sus dientes descarnados de calavera antigua; otras, la risa partía del extremo opuesto de la sala. Por las tardes, sobre todo, en la hora tristísima en que la noche victoriosa y la luz solar riñen la última desesperada batalla, Venegas percibía con mayor intensidad el eco de aquella carcajada que vibraba en todos los rincones, debajo de todas las camas, detrás de todas las puertas; el aire que sacudía los cristales de las ventanas reía también lúgubremente, cual si los espíritus misteriosos de la noche y del viento celebrasen las gracias y macabras contorsiones de un payaso invisible... Era una carcajada fatídica que vivía dentro de su cráneo de un modo análogo a como perduran las músicas en los discos de los fonógrafos; reir lúgubre que sonaba a huesos descarnados, a dientes que castañetean, a cráneos mondos que se entrechocan.

Fué, sin embargo, tan cabal el acierto de los médicos, y tan firme la constitución de Venegas, que el daño quedó vencido momentáneamente. Cuando José Antonio regresó a su pueblo, sus amigos acudieron a felicitarle por aquel restablecimiento que juzgaban definitivo; pero estaba más delgado y pálido que antes, el tiempo le había envejecido rápidamente surcándole la frente de arrugas precoces, y algunas muchachas advirtieron que tenía mucha plata

en los cabellos. No faltó después quien informase a Venegas de cuanto deseaba saber. Rosarito Castillo vivía en Mairena, con una tía suya, y el viejo Leandro acabó loco en el hospital; fué una agonía espantosa: reía sin cesar una hora, dos... luego se quedaba serio, jadeante; en seguida volvía a sus carcajadas: murió desesperado, murió riendo...

Tales noticias recrudecieron los remordimientos del mozo, y, como por instantes se sentía mejor, decidió reanudar su vida de acróbata. Así estaba, cuando el Diablo, que no perdona ripio de tejer entre los hombres enojosas marañas, consintió que una tarde se tropezasen en lugar apartado José Antonio y Periquillo Venegas, el despechado acarreador de tantas malaventuras: trabáronse de palabras, faltóle a José Antonio la paciencia, pues, aunque bueno, nunca anduvo sobrado de resignación ni de humildad, y vinieron a las manos, pagando Periquíllo con sangre los desafueros de su lengua. Aquella misma noche huyó Venegas del pueblo para emprender una larga peregrinación por Italia; después escribió a doña Fidela llamándola a su lado; juntos anduvieron de zoco en colodro, y cuando la anciana rindió su tributo a la tierra, José Antonio marchóse a París, y luego a Berlín, y el nombre de Tik-Nay, a quien los grandes públicos cosmopolitas llamaban "el payaso inimitable", empezó a ser famoso en Europa.

Estando en Viena, supo la muerte de Rosario. José Antonio quedó anonadado. "¡Rosarito ha muerto!..." Aquello era el Infinito encerrado en

tres palabras, la eternidad compendiada en un renglón. Desde entonces el mundo se le ofreció vestido de nostalgia incurable, y la Naturaleza le pareció más triste y el sol más frío, más pálido, cual si el espíritu de la muerta lo envolviese todo bajo una gasa fúnebre...

Entonces Tik-Nay dedicóse al trabajo con mayor ahinco, codicioso de llegar al sumo grado de perfección. Esto le divertía, le consolaba. Vivía la existencia casta y metódica de los atletas, comía prudentemente, trabajaba cuanto le consentían sus músculos, y este plan le ayudó extraordinariamente a contener los desarrollos de la ataxia que dormitaba confinada en la parte inferior de sus piernas.

Siempre estaba ideando ejercicios nuevos, historietas bufas que luego refería en el circo entre las risotadas del público, muecas demoniacas, de una comicidad lúgubre, que ensayaba pacientemente ante un espejo, y estos esfuerzos alcanzaban felicísimo remate y coronamiento, porque su fantasía flexible y fecunda, y acaso su enfermedad también, le sugerían actitudes y gestos inimaginables.

Algunas noches, sobre todo, en que el alma parecía vestírsele de buen humor, la aparición de Tik-Nay provocaba explosiones ruidosísimas de hilaridad. Unas veces salía vestido de rigurosa etiqueta, y entonces todos sus ademanes y palabras tenían las depuradas amabilidades de un anciano diplomático familiarizado con el gran muddo; Tik-Nay, a proponérselo, hubiera podido ser actor; un gran actor. Otras pre-

sentábase disfrazado de clown, con amplios calzones sedeños salpicados de medias lunas o de rostros diabólicos, y el semblante embadurnado de blanco, para mejor destacar la nariz enorme, pintada de bermellón, y varias líneas negras que le enflaquecían el rostro surcándoselo de arrugas profundas; entonces su semblante se alargaba y parecía un rostro de Greco, pálido y tétrico, regocijado por la nariz sensual de Sileno. Desde que pisaba la arena, su vena cómica quedaba abierta, y el regocijo manaba de ella como de fecundo manantial: su voz, gruesa y firme, jugaba fácilmente con todas las notas de la escala, cual si en su garganta habitase el espíritu retozón de la risa; bromeaba con las amazonas, fingía no poder subirse a los trapecios, ni igualar el trabajo de los otros artistas; invitaba a los payasos a representar con él pantomimas disparatadas, y refería amenamente anécdotas de todos colores, o ejecutaba excentricidades musicales inauditas... Estos esfuerzos en que vertía a raudales el humorismo de su espíritu le dejaban exhausto; y cuando salía del circo, su rostro expresaba un hastío infinito: la tez pálida, la mirada mortecina, los labios contraídos por un gesto doloroso, el paso incierto y tardo. Durante el día manteníase huraño y malhumorado; mas por las noches, la voluntad afirmaba su imperio, las otras facultades sacudían su marasmo y apocamiento, el artista reaccionaba sobre el hombre y reaparecía Tik-Nay, el payaso inimitable, con sus muecas, su francés chapurreado, sus cabriolas y sus bufonadas.

Pero José Antonio Venegas padecía una enfermedad incurable, y su dolencia, vencida y como agarrotada durante algunos años, resucitó no bien el cuerpo fué perdiendo su vigor juvenil. La ataxia locomotriz trepaba a lo largo de sus piernas cual serpiente hambrienta, sin que nada bastase a atajar ni torcer su marcha; sus victorias eran insensibles, pero firmes, y el órgano que ganaba quedaba perdido y prisionero irremisiblemente entre los irrompibles filamentos de la parálisis; y, entretanto, sus recuerdos renacían, y la carcajada de Leandro tornaba a murmurar en su cerebro, implacable y tenaz...

Los auxilios de la medicina sólo le producían alivios pasajeros; las inyecciones de sulfato de atropina no bastaban, la belladona acentuó su hipermenesia cerebral hasta determinar alucinaciones auditivas, y entonces prorrumpía en gritos de terror; la intensidad de su vértigo se centuplicaba y la carcajada crecia, llenando el horizonte, repercutiendo como cien cajas de guerra golpeadas a la vez. Todo esto le produjo un abatimiento profundo, una misantropía amarga, y llegó a detestar la risa ajena, porque aquel regocijo avivaba las truculentas alucinaciones de su mente enferma: diríase que la carcajada del loco del molino llenaba la tierra, y que todo el mundo, a coro, se reía de él, pobre polichinela roto; y Tik-Nay, el payaso inimitable, odió su oficio.

Venegas regresó a España cuarentón, y volvía rico y precedido de una fama cosmopolita que le abrió las puertas de los circos madrileños.

Pero la repatriación no bastaba a satisfacer sus anhelos de quietud: le faltaba un cariño hondo, que endulzase los fatigados años postreros de su senectud; una mujer que le quitase el recuerdo de su amor muerto y el eco medroso de la carcajada aristofanesca: la sociedad de sus compañeros no le saciaba, porque la amistad, para los temperamentos apasionados, es algo epidérmico incapaz de entrometerse en la intimidad y servir de eficaz consuelo; y él necesitaba un afecto firme, cálido... Entonces pensó en su pueblo: allí tal vez topase con la mujer que el Destino le reservó para compañera y matriz de larga y legítima descendencia; mujer ideal que le atraía desde el misterio, especie de rocío bienhechor que remediaría la sequedad de su alma, de sol consagrado a dorar su vejez, de hálito fragante que su pecho oprimido gozaría en respirar...

En este cúmulo de recuerdos y de fracasadas esperanzas pensaba José Antonio contemplando aquel molino solitario, y aquella represa y aquel pinar lejano. Eran más de las cuatro; el maletín de viaje estaba a sus pies, invitándole a partir con su lenguaje mudo de objeto vagabundo; el perro dormitaba, el hocico contra el suelo. ¡Todo había concluído! Tik-Nay recogió su equipaje: era preciso partir; su viaje había sido inútil; todo lo vió, todo desfiló ante sus ojos en aquelarre rapidísimo, según cabalgan por la imaginación de los moribundos los olvidados episodios de su vida. Pero... ¿adónde iría si la mujer tan deseada no acudía, y si ya no le que-

daba ningún amigo?... Fermín Díaz, el viejo barbiblanco del café, se lo había dicho:—"Unos finaron, otros se han ido..." El se iría también, obedeciendo aquella ley fatal; regresaría a Sevilla y en seguida a Madrid, puesto que su contrato con la empresa de Price estaba firmado.

Emocionado por sus reflexiones, José Antonio caminaba a pasitos cortos y taconeando fuerte, cual si quisiera vengarse de aquella tierra ingrata donde tanto había sufrido; y como refiere la tradición que los pinos sagrados del Líbano amedrentaban a las serpientes, así, y por opuesto modo, aquel paisaje allegaba, en racimo y como atrailladas, las imágenes a que Venegas vanamente procuraba substraerse. Su regreso al pueblo constituía una huida: avanzaba todo lo de prisa que consentían sus pies anquilosados, y al verse en aquel camino señero y bajo la sombra que los árboles proyectaban sobre la lama verdosa y brillante del río, sufrió una alucinación que sobrepujó en intensidad a las anteriores; parecióle que, con el viento, las hojas reían y que el pinar y el acantilado de San Roque, desigual y áspero como el rostro de una vieja, reían también con porfía incansable.

Era el Destino, gue se mofaba de él, riendo simultáneamente por las cien mil lenguas de que dispone; y Tik-Nay, el payaso inimitable, desjarretado, aniquilado, bajo el peso de su obsesión, siguió andando... ¡Oh!... Era la víctima de aquella conjunción de hechos fatales y sufría, sin embargo, como si fuese el criminal.

II

EL expreso que sale de Sevilla para Madrid a las seis y ocho minutos de la tarde, estaba formado, y pronto a marchar: la locomotora tenía sus luces encendidas, y su chimenea lanzaba una densa columna de humo que ascendía perpendicularmente en espirales caprichosas; la rueda motora y la biela de acoplamiento brillaban con el color blanco mate de las espadas empavonadas; el fogonero acababa de echar al horno varias paletadas de carbón, y de los profundos de la máquina surgía un hervor sordo, la sinfonía ronca del vapor que trajinaba en las férreas entrañas del titán.

El convoy lo formaban nueve coches de primera clase: Venegas, asomado a una ventanilla, fumaba tranquilamente un cigarro puro, divertido en observar esa inquietud que precede a la salida de los trenes. La afluencia de viajeros era escasa; la mayor parte de ellos esperaba el correo de las ocho y cincuenta, que llevaba terceras, y se detenía en las pequeñas estaciones del

tránsito. Dos mozos de andén empujaban afanosos un carricoche con baúles, que fueron subidos inmediatamente al furgón de cola; después un empleado pasó cerrando las portezuelas, seguido de otro, provisto de un farol, que iba reconociendo y engrasando las ruedas de los coches. Entretanto, la máquina mugía sordamente, con un gruñido amenazador de ira represada.

A las seis y ocho minutos exactamente, sonaron tres campanadas y el pito del jefe, dando la salida del expreso, y el tren se puso en movimiento, lanzando un silbido agudísimo y rápido que atronó los ángulos de la estación. Al principio avanzó cachazudo, cual receloso de seguir equivocadamente cualquiera de los muchísimos rieles que allí se bifurcaban como varillas de un abanico abierto, y siguió deslizándose por entre rosarios de vagones que reposaban en las vías colaterales; dejó a un lado los depósitos de carbón, que levantaban un muro negro enorme, semejante a un jirón de noche, y el almacén de máquinas; era una casa de paredes ventrudas, con numerosas puertas renegridas por el humo, en cada una de las cuales había una locomotora de topes bruñidos y mole imponente, que parecían prontas a precipitarse hacia adelante, cual arañas gigantescas apostadas a la entrada de sus guaridas. Con estas precauciones continuó algunos minutos, salvando las placas giratorias destinadas a trasladar vagones de una vía a otra; cruzó luego junto a una máquina pequeñita, de las empleadas en el acarreo de coches, especie de dueñas hacendosas que nunca salen

de la estación y siempre andan ocupadas en ordenar lo que diariamente desarreglan los trenes que entran y salen; y más allá necesitó detenerse para dar paso a un tren de mercancías que llegaba estremeciendo el suelo con la serie interminable de sus furgones cargados, Más allá la vía estaba expedita y el expreso forzó su marcha, silbando ruidosamente para advertir de su llegada a los guardaagujas distraídos; y traspuesto El Empalme dobló su rapidez, corriendo a lo largo del Guadalquivir y cruzando con un recio ventoleo de huracán ante la minúscula estación de Brenes, cuyas paredes y cristales retemblaron.

Venegas iba solo en su departamento, y seguro de continuar así hasta Córdoba, por lo menos, pues raras veces el expreso recoge pasajeros en los pueblos de la línea, se arrebujó en su manta de viaje a esperar la sorpresa tranquila del sueño. Llegó el tren a Tocina a las siete en punto, e inmediatamente reanudó su carrera loca: los paisajes, compuestos por el pincel inagotable del capricho, escapaban veloces ante la ventanilla del vagón como figuras cinematográficas: aquí una carretera que blanqueaba entre verdes sotos; después una casita disimulada bajo un grupo de arbolillos enanos; luego un riachuelo saltador cuyas aguas, cayendo entre riscos, engendraban la ilusión óptica de un cilindro plateado que gira; campos labrados cuyos surcos parecían caer unos sobre otros hasta fundirse en una misma línea, como varillas de un abanico que se cierra: y tras aque-

llos campos desiguales, salpicados de casitas blancas, de árboles, de caminos vecinales que se alejaban retorciéndose, había altozanos sembrados de olivos y cerros escarpados que cerraban el paisaje; todo ello huyendo, cambiando atrabiliariamente según el tren corría, apareciendo y esfumándose de súbito entre las brumas grises del crepúsculo. El expreso pasó sin detenerse por Guadajoz y lanzóse a través de una planicie entristecida por las últimas claridades del sol poniente y el melancólico follaje de algunas palmeras: iba recorriendo una curva y, como la pendiente era rápida, la locomotora silbaba y el freno agarrotaba el rodaje, aumentando el fragor de su rapidísimo voltear.

Recostado perezosamente en un ángulo del coche, el payaso asistía a esta interminable sucesión de panoramas, rendido al letargoso hechizo que en su ánimo prendían el traqueteo rítmico de aquel correr continuo, y las perspectivas que huían allá lejos, desbaratadas bajo las negruras incipientes de la noche; y mientras su voluntad claudicaba entre los sedeños filamentos del sopor, Melita, la musa protectora de la reflexión, se enseñoreaba de su cerebro, exaltando el vuelo aquilífero de la imaginación por las regiones sin límites de lo quimérico... Otra vez revivieron en su memoria los años juveniles, que se alejaban con porfía tenaz y, saltando de idea en recuerdo, su fantasía se desbocó a través de una selva de locas elucubraciones...

Como el universo marcha hacia su ignoto destino y el tren hacia la estación terminal, avan-

za el hombre en busca del sepulcro que ha de servirle de húmedo y definitivo refugio; y cual los guardaagujas se acercan a la vía con su banderilla extendida, indicándole al maquinista el paso franco, así las ilusiones juveniles acuden a mostrar la alegre bandera verde de la esperanza a los fatigados viajeros del convoy de la vida...

En algo tan pequeño como un tren, la máquina es origen evidente del movimiento de los vagones; en la historia universal hay nombres ilustres que evocan las hazañas humanas más sangrientas y que pasaron dejando tras sí surcos imborrables: Alejandro, Julio César, Atila, Gengis-Kahn, Napoleón... fueron seres privilegiados, especie de portentosas locomotoras animadas que corrieron todas las latitudes arrastrando consigo millares de combatientes fanáticos. Esto lo ven y comprenden los hombres; de esto no dudan: pero si de inducción en inducción trepasen a las causas primeras, a los fenómenos más complejos, menos definidos y, por ende, menos accesibles a la estrechez y parvedad del humano discurso, ¿no llegarían a presentir al universo sujeto al impulso brutal de un poder ciego? ¿Dónde se esconde ese resorte, propulsor infatigable de la creación? ¿Hacia qué estación ignorada avanza la locomotora fatal del Destino que arrastra, cual vagones de un expreso, los mundos engargantados en la máquina cósmica?... Tras de esa máquina maldita van los hombres, los pueblos, los seres todos que habitan esos astros, alegría de nuestras noches estivales; y ese Destino, de ilimitado poderío, deja sentir

su influjo bienhechor o maléfico, "una vez" en la vida, porque la existencia humana es corta y no da tiempo a una segunda acopladura de efectos transcendentales y decisivos: ¡de ese instante supremo, de ese "cuarto de hora" inolvidable, depende el porvenir de cada individuo!...

Discurriendo así comprendió Venegas que aquel momento cumbre había llegado para él muchos años antes, entre los brazos de Rosario Castillo; y esta especie de conquista que acababa de arrancarle a lo Impenetrable, fué a modo de revelación luminosa que cruzó rebrincando por los profundos de su conciencia con el fragor infernal del tren que pasa bajo un túnel. Como cediendo al llamamiento de inesperado conjuro, surgió de lo subconsciente la figura de Leandro, con sus brazos desesperados en cruz y su boca desquijarada por la risa, y José Antonio tembló, comprendiendo que otra vez la realidad y la ficción se confabulaban en contra suya.

La noche había borrado completamente el paisaje; ante la ventanilla desfilaban en aquelarre atropellado objetos de contornos borrosos, que aparecían súbitamente y luego simulaban retorcerse cual si fuesen de blanda cera y una mano invisible, de dedos poderosos, los dislocase. La luz del coche irradiaba destellos mortecinos sobre los almohadones grises de los asientos, y mientras la máquina volaba enloquecida por los campos que se dilataban interminables ante sus topes hambrientos de kilómetros, las ruedas del convoy giraban con traqueteo delirante.

Entretanto, la pesadilla del payaso crecía, crecía siempre, como se hincha la llanura que una revolución plutónica en pocas horas convierte en montaña; carcajada polífona que llegaba al cielo, que abarcaba el horizonte de poniente a levante, que tenía rugidos de tempestad, bramidos de mar furioso, aullidos de chacal.

El tren acababa de pasar como un ciclón por Hornachuelos: pero Tik-Nay no lo advirtió, figurándosele que el expreso iba despeñado por las regiones donde Edgardo Poe ejercitaba su portentosa imaginación. Los silbidos de la máquina, semejantes a gritos de mujer histérica; el estrépito de las ruedas, de las cadenas, de los topes golpeados; los vaivenes del vagón, cuyo maderamen crujía de continuo, todo atronaba su cerebro con el eco de cien mil gargantas riendo a la vez: a ratos parecíale que el ruido menguaba, cual si el tren corriese sobre rieles engrasados; otras el fragor crecía y era áspero, estridente, como si las ruedas pulverizasen montones de huesos; ese ruido característico de los chirriones sobre las carreteras mal empedradas. Y como el pensamiento, una vez desbocado, es a modo de potro salvaje para el que no hay espuela ni serreta útiles, la alucinación crecía, y de aquel vértigo emanaron otros muchos de variados matices, como cohete que se desgranase en selames de copos multicolores... Parecióle, pues, que todo ello era cierto, que los campos respondían a los gritos del tren, y desde las cimas de los lejanos montes escarpados descendían peñas que al rebotar por las vertientes,

saltaban en pedazos y caían con horrísono fragor en las profundidades de los valles. Aquellos cantos rodados imaginarios sonaban también con el ruido calcáreo de los huesos viejos que se rompen, o de la arena que cruje bajo las máquinas apisonadoras, y en todo su espíritu pretendía hallar semejanzas con la risa de Leandro: eran el mundo real y el imaginario, la tierra y el tren, aliados repentinamente para consumar la siniestra empresa de volverle loco; y mientras escuchaba el volteriano clamoreo de tantas carcajadas, recordaba las arrancadas por Tik-Nay, el payaso inimitable, a los públicos europeos. El pasado se asociaba al presente, y aquellas multitudes anónimas se sumaban a los satánicos embelecos del expreso, mofándose a coro de él, desventurado polichinela viejo, que, por haber prodigado irreflexiblemente todas sus risas, se quedó sin ninguna... ¡Oh, si él hubiese podido desgarrar entre sus manos de acróbata la garganta que lanzaba, desde el misterio, aquella carcajada! El expreso acabó por ofrecérsele como una quimera, especie de tren fantasma o de ridículo Clavileño, que despertaba la hilaridad universal; antojósele que era un aborto engendrado por hechicerías diabólicas, un capricho carnavalesco que arrastraba consigo a un puñado de máscaras humanas; hombres, mujeres... y que todos acudian con igual prisa a cierto baile disparatado, semejante al que celebran anualmente los locos del manicomio de Bicêtre...

Venegas asomó la cabeza por la ventanilla. En

tal momento el tren orillaba un valle profundo, en donde blanqueaban algunas casitas. La máquina corría desalada despertando los ecos dormidos con un grito de alarma, lanzando por sus costados dos columnas de vapor que dispersaba instantáneamente el furioso ventoleo levantado por el convoy, y moviendo incansable sus miembros poderosos. José Antonio veía la rueda motora devorando tierra, y la biela brillante que iba y venía bajo la mole negruzca de la locomotora como un brazo infatigable de acero; y tras el "ténder" corrían los coches, proyectando sobre el suelo pequeños cuadritos luminosos recortados por la claridad de las ventanillas. Luego, bruscamente, apareció una casita en cuyo frontis brillaban dos faroles rojizos: era Almodóvar, y el expreso pasó silbando ante el andén, donde había algunos viajeros que esperaban el correo de Sevilla, y varios mendigos de esos que explotan en las estaciones la corriente de vida y de caridad que arrastran los trenes. Y tras la estación de Almodóvar se dilataron otras planicies que brillaban a la luz estelar con reflejos metalescentes, como los pintados por la luna sobre la superficie de los lagos.

El expreso dilataba su fuga crepitante con un trajín rabioso y acompasado que repetía a lo largo del camino un "¡Más allá, más allá, más allá!..." inacabable. ¿Por qué no se detenía...? Tik-Nay tornó a pensar en aquel tren carnavalesco que acudía a un baile de brujas, y meditó en la posibilidad de que el conductor estuviera loco o borracho; y como le pareciese que sobre

el lomo bruñido de la locomotora oscilaba una sombra, se representó al maquinista vestido de arlequín, con una pandereta en la mano, baloteando bajo la luz astral, haciendo sonar los cascabeles de su traje, riendo a carcajadas, mientras la máquina, sin freno ni guía, volaba hacia el abismo; siempre en línea recta, cual si quisiera horadar lo infinito. Y José Antonio Venegas, extenuado por sus pensamientos, cerró la ventanilla y se tendió sobre el muelle asiento del coche, embozado en su manta, desfallecido...

Cuando despertó, mucho después, apresuróse a enmendar el poco correcto abandono de su actitud ante la presencia de una mujer que había entrado sin que él lo advirtiese. José Antonio la miraba dulcemente emocionado, pues aunque no era un ginecomaníaco a quien pusiese de buen humor cualquiera clase de faldas, placíale en extremo la hermosura y cabal distinción de ademanes que coincidían en su inesperada compañera.

Su edad no pasaría de los veintitrés años ni de seguro bajaba de los veinte, y era de razonable estatura y esbelta; tenía el pelo de color castaño, como los ojos; la boca pequeña, los labios finos, inquietos y propensos a reir; el cutis pálido y como translúcido, de virgen macerada por los ejercicios místicos; las caderas matroniles, ágil y breve la cintura. Iba vestida de negro, y sus manos, surcadas por leves venillas azules y abandonadas sobre la falda en actitud contrita, eran pequeñas y blancas. Había en su apostura y en su severo indumento, algo religioso, de

persona que aparta sus ojos del mundo para mejor consagrarse a las elucubraciones de la vida contemplativa; y, contrastando con estas apariencias de apocamiento monjil, estaban las facciones de su semblante expresivo, su nariz apasionada y respingadita de joven devota que olfatea la Gloria, y sus ojos turbulentos y reideros que miraban afanosos, como queriendo llevarse en su cristal una imagen imborrable de la Vida. Y en aquella actitud, con el rostro levantado, la frente orlada de rizos prolijamente enguedejados, la alegre y picotera boquita entreabierta y las manos cruzadas sobre el regazo, era una figura compleja, inclasificable, que, a pesar de su mocedad y de la ingénita coquetería que ciertos pormenores insinuaban, parecía hallarse colocada de espaldas al mundo, con el pensamiento fijo en las soledades del claustro.

Observábala Venegas embebecido, admirado de encontrarla tan bonita, tan elegante y tan sola, a horas tales y en tal sitio, y sin procurarlo sentíase transfigurado y como remozado ante la impecable venustidad de la muchacha. Ya no se acordaba de su carcajada torturadora, ni del terrible tren fantasma conducido a través de la noche por un maquinista disfrazado de arlequín; todo aquello huyó, y ahora estaba tranquilo, dándose cuenta cabal de la seductora realidad presente.

Lo más extraño era que, según él iba enseñoreándose de la situación, experimentaba una soliviadora comezón íntima, un deseo irrefrenable de hablar con la viajera, quien ni aun de soslayo

curábase de mirarle; mas no era el asunto tan mollar como a primera vista parecía, y Venegas no acertaba a dar en el hito que había de servir de punto de partida a la conversación. Esto le desesperaba: acaso la gentil desconocida pensaba también en él, burlándose de su encogimiento y hallándole torpe, desmayado y muy sin inventiva, para encarrilar y sostener un diálogo; y como la ociosidad y el amor suelen andar juntos y en momentos tales José Antonio Venegas no tenía nada que le preocupase, se dió a examinar los detalles de aquel encuentro, que bien podría servir de prolegómeno a una aventura, y a sentirse inclinado hacia aquella joven que debía de ser un perfecto dechado de discreción, si por ventura su espíritu correspondía al superior hechizo de sus atractivos físicos. Al fin determinóse a hablar, y después de anunciar su interpelación mediante previos tosiqueos:

—Señorita... perdone usted... ¿hemos llegado a Córdoba?...

Volvió ella bruscamente la cabeza y repuso, mirándole a los ojos, cual si fuese deletreando en sus pupilas sus pensamientos:

—Sí, señor: hace más de una hora...

Y como Venegas pareciese muy admirado de la noticia, la joven agregó:

—Yo subí al tren en Carpio, y cuando entré me pareció que dormía usted profundamente. Ahora estaremos cerca de Montoro. ¿Va usted a Madrid?

—Sí, señorita—replicó Venegas, admirando la infantil vivacidad de la pregunta—. ¿Y usted?

—Yo, también.

Quebróse la conversación y en el vagón quedó flotando un silencio molesto, opresivo, que espantaba al sueño. No obstante, aquel diálogo espoleó el capricho incipiente de José Antonio, que aún creía sentir en sus ojos la mirada apasionada y fulmínea de la joven, y oir su voz resuelta y sin temblores. Ella había vuelto a su meditación y él la examinaba arrobado, discurriendo el asunto de una conversación que diese pábulo a ambos a desplegar los recursos de su ingenio, y preparando el caramillo de circunloquios y pleguerías de estilo con que luego iría dirigiendo el coloquio. Tik-Nay alambicaba minuciosamente su situación antes de arriesgarse en un fregado del que acaso no podría salir airosamente: la joven le había respondido con naturalidad y desenfado, mas esto no inducía a creer que fuese como aquella libidinosa señora valenciana que puso la castidad de San Vicente Ferrer en aprieto, pues todo estaba disculpado considerando la respetuosa cortesía con que él formuló su pregunta, y también su edad, que parecía alejar de entre ambos cualquier diálogo con perfiles o barruntos de aventura galante. Y mientras Venegas pensaba tristemente en que los años ponían sus palabras a cubierto de torcidas interpretaciones, el tipo de la viajera se ensalzaba y magnificaba a sus ojos, ofreciéndosele tan abastado de encantos, que no podía torcer su gusto ni apartar su ánimo de la amorosa atracción en que se hallaba preso.

Montoro acababa de quedar atrás, y este inci-

dente sirvióle a Venegas para reanudar el diálogo, que, falto de enjundia, empezó frío, animándose y desmayándose, deslavazadamente. Pero el payaso parecía llevar grabado en la sin hueso el célebre lema "no me saques sin razón, ni me envaines sin honor", de los antiguos aceros toledanos; y, pues, sacó la lengua tan justamente, no quiso guardarla sin decoro en el prudente estuche de su boca cerrada.

Al cabo sus insinuaciones no quedaron desatendidas, y la entrevista fué desarrollándose mejor de lo que su optimismo pudo prever ni desear. Hostigada la viajera por un brusco movimiento expansivo, quebrantó el recato que la prudencia aconsejaba, y declaró sin ambages cuanto ocultaba dentro del pecho. Tal vez la impulsó a ello la edad de Tik-Nay, cuyo grave semblante parecía animarla con una bondadosa expresión paternal; o, simplemente, ese deseo imperioso de confesión que acomete, aun a los espíritus más varoniles y mejor templados, en las situaciones difíciles. Se llamaba Elena Santa-Cruz y era hija primogénita de una de las mejores familias de Carpio. Nunca había salido de su pueblo; pero su padre, que era notario y presumía de avanzado y modernista, quiso que su hija supiese de todo y dióla a leer cuantos libros hubo a mano, por lo que la joven alcanzó en poquísimo tiempo un nivel intelectual muy superior al de sus conterráneos.

No teniendo Elena una amiga con quien comunicarse, procuró fatigar en el estudio los excesos de su actividad mental; y cuando la biblio-

teca de su padre le fué conocida, recurrió a la de su confesor. Allí encontró las obras maestras de la filosofía escolástica y de los grandes poetas místicos, y en pocos meses se familiarizó con San Agustín y Santo Tomás, cuya fina dialéctica y claridad de exposición la encantaban; y con San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, que arrobaron su espíritu y lo anegaron en raudales de inspiración mística.

Leyó además otros muchos libros de historia, novelas, versos profanos... y cada autor excitaba su pensamiento de diversa manera. El estudio de la historia la entristecía, con la demostración del lamentable olvido que cae, como losa sepulcral, sobre las generaciones muertas, y la inanidad y futilidad de las cosas humanas; los libros de viajes la trasladaban a países remotos que seguramente merecían ser visitados; y las novelas avivaban los deseos mal definidos aún de su carne, hablándola de tormentas pasionales que estremecían sus nervios.

Por eso la literatura religiosa sirvió de eficaz lenitivo a todo este tempestuoso tremar de su alma. En los poetas místicos hallaba el amor, la exaltación, las frases eléctricas que embellecían los lances amorosos descritos por los escritores profanos; y sin duda el Cielo debía de ser, para ciertos seres supereminentes, un trasunto de la realidad, con algo muy exquisito y sublimado que calmase los delirios de la materia, pues ningún galán hablaba con su amada lenguaje más fogoso que el empleado por el divino San Juan de la Cruz cuando encomia las

bellezas de María; ni tampoco ninguna de las heroínas que en las narraciones mundanas se estilan, podían emular el arrebato con que Santa Teresa pondera su amor a Cristo, el casto y desvalido sultán de los conventos.

Elena era idólatra por temperamento: su misticismo no tenía esa fe extática da los caracteres contemplativos, sino un ardor de paganía, y así no comprendía bien que conceptos abstractos y seres ultramundanos, cuyas excelencias eran tan disparejas de las humanas imperfecciones, pudiesen aquietar los anhelos de la carne; pero como los poetas místicos opinaban de opuesta manera, acabó por ceder al influjo religioso, refrenando, asustada, los sacrílegos desplantes de su curiosidad simoníaca, y creyendo que con paciencia y perseverancia alcanzaría el grado de beatitud necesario para deleitarse en la posesión de lo suprasensible. Todo, a su entender, era cuestión de fé; y en tanto su voluptuosa imaginación andaluza renqueaba trabajosamente por las heladas regiones de lo ideal, su cuerpo ganaba en hechizos, convirtiéndola en el bocado más exquisito que jamás pudieron apetecer sus vulgares conterráneos, habituados a las desabridas bellezas del lugar.

Aconteció, al fin, lo que Elena Santa-Cruz debió recelar si su pensamiento no hubiese andado jugueteando con las respetables musarañas teológicas de la escolástica; y fué que su padre quiso casarla...

La idea de renunciar a su libertad de niña rica para caer en los brazos de un individuo que des-

entonaba bastante de aquellos caballeros, cruzados fantásticos del amor, que ella soñaba provocó en su voluntad un fuerte movimiento de repulsa. Viendo que su padre, hasta entonces complaciente y mollar de condición, formalizaba su empeño y que habría de consentir por fuerza a lo que no quería acceder de grado, apeló a su confesor, guiada por una idea que tuvo en un momento de desesperación y que consideró redentora. Deseaba profesar... Se cortaría los cabellos, trocaría sus elegantes vestidos mundanos por las tocas monjiles y buscaría en las austeridades del claustro, en la maceración, la meditación y el ayuno, la paz que el mundo la regateaba, el esposo sin tacha que calmaría sus afanes, el manantial purísimo que aplacaría su fiebre de amor y su sed delirante de idealidad. A fuer de cauto el cura no respondió a sus preguntas categóricamente, sino con frases ambiguas que capoteaban la dificultad sin resolverla. Así pasaron algunos meses; el cerco puesto a Elena por la voluntad paternal se estrechaba, y ella, incapaz de resistir más y creyendo deletrear en las vacilaciones del clérigo la aprobación tácita de sus deseos, una noche huyó de su casa...

—Y aquí estoy—concluyó—camino de Madrid. Allí tengo una tía que aplaude mi determinación y en cuya casa permaneceré recluída el tiempo que necesite para arreglar el asunto de mi claustración.

Venegas correspondió a estas confesiones tan sinceras con palabras de consuelo, sin asentir

ni desaprobar, como hombre razonador que no quiere comprometerse y a quien todo le parece bien, por lo mismo que tiene muy condescendiente la voluntad y muy holgachón el criterio. El carácter franco de Elena se había desdoblado a sus ojos en todas sus fases y con tal claridad, que pudo descender hasta sus más secretas profundidades. Elena era una chiquilla sin historia, una niña que aún no había vivido, pues que su novela empezaba entonces con aquella arriesgada escapatoria: y meditando en esto comprendió mejor la feliz armonía que mediaba entre aquel lindo cuerpo y aquel carácter inquieto y decidido que campaba en la expresión firme de sus ojos pardos, en su frente pequeña, en sus labios entreabiertos, como indecisos entre el beso y la plegaria, en su nariz respingueña de devota sensual, que olfatea la Gloria...

Todo aquello lo juzgó Venegas tan imprevisto, tan novelesco, que su afición hacia la joven trocóse en algo que parecía amor. Sin duda la determinación de Elena Santa-Cruz era cierta; pero ¿quién aseguraba que aquel arrebato místico no derivase luego hacia otros derroteros más en concordancia con su juventud briosa?... "Las promesas de la mujer deben escribirse en el agua o en el aire", dijo Cátulo dos mil años ha; y ¿cuántas mujeres dieron desde entonces un serio mentís a la afirmación del poeta latino?.., ¿Quién negaría que José Antonio pudiera ser el reactivo o llama que demostrase la escasa pureza del oro de las devociones de Elena Santa-

Cruz, y que aquel largo viaje, a solas, no fuera el soplete avivador del fuego que había de precipitar la operación?... ¿Quien, en fin, negaría que el Destino facilitó el tropiezo de aquellos dos seres, para que Venegas robase una virgen al claustro, y ella, con sus halagos, curase al anciano payaso de su obsesión?... Quizás estuviese en Elena la tranquilidad de su vejez: ella remediaría el insomnio que escaldaba sus párpados fatigados, y lo que él no pudo conseguir en tantos años de vida errabunda lo obtendría ella, tapando con sus blancas manecitas la boca de Leandro, para que no continuase riendo...

El tren había pasado por Andújar a las once y media, y Tik-Nay tornó a hilvanar la conversación con mayor empeño. Elena replicaba sin vacilaciones y con notable desparpajo, y su espíritu dúctil y cultivado discreteaba copiosamente. A veces su boca mostraba, al sonreir, dos filas de dientes pequeñines, y entonces la belleza de su semblante se magnificaba, iluminada por destellos de regocijo mundano; a ratos una nube de tristeza velaba su frente: aquellos polos extremos del sentimiento estaban ligados por numerosos estados psicológicos intermedios, y por todos pasaba de prisa, consagrándoles una vehemente, pero fugitiva atención.

Venegas se había alejado insensiblemente de su ventanilla, hasta sentarse frente a Elena, so capa de escuchar mejor sus confesiones; y como la pasión en los hombres maduros va muy de prisa, prosiguió el diálogo ciñéndose cuanto podía al asunto que deseaba exponer y pulsando

para ello la acordada cítara de sus muchas zangamangas y raposerías.

—Mi corazón—decía Elena—desea algo inmenso que no he encontrado y que seguramente no hallaría si tuviese el estúpido antojo de buscarlo: el mundo es angosto, y en armonía con el escenario están las pasiones de los humanos, miserables comparsas del grotesco entremés de la vida... ¡Oh! No, no les quiero; prefiero el claustro; allí estaré tranquila, al menos, con mis soliloquios y mis libros.

—¿Y si en el convento no hallase usted la paz anhelada?—preguntó Venegas—. Profesar es enterrarse viva: los conventos son como aquellos terribles subterráneos donde los romanos inhumaban a las vestales impuras: sus puertas simbolizan lo eterno.

Ella arqueó las cejas con un gesto significativo de duda.

—¿Qué quiere usted?—exclamó—. Los tristes, como yo, siempre están dispuestos a recibir lo desconocido con agasajo; la esperanza reside, precisamente, en lo ignorado.

No dijo más y permaneció perpleja, rematando su discurso con ese mutismo elocuente de las situaciones difíciles,

—Habla usted como persona que ha vivido mucho—arguyó Venegas con tono persuasivo y de paternal protección—; el amor místico es el alivio de los melancólicos que se creen incapaces de conquistar la felicidad, y es gran dolor que mujer tan discreta como usted quiera marchitar prematuramente las ilusiones que por ley

natural estarán criándose ahora en su corazón como flores odorantes en tierra bien abonada. La última ilusión es lo único que en el mundo del espíritu separa la juventud de la vejez. Ahora, tenga usted la bondad de examinarse y decirme si la alegría postrera ha muerto en usted,

Y como ella, turbada, vacilase antes de responder, él continuó pulsando aquella cuerda simpática hasta decir algo más atrevido que reveló inesperadamente a Elena Santa-Cruz las intencianes embozadas en las sutiles taimerías del clown.

Entonces, y por primera vez, se atrevió a mirarle detenidamente, lo que la produjo una impresión que robó a sus mejillas el calor: y le encontró simpático y hasta hermoso, con sus hombros atléticos, su frente de hombre resuelto, sus ojos dominadores, su nariz aguileña, su bigote blanco y su rostro enjuto, acuchillado por la risa; y lo que más ayudó a que la seducción se corroborase y afianzase, fué el aire de distinción y la expresión melancólica de aquel semblante grave que, al sonreír, mostraba una blanca dentadura de mozo presumido. Así continuaron charlando largo rato, perdiendo ella terreno según sus dudas y tribulaciones crecían, y ganándolo José Antonio, quien, explotando la juventud y corta trastienda de su interlocutora, echaba fácilmente por tierra los inestables andamiajes de sus teologías en fárfara, acosándola entre líneas paralelas de bien razonados argumentos y granjeándose su afecto después de merecer su confianza. Elena Santa-Cruz ya no sabía

defenderse de aquel mundano, en quien reconocía un sello indiscutible de aristocrática superioridad y un clarísimo rayo de buen sentido, y sentíase llevada hacia él por ese sentimiento irreflexivo que induce á las mujeres a querer al hombre desde que empiezan a admirarle.

Hablaba Venegas apasionadamente, mas sin perder su aplomo, con esa discreta locura que saben poner en sus declaraciones amorosas los hombres de mundo; delirio fingido, turbación aparente, locura razonada, aunque el concepto parezca paradójico, que, en caso necesario, disculpan a maravilla cualquier intemperante atrevimiento de la frase.

—El mundo alegre que en estos momentos habla en sus oídos con misteriosas voces—decía José Antonio—no se consolaría jamás de la inmensa desgracia de haberla perdido.

—Pero la Tierra es materia, podredumbre... y todo lo temporal es engañoso, ha dicho Kempis: aquí abajo está lo inestable, lo sucio, lo frágil; la redención perdurable está allí, en el Cielo...

—No, Elena, se engaña usted; todo está en este mundo que usted desdeña sin conocer. ¿Para qué sacrificar a un porvenir vago la magnífica realidad presente? Usted dispone de una juventud recamada de seducciones. No busque usted el regocijo en las prácticas piadosas, que son frías, ni en la lectura de los moralistas que maldijeron las expansiones del pensamiento libre y de la carne, y presentan a los deseos como impulsos satánicos ofensivos a un poder por ellos inventado y que, de existir, seguramente no

cuida de nosotros. La reflexión habla por mi boca y yo la anticipo a usted cuanto aprendió mi corazón al pasar por el tamiz cruel de la experiencia. Procure usted enamorarse, tener un altar, pero un altar humano; un dueño apasionado, como su imaginación de niña lo quiere; un compañero bravo y bueno a quien adorar y por quien sufrir, porque el amor y el sufrimiento son inseparables; y junto a ese hombre que la mime y ampare, hallará usted el mundo más hermoso, con alboradas más alegres, con noches más tranquilas, con siestas más dulces. Profesar es suicidarse, y usted, ¡pobre niña!, tiene derecho indiscutible a la vida, porque es usted joven y discreta y hermosa, sobre todo encomio.

Ella, no sabiendo redargüir aquellos argumentos, parapetábase tras una protesta muda, sorprendida de que Venegas conociese tan al detalle secretos que ella a nadie había confiado; y suavemente iba rindiéndose al sosiego que el atildado eufemismo de José Antonio derramaba sobre su alma como cordial bienhechor.

—Toda esta cuestión se reduce—añadió el payaso—a un somero error de palabras: usted, extraviada por sus lecturas, trocó los términos y espera recibir del Cielo los bienes que no halla aquí, e imagina que los deliquios místicos aplacarán el fuego de su mocedad... Porque el paraíso que usted seguramente acaricia, es un cielo pagano y sensual que rinde culto a la virginidad de las mujeres bonitas.

—Pero el mundo, todo eso que nos rodea... ár-

boles, montañas, planetas... ¿quién lo hizo?—exclamó Elena angustiada.

—¿Necesita usted saberlo para ser feliz? La Tierra es esclava nuestra, pues que de ella vivimos. En cuanto a los soles que titilan ahí arriba, ¿qué nos importa la mecánica de sus movimientos, ni el fin para que fueron creados? Alegran nuestras noches de amor, y eso basta...

Y Venegas, excitado por el recuerdo de sus pesadumbres, refirió su historia, dando vado a las nostalgias que atenaceaban su cuitado corazón, y renegando de aquel poder divino que siempre fué sordo a sus ruegos de pecador arrepentido. Entonces Tik-Nay no fingía y sus palabras sinceras aliviábanle de un peso enorme; y Elena Santa-Cruz, vencida, si no por la lógica de su colocutor, por sus quejas, sentía desmoronarse el fortín aspillerado de su fe ante aquel escepticismo que entonaba un himno en loor de la carne todopoderosa.

—Eso no es cierto—arguyó sin embargo—; ser casta es ser buena.

—No, Elena: ser casta es ser fría; la castidad es la virtud de las mujeres insensibles que papelonean de una abstinencia que no exige de su sangre helada de lagarto ningún sacrificio. La castidad es el traje "oficial" o, mejor dicho, "la librea" admirada del egoísmo... Créame: el paraíso, la verdadera Gloria, están aquí, se hallan aquí, en los brazos del ser amado.

—Pero, ¿y la otra vida?—interrumpió acongojada—; ¿y el Cielo?

El viejo clown tuvo una sonrisa burlona.

—¿El Cielo?—dijo—. ¿Quién piensa en el Cielo? ¿Dónde está? Pregúntenle a la momia de Maut-Nefert, la bella sacerdotisa de Ammón, que murió hace tres mil años y que aún permanece boca arriba, buscándolo con sus ojos inmóviles, si lo ha visto alguna vez. No: para reverenciar al Dios que usted invoca no precisa consagrarse al claustro; el cuerpo y el espíritu no son incompatibles. Discurra usted con su cerebro, nó con el de los autores que haya leído... En el mundo de las ideas, como en el físico, nada hay tan pequeño que sea absolutamente despreciable, y un hecho accidental puede torcer el curso de una vida, como la palanca de un guardaaguja, movida por un niño, variará la ruta de un tren. Y ¿quién dice que yo, colocado inopinadamente entre usted y el convento, no sea el llamado a librarla del abismo hacia donde la arrastra la irreflexión de sus pocos años?

Con esta atrevida pregunta inicióse la última fase del diálogo, gue empezó siendo disertación teológica y prometía concluir en plática sentimental de las más dulces.

Entonces el expreso, que iba acortando su velocidad, lanzó un silbido y se detuvo en la estación de Mengíbar. Venegas se asomó a una ventanilla y vió la máquina de un tren mixto que se acercaba cachazudamente, con sus luces rojas encendidas, y que pasó amenazador, cual sintiendo no haber embestido al expreso, aquel tren aristocrático que no llevaba coches de tercera.

José Antonio, al volver a sentarse, lo hizo junto a Elena Santa-Cruz; pero permanecía mudo,

acobardado por el silencio de aquel vagóu inmóvil que acaso pudiera convertirse en nido ambulante de amor, en alcoba fugitiva, más seductora que el encantado subterráneo donde halló Aladino la lámpara del genio; y cuando el convoy reanudó su marcha, reanudaron ellos su interrumpida conversación, cediendo siempre ella y adelantando Venegas, que manejaba hábilmente en bien meditadas series de retorcidos argumentos los mil ladinos subterfugios de su didascalia amorosa.

Entonces ya no mentía: perdido el aplomo, hablaba con sugestiva verbosidad, dichoso de confiarse a un corazón tierno, sensible a su quebranto.

Elena sería a modo de florecilla temprana que alegraría con sus vivos colores el árido camino de su porvenir; de línea tangente que cortaba el círculo cerrado de su existencia monótona, o de dulce reguero vital que ya empezaba a calentarle las venas; un arroyo cristalino corriendo por un arenal; una calle abierta en un cementerio.

En aquel momento, resuelto a echar en remojo su desencantado corazón, supo hallar nuevos recursos imaginativos, nuevas ternezas, y frases felices y blanduras de voz que coadyuvaron a la expresión exacta de su cariñoso desbordamiento. Refirió a grandes rasgos su historia de artista vagabundo, y después habló largamente de Rosario, aquel amor trágico que encaneció sus cabellos. Elena le escuchaba absorta, cautivada por ese interés que en los pechos femeninos despiertan los dolores románticos.

—De mi pueblo natal vengo ahora—agregó Venegas—, y en este viaje sólo desdenes coseché. Ya nadie me conoce, ¡nadie!... Calcule usted la alegría del náufrago que está ahogándose y encuentra un madero firme adonde asirse; o del sentenciado a muerte que recibe el indulto minutos antes de consumarse la ejecución; o del sabio que inopinadamente resuelve el problema que absorbió todos los afanes y vigilias de su existencia, y no extrañará usted mi apasionamiento... porque eso... ¡todo eso!... Elena, es usted para mí... La tabla que salva ul náufrago desesperado; el indulto que roba un hombre a la muerte; la solución que recompensa al sabio de la cruel labor de toda su vida: porque yo, Elena, puse mi mayor empeño en ser feliz, como otros cifraron el suyo en ser ricos o famosos; y cuando va perdía la esperanza de conseguirlo, usted se atreviesa en mi camino, brindándome con cuanto soñé de más codiciable y excelente. ¿Cómo, pues, no hacer llegar a su corazón compasivo la súplica de mi corazón desesperado?

Diciendo así, la tomó una mano con tanta naturalidad, que Elena, emocionada, no supo retirarla, y él permaneció largo rato saboreando la impresión que en sus sentidos encendía aquella suave epidermis de mujer. Luego se acercó más a ella y la rodeó el talle con un brazo, mientras proseguía su discurso con redoblada inspiración y empleando simultáneamente los lenguajes hablado y mímico, para precipitar su éxito mediante aquella bien acordada explicación bilingüe.

Presa de súbita congoja, Elena Santa-Cruz le dejaba hacer sin defenderse. Aquello era un remedo de algo soñado o leído; pero su aparente valor de niña presumida, que cree atreverse a todo, habíase trocado en femenil apocamiento, y se esquivaba en un ángulo del coche, acoquinada por los ojos suplicantes del hombre que parecía rogar como un siervo cuando, en realidad, comenzaba a imponerse como un tirano: sus deseos y su educación reñían desesperado torneo, y según los vaivenes de este combate íntimo, se entregaba al hechizo de la escena o se refugiaba en sí misma, encogiéndose para ofrecer a la tentación la menor cantidad de su cuerpo. Y entretanto, el vagón corría tras de la infernal locomotora con ensordecedor traqueteo, cruzando como un meteoro a través de los campos, pasando túneles, salvando puentes tendidos sobre abismos agrandados por la obscuridad, madre del misterio.

La noche era serena; en los campos no se percibía ni un ruido, ni una luz, y aquel fuerte contraste entre la terrible balumba del expreso y la serenidad del cosmos, era la razón que mejor demostraba la indiferencia con que los cielos asisten a los dramas humanos.

—Medita juiciosamente en la existencia estéril del convento—porfiaba Tik-Nay, que empezó a tutear a Elena para fortalecer la emoción de sus pensamientos con la llaneza del lenguaje—; en tus elegantes atavíos de mujer pretendida que vive en el mundo, trocados por los burdos hábitos monjiles; en tus cabellos cortados, sacrifica-

dos inútilmente a una religión para quien es crimen la belleza, sin considerar que la mujer es la joya por antonomasia y la más rica presea de la creación; y en todo ese culto que macerará tu cuerpo con cilicios y ayunos crueles, abotagará las luces de tu entendimiento y amargará el reposo de tus noches con jesuseos baldios... Y medita también en el mentiroso prestigio de esos altares que te hastiarán no bien empieces a familiarizarte con ellos: piensa que tu cabellera merece ser adornada de flores y no tronchada bárbaramente por las tijeras conventuales; y que tus manos son acreedoras a lucir ricos anillos de vistosos esmaltes, y no a manejar el rosario, repasar la ropa vieja de los hospitales y sembrar hortalizas en un huerto; y que tus entrañas deben sentir el cosquilleo prolífico de la maternidad, y no esterilizarse en aburrida soltería, embarazadas con la pasión enfermiza de la quimera religiosa... ¿Cuándo encontrarás en tu misticismo los placeres que te ofrece mi amor?... En mí hallarás el hombre más apasionado y rendido gue pudiste codiciar, y aunque San Pablo dijo, y apelo a esta cita porque San Pablo es de los tuyos, que "la mujer nació para el hombre, mientras que el hombre no fué creado para la mujer", yo juro pertenecerte siendo, al mismo tiempo que tu dueño, tu camarada. ¡Fíjate!... Después de casados viajaremos mucho, sin que nada acote nuestro antojo, y siempre me verás como ahora, dispuesto a pagar con mi pasión la felicidad de tu belleza... ¡Amame y seré salvo!... Para ti mis ilusiones postreras, todas las ale-

grías que me restan, todo el vigor de mis caricias, todo el fuego de mi deseo; nuestras noches de amor no tendrán amanecer, y nuestras horas de fiebre no tendrán medida; te querré con toda mi alma y con todo mi cuerpo; y de este modo serás para mí la mujer sensual ponderada por el voluptuoso autor del "Gita-govinda", y también el huerto cerrado, la paloma blanca, la flor del valle, de que habla "El Cantar de los cantares"... ¿Quieres más?...

Así prolongó el amoroso jaropeo largo rato, unas veces dibujando alegre y gaitero, lontananzas azulinas de seductores espejismos; otras melancólico, refiriendo su historia, cuyo triste pasado queria enmendar echándole, a guisa de contera, un risueño porvenir; pero siempre tenaz, apasionado y sobón, asaltando las últimas trincheras en que los candores de Elena se parapetaban. Era el suyo un discurso egotista, una declaración dolorosa, llena de alusiones al pasado y de arrepentimientos tardíos, que parecía un testamento.

Elena Santa-Cruz, seducida y asustada por lo que acababa de oir, habíase asomado a la ventanilla y procuraba sosegar con el fresco nocherniego la batahola que en su espíritu levantaran las palabras de Tik-Nay. Por su parte José Antonio, rendido y sin saber a qué nuevos recursos oratorios encomendarse, permaneció sentado, contemplando a Elena con férvida delectación: admirando su cabecita inclinada hacia adelante en ademán pensativo, los ricillos locos de la nuca, que traveseaban movidos por el vien-

to; el ensanche de sus hombros redondos y sus caderas vírgenes, turgentes, que, estremecidas por tos traqueteos del coche, retaban a la lujuria tras la fina tela del vestido...

Pasada la estación de Santa Elena, Tik-Nay estuvo a punto de rematar su aventura con un golpe de audacia; pero faltóle valor, y llegaron Cárdenas y Almuradiel sin que Venegas, a pesar de ser varón desbocado y de arrestos, se determinase a coger lo que tanto deseaba. Ella permanecía en la ventanilla, indiferente y como olvidada de lo ocurrido, y José Antonio continuaba perplejo, aunque inclinándose a creer que todas las mujeres, por grande que sea su recato, prefieren la pasión insolente a los cobardes miramientos del amor tímido. De pronto, se determinó: la locomotora silbaba anunciando la proximidad de un túnel, y Elena Santa-Cruz cerró la ventanilla. Al incorporarse Tik-Nay la sujetó por detrás. Ella dió un grito.

—Déjeme usted, ¡se lo ruego!...

Y como forcejease, Venegas suplicó:

—¿Por qué resistes? ¿En nombre de qué repugnancia fingida me rechazas?... No, no te defiendas; el Destino lo quiere; el expreso que iba a arrastrarte al convento te lleva al tálamo con una velocidad de muchos kilómetros por hora...

Hablando así la besaba glotonamente en la boca, como si bebiese a buches la felicidad. Luego, cuando el tren penetró en el túnel y la obscuridad exterior fué más impenetrable y medrosa, y la trepidación mayor, Tik-Nay, agarrotando a la empavorecida niña en un abrazo frenético

de atleta, cayó con ella sobre el asiento, buscando bajo las revueltas faldas aquellas desnudeces aterciopeladas que ya temblaban ante el doloroso presentimiento de su virginidad amenazada. Los nervios de Elena estaban tan soliviantados y el ataque fué tan brusco, que ni siquiera intentó defenderse. Besada, maltratada, oprimida, enloquecida también por aquellos elocuentes sobajeos que sabiamente desentumecían su sensualidad, se abandonó al suplicio dejando que el deseo regase con sangre su virtud violada, mientras balbucía:

—¡No... no... no!...—con un acento meloso que iba declinando como el eco de un "ritornelo" que se extingue...

Y el vagón, transformado en escenario del dulce vencimiento, pasó bajo el túnel cual si dejase tras sí un rastro de pasión; el reguero de vida derramado por aquellos dos seres que celebraron con sus bodas una verdadera germinación humana en las entrañas de la tierra.

Cuando, satisfecho el rabioso delirio, volvieron ambos en su acuerdo, Elena quedóse inmóvil, olvidada de requerir el desorden de sus vestidos: la impresión había sido tan fuerte, que su cerebro quedó vacío de pensamientos, pues todos huyeron en tropel cual tímidos pajarillos al sonar un disparo; y, como viajero asomado al borde de un precipicio, seguía con la vista fija en los almohadones del asiento, contemplando aquel abismo donde sepultó los azahares de su doncellez, la virginidad que pensó ofrecer al convento, la puerilidad de su espíritu, la urna

sellada guardadora del candor de su cuerpo gozado y dolorido...

Tik-Nay, sentado junto a ella, tampoco hablaba, y su imaginación iba emperezándose en una especie de empacho deleitoso. Aún creía ver a Elena en el momento de retirarse de la ventanilla y recibir el abrazo alevoso que determinó su caída, y la expresión loca de sus grandes ojos fijos obstinadamente en los suyos; y oir aquellos tres "no..." seguidos, que fueron declinando en energía con el tranquilo desmayo de un eco que se apaga; y aspirar el vaho de su cuerpo; y estrujar entre sus recios dedos las turgencias de aquellas carnes tibias, pomposas, suaves...

Después volvió a acercarse a Elena y la estrechó una mano; ella tuvo un movimiento instintivo de repulsa; pero en seguida reclinó su cabeza despeinada sobre el hombro de Venegas, acatándole ya como al único ser de quien podía aguardar amparo y perdón. Y así continuaron, callados y con las cabezas juntas, atentos al aquelarre bailado por los campos fugitivos; ribazos escarpados, picachos basálticos, casitas blancas envueltas en el humo de la locomotora, árboles que pasaban perseguidos por postes telegráficos, bosques druídicos que huían cabalgando sobre cerros gigantes... todo ello revuelto y desfigurado en la catarata de las embusteras tinieblas de la noche.

El día se avecindaba a toda prisa; en los confines del horizonte iban luciendo los primeros resplandores carmíneos de la aurora y, según la luz se fortalecía, las praderas adquirían ese

tinte cerúleo de los campos humedecidos por las nieblas y el rocío de la mañana.

En Alcázar, el tren se detuvo algunos minutos, y Venegas y Elena Santa-Cruz pudieron desayunarse confundidos entre una multitud de pasajeros macilentos y malhumorados por aquellas doce horas de insomnio. Cuando reanudaron el viaje, los primeros rayos del sol invadieron el coche y Elena se tapó el rostro con un gesto pueril, avergonzada de que la luz deletrease en su semblante el desposorio que había celebrado bajo tierra. Luego, extenuada, enlazó sus brazos al cuello de Venegas y durmióse sobre sus rodillas, en la actitud de una niña pequeña.

Tik-Nay velaba su sueño, y sus ojos pensativos y duros la envolvían en una mirada cordial. Curado de su ridícula deisidemonia, ya no oía la carcajada con que el Destino arañaba sus oídos: estaba salvado: aquel vagón, que el azar convirtió en nido de amor, le conducía a Madrid, y él respiraba contento, orgulloso de llevar la felicidad entre sus brazos.

III

AQUELLA aventura tuvo feliz y puritano desenlace; pues transcurrido el tiempo indispensable para ordenar documentos, recibir la autorización paterna, tomarse lo dichos, oir las amonestaciones y demás arrequives religiosos de rúbrica, la bendición sacerdotal y la firma de un notario legalizaron el enredo que la casualidad comenzó.

Los primeros meses que Elena Santa-Cruz pasó en Madrid fueron para ella de poético desconcierto. Trasladada bruscamente desde su señero retiro de Carpio a la activa vida cortesana, la gentil lugareña sintió desaparecer todo el equilibrio de su mundo interior. Los dos amantes se alojaron en una hospedería de la Red de San Luis, pues Venegas extremó sus miramientos al punto de no querer recibir en su casa como manceba, a la que quería instituir dueña legítima de su hogar. Elena nunca pudo formarse idea cabal de aquellos meses que huyeron veloces, como algo soñado.

Madrid se ofrecía a sus ojos hechicero y prometedor, con sus días frescachones y su cieló salpicado de esos coquetones cirrus otoñales que humedecen las calles con leves grupadas y sirven de pretexto a las mujeres para recogerse las faldas. Aquel cielo, con alocamientos de mariposa, la afluencia de coches, el olor a tierra mojada, los escaparates de las tiendas, especialmente las de bisutería, con su figulinas, sus estatuíllas de mármol, sus relojes de bronce, sus jarrones de Sévres y sus mil artísticas baratijas que daban grata ocupación a la vista; los edificios de cuatro y cinco pisos, tan diferentes de las modestas construcciones provincianas, y aquel ambiente de urbanidad que parecía trascender a todo y revelarse en los detalles más nimios, dejaban en la atención de Elena impresiones imborrables. Las perspectivas del largo paseo de Recoletos, los rincones del Retiro retocados y embellecidos por la mano experta de los jardineros; los puentes rústicos tendidos sobre arroyos artificiales; las estatuas colocadas en los recodos de los caminos y que albeaban entre la espesura como las deidades habitadoras de los bosques helénicos; toda esa obra, en fin, donde el hombre imita y aun sobrepuja a la Naturaleza, esclavizaba el espíritu de la forastera con la prestigiosa sugestión de lo nuevo. Y lo que más acentuaba este bienestar íntimo era el recuerdo de sus noches de amor, el dulce quebranto de su cuerpo, la laxitud de su carne... Su temperamento perezoso de soñadora se acomodaba fácilmente a la nueva existencia, pródiga

en diversiones; y el verse libre de esas engorrosas pequeñeces que constituyen el aburrido programa de la vida doméstica, y la persuasión de que los dias sucesivos serían copia feliz de los anteriores, eran los dos óptimos encantos de su luna de amor.

La primera noche que Elena Santa-Cruz fué al Circo de Price, señaló uno de los episodios más sobresalientes de aquella época. A la puerta del circo, iluminado por cuatro grandes focos eléctricos, varios revendedores de billetes explotaban la impaciencia del público ganoso de obtener un buen asiento: junto al despacho de localides habia un largo cartel, amarillo y rojo, que anunciaba con grandes letras de colores diversos los nombres de los artistas que trabajaban en la función. Elena Santa-Cruz, sin zafarse del brazo de Venegas, empezó a leer.

El anuncio decía:

GRAN CIRCO DE PRICE

Temporada de invierno.

COMPAÑÍA ECUESTRE, CÓMICA Y ACROBÁTICA,

FORMADA POR

LOS ARTISTAS MÁS CÉLEBRES DEL MUNDO

ATRACCIÓN MONSTRUO

....

Después había un rostro de clown que reía, como burlándose de los curiosos que se acercan a mirar el cartel.

PROGRAMA DE LA FUNCIÓN

Miss Eldwer, la reina del alambre.

Los excentricos musicales,

Hermanos Darsey.

Sadi-Alí-Komar.

con sus gatos amaestrados.

....

Más abajo, y escrito en llamativos caracteres negros que atraían la atención y le presentaban como la parte más supereminente del programa, decía:

A LAS ONCE EN PUNTO:

Aparición de

TIK-NAY

El payaso inimitable.

....

—¡Ese eres tú!—exclamó la joven con acento de alegría y orgullo pueriles.

Ocuparon uno de los palcos inmediatos al escenario, y ella miraba ávidamente a todos lados; dirigía sus gemelos a las puertas por donde penetraba el público de las galerias; inspeccionaba la pista; las luces, los trapecios suspendidos en medio del salón, junto al techo: quería verlo y saberlo todo; su boquita de niña no se cansaba de hablar, y rogaba a Venegas la explicase las manipulaciones de los empleados que arreglaban el alambre donde Miss Eldwer tra-

bajaría después. José Antonio contestaba con cariñosa y amable expresión paternal. Iba vestido de negro y su enérgico semblante parecía más pálido a la luz de los focos eléctricos; sus cabellos peinados hacia adelante remediaban el desembarazo excesivo de la frente surcada por un pliegue pensativo, y su bigote blanco, de guías retorcidas, daba severidad militar al rostro enjuto y moreno. Cuando resonaron los acordes de la orquesta anunciando que la representación empezaba, la concurrencia era extraordinaria y se rebullía inquieta, con ese murmullo amenazante que parece el grito revelador del alma de las multitudes.

Los ejercicios de la "reina del alambre" no agradaron a Elena, que encontró a Miss Eldwer muy ridícula con sus piernas musculosas y delgadas de hombre corredor; su faldellín negro espolvoreado de lentejuelas, que el aire levantaba a cada pirueta sobre las nalgas, demasiado varoniles, de la artista; su largo cuello adornado con una cinta azul, v la sombrilla japonesa de que se valía, como balancín, para ejecutar sus cabriolas. Pero en cambio rió lealmente las excentricidades musicales de los hermanos Darsey, dos diablos revoltijeros entre cuyas manos todos los objetos adquirían repentinamente una inexplicable sonoridad: las casillas de un tablero de ajedrez donde ejecutaron un vals mientras reñían un partido cuyo jaque-mate fué el acorde final; los ángulos de las mesas, los paraguas, los sombreros, las escobas... Luego apareció Sadi-Alí-Komar, con turbante y sendos calzones ro-

jos, y acompañado de una mujer vestida a la morisca, y que traía en una jaula hasta doce gatos que practicaron graciosísimas hazañas de equilibrio. Después vinieron más acróbatas y amazonas cabalgando sobre bonitos caballos amaestrados, gordos y lucios, con lomos flexibles y ondulantes de serpiente, y ancas pomposas; y otros artistas que fueron realizando los diversos ejercicios del soporífero programa de los circos.

A las once menos cuarto se anunció un descanso de quince minutos. Entonces Venegas dejó su palco, y Elena Santa-Cruz quedó a solas con su curiosidad y su impaciencia, zozobrando entre el orgullo y el miedo de que José Antonio apareciese ante aquel público bullanguero que así podía silbar como aplaudir.

Tik-Nay, el célebre gracioso que tanto hizo reir a Europa, salió rodeado de payasos ataviados con amplios calzones arlequinescos salpicados de lentejuelas y medias lunas con perfiles humanos, los semblantes enharinados y las cabezas cubiertas con gorrillos rojos de forma cónica. Elena le reconoció en seguida.

Vestía Tik-Nay un disfraz estrafrlario nunca visto, y el menos idóneo para excitar la hilaridad. Era un traje negro muy ceñido, sobre el cual un artista habilísimo pintó un esqueleto. Las clavículas, que se reunían al esternón formando con las costillas la caja torácica, iban a juntarse con la columna vertebral, magistralmente simulada por una línea blanca que culebreaba parodiando la concavidad de la cintura

y la convexidad del sacro; y de tal modo estuvo calculada la posición de las caderas y de los fémures, que las turgencias del vientre y de las nalgas quedaban sin relieve; sobre la rodilla jugaba la rótula, y la pantorrilla desaparecía bajo la artística combinación de la tibia y el peroné; los pies eran enteramente blancos, y los dedos, libres de toda sujeción, parecían arañar la arena.

El húmero terminaba en un codo agudo como espolón, y el cúbito y el radio giraban uno sobre otro, dóciles a los movimientos del antebrazo y coadyuva poderosamente al encanto de aquel disfraz macabro; las manos eran blancas también, y los dedos se movían como las patas vigorosas de una araña enorme, Pero lo más famoso y sobresaliente de aquel esqueleto animado era la cabeza, maravillosa invención de un artista encariñado con la muerte. El cráneo, mondo y limado, tenía la brillantez amarillenta del marfil; suprimidas las cejas y las orejas, las mandíbulas mostraban la alegría siniestra de una doble hilera de dientes blancos; los labios y los carrillos quedaron disimulados por una combinación prodigiosa de líneas que acentuaban los pómulos y desquijararon la boca, permitiendo que la calavera riese con una interminable y silenciosa carcajada; y para acabado complemento de la ficción, la nariz y los ojos estaban borrados por una mancha negra; imperceptible la ternilla nasal, las dos ventanas se habían reunido en una, y la única vida del esqueleto resplandecía en el fondo de las órbitas.

Visto a tal distancia y bajo el resplandor alechigado de las luces eléctricas, Tik-Nay, el payaso inimitable, inspiraba frío. Parecía más alto al moverse, sus miembros determinaban singulares reflejos, cual si la luz se rompiese en las aristas cortantes de los huesos, y su calavera tenía toda la expresión de que pueden ser capaces las cosas muertas. Aquello era la encarnación trágica de la risa, la muerte arrancada de su escondrijo y desnudada de sus temerosas apariencias por el escepticismo de la época, saliendo a la pista de un circo para servir de ludibrio a la vida; y cuando Tik-Nay dijo las primeras frases de su mojiganga, la novedad del siniestro embeleco aumentó, pues imposible parecía que aquellas quijadas pudieran moverse, que tal armazón de huesos tuviese capacidad de exhalar sonidos, y que en la oquedad de aquel cráneo quedasen ideas.

Elena Santa-Cruz, que no esperaba ver a Venegas en semejante traza, le contemplaba insaciable; y como un momento el fantasma la miró sonriendo, cerró los ojos aterrorizada, recordando que aquel esqueleto dormía con ella,

Comenzó la bufonada. Los payasos querían atar a Tik-Nay, alma en pena que andaba zancajeando por los cementerios en las noches de luna. Para ello se armaron de espantables garrotes y, alebrados tras unas peñas, esperaron al fantasma. Poco después, en efecto, Tik-Nay, embozado en un lienzo blanco, apareció en el escenario, que representaba un bosque, y fué descendiendo por una rampa hacia la pista; los

rayos de un reflector eléctrico iluminaban su figura, y la luz rielaba sobre su calavera cómicamente; avanzaba parsimonioso; sus pies descarnados herían el suelo con un ruido seco...

A una señal, los emboscados salieron de su escondite y le atacaron; pero al vestiglo no le amilanó el peligro, y desembarazándose a medias de su túnica, se defendió denodadamente esgrimiendo un fémur; su brazo derecho, escueto y largo, parecía un aspa de molino. y aquel hueso que brillaba como una espada de dos filos, porraceaba la cabeza de los otros payasos con un estrépito que hacía reir al público. A cada nuebo golpe Tik-Nay reía también con expresión de venganza satisfecha. En el ardor de la pelea, Venegas se multiplicaba y valía por muchos; avanzaba, ciaba, huía, amagaba a uno para herir a otro, y daba saltos sagaces, evitando los garrotazos enemigos: un chorro de luz ligeramente azulina le seguía a todas partes, y como su osamenta brillaba con singulares cabrilleos, parecía un verdadero esqueleto moviéndose en un rayo de luna. Algunos clownes rodaban maltrechos, pero muy luego se rehacían y tornaban a la carga, menudeando sus golpes. Al cabo lograron su propósito: el fantasma no pudo evitar un porrazo decisivo y cayó al suelo, revuelto en su sudario. Entonces sus enemigos prorrumpieron en gritos jubilosos y empezaron a bailar alrededor del vencido, cogidos de las manos: uno le tocaba con el pie, otro se arrodillaba para olfatearle; los demás formaron un grupo, mirándole desde sus semblantes en-

harinados y burlones, alargados por el miedo. El público reía, batía palmas, mientras Tik-Nay se retorcía con desesperación grotesca, cual si la trompeta del ángel hubiese sonado y quisiera escapar de allí para acudir al Juicio Final.

Terminada la pantomima, José Antonio Venegas reapareció vestido de acróbata, como para desvanecer con la gallarda gentileza de su persona la mala impresión que hubiera causado su lúgubre disfraz: lucía sus piernas robustas, su ancho torso de jayán, sus bíceps poderosos, que se contraían al menor movimiento, y su cuello grueso y musculoso de toro. Le acompañaban otros seis artistas, tan fuertes y jarifos como él: a una señal acudieron a subirse unos encima de otros, formando una especie de árbol funambulesco cuyo tronco era Tik-Nay, quien soportaba sobre sus hombros cuadrados el peso de todos; y en seguida los de arriba empezaron a realizar ejercicios admirables, dando una y dos vueltas en el aire para caer con precisión matemática sobre los brazos del compañero.

Aquella noche tuvo para Elena Santa-Cruz un encanto nunca gustado. Mientras Venegas se desnudaba, la joven acudió a besarle, relamida y mimosa, preguntándole si estaba cansado; José Antonio respondía sonriendo, feliz de recibir aquellos agasajos que tan cálidamente doraban las aburridas lobregueces de su vejez; y cuando estuvieron acostados, Elena, comparando su debilidad con la fuerza de aquel hércules que hubiera podido matarla de un puñetazo, y sin embargo, la retozaba sin lastimarla,

se estrechaba contra él, suspirona y soboncita, como buscando en el dolor un nuevo deleite.

Arreglados los documentos necesarios, Elena Santa-Cruz casó con Venegas, y seguidamente el novel matrimonio se trasladó a un piso segundo de la calle Campomanes, amueblado con las comodidades y el buen gusto que la desahogada posición de Venegas consentía. La sensual afición que los esposos se dedicaban mutuamente, no había declinado con la satisfacción diaria del deseo; muy al contrario, su cariño se efervorizaba y convertía en pasión firme, de profundas raíces. Siempre opinaban igual acerca de todas las cuestiones; y como ni José Antonio ni Elena se preocupaban de la mecánica doméstica, ni tenían el prurito de ser ordenados y económicos, vivían una existencia irregular salpimentada por ese desconcierto que poetiza el hogar da los artistas.

En el piso tercero de la misma casa habitaba César Romero, amigo y compañero de Venegas; hombre de cuarenta y tantos años, que también trabajaba en el Circo disimulado bajo el orientalesco apodo de Sadi-Alí-Komar, el árabe profesor de los gatos amaestrados.

César Romero estaba casado con Renata Blaner, una francesa que conoció en Marsella y le ayudaba en sus ejercicios, disfrazada de mora. Renata era rubia, alta y delgada, con hermosos ojos azules que alegraban un rostro pálido de líneas correctas, y un cuerpo esbelto al que nunca estremeció la maternidad: acaso la convicción de su esterilidad extendió por su semblante un

paño melancólico, y había en su persona algo etéreo que recordaba a esos espíritus vagabundos de que hablan las leyendas escandinavas.

Renata Blaner y Romero observaban una existencia monótona y económica de buenos burgueses, trabajaban mucho y afanaban el garbanzo cuanto podían, resueltos a amasar un capitalito gue les facilitase en la vejez el solaz que su previsión robó a su juventud. Los gatos amaestrados les permitieron vivir hasta allí holgadamente, y suponían que el filón no estaba agotado. Renata cifraba en ellos un afecto de soltero-na que tenía mucho de maternal, y les prodigaba las caricias que hubiese querido emplear en aquellos hijos rebeldes, que no venían. César Romero opinaba de otro modo y los trataba en especulador que sólo aprecia la parte utilitaria de las cosas.

Renata Blaner tuvo el capricho de disecar sus mejores gatos, y allí estaban, en distintas actitudes y metidos en fanales, adornando los ángulos del salón, el recibimiento y la chimenea del comedor: unos eran negros, otros atigrados, había varios de Angora enteramente blancos, y todos mortificaban al espectador con la vidriosa mirada de sus ojos redondos. Los gatos que entonces trabajaban en el Circo, tenían sus padres y tataradeudos más lejanos entre aquellos felinos disecados.

Esta vulgarísima historia gatuna recordaba algo egoísta y repugnante: aquellas generaciones sirvieron para acarrear el dinero que usufructuaba el matrimonio: su bienestar, sus co-

modidades, su vejez abrigada y ahita, todo salió de aquellos animales que vivieron martirizados por la codicia de sus dueños, inconscientes de lo que su trabajo producía y sin merecer ni la gratitud de sus amos, quienes continuaban explotándolos aun después de finados, pues que habían momificado sus cuerpos para que sirviesen de adorno. Bien considerado y reduciendo el asunto a sus proporciones verdaderas, el delito de aquellos honrados burgueses no implicaba un exceso de crueldad, ya que la dura ley del combate por la existencia impone el sacrificio de los animales; pero ¡cuántos mercaderes de la humana miseria tratan a los desheredados de la fortuna con el menosprecio y el mismo indiferente desvío, con que César Romero y Renata Blaner trataban a sus gatos amaestrados!...

Renata y Elena Santa Cruz simpatizaron, lo que ayudó a reforzar la amistad de sus maridos. Renata gustaba de oir a su amiguita, cuya imaginación atropellada la divertía; y Elena admiraba el urbano trato de la francesa, y la caricia de sus dulces ojos azules; mirar de mujer que ha conocido a mucha gente y tiene por norma o pauta de su conducta complacer a todos. Muchas tardes ambos matrimonios comían juntos, y por las noches las dos mujeres ocupaban en el Circo el mismo palco.

En aquellos últimos años, José Antonio Venegas había frecuentado la sociedad de Elisa Conde, a quien trató de mozo, y cuyo recuerdo ocupaba muchas páginas de su historia.

Se conocieron en París y durante algún tiem-

po sus relaciones fueron íntimas; luego se dejaron tranquilamente, sin escándalos ni recriminaciones de mal género, como amantes discretos y bien educados que se cansaron de convivir. Años después, saliendo Tik-Nay una noche del Teatro Real, vió un semblante femenino que trajo a su memoria la imagen de la dulce manceba perdida. Venegas, sin embargo, vacilaba ante aquella mujer, cuyo porte y ademanes revelaban la impecable distinción de medio siglo de vida aristocrática; pero en ella las remembranzas se coordinaron más rápidamente, y habló primero, la voz vibrante de ansiedad:

—¡Pepe!...

Se abrazaron con una efusión que hizo sonreir a los indiferentes espectadores del encuentro.

—¡Mona rubia!... ¿Qué haces aquí?... ¡Y qué hermosa estás... como cuando me dejaste!...

Aguella segunda parte de sus amores no desmereció, en sus comienzos, de la primera: idénticos arrebatos, el mismo infatigable anhelo. Después, los achaques del galán fueron corrigiendo las intemperancias de su sensualidad y sirviéndole de casto antiflogístico. Elisa, que a fuer de mujer experimentada, sabía cuán incurables son los desmayos del cariño, no procuró reconquistarle, prefiriendo tener un buen amigo a un mal amante, y el grato recuerdo que en ambos dejó la primera comunión de su carne trocóse al cabo en una honesta y fiel simpatía.

José Antonio comprendía que la amistad de Elisa era para él como lávaro divino que le orientaba, y en sus ratos de más torva pesadum-

bre, cuando su enfermedad y sus murrias de viejo valetudinario se recrudecían y hallábase más decaído, más triste y más abandonado, Tik-Nay, el payaso inimitable, se dirigía a casa de su antigua querida arrastrando los pies.

Elisa Conde era un temperamento excepcional, resultante de la conjunción de un cuerpo y de un espíritu maravillosamente armónicos. Siendo muy joven casó en Valencia, su ciudad natal, con don Gonzalo del Quintanar, riquísimo caballero emparentado, según rezaban pergaminos, con famosos señores de la más rancia nobleza aragonesa, y que ejercía en París un cargo diplomático.

Las riquezas y el rango político de don Gonzalo, favorecieron las propensiones fastuosas de su mujer. Montado el hogar lujosamente, con ama de llaves, mayordomo, cocinero, marmitones, cocheros, espoliques y demás individuos de la sociedad heril, Elisa Conde gozó una existencia desorbitada de estudiante; y como los años y gravedad de don Gonzalo no se avenían con aquellas travesuras y jiras campestres, y el diplomático era hombre bonachón incapaz de refrenar las aficiones de su consorte, ella fué alejándose de él hasta que la diversidad de sus costumbres consumó la separación que entre ambos inició la diferencia de edades. Elisa tenía un grupo de amigas revoltijeras que la seguían a todas partes, y empezaban a disfrutar de escandalosa notoriedad: se las veía en los palcos de la Comedia Francesa, en las carreras de c llos, en los pintorescos merenderos de Boulo-

gne y Saint-Cloud; o por las mañanas, en el Bosque, pedaleando a lo largo de sus sombrías alamedas, vestidas con trajes varoniles.

Aquella existencia alegre, disipada al aire libre, era la pasión frenética de Elisa: vivía fuera de su casa, lejos de su marido, con amigas que la arrastraban a diversiones nuevas.

Sus fiestas, sin embargo, no eran exclusivamente femeninas: a ellas asistían también hombres escogidos—artistas, aristócratas—y la ingerencia de estos elementos en aquella sociedad de niñas caprichosas se conoció pronto, pues varias de ellas fueron desapareciendo para mejor gozar con sus amantes esa vida lánguida de las orgías silenciosas. Elisa no imitó aquel ejemplo: estimaba absurdo el criterio de las mujeres que truecan un marido crédulo por un amante celoso y tirano; la variedad en el capricho sentimental era lo único que, a su juicio, aminora la gravedad del adulterio; y cuantas veces buscó en éste un alivio, se entregó momentáneamente, como los pájaros que el azar reune, durante las horas de la siesta, en el extremo de una rama.

Así continuó hasta la muerte de don Gonzalo, el cándido diplomático que olvidaba la política doméstica para dedicarse con mayor espacio al concierto de las naciones, y que, por lo mismo, finó dichosamente, al igual del emperador y filósofo Marco Aurelio, autor de unas "Memorias" donde encomia las virtudes de aquella libidinosa Faustina, que le había burlado tantas veces.

Entonces llegaba Elisa Conde al cenit soberbio de su juventud. Tenía la tez blanquísima, el rostro ovalado, la boca grande y fresca, los ojos azules, de mirar procaz y risotero: era alta, elegante y tan hermosa, que cuando iba por la calle anadeando con adorable majestad, los hombres de aquel despreocupado pueblo parisino, que en nada repara, volvían la cabeza para admirar aquella espléndida extranjera que parecía haber empobrecido a su país llevándose todo su oro en la magnífica alegría de sus cabellos rubios.

La muerte de don Gonzalo apenó a Elisa, en cuyo generoso temperamento el amor y la ingratitud se confundían. Su pena, no obstante, hubiera sido mayor a no asegurarla el espejo que los luctuosos arrequives de la viudez avaloraban su persona: pero, como, según la docta opinión de Byron, "el talento, la belleza y la virtud son carga excesiva para una sola mujer", no tardó Elisa Conde en romper las trabas con que la hipocresía entristece los labios de las viudas jóvenes, enamoradas de la risa. Reapereció, pues, en el teatro, en las carreras de Longchamps, o por el Bosque, en bicicleta, y sus amigas tornaron a rodearla y a empujarla por los suaves declives del deseo... y volvieron a comentarse los fugitivos deslices de Elisa Conde, aquella rubia que nunca supo besar como una loca.

Por entoces conoció Elisa a José Navarro, escultor español benemérito, e hizo de él su capricho más firme: por él renunció a su existencia dispendiosa de antaño y a la sociedad de sus

amigas, y bien pudo tomarse por pasión de buena ley lo que acaso fué otro antojo de su carácter veleidoso, que acaso buscaba en la fidelidad un misterio nuevo. Pero si cabe discutir que el escultor inspirase el primer cariño leal de Elisa Conde, es innegable que ella escribió los capítulos más hermosos de la novela de Pepe Navarro.

Siempre andaban juntos y vivían en un cuarto de la calle Marcadet, cerca de Montmartre, En invierno iban al Palacio del Hielo, a patinar, paseando el fuego de su amor sobre aquella bruñida superficie helada, y en los días bonancibles se marchaban al campo. Era una arrogante pareja: él, fornido, jarifo, moreno. con ese rostro movible y expresivo de los temperamentos meridionales; ella, ondulante, lagotera, lasciva, cubriéndole siempre bajo la dulcísima expresión de sus ojos azules. En verano iban a Dieppe o al Havre; y si los trabajos de Navarro les obligaban a permanecer en París, distraían las calurosas tardes estivales en los bosques de Saint-Cloud. Allí merendaban, sobre la hierba. Desde el sitio donde acostumbraban a sentarse veían el Sena, ese río siniestro que arrastró las cenizas de Juana de Arco y que ha dejado sin padre a tantos hijos, y abarcaban el grandioso panorama de París, cuyas torres incendiaban los fulgores del sol poniente: al anochecer los faroles iban salpicando el horizonte de puntos ígneos que latían como corazones, y más tarde, ya bien entrada la noche, la enorme ciudad aparecía bajo el nimbo rojizo formado por el refle-

jo de sus millones de luminarias. Elisa y Pepe Navarro contemplaban el paisaje ensimismados, cual si escuchasen el silencio, ese lenguaje brujo de los campos solitarios, y contemplando el cielo como si en él deletreasen las leyes que determinaron el perihelio de sus dos corazones: y a veces la laxitud de sus miembros era tal, que se quedaban dormidos, el uno en brazos del otro, hociqueándose como ratoncitos enamorados.

La índole tormentosa de estos amoríos influyó en la labor de Pepe Navarro. La imagen de la querida llenó el cerebro del artista: era algo invasor que crecía y se entronizaba, eclipsando el tipo femenino que hasta entonces inspiró sus fantasías.

Desde mucho tiempo atrás rebuscaba Navarro una creación original que personificase la Juventud, el Amor y el Vino, supremas raíces de la alegría, y jamás halló nada que concretase aquel concepto indeciso que flotaba en su mente y acaso fuese su obra mejor.

Había recurrido al mundo clásico, a las bacantes y a los sátiros lascivos coronados de pámpanos, y también bocetó una obra en la que un militar borracho retozaba con una joven desnuda; mas lo primero le parecía trillado, propio únicamente de artistas a quienes la musa desdeña, y lo segundo lo encontraba vulgar, inexpresivo y de mal gusto. Por otra parte, él pretendía reasumir su pensamiento en una figura nada más; que, pues, la vida es única, sola también debía estar la escultura que la expresase: la que

celebrase el Amor, galope deleitoso de la carne, la Juventud, amanecer dorado de la vida, y la Embriaguez, divina mordaza de la razón... Estas tres fases del humano regocijo necesitaban ir juntas para que el símbolo fuese perfecto, porque la borrachera, por sí sola, es vicio que degrada a quien lo padece; y el amor sin juventud, es lujuria fea y triste; y la juventud sin amor y sin delirios, tierra estéril, pájaro que no canta, flor mortuoria.

Pepe Navarro no acababa de hallar el intríngulis resolutorio de aquella trinidad profana. Sus modelos no le ayudaban: de poco le servía la hermosura de algunas pavisosas; sus bocas reían sin gracia, sus ojos carecían de expresión, sus ademanes no tenían ese aturdimiento de los temperamentos saludables poseídos del contento de vivir; hembras que apenas excitaban los sentidos y se ofrecían desnudas y frías, como esas viejas estatuas, cubiertas de musgo, que adornan los estanques... Y únicamente creyó poder darle a su obra donoso epílogo y remate, cuando su depurado instinto artístico reconoció que Elisa atesoraba la hermosura y la gracia que pueden infundir en la piedra el temblor de la inmortalidad.

Animado de este pensamiento habló a la joven, procurando contagiarla su deseo: él trabajaría con sobrehumano ahinco en aquella obra maestra de su inspiración; pero precisaba que ella le ayudase en tan ambicioso intento, decidiéndose a ofrecerse a la posteridad en la adorable y lujuriante desnudez de su cuerpo inta-

chable, como la griega desconocida que sirvió de modelo para la Venus de Milo, la diosa que vive y vivirá eternamente, a despecho del arte cristiano. Elisa Conde accedió gustosa, feliz de asistir en vida al triunfo universal de su belleza, que tantas victorias parciales había conquistado, y artista y modelo pusieron manos a su obra.

Rápidamente concibió Pepe Navarro la visión neta de la actitud que su estatua había de tener, y sin vacilaciones modeló la figulina que más tarde trasladaría al mármol.

Era verano y por las ventanas abiertas del estudio aparecía la fronda opulenta de un parque vecino; más allá, cerrando el horizonte, ondulaban cerros cubiertos de verdura: el aire era tibio, y bajo un espléndido chorro de sol volaban bulliciosos moscones tornasolados que recorrían el taller, tropezando con las paredes, y luego huían, ávidos de luz, prolongando a través de la atmósfera ardiente su lujurioso zumbido vernal.

Elisa Conde "posó" en un ángulo del salón, ante unos graves cortinajes de terciopelo negro que Pepe Navarro dispuso para realzar los perfiles rotundos del modelo. Por consejo del escultor Elisa aparecía de pie en medio de un barril roto, las piernas casi juntas, el busto echado hacia atrás, en la provocante actitud de la mujer que se entrega; la mano izquierda en la nuca, como sujetando la delirante cabeza que oscila, mientras el brazo derecho, extendido, presentaba una copa vacía.

El cuerpo de Elisa no tenía ese color mate, cálido y aterciopelado, de la piel morena; sus carnes blanquísimas fulgían a la luz tersas y limadas; las piernas gráciles, las salientes caderas, de impecable morbidez, y el vientre amplio y duro de hembra joven que nunca ha sido madre; los pechos, perfectamente cónicos, pequeñines y firmes, rematados por sonrosados pezones, semejantes a volcanes; esas ubres monstruosas por donde la Tierra desahoga el humor que arranca a sus entrañas las convulsiones de su maternidad. La cabeza. derribada atrás, mostraba una garganta de perfiles suaves, y su abundosa cabellera rubia parecía sobre sus hombros blancos como una mancha de sol que dorase un pedazo de nieve. Y correspondiendo a esta actitud gallarda estaba su rostro de mujer sensual; con los ojos entornados, la nariz dilatada, la boca entreabierta, en petición de besos ardientes, que no llegaban. No tenía la actitud pudorosa, casi mística, de la Venus de Milo, preocupada en no dejar caer el peplo que ciñe y cubre a medias sus caderas; ni la posición, excesivamente descocada, de la Venus Callipige, que adornó los baños de Caracalla y vive en el Museo de Nápoles, mirándose las nalgas en una contorsión suprema: su ademán era un alarde triunfante de impudicia, de alegría loca y de lujuria, que una belleza espléndida corregía y justificaba. Su actitud simbolizaba el amor, la embriaguez, la locura, nodriza del olvido y del deleite, saliendo de la solera del barril vacío y roto; era la personificación de cuanto hay en el mun-

do de apetecible, el espíritu clásico del mosto, invitando a la orgía y a la risa.

Cerca de un año empleó Pepe Navarro en concluir su obra; pero las zozobras de su labor quedaron recompensadas largamente. Fué un acontecimiento artístico; los periódicos parisinos de más fuste le consagraron detenidos artículos encomiásticos; varios críticos discutieron la psicología de la escultura, alabándola unos e impugnándola rudamente los que alardeaban de puritanos, pero conviniendo todos en que Navarro tenía la bravura del genio; los fotógrafos se apresuraron a retratar la famosa "Venus Loca" que lucía en el Museo de Luxemburgo las desnudeces de su lujuriante hermosura, y numerosos artistas copiaron en bronce, mármol y yeso, aquella Venus digna competidora de la deslumbrante pléyade de Venus paganas.

Si Pepe Navarro estaba satisfecho de aquel aplauso europeo unánime, no era menor el contento de Elisa Conde, que asistía a la apoteosis de su belleza viéndose reproducida en todas partes y comprobando la admiración que su gallardía causaba en el mundo inteligente de los artistas; y su femenil vanidad calculaba también la humillación de las demás mujeres ante su hermosura triunfadora, y cómo todos los hombres la desearían con un deseo anodino que no llegaba directamente a ella, pero que la acariciaba con el ardiente arrullo de la admiración universal. Todos anhelarían poseerla, todos se habrían prosternado a sus pies por merecer de ella una noche de amor, por estrechar el talle

mimbreante de aquel cuerpo caído hacia atrás en una contorsión de deleite, y por acariciar con sus labios las morbideces de aquellas caderas amplias de gozadora. Este sentimiento represado la seducía y esponjaba; era un hálito de sensualidad, un bramido febril de lujuria, que sería inextinguible por cuanto no había de quedar saciado. Al propio tiempo experimentaba la alegría de pasar a la posteridad, y de que su cuerpo desnudo fuese encendiendo en las generaciones venideras idéntico arrebato sensual: los hijos de los hijos acudirían a quemar a los pies de su venustidad el incienso de su deseo, y esta esperanza de inmortalidad engreía y fortificaba su amor a la vida, el sentimiento más intenso de aquella orgullosa coqueta que siempre halló pequeña la frente de la Venus de Milo.

Desde aquel momento las calles de París brindaron a los dos amantes un hechizo nuevo. Salían a recorrer las tiendas para mirar las reproducciones de la obra cuyo éxito compartían, a codearse con aquella multitud que les admiraba, sin conocerles, y animados por ese sentimiento de presunción inocente que lleva a los escritores jóvenes ante las librerías donde exhiben sus primeros libros.

Reutlinger, el célebre fotógrafo de las actrices, vendió millares de fotografías de la Venus Loca; en las tiendas de objetos de bronce aparecieron numerosas reproducciones de aquella estatua con que todos los aficionados a novedades artísticas querían adornar la chimenea de su despacho; y Goldscheider y otros muchos comer-

ciantes de los grandes "boulevares", exhibían entre relojes de bronce, tinteros de acero repujado, ánforas tornasoladas, caprichos japoneses y jarrones adornados con macaquitos de rostro marfileño y trajes brillantes, a la célebre Venus Loca, surgiendo, con la deslumbrante blancura de su cuerpo marmóreo anegado en la luz nimbada de los focos eléctricos, del cortinaje cerúleo que servía de fondo a las vidrieras.

Rodeada de objetos obscuros su blancura esclavizaba las miradas: la luz bruñía las sinuosidades y perfiles de su cuerpo, acentuaba la morbidez de las líneas y, al reforzar las sombras, exaltaba las turgencias de los pechos y del vientre. Y siempre era la misma vacante borracha, que incitaba al placer: con los ojos entornados, la boca entreabierta, el cuerpo inclinado atrás, presentando una copa vacía y saliendo de un barril roto, como expresión plástica del espíritu revoltijero del mosto que había contenido.

El ruido de aquel triunfo reavivó el cariño de ambos amantes, consumando el enlace que la comunión de su carne había comenzado. Elisa parecía metamorfoseada, y su espíritu independiente se amoldaba sin esfuerzo al de Pepe Navarro, en quien había encontrado la elevación mental y el apasionamiento que no tuvo ninguno de los galanes que hasta allí conoció. El escultor era bueno, caprichoso, alegre; era infantil...

Frecuentemente, estando acostados, dijo Navarro:

—¿Quieres ver salir el sol?

Y ella, a quien lo imprevisto cautivaba, asentía palmoteando, y se levantaban y salían a la calle sin que les detuviese ni la hora, ni la fatiga, ni el mal tiempo, ni la distancia.

Una tarde regresaban de las carreras de Vincennes; Elisa vestía su mejor traje. Al cruzar ante un comercio, a cuya puerta había dos grandes cestas de huevos, dijo ella:

—¡Cómo me gustaría echarme ahí, para oir el crujido de los cascarones y ver la estupefacción de los transeuntes!...

Navarro no la dejó concluir y, bruscamente, la empujó sobre una de las cestas. Desvanecida la primera impresión, que fué de estupor, Elisa comenzó a reir a carcajadas, desdeñando la magnífica falda que acababa de estropear. De este capricho, tan pronto concebido como satisfecho, guardó la joven un imperecedero y rogocijado recuerdo.

Pero la página más famosa de su novela la vivieron otro día.

Habían comido en un café inmediato a la estación de San Lorenzo; el día lo pasaron en Versalles, visitando el museo y los parques de Luis XIV; fué una jira deliciosa, sazonada con todos los fuertes goces que proporcionan a los amantes los campos solitarios: almorzaron bien, bebieron mucho, no cediendo la cantidad a la supereminente calidad de los vinos trasegados, y hallaron ocasiones a granel de gustar los mismos voluptuosos divertimientos que dieron al Parque de los Ciervos su celebridad. Luego de comer se hallaron en ese estado de em-

briaguez que finge sencillos y hacederos los mayores disparates: Pepe Navarro estaba intranquilo y bravío como un garañón; Elisa Conde, excitada y lagotera, los ojos inquietos y el pelo descompuesto por los desórdenes de la jornada, alentaba con aquella sensualidad que animaba los labios sutibundos de la Venus Loca. De pronto, él tuvo un capricho que podía acarrear peligrosas consecuencias: el de retozar a su querida en la calle y sobre un coche lanzado a escape.

—¿Te atreves?...

Ella vaciló: después, pensando en lo grato que les sería recordar aquella calaverada sin ejemplo, asintió entusiasmada.

—Sí, vamos—contestó resueltamente—; ¿por qué no?

Subió a uno de los coches estacionados delante de San Lázaro, mientras el escultor explicaba al cochero su propósito y el itinerario que habían de seguir. El primer movimiento del auriga fué de sorpresa, y volvió la espalda sin querer escuchar; luego fué amansándose hasta tornarse razonable: todo era cuestión de dinero, y un servicio, que podía costarle varios meses de prisión, merecía cobrarse a buen precio. Navarro llevó a su interlocutor a una taberna; el cochero bebió una copa de "absintho", después otra, en tanto el escultor le enternecía con sus ofertas y le aseguraba que la aventura era de fácil ejecución. Al octavo "absintho", el cochero, mareado, accedió, pero exigiendo diez luises; ni un tranco menos. Dióselos Navarro por anti-

cipado y aun le prometió una buena propina si conseguía sacarle airosamente del apuro, con lo cual trepó el auriga al pescante y Elisa y Pepe Navarro se acomodaron en el vehículo, que echó a rodar por la calle Auber en dirección al teatro de la Gran Opera.

Era una calurosa tarde de junio; los escaparates de las tiendas empezaban a iluminarse, dibujando manchas luminosas sobre las aceras. El cochero, que estaba en ese primer período audaz y retozón de la borrachera, chasqueaba el látigo y miraba risueño a los amantes, como hombre listo que comprende su situación; el caballo avanzaba al paso, hiriendo el suelo con sus poderosas herraduras: era un animal negro y de buena estampa, que levantaba las manos al andar. La soñarrera de Elisa iban disipándola el vientecillo y el antojo de escandalizar a París con aquella explosión de impudicia, como antes lo había admirado con su belleza, y de humillar con las contorsiones de su carne a todo aquel pueblo que la deseaba, mostrándosele en visión fugitiva, como una bacante escapada del templo de Baco.

—Esto será tremendo—decía el escultor—; pero también artístico, hermoso, con esa hermosura sojuzgadora de todo lo grande...

Y ella murmuraba, distraída:

—¡Sí sí... muy hermoso!...

Tenía la mirada incierta y brillante, las mejillas encendidas, el pelo salpicado de briznas de hierba. Pepe Navarro la estrechaba el talle, pesando el pro y el contra de su endemoniada tra-

vesura y observando a los transeuntes, que parecían mirarles con insistencia. Sin embargo, ya era imposible arrepentirse: el asunto estaba resuelto, el deseo sobre las armas... Al llegar frente al teatro y fiel a un grito imperioso del escultor, el cochero fustigó briosamente al caballo, que partió al galope, rompiendo la maraña de vehículos que circulaban a lo largo de los grandes "boulevares", y lanzándose a escape por la magnífica avenida de la Opera. Muchos espectadores, creyendo que el caballo iba desbocado, empezaron a gritar:

—¡Cuidado! ¡Fuera de ahí!... ¡Cuidado!...

Hubo unos momentos de confusión: varios caballos se encabritaron y empezaron a recular asustando a los que iban detrás, que también retrocedieron. Interrumpióse la circulación. Un ómnibus que venía de la Magdalena arrolló a un tílburi, creció el barullo y resonó un grito agudo de mujer asustada. En aquel momento la Avenida despejada ofrecía un aspecto grandioso y fantástico, con sus grandes focos eléctricos y las vidrieras de sus comercios profusamente alumbrados. Sin perder tiempo, Pepe Navarro cogió a la joven por la cintura y, sofaldándola rápidamente, púsola a horcajadas sobre sus rodillas, mientras increpaba al cochero con voz que el deseo y el temor enronquecían:

—¡Anda, anda!... ¡Aprisa, aprisa!...

Y el auriga, en pie, fustigó al caballo, incitándolo a correr con gritos descompuestos. Pero la multitud había comprendido el movimiento del escultor y la actitud de Elisa, que le enlazaba en-

tre sus brazos: enseñaba sus piernas impecables de diosa, y el aire recogido en la carrera agitaba sus vestidos azotando en los vaivenes más fuertes su carne insensible al pudor. Muchos la reconocieron: ¡era ella, la Venus Local... y por el ambiente de la calle pasó una bocanada calenturienta de deseo, abrasadora como el resoplido de una fragua.

Entonces tuvo Elisa Conde una sensación extraordinaria, rayana en lo sublime. Sus ojos abarcaban el grandioso panorama de la Plaza de la Opera, con el teatro al frente, y vió desfilar a derecha e izquierda multitud de tiendas diversas: el Café de París, espléndidamente iluminado; los comercios árabes de Mikado y de Ibrahim, con sus espingardas y sus abigarrados pañolones filipinos; y simultáneamente comprendió el efecto que su aparición producía en la multitud. Aquello era un bofetón, y los transeuntes lo sintieron en las mejillas y temblaron. Aquel público lo componían padres que iban con niñas a quienes el pecado está prohibido; esposos que bostezaban del brazo de sus mujeres; señoras encopetadas que si, por prudencia, se abstienen de tomar amantes, tienen espoliques discretos que las divierten y doncellas bonitas que las desnudan; y todos padecían la afrenta que ella, en tal momento, les causaba, y todos la miraban, unos con sorpresa, otros con indignación, muchos estupefactos, la boca y los ojos abiertos con imbécil curiosidad. Aquello era una represalia, la venganza del individuo contra la sociedad mojigata que le prescribe, desde el

corte de sus vestidos hasta los lugares en que puede consagrarse a amar, y así mata cuanto hay en él de más espontáneo... Pues ella se complacía en rebelarse contra tantas imposiciones sofocantes. ¿A qué seguir el ejemplo cobarde de esas mujeres, honestas al parecer, y que luego mancillan el honor conyugal en el hipócrita misterio de las alcobas cerradas?... ¿Por qué no humillar públicamente a tantos centenares de meretrices nobilísimas con aquel alarde temerario de su caprichosa sensualidad?... ¿Por qué no pregonar lo que todos sabían y callaban?...

Esto pensaba Elisa y sentíase encumbrada y deificada en aquella carrera triunfal que recordaba las orgías públicas de la Roma decadente, y que ella realizaba a través de París, como recordándole que las pasiones humanas no han cambiado en diez y nueve siglos de cristianismo, y que las tradiciones de Babilonia y de Chipre no se han olvidado; medio desnuda, sobajada por aquel hombre que la llevaba sobre sus rodillas y que murmuraba anhelante: —"¡Anda, anda!... ¡Aprisa, aprisa!..."; sintiendo en sus carnes los cosquilleos del viento cálido de aquella tarde estival y levantando a su paso un clamoreo en que había voces de miedo, de denuesto, de admiración, tal vez... El rugido formidable de lujuria lanzado, como trueno apocalíptico, por toda aquella multitud que la había deseado; y luego, cuando la dulce congoja llegó, entornó los párpados, dejó caer la cabeza hacia atrás y ya sólo percibió los desesperados estremeci-

mientos del vehículo que huía sobre el asfalto, con un ruido sordo...

Meses después, Elisa Conde y su amante riñeron; veleidades del escultor provocaron el disgusto y Elisa volvió a sentirse libre, admirada de que aquel rompimiento no la contristase.

A poco conoció a José Antonio Venegas, el famoso Tik-Nay, de Folies-Bergères, y se dió a él cautivada por la agilidad y vigor de sus ejercicios, como aquellas lascivas matronas que se entregaban a los gladiadores buscando entre sus brazos las fuertes caricias que las ninfas recibían de los dioses inmortales.

Pero estas relaciones tampoco fueron duraderas, pues las pasiones de Elisa, lejos de arraigarse con el hábito, morían a manos de la costumbre.

Venegas marchó a Londres contratado, y cuando regresó a París nadie pudo decirle el paradero de Elisa. Mucho tiempo después recibió una carta, fechada en Nápoles, en la que Elisa Conde le describía su vida con increíble naturalidad, cual si se hubieran despedido la víspera. La carta concluía así:

"... Nunca he gozado del placer de vivir tanto como ahora; todo me alegra, todo me sonríe, y creo que este regocijo contribuye a eternizar la lozanía de mi juventud: las brisas salutíferas del mar ensanchan mis pulmones y arrebolan mis mejillas con oleadas de sangre nueva; mi espíritu se mece en los indecisos vapores del recuerdo, arrullado por los ecos de este golfo murmu-

rador; mis pupilas, ávidas de colores vivos, se bañan en la luz del Mediodía... Soy feliz, completamente feliz... ¿Y tú?...“

Con esto borraba la mala impresión de su fuga y satisfacía su empeño de convertir en amigos a todos sus amantes, ya que la amistad, por ser un sentimiento prudente, dura más que el deseo.

Cuando años después los vaivenes de la vida reunieron a José Antonio Venegas y a Elisa Conde en Madrid, todavía la antigua modelo conservaba aquella belleza picante y cascabelera de la Venus Loca. Su rostro se había redondeado y la mirada de sus grandes ojos azules era más serena, más triste; pero su dentadura y sus labios permanecían tan limpios, frescos, graciosos y apetecibles como antes; y con sus ricas batas de vivos colores, su elevada estatura, su seno turgente, sus caderas amplias y firmes, de majestuosos contoneos, su garganta mórbida y su cabellera rubia salpicada de hilos plateados, deslumbraba aún, semejante a una espléndida diosa encanecida: magnífica como Cibeles, con su frente coronada de torres; solemne y radiante como Tanit, bajo cuyo manto se cubrió el amante de Salambó para huir de Cartago; bella, codiciable, encastillada tras una indeclinable juventud, cual si yaciese sumida en un remanso de la corriente de la vida y olvidada del Tiempo.

Lo que más contribuía al afeite de su persona era su alegría infantil, porque el contento ínti-

mo es la alíptica que mejor defiende la tersura y madorosa suavidad de la piel.

Elisa era joven porque nunca amó ni sufrió, y porque fué estéril; habia nacido para el deleite, no para la maternidad. Nunca conoció las molestias que el tálamo acarrea a las pobres burguesitas que cambian—inocentes—la tranquilidad de su soltería por algunos segundos menguados de deleite fecundo; ni sufrió los vómitos, los mareos, la pesadez y demás síntomas heraldos del embarazo; ni su semblante se cubrió bajo el paño con que la maternidad afea a sus elegidas, ni sitió en sus profundos los escarabajeos del nuevo ser que luego nacería desgarrándola; y como su cuerpo no padeció ese largo calvario de dolores, tampoco su alma experimentó las asechanzas de la pasión, ni el anhelo mortal de las citas, ni las zozobras de la despedida, ni los celos, ni aquel torturador afán de escudriñar al ser querido y de leerle en los ojos y en la frente los pensamientos... Nada de esto marchitó el espíritu de la Venus Loca, duro y limado como firmes, limadas y marmóreas, eran sus espléndidas carnes de rubia; y por eso su corazón permaneció lozano y en perdurable juventud a despecho del frío de los años, como un pino, siempre verde, en medio de la nieve.

Elisa no guardaba recuerdos; y si alguna vez quiso repasar los años vividos, su memoria tuvo la rara virtud de evocar exclusivamente los episodios alegres; que las remembranzas, a su juicio, son las tumbas donde el espíritu encierra los hechos pasados, y vivir de recuerdos es un

capricho tan melancólico como el de alquilar una casa con vistas a un cementerio...

Estas felices expansiones de su temperamento provocaban en ella ciertos histerismos sentimentales: su amor ferviente a la vida y el miedo a perder aquella juventud que prolongaba victoriosamente a despecho de sus cincuenta años, constituían sus únicas preocupaciones. La idea de morir la producía terror invencible.

Los cementerios pueblerinos, sobre todo, concretaban a sus ojos la forma más espantosa de la muerte.

¡Qué solos están!...

Allí, los labriegos que vivieron sujetos a la tierra son entregados, sin otro amparo que un endeble ataúd, a la voracidad de aquel mismo suelo que hirieron tantas veces con sus arados; y allí quedan, expuestos a las inclemencias del cielo, sin losas sepulcrales que les defiendan del agua que llueven las nubes y penetra libremente por las hendeduras del terreno.

Ella había visitado casualmente una de esas necrópolis lugareñas, y aún conservaba su molesta impresión: las flores silvestres, las ortigas y los jaramagos crecían lozanos sobre aquel suelo rico en abonos, y entre los hierbajos yacían huesos desperdigados: junto a una cruz negra, de madera, había una calavera rota que bostezaba. ¡Campos de silencio!... Diríase que los enterrados allí mueren dos veces y que los ecos de la trompeta del Juicio, de que habla la leyenda mística, no han de llegar a ellos.

Aquella obscuridad y aquel reposo eran la pe-

sadilla de Elisa Conde. Los grandes monumentos funerarios también la repugnaban: nadie podía convencerla de que las pirámides egipcias no pesen demasiado sobre las momias; admiraba a los romanos que pedían les enterrasen en ciertas calles para estar más acompañados, y escuchar tal vez las risas de los enamorados que se sentaban a retozar encima de las tumbas. Ella quería, como Musset, tener un sepulcro sombreado por un sauce; comprendía que el marqués de Villena ordenase encerrar sus restos en una redoma, y hubiera deseado que alguien hiciese con su cadáver lo que Palloy con las piedras de la Bastilla: todo su afán estribaba en no renunciar al ruido, ni al calor solar, y nadie, como ella, comprendía la ansiedad con que Goethe murió pidiendo:—"¡Luz, luz!"...

Elisa habitaba en la calle del Prado, un piso principal lujosamente decorado.

Los muebles del comedor eran de nogal tallado, estilo Renacimiento; sobre la mesa, capaz para doce personas, pendía una magnífica araña de cristal, obra de Salviati; delante del espejo de la chimenea habia un reloj de bronce de alto mérito histórico; cubrían las paredes tapices de Watteau y Boucher, y exornaban los ángulos jarrones de Delft, de colores suaves. El salón era una vasta habitación rectangular con tres balcones, autorizada por una rica sillería de terciopelo blanco recamado en oro, del estilo Luis XIV más puro; los cortinajes de las puertas eran del mismo color y calidad, y los testeros principales se adornaban con cuadros dispuestos en artis-

tico desorden, y amplios espejos que reforzaban pródigamente las dimensiones y luces de la sala.

Pero la habitación favorita de Elisa Conde era el gabinete contiguo al salón. Las rinconeras estaban cargadas de porcelanas japonesas, y en el respaldo de los muebles y sobre las finísimas esterillas de junco que tapizaban las paredes, había pajarracos zancudos que revoloteaban sobre ríos de añil, y macaquitos de rostro redondo y cerámico, vestidos con largos mantos de color escarlata: sobre la chimenea triunfaba un espejo que devolvía las luces del salón, y en el centro, y a modo de columna, la barra de una enorme sombrilla japonesa que cubría el techo y llegaba a las paredes, daba al gabinete el pintoresco aspecto de una tienda de campaña. Cerca del balcón, bajo el pabellón formado por los cortinajes de la ventana, una estatua en mármol, imitación feliz de la Venus Loca, del Luxemburgo, perpetuaba la belleza impoluta de la antigua modelo, blanca, garrida, sensual, vivificada por aquel hálito soberano de juventud que el artista supo infundirla.

La estatua daba el perfil a un espejo y su parte posterior, iluminada por la luz de la ventana, brillaba alegremente sobre la superficie límpida del cristal... Y allí seguía, la loca cabeza caída hacia atrás, el seno levantado, el brazo derecho extendido, presentando una copa vacía, el dorso quebrado, para acentuar con la concavidad de la cintura la pomposidad de sus nalgas de gozadora; todo ello brillando con la victoriosa

tersura de la carne joven e invitando al deleite, fecundo manantial de la vida, divino labrador que arranca del campo de la memoria la cizaña importuna de los recuerdos.

Aquella estatua simbolizaba todo el mundo, interno o psicológico de Elisa: al igual de ella su alma manteníase joven, radiante, sin languideces ni arrugas, y tan alegre y abastada de ilusiones perladas, como a los veinte años. Sin duda su espíritu tenía algo de marmóreo también, pues que tan insignificantes eran las mellas que el hastío de las pasiones satisfechas causaron en él; y si por efecto de una metempsicosis inconcebible se hubiera infundido el alma de la mujer en las entrañas de la piedra, dando palpitaciones al corazón y fuego a las pupilas y morbidez a las carnes lapidarias, habría resucitado la Venus Loca, pizpireta y risotera, de otros tiempos.

En aquel lujoso retiro prolongaba Elisa las mundanas costumbres de su pasado, y vivía ajena de anhelos y cuidados, disfrutando las rentas pingües que heredara de aquel paciente don Gonzalo del Quintanar, cuyo retrato parecía observarla desde un ángulo del salón, altivo bajo su levita abrochada, con sus cruces y cintajos nobiliarios, su rostro terso de anciano presumido, los ojos un poco cerrados, cual si le molestase la luz o le ofendiese aquella pública exhibición de las desnudeces de su esposa.

Elisa Conde buscaba el regocijo que el tiempo iba robándola en el alocado buen humor de las generaciones jóvenes. Como todos los sen-

timientos son contagiosos, el ajeno contento provocaba el suyo, excitándola a hablar, a discutir, apasionándola y distrayéndola; y cuando todos reían, ella, seducida por las algazaras del mundo alegre que tanto amó, olvidaba la melancólica gravedad de sus años y reía también.

Su casa era una especie de círculo donde solían reunirse escritores y artistas jóvenes: Mariano Cortés, novelista emérito, aunque poco conocido, a quien aseguraban un porvenir brillante; Francisco Cárdenas, poeta romántico que profesaba a Elisa Conde un amor inconfesado y respetuoso; afecto que ella fingía desconocer, pero que la enorgullecía y esponjaba, probándola que todavía su vejez excitaba al deseo; el pintor Fernando Pérez Esteban, conversador amenísimo, pero de menguados alcances artísticos; y el músico Sánchez Garfin, viejo sesentón, hilarante y turbulento como un cascabel. Siempre estaba charlando y su voz aguda y los guiños truhanescos de su rostro, excitaban al contento: era pequeño y regordete; en su cabeza grande, orlada de cabellos canos, nunca entraba el peine; imitaba con el violoncelo los gritos de muchos animales y toda clase de carcajadas, desde las agudas de mujer nerviosa a las más graves; unas parecían francas y leales, otras sarcásticas. Esta hilaridad repentina del violoncelo era contagiosa, y los contertulios se descoyuntaban de risa. Asimismo remedaba a maravilla los bostezos, y una noche hizo bostezar a toda la reunión; y como era enamorado y marrullero y no perdía ocasión de holgarse, era notorio que

ni aun a las criadas feas desdeñaba y que se valía de aquellas triquiñuelas para engatusarlas. También iban allí, aunque con menos frecuencia, Paco Vergara, crítico muy erudito y mordaz, que ennoblecía con sus artículos las columnas de "La República"; y José Antonio Venegas, el famoso Tik-Nay, del Circo de Price.

Las tertulias se formaban habitualmente de noche y en el gabinete japonés. Elisa Conde presidía la reunión desde un diván, y sus amigos se instalaban a su alrededor o paseaban por la sala. Y en medio de aquellas habitaciones lujosamente amuebladas, la figura de la nueva Tais, con su cabellera rubia, su estatura varonil y sus vistosas batas de seda, se magnificaba y adquiría avasallador valimiento.

El anciano payaso, aun después de casado, siguió asistiendo a las tertulias de la Venus Loca, porque la presencia de aquella mujer, bienhechora como un eucalipto, parecía trasladarle a tiempos felices de mocedad; pero, al cabo, el bullicioso contento de la tertulia no remediaba sus murrias y, aunque bromeaba siguiendo la corriente general, su risa, por ser reflejo de la ajena, era fría como el fulgor de los astros que no brillan con luz propia.

Allí conoció Venegas a Juanito Romero, sobrino de César Romero, el falso árabe profesor de los gatos amaestrados. Juanito vivía en Madrid, so capa de estudiar leyes; era muy amigo de todos los contertulios de Elisa, y, auque no tenía ínfulas de artista, ni dinero, ni una guapeza sojuzgadora, pronto supo granjearse las sim-

patías de la antigua modelo, que le recibía secretamente y a horas en que no estaba visible para nadie.

La casualidad habia reunido al viejo Tik-Nay y a Juanito Romero, y con el apretón de manos con que rubricaron su amistad, el Destino echaba el primer nudo de la maraña que más adelante había de ligar aquellos dos hombres tan diversos y pertenecientes a dos generaciones tan distintas.

IV

EL rejuvenecimiento de José Antonio, como todos los estados psicológicos no espontáneos, empezó a decaer apenas aquél fué amoldándose a las costumbres de su nuevo estado. Durante algún tiempo todo pareció aunarse para devolverle la perdida salud: su novelesco tropiezo con Elena Santa-Cruz y el carácter vehemente y voluble de aquella niña abrasada en deseos extraordinarios; y después, los primeros dias pasados en Madrid, sus largas excursiones por la Moncloa, bajo los árboles, ambulando distraído, inconsciente, como recobrándose del inmenso trabajo de ser hombre; y más aún aquello de tener un hogar cómodo, alegrado por una mujer inteligente, risueña, limpia y joven; aquel continuo platicar con ella de todo y de nada; aquellas noches, siempre diferentes, con caricias nuevas, con palabras nunca oídas, y languideces elocuentes, sin embargo, como el más inspirado epitalamio.., Todo concurrió a producir idéntico efecto reparador, y José Antonio se

creyó salvado, puesto que Elena era su felicidad y aquella felicidad dormía con él.

Mas su esperanza flaqueó pronto: su curación hubiérase afianzado a ser el germen de su dolencia puramente psicológico, porque el alma es olvidadiza y traidora por antonomasia; pero el origen de su quebranto estaba en el cuerpo, en sus nervios heridos; y así, inexorable, la ataxia levantó de nuevo la cabeza, reclamando su presa. Aquella ataxia, reprimida hasta allí por la existencia vigorizadora de los circos, era el triste recuerdo de su amor primero, el legado aterrador de aquel idilio que finó en tragedia; era la maldición del viejo Leandro, cuya sombra pedía venganza y que murió riendo, cual si, al enloquecer, hubiera entrevisto la futilidad de las cosas humanas y querido mofarse de todo...

José Antonio Venegas se había engañado respecto a la firmeza de su flamante pasión, y pronto reconoció desolado que toda su obra se resquebrajaba, desmoronándose en pedazos, y que tras ella se hundía él también.

Apuradas las emociones de los primeros días, los paseos se le antojaron aburridos, y encontró insípido y monótono lo que antes estimara original: las comidas perdieron su contento; de noche, pese a sus esfuerzos, el sueño ahuyentaba al amor, y, cual obedeciendo al repentino desprestigio de la mujer idealizada, la casa iba pareciéndole menos alegre, hallándola triste y deslucida, como traje que fué bueno y que luego el uso dejó raído y muy para poco.

Todo lo propio cansa, y así son contados los

felices que sueñan con la mujer que duerme a su lado. Diríase que el hastío de Tik-Nay era como moscón testarudo que vuelve si una vez se le espanta, de hálito ponzoñoso que penetraba en su casa por los intersticios de las puertas; de espíritu maléfico que entristecía las habitaciones disminuyendo la intensidad de las luces, quitándole al vino escanciado en la mesa su verbosidad alegre, y robándole al tálamo sus blanduras, hasta convertirlo en ingrata tarima de hospital. Al cabo José Antonio Venegas reconoció que su daño era irreparable cuando, acostumbrado a la vida isócrona del matrimonio, en la cual el día que empieza es repetición exacta del anterior y molde del siguiente, la ilusión sentimental quedó reducida a la ínfima categoría de función orgánica: función ultrajante para la mujer, que se ve convertida en instrumento de deleite, y vergonzosa para el hombre, que no puede dorar su lujuria con el ropaje de las bellas palabras.

Cuando, separado el elemento físico, buscó Venegas la matriz psicológica de su pasión, ese residuo intangible que no empequeñecen ni la impotencia de los años ni la fealdad de la mujer, comprendió que en su asendereado corazón no quedaba nada o casi nada.

Como las relaciones entre los mundos material y moral son continuas y recíprocas, si la dolencia física de Venegas acreció las acritudes o asperezas de su voluntad, también su carácter reaccionó sobre el cuerpo avivando sus dolores, y todo aquel infernal contubernio de elementos

aciagos cayó sobre su conciencia, ese fatal espejo en que el hombre está condenado a mirarse a la luz espectral del recuerdo... Tik-Nay volvió a sentir los amagos de la ataxia, que iba agarrotando los músculos de sus piernas poderosas, y nuevamente recrudeciéronse los ecos de aquella carcajada implacable que atronaba sus oídos, unas veces alegre, otras irónica, a ratos lúgubre; teutología insoportable que variaba continuamente, arpegiando toda la lira del regocijo contrahecho.

Su boda con Elena Santa-Cruz sólo le proporcionó alivio pasajero y en el ocaso de su ilusión, mientras el recuerdo de la querida muerta se sublimaba con perjuicio y demérito de la esposa viva, la figura de Elena menguaba, ofreciéndosele como imagen sutil, incolora, que agrada sín apasionar; como luz eléctrica que ilumina y no calienta, o cual melodía que resonaba débilmente en el yerto silencio de su vida con el eco triste de esos surtidores que cantan en medio de los estanques helados.

Como las plantas trepadoras, las mujeres necesitan un punto de apoyo para crecer lozanas y no arrastrarse por el suelo; pero, ¡ay!... que también, como aquéllas, suelen secar el tronco que las sustenta y echarlo a tierra.

Tik-Nay estaba unido a Elena por ligaduras que le quitaban toda esperanza de liberación: era la esposa legítima, la terrible mujer del amor legalizado, que puede reclamar en nombre del Código lo que no le daría el cariño; era la planta trepadora que ciñe el tronco del árbol bajo la

presión de sus tallos flexibles y duros, e impide, con la tupida urdimbre de sus hojas, que lleguen a la corteza el aire y el sol. Venegas, víctima principal de aquel enredo, ni siquiera disponía del dulce consuelo de la queja: él lo quiso, él procuró torcer el curso del Destino apoderándose de una mujer que corría a un convento; y ella fué frágil y correspondió a su abrazo apasionado con el abrazo asesino que daba la Virgen de la Bastilla a los sentenciados a muerte.

Con un tesón que la interminable cadena de las horas no agotaba, representaba José Antonio su ingrato papel de amante risueño, dispuesto siempre a reir y a pagar con usura una caricia: y continuaron los paseos solitarios, en los que Tik-Nay agotaba los exiguos recursos de su alegría recalentando historietas, y aquellas noches en las que el sueño disputaba al amor el imperio de un tálamo donde sólo quedaban los rescoldos de un incendio extinguido.

A veces Venegas se reconocía tan sin alientos para continuar la farsa de su bienestar, que hubiera deseado revelar a Elena aquellos pensamientos tanto tiempo recatados, e impetrar su perdón por haberla determinado a unir su galana juventud a su vejez desvalida. Pero ¿de qué medios valerse para que su confesión no implicase ofensa? ¿Cómo expresar aquellos enrevesados distingos y prolijas facetas y medias tintas, por que su amor había pasado? ¿Cómo decir que el aparatoso andamiaje de su ponderado cariño era vano castillo de fuegos pirotécnicos, que se casó buscando en el matrimonio la ale-

gría que le robó una querida muerta, y que ella Elena Santa-Cruz, sólo fué un recurso de que procuró servirse contra el terrible miedo a estar solo?

Esto le parecía un refinamiento inaudito de crueldad: era arrojar sobre la juventud de Elena todo el hastío, los desengaños y las harturas, de su ancianidad provecta; era derramar sobre ella el limo amargo de sus desencantos, como caracol frío que babea una flor... ¡No! Tik-Nay no hablaría. ¡Antes se arrancaría, a pedazos, la lengua!...

Elena Santa-Cruz no podía conocer la magnitud del sacrificio realizado por su marido, cuando reía como un niño por no llorar como un viejo. La costumbre también había sosegado en ella el fogoso apasionamiento de los primeros meses y, según la paz de las sensaciones se restablecía, advertía detalles que hasta allí no vió, y admirábase—con cierto dolorido estupor—de haber abultado la importancia y méritos de las cosas.

Elena, como José Antonio, experimentaba la opresión de lo Incomunicable: sentía necesidad de algo indeterminado; una emoción de vacío, de instabilidad psiquica, de ansiedad, que no reconocía causa concreta ninguna, la angustiaba. Su encuentro con José Antonio la parecía un lance novelesco de primer orden: ella empezó a hablar sin fijarse en su interlocutor; luego el acento insinuante del desconocido la cautivó, y al mirarle le pareció hermoso y digno de respeto. Los hombres que ella conocía eran individuos sencillos, vulgares documentos humanos

que se deletreaban en seguida; pero Venegas, con sus ojos impenetrables de hombre enérgico que nunca ha sentido frío en la pupila, y su semblante severo, la interesó. Elena no supo comprender aquella frente, ni descifrar la verdadera expresión de aquellos labios finos, pero adivinó la superioridad de Tik-Nay. Venegas hablaba de todo con acento seguro, y como la historia que a las canas va unida es lo que más mueve el vigor de la juventud a prestar respeto y vasallaje a la debilidad de la vejez, cuando le oyó burlarse de sus creencias con discretas gorjas, y ponderar las excelencias de aquel mundo alegre que ella desconocía, lejos de ofenderse, sintió su vanidad halagada y dió pábulo a que José Antonio pujase su atrevimiento hasta los últimos extremos.

Elena Santa-Cruz no comprendió que estaba hastiada y un poquito triste hasta mucho después de no ser dichosa; que en el espíritu el hábito determina una inercia en virtud del cual los sentimientos parecen vivir, aun después de extinguidos. Maravillóse entonces de sorprenderse en su casa, tan sola, tan tranquila, preguntándose si en aquello consistía la felicidad.

Se levantaba tarde y después del almuerzo salía a pasear con su marido, o visitaba a Renata Blaner, que siempre la recibía muy amablemente. Este aislamiento contribuyó a precipitar la fermentación de sus cavilaciones.

Hallándose en su pueblo, separada de todo comercio intelectual y a solas con sus exagerados fanatismos, pensó hallar en la religión la

paz interior, pues atribuía a una sed de goces espirituales lo que sólo era efecto de su retozona juventud; e invertiendo los términos creyó que consagrándose a la oración podría serenar el inquieto hervidero de su alma.

Ella había leído muchas novelas y presenciado algunas inocentes escenas de amor. Una tarde sorprendió a una amiga suya hablando con su novio: estaban de pie, mirándose a los ojos y cogidos de las manos. Otra vez vió a una segadora y a un zagal sentados en un ribazo del camino: él la estrechaba la cintura... ella reía...

Estos hechos y otros de análoga sencillez, sirvieron para aguijonear los íntimos rebrinqueteos pasionales que ya la mordían.

De noche, y en el silencio de su dormitorio era cuando mejor acariciaba el recuerdo de lo que había visto o leído: soñaba que un hombre gentil la requebraba, y luego, cuando el diálogo había llegado a cierta altura, la cogía por el talle, atrayéndola hacia sí: ella experimentaba entonces una emoción indefinible, y abría los brazos.,.

Elena sabía que esto no se acomodaba a los angostos reglamentos de la moral que sus padres la enseñaron: aquello era un pecado vergonzoso, una debilidad contraria al columbino recato de su doncellez... y reflexionaba: "¿Por qué serán reprensibles los deseos de la juventud? ¿Por qué, para ser buena, debo ser inaccesible a todo halago y cerrar los sentidos a cuantos encantos encierra el mundo? ¿Por qué el amor está divorciado de la ética?... Y si la carne

es el más temible enemigo del alma, ¿por qué Dios nos formó según somos, con sangre ardiente, nervios vibrantes y ojos que enderezan los pasos hacia el deleite?.,.

Así discurría Elena y devanábase los sesos por desentrañar aquel enrevesado laberinto filosófico, del que inútilmente pretendía salir con el gusto satisfecho y la conciencia tranquila.

Es cierto que la ortodoxia, temiendo quizás diminuir con el rigor de sus teorías el número de sus prosélitos, dió vado a la sensualidad con el matrimonio: mas esta válvula de seguridad era harto mezquina para un carácter tan vehemente como el de Elena Santa-Cruz, para quien el deleite no era algo accesorio en la vida, sino la vida misma.

La literatura mística sirvió de grato alimento a su lujuria cerebral: sin duda que una Santa Teresa o un San Juan de la Cruz experimentaron las impaciencias y ardores que a ella atormentaban, por cuanto dedicaron al Cielo el cariño que sus almas delicadas no pudieron ofrecer al mundo. Además, el ejemplo de algunos preclaros varones que, como San Agustín y San Francisco de Borja, fueron en su mocedad díscolos y pecadores, y más tarde renunciaron al mundo para conquistar la salvación de sus almas, acabaron de convencerla: juzgó lo mucho que no conocía por lo poco que la era familiar, dió por apurados cuantos goces los novelistas describen, y rindióse a discreción al misticismo ¿Quién negaba que Cristo, aquel hombre de intachable belleza que parecía mirarla con dulzu-

ra infinita desde la cruz, cual si comprendiese sus anhelos y quisiera estrecharla entre sus brazos, fuese el mismo galán fantástico que la había rendido y gozado tantas veces en misteriosos maridajes?

Habló de esto muchas veces con su confesor, hombre prudente, pero de alambicada instrucción y alcances pobrísimos, y el menos idóneo para encarrilar el ánimo de aquella muchacha inquieta y sabihonda que entendía a Santo Tomás y citaba en latín; y el sencillo clérigo, sin atisbar el verdadero carácter de Elena, ni las migajas de amor pagano que informaban su exaltación religiosa, la animó a perseguir el santo fin a que se sentía llamada.

El tropiezo de Elena Santa-Cruz con José Antonio Venegas reveló a la joven la poca firmeza de sus resoluciones; y aunque su fe no padeció menoscabo alguno, comprendió que el mundo era muy hermoso para ser desdeñado "a priori" como ñiquiñaque insignificante, y que el fervor religioso de que se supuso animada era un humorismo en el cual no debía parar mientes. A Venegas le quiso por su caballerosidad y también porque la halagaba ser esposa de aquel Tik-Nay, que había recorrido Europa regocijando con su donaire o admirando con su fuerza, a tres generaciones. Parecíale que, compartiendo su suerte, su mesa y su lecho, compartía también su popularidad: hizo lo que esos individuos, huérfanos de iniciativas, que traducen a un autor célebre para unir su nombre al del genio, con la esperanza de que más adelante

algún bibliófilo recuerde que hubo un "don Fulano" que tradujo a Lucrecio, a Corneille, a Voltaire... Mendigos de la gloria que buscan una fama semejante a la de los caballos o de las mujeres, de algunos grandes hombres: "Bucéfalo" y "Babieca" pasaron a la posteridad porque los montaron Alejandro y Rodrigo de Vivar; Eloisa y Sofía son famosas porque alegraron las noches de Abelardo y de Mirabeau.

El amor suele ser para las personas lo que la traducción para los libros. Un buen autor parece mejor cuando le traducimos, porque entonces aquilatamos con más espacio aquellas exquisiteces de pensamiento que vertió entre líneas y pasaron inadvertidas en la primera lectura. En el amor sucede algo igual: para amar bien importa conocer íntimamente las complicadísimas pleguerías del ser amado, examinarle a nuestro modo y de todas maneras, siguiéndole paso a paso, exactamente como el traductor sigue el espíritu del autor que traduce; es traducirlo, en fin, viviendo en él y procurando simultáneamente que él viva en nosotros.

Elena Santa-Cruz, al analizar a Venegas, sufrió un desengaño: desvanecida la natural ofuscación que la causara la primera lectura de aquel libro humano, vino la realidad, fría. Elena intentó traducir al payaso, y fracasó: quiso fundir su vida con la de Tik-Nay, compartir su vejez; pero la magnitud de la empresa sobrepujó a su empeño: pertenecían a dos generaciones muy desemejantes; ella llegaba al mundo sedienta de impresiones y de placeres, cuando José Antonio se

levantaba ahito del banquete de la vida, y su alma jugosa, fecunda en ilusiones, no pudo ser gemela de la de Tik-Nay, dura y estéril como peñón granítico, trágica y fría como el cauce de un torrente seco...

Elena comparaba la existencia monótona de Renata Blaner con la suya, y maldecía de que todos los matrimonios se pareciesen: ¿era posible que el amor acabe así, a manos del hastío, y que los bostezos sean siempre la marcha fúnebre con que enterramos nuestra felicidad?...

No; ella, al desposarse con Venegas, tenía del amor otro concepto muy distinto. Elena conocía las costumbres sanas y primitivas del medio donde nació, y sabía que en ninguna parte es tan perentoria la necesidad de la hembra como en el campo. El vecino de las grandes capitales tiene multitud de placeres que solicitan su atención y le distraen de diversas maneras: teatros, carreras, bailes, que aflojan su cariño al hogar; mujeres fáciles que le atraen con las socaliñas de lo prohibido...

En el campo sucede lo contrario: allí no hay diversiones, el hombre madruga con el sol, lucha todo el día cuerpo a cuerpo con la tierra, y cuando la tarde declina vuelve a su casa en busca de su mujer, la dulce compañera que le aguarda vestida de limpio y con la mesa puesta: ella constituye su placer único. El contraste, base principalísima de cariño entre seres de distinto sexo, surge allí con poderío evidente. Para el rústico, el combate por la existencia es horrible: hostilizado por el sol, por la lluvia, por la rebel-

de esterilidad de la tierra que rechaza el esfuerzo fecundador del arado, y temeroso de que cualquier accidente atmosférico inutilice su labor de muchos meses, vuelve a su hogar, sucio, roto, oliendo a sudor, renegando bajo sus aperos del trabajo cruel que reanudará al día siguiente; y para él no hay domingos, porque la tierra es una querida implacable que no da treguas a los que acarician sus entrañas. La mujer, entre tanto, vive en la casa guardando lo que el marido afana, repasando la ropa, cuidando de los hijos; y está limpia y adornada con la coquetería que sus cortos alcances permiten, para agradar a su compañero y pagarle con su belleza las comodidades que de él recibe. Y él la quiere con idolatría frenética, con pasión brutal. Para el minero que pasó el dia en la lobreguez del filón, aquella mujer es blando rayo de luz matinal; para el segador, una dulce sombra: aquél recobra en ella el calor que robó a sus huesos la humedad de la mina; éste, la frescura que aplaca la fiebre de su carne; y la consideran como propiedad suya, como objeto pasivo y obediente: es su hembra; vive de él y para él...

Elena Santa-Cruz sabía esto, porque su imaginación suplió su falta de experiencia: así era la vida o, al menos, así debía ser; y, después de casada, soñó muchas veces con aquella existencia, rebosante de salvajes apasionamientos, de los segadores que poseen a sus hembras en pleno día, entre el oro cegador de los trigales.

José Antonio sólo era un pálido remedo de su ensueño; era el pasado esforzándose en tornar

a ser presente, el símbolo de una generación pretérita que se abrazaba a la generación actual infendiéndola el frío de su vejez al pretender cobrar de ella vida y calor; y si tuvo fuerzas para levantar el velo y mostrarla la posibilidad de un amor feliz, pronto aquello pasó y el velo cayó de su mano trémula.

Venegas había turbado su existencia despertándola de su letargo virginal, y después de provocar el incendio la dejaba consumirse en la llama; y Elena Santa-Cruz llegó a convencerse de que nunca su corazón y el de su esposo se abrasarían en el mismo febricitante deseo, cual sus cuerpos solían compenetrarse en el mismo espasmo. Era frío, como Zenón; era triste, era viejo, ¡viejo, sobre todo!... ¡Oh!... ¡Un hombre que no servía para amante, ni siquiera para marido!...

Tales decepciones, no obstante, por demasiado íntimas, no trascendieron a la superficie de modo ostensible. Elena procuraba resignarse con su suerte, ya que sus melancolías no tenían ningún fundamento demasiado grave, y Venegas también aceptaba su sino. Elena le gustaba siempre; su amor a ella era sereno y estaba bien arraigado, pero su afición carnal había disminuído. Era imposible reunirse mejor: estaban separados por la divergencia de gustos y por el cansancio de los treinta años que mediaban entre ambos, sima fatal que no franquearían sus firmísimos deseos de ser dichosos.

La sociedad de Elisa Conde volvió a ser una necesidad para Venegas. La pasión de Elena Santa-Cruz le fatigaba: Elena simbolizaba el deseo

joven, ardoroso, inquieto, del amante que quiere vivir continuamente en la memoria del ser amado, ocupar sus pensamientos, presidir sus determinaciones, siempre febril, como si tuviese conciencia del silencioso desfile de las horas y no quisiera perdonarle ninguna al placer; mientras Elisa Conde era el amor desbravado, la pasión madura que, habiéndose satisfecho muchas veces, prefiere un trotecillo prudente al férvido galope juvenil.

Elisa profesaba a su antiguo amante un cariño tierno que sobrevivió a las veleidades de su carácter, y en el anochecer de su existencia experimentaba el deseo romántico de reunir a Pepe Navarro y a Tik-Nay, sus dos amantes favoritos, para recordarles las aventuras que corrieron juntos: sería una sociedad sin celos ni rencillas, una pacífica trinidad de ancianos unidos por el común anhelo de mirar hacia atrás.

Aunque de la misma edad, Venegas parecía mucho más viejo que Elisa Conde, tan satisfecha de las páginas bellas y escandalosas de su pasado; en tanto José Antonio, hipocondríaco y escéptico, y trocado en esqueleto de su propia juventud, renegaba de todo, proclamando la desoladora inanidad del universo.

En este modo de pensar influía el cansancio de su existencia errabunda. Venegas, como todos los hombres que viajaron mucho, padecía esa nostalgia que mata a los pajarillos al convencerse de que su jaula no tiene salida,

El mundo es una jaula cubierta por un inmenso dombo azul: quien nada ha visto, los indife-

rentes que, como los árboles, envejecieron sin moverse, siempre sueñan con ese infinito mentiroso que parece ensancharse ante los topes de las locomotoras y el bauprés de los navíos. Pero quien todo lo conoce y sabe que la presión atmosférica y la gravedad nos retienen adheridos al suelo, que la Tierra es un plantel de dolores y que de esta jaula maldita sólo pueden libertarse los que sufren por el espiráculo salvador del suicidio, ése sentirá con redoblada fuerza el hastío de vivir. La misantropía es casi siempre el credo filosófico de los que vieron mucho; se desea lo desconocido: por eso Julio Verne, que nunca salió de Amiens, es autor de innumerables viajes extraordinarios; mientras Javier de Maistre, el arriscado aventurero que recorrió en sus mocedades las cinco partes del globo, al retirarse a la vida pacífica para ordenar sus recuerdos, sólo supo escribir el "Viaje alrededor de mi cuarto"...

José Antonio y Elisa Conde representaban dos aspectos de la misma generación: ella era la mujer que vivía sin que eutrapelias importunas atajasen los cascabeleos de su capricho, y Venegas el hombre que cavila y discute sus sensaciones. Entre ellos no había secretos: Elisa estaba al tanto de cuanto a José Antonio concernía: su historia, su enfermedad, sus relaciones con Elena Santa-Cruz y el estéril resultado de aquel matrimonio; y ella le aconsejaba con noble desinterés maternal cuando le veía desalentado y próximo a caer. Tik-Nay, por su parte, también conocía las intimidades de su amiga, y

las peripecias y descalabros de sus amoríos con Juanito Romero.

Era el estudiante de discreta estatura y delgado; tenía los ojos azules, con irisaciones verdosas que daban a su mirada una rara expresión de firmeza; la nariz larga y aguileña de los hombres osados; la boca quevedesca, de labios delgados y risueños; el bigotillo escaso, el mento bien delineado; y había, finalmente, en toda su persona, algo truhanesco y simpático, que atraía.

Elisa Conde cifró en él una de sus mayores ilusiones, y disculpaba sus peores barrabasadas con tal de que luego fuese a pedirla perdón de sus culpas. Parecíale el más cariñoso, gentil y macareno de los hombres, reía todos sus desatinos, y así continuó hasta dejar que aquel capricho se convirtiese en una pasión tardía, implacable y celosa. En sus ratos de malhumor, la Venus Loca confesaba a Venegas sus amargas cuitas.

—Puedes creerme—decía—; es el único amante que me ha quitado el sueño; el único por quien he llorado. ¿Quién sabe? Acaso le quiero porque estoy cierta de que será el último...

José Antonio solía visitarla por las tardes, cuando creía hallarla sola: a veces la encontraba con Juanito Romero, y entonces el viejo payaso y el estudiante se saludaban con la afabilidad de dos hombres expertos que están al corriente de todo y saben acoplarse a las circunstancias. Aunque perteneciendo a generaciones diferentes, se parecían; diríase que Romero era

contemporáneo del clown, y que había heredado el cansancio legado a sus descendientes por la generación del payaso. Su afecto mutuo era sincero, y no rebozaban la satisfacción que les causaba verse junto a una mujer que les reunía con el vínculo de su carne, colmando ella sola los treinta años de placer que les separaban.

El escenario de estas entrevistas era el gabinete japonés. Si Elisa andaba en sus quehaceres, Venegas prendía un cigarrillo y la esperaba sentado en el diván. Aquellos momentos de soledad columpiaban su espíritu sobre la urdimbre mareante de los recuerdos: el sol poniente doraba las paredes de la habitación, reanimaba los semblantes marfileños de los macaquitos, y encendía el cristal de los espejos y el limado mármol de la "Venus Loca" colocada frente a la ventana, con sus pechos duros y su vientre terso de mujer que nunca fué madre.

Sobre un velador estaba el "Album Intimo" de Elisa Conde. Contenía doce fotografías, obras maestras de Reutlinger, que retrató a la "Venus Loca" en otros tantos momentos y actitudes. Aquel álbum esponjaba el orgullo de la viuda de don Gonzalo: allí, como en estuche milagroso surtido de esencias y bálsamos refractarios a la vejez, perduraba encerrada su juventud.

La primera fotografía la representaba en traje de calle: su cabellera rubia se esponjaba bajo las alas de un vistoso sombrero, y cubría las orejas graciosamente: el rostro se perfilaba lo suficiente para acusar la línea impecable de la nariz; los ojos, rasgados, pestañudos y grandes,

miraban excitantes y retadores, y los labios tenían un esguince risueño, que elevaba sus comisuras.

Las once fotografías restantes eran otros tantos alardes de elegante descoco o de gracia impúdica.

Una de ellas presentaba a Elisa bañándose y mostrando únicamente la parte superior de sus hombros desnudos; en otra aparecía en el lecho, mal velado el seno pujante, los ojos cerrados, la boca entreabierta, el brazo derecho extendido con un abandono de hembra satisfecha.

Y había fotografías picarescas, en que aparecía en pantalones, de espaldas, y subiéndose a una mesa; o de niña, sentada sobre un tambor, cruzada de brazos y con un sombrero napoleónico, graciosamente ladeado...

Reutlinger, el famoso fotógrafo de las actrices parisinas, había interpretado a maravilla el carácter fantástico de la antigua modelo.

En otro lugar mostrábase disfrazada de ciclista, y luego de "Don Juan"; los brazos en jarras, la capilla terciada y el espadin al cinto, al aire sus piernas esbeltas y firmes de estatua. Y había asimismo fotografías fúnebres, como aquella en que estaba con Pepe Navarro dentro de una calavera; era un idilio bajo un cráneo, el fuego de la vida germinando en las entrañas mismas "del no ser", el amor mofándose descaradamente de la fría negación de la muerte.

La fotografía que mejor decía la convicción que Elisa tenía de su belleza, la presentaba en pie, desnuda de medio cuerpo arriba, en la acti-

tud pudorosa de la Venus de Milo; ocultando el seno entre su brazos y procurando sostener con la ligera desviación de una pierna el peplo que mal cubría sus caderas y amenazaba escurrirse a lo largo de ellas. Al remedar así el gesto de la estatua orgullo del Louvre y pasmo del arte, lo hizo para que el espíritu que parece informar la célebre escultura no pudiese acusarla de haberla retado a aquel torneo de belleza adoptando una actitud ventajosa: el guante lanzado veinticuatro siglos há por la estatua que encadenó a Heine moribundo a los encantos de su piedra, lo recogía ella, mujer nacida en occidente, pero de hermosura y temperamento paganos; y la Venus Loca imaginaba haber vencido a aquella desdeñosa Venus helénica en quien siempre halló el defecto imperdonable de tener la frente un poco chiquita.

El penúltimo retrato ofrecía a Elisa Conde desnuda y entre dos espejos, luciendo simultáneamente su seno turgente, su vientre amplio, sus lomos, que formaban a lo largo de la espalda una sombra que al llegar a las caderas se desvanecía suavemente; todo ello firme, vibrando con la excitante turgencia y la farfantona pomposidad de la juventud.

La duodécima fotografía parecía querer contrarrestar la exhuberante lozanía de la anterior. Elisa Conde estaba acostada en un ataúd, colocado verticalmente; muerta, vestida de blanco, los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho...

Aquellas doce imágenes resumían la historia

ardiente de Elisa, con sus románticos humorismos que la movían a buscar en la indumentaria del siglo XVI disfraz adecuado a sus ensueños; o vestida de niña, guiada por su afán de ser eternamente joven; o desnuda, desafiando la belleza de una Venus que no tuvo rivales; y, contrarrestando estas actitudes que proclamaban su amor al placer, aparecía retratada dentro de una calavera, o amortajada en un ataúd; aunque siempre su espíritu alegre se imponía, bullidor, picante, riéndose de la misma muerte por las cuencas de un cráneo vacío.

Cuando Elisa Conde entraba en el gabinete, siempre hallaba a Venegas abstraído, con el tabaco entre los dientes, una rodilla sobre otra y el álbum apoyado en la pierna cabalgadora, inquiriendo el inhallable paradero de los años pasados. Llegaba sonriente y se instalaba en el diván, junto al payaso, envolviéndole en una sostenida mirada de compasión; él la contemplaba sorprendido de verla tan joven aún, tan bella, tan graciosa, tan perfumada, alegre como un cascabel de oro, invencible en su opulenta majestad de diosa encanecida. Elisa le cogía una mano y murmuraba, indicando el álbum con un gesto:

—¿Te acuerdas? ¡Así era yo!

Entonces Tik-Nay experimentaba con más fuerza la opresión de lo Incomunicable, y añadía, desahogándose por la sangre que manaba de su herida:

—Nuestra generación se va, Elisa; se va... como agua corriente. ¿Por qué afanarnos en prolongar los episodios de este mundo, que sólo es

consecuente con su perdurable mutabilidad? La vida es un juego de naipes. Los hombres son las cartas, y el tiempo el banquero implacable que baraja siempre, siempre... Un esqueleto, jugando a la baraja, es el símbolo mejor de la vida. ¡Ay de quien, como yo, se dió en cuerpo y alma a una pasión! Ese es tan miope de alcances, como el jugador que todo lo aventura de un golpe; puede salirle la carta contraria, y entonces, ¿qué alegría podrá interesarle en lo sucesivo? Todo habrá muerto para él y permanecerá impasible ante el banquete de la vida, representando el obscuro papel del tahur empobrecido que continúa presenciando las operaciones de la banca que le arruinó. No: la vida, como el dinero, debe gastarse como tú lo hiciste; poco a poco...

Ella le contestaba riendo y con zumbas le sosegaba. Esto acababa por consolar a José Antonio.

—Sí, tienes razón—decía—; estoy viejo, triste; pero la culpa de esta postración no es enteramente mía. Luché mucho y la vida me trató mal; hice de la alegría una profesión, y tanto han reído conmigo y tanto prodigué mis risas, que no me queda ninguna. A Elena la quiero—añadía procurando expresar con un gesto aquel anhelo vago que no atinaba a encerrar en palabras—; pero su pasión me fatiga, porque entre los dos dormita lo imposible: ella es botón de rosa cuajado de rocío; yo, planta marchita que troncharon los pies del caminante y yace entre el polvo, lacia e infecunda; nos separa lo irreparable, la edad; la edad maldita, que hace de su

juventud una alborada de abril, y de mi vejez un tétrico crepúsculo de invierno.

Estas confesiones inspiraron a Elisa el capricho de conocer a Elena Santa-Cruz, con quien simpatizó en seguida; sus temperamentos eran gemelos: había en ella los mismos arrebatos, las mismás impaciencias, idéntica afición a lo imprevisto y peligroso.

Las primeras entrevistas fueron de análisis. Elena se confesaba con desparpajo inocente de niña; en sus conversaciones hablaba mucho de sí misma, de su pasado, de sus proyectos, y muy poco de José Antonio, a quien sólo aludía incidentalmente, como de algo viejo que nada promete. Elisa la escuchaba sonriente, aprobando cuanto oía, mientras su espíritu sagaz descendía al fondo de aquel espíritu diáfano, maravillada de encontrar un carácter tan vigorosamente definido, a pesar de sus incertidumbres de devota que fluctúa entre su amor a los hombres y su cariño a los santos. Era indudable que la joven había querido a José Antonio; pero era cierto también que ya no la interesaba y que iba arrinconándole en el ñaque de sus remembranzas inútiles, mientras lo ignorado ostentaba a sus ojos fosforescencias seductoras. Escuchando a Elena Santa-Cruz, recordaba Elisa los primeros años de su matrimonio: así empezó ella a desencantarse de su marido, el apacible don Gonzalo del Quintanar; el único hombre que, después de tratarla, no había dudado de su virtud.

Elisa Conde dedicó a su amiguita un afecto

tolerante de hermana mayor, y también la habló un poco de su viudez, de sus viajes, de los años vividos en París, en Nápoles... y Elena escuchaba poniendo toda su alma en sus oídos para no perder detalle de aquellos relatos arrancados al libro de una vida multiforme y fuerte; vida de aventuras...

Al cabo experimentó Elisa Conde el deseo de iniciar a Elena, aquella inocente catecúmena de la religión del placer, en secretos más hondos y sutiles. Elena se había aficionado tanto a su trato, que la visitaba casi a diario: iba por las noches, con Venegas, y si José Antonio trabajaba, llevaba a Renata Blaner, aprovechando las ocasiones en que la esposa de César Romero no exhibía sus gatos.

Aquellas veladas la proporcionaban un agradable divertimiento, y charlaba locuaz y febril, divirtiéndose con los versos de Paco Cárdenas, a quien siempre andaba zahiriendo el pintor Pérez Esteban, el conversador más ingenioso de la tertulia; o riendo las bufonadas de Sánchez-Garfin, aquel viejo sátiro, gordiflón y regocijado, cuyo violoncelo ladraba, reía a carcajadas o bostezaba bajo el arco que arrancaba de sus cuerdas las disonancias más absurdas.

La ingerencia de este nuevo elemento femenino prestó a la reunión animado realce. Comprensiva y ágil en la réplica, la joven sostenía frecuentemente el peso de la conversación, y eran prodigiosos los recursos que su amor propio excitado derrochaba en aquellos amenos ejercicios de gimnasia intelectual. Elisa Conde

reía oyéndola discutir, ensoberbecida por la contradicción, completando con un gesto un pensamiento, acometiendo unas veces lealmente a su contrario y desconcertándole otras con finos epigramas: y si la veía flaquear salía a su defensa, y Elena se lo agradecía, admirándose de verla tan sonriente, tan dueña de sí misma, sirviendo de homocentro a tantas voluntades díscolas e imponiendo a todas su serena hermosura de diosa.

Su admiración aumentó cuando cierta tarde Elisa, vencida por una irrefrenable necesidad de confesión, la declaró que había tenido un amante, Pepe Navarro, a quien luego fué atribuyendo cuanto la sucediera con los demás, incluso con Tik-Nay. Elena permanecía atónita de oir aquello mismo que había sospechado tantas veces, y deseosa de que su amiga explicase las diierencias que acaso median entre el amor del esposo y los dulces transportes de la pasión prohibida: y como su alma sencilla no sabia contenerse, inmediatamente comenzó a preguntar: "¿Era guapo? ¿Le quería usted mucho? ¿Sigue usted en relaciones con él?..."

Elisa declaró lo que estimó prudente, reservándose ciertas particularidades que hubieran sido inoportunas, y dando a la historia una conclusión sentimental. Pepe Navarro fué un hombre gallardo, valiente y cabal, en todos conceptos; ella le amó mucho, tanto, que fué su querida, ya que no pudo ser su mujer; pero aquel idilio estaba enterrado; el escultor había muerto... Después, para asegurar su éxito, enseñó su "Al-

bum Intimo", y concluyó declarando que aquella "Venus Loca" que triunfaba bajo los cortinajes de la ventana y que Elena había celebrado tantas veces, era ella, veinticinco años antes... Estatuas análogas fueron expuestas en todas las tiendas de objetos artísticos de París; los fotógrafos hicieron de ella millares de reproducciones; el dueño de un café la utilizó para "lanzar" al mercado un nuevo licor, y todos la conocían, todos la habían visto desnuda... Mientras esto decía, Elena la observaba con religiosa unción, abrumada bajo la leyenda de aquella hermosura relampagueante.

La noche en que Elena Santa-Cruz conoció a Juanito Romero, satisfizo una curiosidad que desde tiempo atrás la mortificaba; no sólo por lo que Renata la había dicho respecto a las genialidades de su sobrino, sino por los rumores que circulaban acerca del verdadero puesto que el estudiante ocupaba en el corazón de Elisa Conde. Aquella vez hablaron poco; pero en noches sucesivas pudieron comunicarse con más espacio, y la joven modificó la opinión que de él se había formado, encontrándole amable, decidor y con un dejo de picardía elegante gue aficionaba a su trato.

Desde entonces, Juanito Romero concurrió asiduamente a las reuniones de Elisa: inconscientemente sentíase arrastrado hacia Elena Santa-Cruz; tan hermosa, con su frente pequeña, su cabello undoso y castaño, sus ojos pardos, en cuyas turbulentas pupilas cabrilleaba el ígneo silabario del poema de las pasiones; su

nariz recta de devota sensual, y sus labios un poquito salientes, de joven que mamó mucho cuando niña; y tan bonita, tan discreta, tan abastecida de volubles apasionamientos, tan predispuesta a lo nuevo: una mujer, en fin, que reunia todos los incentivos, todos... ¡hasta el supremo incentivo de estar casada!...

V

JUANITO Romero no perdió medio ni ocasión de ver a Elena para insinuarla, con la circunspección debida, su repentino deseo y estudiar, de paso, sus probabilidades de triunfo; como nadador prudente que, antes de arrojarse a un río, reune y mide las fuerzas con que ha de vencer la corriente y ganar la otra orilla.

Para esto iba a casa de Elisa Conde cuando presumía hallar allí a la joven, y también al Circo, sin otro objeto que el de cambiar con ella un saludo. Más tarde, según su capricho fué creciendo y entronizándosele en el alma. paseaba la calle Campomanes, unas veces de prisa, cual si cruzase por allí casualmente; otras despacio y mirando a los balcones de Elena, con la ilusión de verla; y cuando comprendió que su asiduidad podía ser sospechosa al vecindario y dar pábulo al implacable chismorreo de las porteras vigilantes, empezó a frecuentar el trato de su tío César, el aplaudido Sadi-Alí-Komar.

Merced a su amistad con Elisa, a su parentes-

co con César y Renata Blaner, y al afecto que José Antonio Venegas le demostraba, pronto halló, a granel, ocasiones propicias de hablar con Elena Santa-Cruz, ya en casa de Renata, ya en la misma casa de Tik-Nay, quien se holgaba mucho de conversar con él.

El cuidado principal de Romero era que Elena le viese continuamente, para así acostumbrarla a su trato; y de tal modo iban disponiéndose los hechos, y tal multitud de coincidencias fué acoplando la casualidad, que el Destino parecía empeñado en ofrecerle coyunturas para coquetear con todo sosiego.

En esta aventura que, supuestas las condiciones de las personas comprometidas en ella, podía acarrear graves consecuencias, sólo interesaba Romero un simple capricho de mozo antojadizo en quien la impetuosidad del impulso borra los linderos todos del buen pensar; deseo febril que no discute, ni pesa la importancia de los motivos que lo mueven, ni mide los resultados de su acción; deseo híbrido en que intervienen el anhelo de sensaciones nuevas y la presunción del propio valer, que quiere triunfar para mejor asegurarse de su mérito.

Si en el trato social mostrábase blando de condición, cariñoso y afable como una dama, Juanito Romero, en lo más íntimo, era firme y tenaz. Dado a los placeres, jamás quiso cultivar los felices alcances de su espíritu: tenía la imaginación despierta de los hombres muy vividos; sabía poco, pero de todo se le alcanzaba algo, y su entendimiento improvisaba argumentos para

salir victorioso de las discusiones, o burletas oportunas con las cuales hacía reír a falta de razones para vencer. Ello es que él esgrimía a maravilla lo poquísimo que aprendió en las aulas universitarias y sabía exornar sus conversaciones con citas oportunas; y como hablaba sin tartamudeos, todos le tenían en mucho, burlados por la mareante verbosidad con que el ladino conversador disimulaba la poca enjundia de sus conocimientos.

No obstante, su cualidad sobresaliente era la voluntad: una voluntad tenacísima que, a ser algo material, hubiese saltado en pedazos antes de doblarse. Por los bravíos desplantes de su carácter, duro como el diamante, estaba reñido con su padre y vivía en Madrid solo, luchando con la miseria y venciéndola merced a su extraordinario dón de gentes, pero con la desventaja enorme del que no tiene carrera, oficio, ni empleo que le escude.

Este orgullo presidía toda su vida intelectual. Juanito Romero no creía en nada: materialista por temperamento y por educación, sólo aceptaba lo sujeto al alcance de los sentidos; detestaba la política y la ética tradicionales como contrarias a la libertad de conciencia; la gloria, el honor calderoniano, el patriotismo, la fe religiosa, le parecían palabras que respondían a convencionalismos inestables, y defendía en este punto a los nominalistas de Abelardo, quienes sostuvieron la inanidad de las cosas, asegurando que todas eran "flatus vocis", o conceptos hueros y vanos, como jirones de humo. El

cariño, a su juicio, era algo exquisito y precioso, pero esencialmente transitorio, y, con arreglo a este criterio, aseguraba que el amor, como todo lo que tiene un dejo de inmaterialidad, es un estado de espíritu, "un momento" de voluntad que persistirá más o menos. pero que, al cabo, decrece y acaba. Todo lo espiritual es mudable, nunca los goces ni los padecimientos morales llegaron adonde alcanzan los dolores físicos, y el duque de Gandía, espejo clarísimo de amantes rendidos, llevando sobre el pecho una perla erizada de puntitas de acero para que el dolor le obligase a pensar continuamente en su adorada Isabel de Portugal, es el ejemplo que mejor acredita la facilidad con que la Ausencia le da un beso al Olvido.

La gloria, para Juanito, era únicamente la ficción espléndida que el hombre inventó para burlar a la muerte; pero, como toda ficción, vacua y estéril. Emplear la vida en conseguirla, inmolar posición, placeres y juventud, para merecer luego que la Historia cite el nombre del iluso talentoso, es dar un torrente de sangre por algunas gotas de tinta. ¡Y si procurase dinero!... Pero Juanito sabía que contadísimas veces los artistas geniales llegaron a ser ricos. Los grandes hombres vivieron pobres y muchos finaron en el hospital, entre un grupo de Hermanas ignorantes que ni siquiera les admiraban. Más tarde, sí, tuvieron una calle que llevaba su nombre... y en ella un Hotel de Viajeros... Estos eran, según el escepticismo de Juanito, los únicos inmuebles con que la posteridad recompensa a los genios.

El prefería una vida corta y feliz a una existencia ejemplar, y su turbulenta idiosincrasia de mozo positivista sólo envidiaba la gloria de Napoleón, tirano de todos los hombres; o la de Richeliu, burlador mimado de todas las mujeres.

Consecuente únicamente con la perpetua inconsecuencia de su carácter, no era extraño oirle formular acerca del mismo asunto los conceptos más disparejos: a veces proclamaba a la mujer como el supremo bien de la Tierra, sosteniendo que el cariño es el único sentimiento que abona la hipótesis deísta; y otras, en que se hallaba cansado, o vencido por la lectura de algún libro hermoso, proclamaba con Balzac que "ninguna noche de amor vale una página". Tenía fugaces arrebatos de adolescente y desmayos pasajeros de anciano; a ratos mostrábase propicio a creer en todo, y otras dudaba de lo más cierto; pero siempre su escepticismo, así como su fe, eran sentimientos ligeros, agradables y de buen tono, que servían para sazonar su conversación, y no para emponzoñarla con las intemperancias de los verdaderos apasionados.

Juanito Romero era uno de los elementos principales de las tertulias de Elisa: en su calidad de aficionado a las bellas artes, terciaba en todos los debates, y cuando surgía alguna discusión filosófica entre Elena Santa-Cruz y Pérez Esteban, Juanito demostraba a la joven su simpatía con un apoyo incondicional.

Insensiblemente, Elena Santa-Cruz fué comprendiendo que su ingenio y su belleza iban im-

poniéndose a la reunión y recabando para ella la hegemonía de que disfrutó hasta entonces Elisa Conde: sentíase mimada, obsequiada y hasta pretendida secretamente por varios contertulios, y aquel oculto deseo que arrullaba la opulenta vejez de la Venus Loca, la halagaba con ese vaho de lujuria contenida en que gustan de verse envueltas las mujeres coquetas.

Juanito iba a visitarla muchas tardes, a la hora en que Renata Blaner y Elena estaban juntas; los tres se divertían comentando lo sucedido la víspera en casa de Elisa, y la esposa de Venegas escuchaba a Romero con embeleso inconsciente: le encontraba elegante, fino, discreto, con su expresiva fisonomía, sus desembarazados ademanes de muchacho corrido, su sonrisa amable y la viril expresión de sus ojos azules y firmes, de hombre valiente que nunca sintió frío en la pupila.

El estudiante continuaba entronizándose en el ánimo de Elena; y tanto menudeó sus visitas y con tanta complacencia y agasajo ella le recibía, que Renata Blaner llegó a maliciar las intenciones de su sobrino. Al cerciorarse, su primer impulso fué de protesta, y tentada estuvo de despedir a Juanito con una severa homilia: mas luego cambió de opinión; aquel juego entretenía su fastidio; iba a presenciar una batalla de afectos, un terrible combate pasional, porque seguramente Elena no se rendiría sin defensa. ¿Qué la importaba lo demás?... Por otra parte, Renata creía que las mujeres que necesitan ser guardadas no merecen serlo, y acallados estos

escrúpulos de conciencia se dedicó a observar, recordando, tal vez, una vieja historia de amor que viviera a espaldas de su esposo, el aplaudido Sadi-Ali-Komar.

En pocas semanas Juanito alcanzó nuevos y señaladísimos triunfos en el ánimo de Elena Santa-Cruz, si bien estas victorias fueron tan íntimas que ni el más lince hubiera podido descubrirlas bajo la urbana frialdad de las apariencias. Para conseguir su propósito, Romero no perdía ocasión ni omitía sacrificio.

Cierta tarde en que Elena y Renata Blaner estaban en el balcón, repararon en un soldado que desde hacía rato paseaba la calle: era de infantería, llevaba traje de maniobras y gorrilla redonda de cuartel.

—Creo que nos mira—dijo la joven.

El quinto iba y volvía lentamente; en los jardinillos de Santo Domingo deteníase para atisbar a las dos amigas, y luego acercábase andando despacio y a grandes zancajos, la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos atrás. Cuando llegaba al punto donde la curva violenta de la calle le ocultaba el balcón, hacia alto, tornaba a mirar con aire distraído y reanudaba su paseo, la vista baja, cual buscando en las piedras las huellas de sus pisadas. Elena Santa-Cruz creyó reconocerle.

—¡Si parece Juanito!...

Renata, estupefacta, corroboró la sospecha.

—Sí, parece, sí... ¿Estará loco ese muchacho?

Pero el militar, que en aquel momento llegaba a la esquina de la plazuela de Santo Domin-

go, se fué sin que las dos amigas pudiesen identificarle.

El resto de la tarde, la joven estuvo preocupada con el recuerdo de Juanito. Renata Blaner, que rara vez sabía iniciar una conversación, también callaba, divertida en medir, por el ensimismamiento de su amiga, la proximidad de su caída.

—¡Mi sobrino tiene en el cuerpo al mismísimo Diablo! exclamó de pronto la francesa.

Elena la miró sorprendida de que su amiga también cavilase en aquel incidente. Entonces apareció Venegas, que había doblado la esquina y avanzaba pausadamente, saludándolas con una mano. Las dos mujeres correspondieron al saludo y se retiraron del balcón, como pesarosas de que las hubiesen sorprendido allí. Si José Antonio llega minutos antes, hubiera visto a Juanito. Elena Santa-Cruz miró a Renata con expresión suplicante, como implorándola discreción, y la francesa sonrió deletreando en el semblante ingenuo de la joven cuanto de más pecaminoso y recatado agitaba su alma.

A la noche siguiente, Elena encontró al estudiante en la tertulia de Elisa Conde. Las ventanas del salón y las del gabinete estaban abiertas de par en par; Sánchez Garfin, recostado contra la chimenea, charlaba ante un grupo de amigos; Mariano Cortés y Paco Vergara paseaban por la sala y discutían; Cárdenas, apoltronado en una butaca, parecía curado de su nostalgia y reía las ocurrencias de Juanito Romero, que relataba con ahinco una anécdota picante

que a cada momento le obligaba a bajar la voz. En el balcón del gabinete estaban Elena y Elisa Conde, quien tenía cogida a la joven por el talle; Elena se abandonaba a esta dulce presión maternal.

—¿Te aburres?—indagó Elisa.

—No, de ningún modo... ¡Se respira tan bien aquí!...

Y suspiraba, sin saber expresar su pensamiento.

—¿Tienes alguna pena?

Las pupilas brillantes de Elena se contrajeron con la angustiosa expresión del que se ahoga.

—Una pena... no; pero me sucede algo anormal... y, sin considerarme desgraciada, tengo grandes deseos de ser feliz.

Una rapidísima impronta de su imaginación la permitió abarcar su pasado y su presente: se vió en Carpio, recluída en la biblioteca de su padre, leyendo libros apasionados y sugeridores; y luego camino del claustro, arrastrada por el delirio de idealidad que Venegas destruyó. Reconocíase desorientada y perdida: Cristo había muerto en su alma; pero con las ruinas de sus ilusiones místicas yacían también las de su pasión amorosa, que el anciano payaso dejó naufragar en la charca del mismo fatal desencanto...

—¡La envidio a usted!—exclamó de pronto Elena clavando en Elisa Conde sus ojos luminosos de trigueña—; yo hubiera querido ser como usted; así... ¿Por qué no?

La antigua modelo experimentó el engrei-

miento del profesor a quien su discípulo predilecto aplaude.

—¡Ah, loquilla!—dijo—; ¡así empecé yo!...

Elena Santa Cruz no respondió y permaneció embelesada, meditando en aquella felicidad inexplicable, como si escuchase los pasos del galán lejano a quien presentía y que venía a consolarla de los descalabros que padeció en su fe y en su amor, y que la entristecieron con los lutos de una doble viudez. Después, en una ausencia de Elisa, hizo señas a Juanito para que se acercase.

—Renata y yo le hemos esperado todo el día. ¿Por qué no vino?

—No pude; dos amigos indiscretos me estropearon la tarde.

—Ayer—prosiguió la joven visiblemente emocionada—, hallándonos en el balcón, hablamos de usted porque vimos un militar que se parecía a usted mucho.

Romero había palidecido ligeramente, y sus párpados temblaron.

—Era yo—murmuró.

—¡Usted!

—Sí, señora; yo mismo.

Estaba serio, y sus pupilas adquirieron un tinte acerado y viril.

—Adopté ese disfraz—continuó en voz baja—porque deseaba verla a usted sin que nadie, ni aun usted misma, me reconociese. La sociedad impone disimulos. Yo quería verla a usted; lo necesitaba. Creo que no hubiera vivido hasta hoy si no la hubiese visto a usted ayer.

Ella sintió un vértigo extraño, cual si la barandilla del balcón, arrancada súbitamente del muro, cayese a la calle.

—¡Me quería usted ver!—murmuró—. ¿Y por qué?

—Lo sabe usted: porque la amo... la amo desde que la vi... de día en día la quiero a usted un poco más...

Elisa Conde se acercaba, y el estudiante salió a su encuentro para entretenerla y dar tiempo a Elena a ocultar su sorpresa. La joven quedóse absorta, escuchando aún... Aquellas mismas palabras se las había dicho Venegas pocos meses antes; y, sin embargo, ahora, en labios de Juanito, le parecían nuevas...

Pasaron muchos días sin que Elena Santa-Cruz y el estudiante volvieran a reunirse; mas, aunque a distancia, Juanito Romero proseguía infatigable su conquista, prestando a la joven libros que describían situaciones y amores análogos a los que mediaban entre ellos, y con desenlaces que contribuían a fomentar la pasión que él procuraba encender. De estos y otros ardides valíase Juanito como de eficaces herramientas de combate; cada uno de aquellos libros era a modo de envenenada epístola amorosa, ya que sus páginas expresaban cuanto él hubiera deseado decir, y se los daba a Elena en las reuniones de Elisa y a presencia de todos los concurrentes, poniéndola así en el compromiso inevitable de aceptarlos.

"Werther" fué una de las novelas que más intensamente favorecieron los maquiavélicos pla-

nes del estudiante. Las primeras páginas del famoso libro pareciéronle a Elena soporíferas y desvaídas; pero luego las tendencias románticas y quimeristas de su imaginación encontraron divertimiento sabroso en aquella historia, que tantos puntos de semejanza podría tener con la suya; y así la releyó varias veces, estudiando con fruición subidísima frases y episodios que al principio escaparon inadvertidos a su atención, y saboreando aquellas escenas campestres que tan bien se acomodaban a sus aficiones de provinciana. Además, y con objeto de facilitar esta adaptación de afectos, Juanito Romero tuvo la traviesa ocurrencia de escribir su nombre en las márgenes del libro junto a los párrafos donde convenía llamar la atención de Elena Santa-Cruz; y, aunque ésta comprendió la intención aviesa de aquellas al parecer inocentes acotaciones, nada pudo decir.

Su imaginación sorprendía rasgos notables de semejanza entre José Antonio y aquel Alberto tan caballero, tan amigo de sus amigos, y espejo de hombres leales y de esposos rendidos. A Carlota la juzgaba dura y fría, y su corazón compasivo condenaba secretamente la inabordable fiereza de su virtud. Y, sin embargo, la figura de Carlota, tan joven, tan hermosa y tan buena, la seducía: a veces hubiera deseado verla frágil y ardiente, y otras se admiraba de hallarla tan altanera, tan firme, tan dueña de sus sentidos; que, si espejo de maridos era Alberto, arquetipo de esposas fué Carlota.

Y Werther, el protagonista de aquella trinidad

admirable, era un tipo de sobrehumana magnitud: Werther, viviendo para Carlota y muriendo por ella después de consagrarla un culto idolátrico; Werther, triste y pálido, con el semblante demacrado por el insomnio y el fuego torturador del deseo, era un espectro alucinante. Pensando en él, la compasión embargaba el ánimo de Elena Santa-Cruz, y el tipo de Carlota se degradaba y empequeñecía a sus ojos, juzgándola mujer de refinado egoísmo, insensible y capaz de inmolar una juventud en aras de su misantrópica castidad.

La fidelidad de Carlota tuvo un fiscal implacable en la femenil ternura de Elena: Carlota fué casta porque era fría, porque era mala. ¡Oh, no: ella no hubiese podido imitar el ejemplo de aquella ingrata, que prefirió el asesinato al adulterio.

En el libro del pagano Goethe hallaba Elena el mismo fuego que caldeaba las páginas de los grandes místicos: el carácter de Werther la era familiar; aquél era el amante sin nombre que la meció tantas veces en sus ensueños de niña núbil y ardiente; y sus cartas, sus palabras, todo inflamaba su alma con el remedo de una dulce melodía olvidada.

Pensando en Werther se acordaba Elena de Juanito, y su inocencia temblaba ante la inminente probabilidad de verse forzada a escoger entre su compasión y su virtud. Porque Juanito la amaba, ella sorprendió sus miradas en diferentes ocasiones y lo sabía, mucho antes de que él se lo declarase.

La imaginación turbulenta de la mujer de Venegas vaciaba la historia de sus futuros amores en el molde de la novela, y cuando llegaba a aquel último capítulo que olía a pólvora y a sangre fresca, retrocedía acobardada por la visión del estudiante muerto, con un revólver en la mano.

Aquel libro, que siempre llevaba consigo y por las noches escondía debajo de la almohada, era el Mefistófeles tentador que repetía continuamente en sus oídos la embelesadora serenata del deseo prohibido. Goethe preparaba el terreno a Juanito; y aquel genio sensual y pagano que tantos triunfos amorosos obtuvo en vida, después de muerto seguía encadenando corazones. No era extraño, pues, que el estudiante venciese llevando de Mentor a tan astuto y talentoso alcahuete.

Una tarde hallábase Elena en casa de Renata Blaner, cuando llegó Juanito; César Romero y Venegas habían ido al ensayo. La joven, sentada en un sillón, junto a la ventana, leía en voz alta la novela de Werther. Renata, un bastidor sobre las rodillas, oía embelesada, sin acordarse de su labor. El estudiante ocupó cerca de las dos amigas una sillita baja.

—¿Qué leen ustedes?—preguntó.

—"Werther".

—Bien hecho: es un libro inmortal.

—Diga usted más bien—interrumpió Elena Santa-Cruz con apasionamiento — que es un libro funesto... venenoso...

—Probablemente; pero encierra un veneno tan

suave, tan dulce... Por lo demás, los antídotos del cariño suelen ser amargos.

—Y siempre santos.

—¡Quién sabe!... ¿Cree usted que Carlota, por ejemplo, despreciando a Werther, fué absolutamente buena? ¡No! Los problemas más arduos de la moral se reducen a puntos de vista, Pero no discutamos ahora; siga usted leyendo.

—Prefiero que lea usted; esta narración me emociona demasiado y mi voz tiembla...

Juanito Romero cogió el libro y empezó a leer: Elena Santa-Cruz le escuchaba con ansiedad, casi con miedo... ¡Qué bien leía! Diríase que conocía el texto de memoria, o que lo recitaba en virtud de una adivinación prodigiosa; ello es que en boca del estudiante la novela adquiría un hechizo nuevo. Oyéndole, Elena se acordaba de Werther, leyéndole a Carlota los cantos de Ossián.

"... Media hora hacía que me hallaba entregado a los dulces y crueles pensamientos del momento que nos separaría y de aquel que volvería a reunirnos, cuando les vi subir a la explanada. Acudí a su encuentro: les cogí las manos con el mayor transporte y se las besé. La luna empezó a salir por detrás de los herbazales de las colinas. Hablando de asuntos diversos, nos aproximamos insensiblemente a un cenador envuelto en la sombra. Carlota entró y se sentó: Alberto se puso a un lado de ella y yo al otro; pero mi natural inquietud no me permitió permanecer en un mismo sitio: me levanté, me detuve delante de Carlota, di algunos pasos y volví

a sentarme: experimentaba una emoción violentísima. Carlota nos hizo observar el bello efecto causado por la luna, que desde lo alto de las hayas alumbraba toda la explanada: era un cuadro magnífico y tanto más hermoso para nosotros, cuanto nos hallábamos sumidos en una obscuridad profunda. Guardamos silencio un momento. Carlota nos sacó de él, diciendo:

"—Nunca he podido pasearme a la luz de la luna, sin acordarme de mis parientes difuntos y sentirme conmovida por la idea de la muerte y la del porvenir. ¿Renaceremos, Werther? — agregó con voz que experimentaba la más viva emoción—. ¿Nos encontraremos? ¿Nos reconoceremos? ¿Qué creéis?..."

El estudiante se detuvo en estas preguntas para mirar a Elena y so pretexto de volver la hoja. Luego continuó, la voz sombría:

—"... Carlota—dije extendiendo la mano hacia ella y con los ojos arrasados en lágrimas—, ¡sí, nos veremos! ¡En esta vida y en la otra volveremos a vernos! No pude decir más..."

—Todo esto es muy hermoso—exclamó Romero, que procuraba ligar los arrebatos del amor desesperado con aquellos románticos ensueños de inmortalidad—: lo más conmovedor, sin embargo, está aquí, en las páginas últimas...

Y leyó:

"... Es cosa resuelta, Carlota: quiero morir y te lo escribo con la mayor sangre fría, sin dejarme llevar de un furor romántico, la mañana del día en que te veré por última vez. Cuando leas esto, querida mía, la fría losa cubrirá el yerto cadáver

de un infeliz que en sus instantes postreros no conoce otro placer que el de hablar contigo. He pasado una noche tan espantosa como benéfica, pues ha disipado mis dudas y me ha confirmado en mi resolución: ¡morir!... Cuando ayer me arranqué de tu lado, ¡cuán afligido estaba mi corazón! ¡Cómo sentí correr por mis venas un frío mortal, pensando en los tristes instantes que paso junto a ti sin esperanza alguna! No bien llegué a mi cuarto, me arrojé al suelo de rodillas, enloquecido. ¡Oh, Dios! Tú me concediste por último consuelo las lágrimas más amargas. Mil intentos, mil proyectos furiosos lucharon en mi alma, y al fin, sólo quedó una idea, fija e inquebrantable: ¡morir!... Me acosté, y al levantarme esta mañana, no obstante el sosiego del sueño, hallé en mi corazón el mismo propósito: ¡quiero morir! No es desesperación, es la certidumbre de que he terminado mi carrera y de que me sacrifico por ti. Sí, Carlota: ¿a qué negártelo? Es preciso que uno de nosotros tres muera, y quiero morir yo. ¡Oh, querida mía! Una idea furiosa ha penetrado muchas veces en mi despedazado corazón... Matar a tu esposo... a ti... a mí... Sea, pues, esto último...

"Cuando al anochecer de un hermoso día de verano subas por la montaña, piensa en mí y recuerda las veces que he recorrido el valle; mira el cementerio, y vean tus ojos cómo mece el viento la lozana hierba que rodea mi sepulcro, iluminado por los tibios rayos del sol poniente... Al empezar la carta estaba tranquilo, y ahora estas ideas me afectan en tales térmi-

nos y con tal fuerza, que lloro como un niño..."

Hubo un silencio: las dos amigas se restañaban las lágrimas.

—¿Para qué seguir?—exclamó Juanito—; estos dolores nos dejan a todos muy tristes...

Y devolvió el libro a Elena, advirtiéndola, mediante un gesto, que lo recién leído estaba acotado: aquellas acotaciones las trazó pensando en ella; iban dirigidas a ella...

La joven le miraba pensativa, y murmuró tras una breve pausa:

—La ilusión de otra vida mejor, es el consuelo más positivo del hombre. ¿Usted tiene fe?

Romero calló unos momentos.

—Pocas veces—repuso—; en mí temperamento, la fe, más que un sentimiento, es un humorismo; algo circunstancial... Reconozco que la fe es hermosa y brinda ventajas innegables, pero no suelo sentirla.

—Pues yo creo ciegamente en cuanto me enseñaron: quiero a Dios, a la Virgen, a su Hijo... ¡Todos fueron tan buenos para mí!... ¿No quiere usted a Jesús?...

Le miraba deseosa de sorprender en Juanito un destello de aquel ardor místico que aún quemaba sus entrañas de devota. Romero repuso, con ironía amarga:

—¡Qué preguntas tan candorosas se la ocurren a usted!... Sí, quiero a Jesús, sí... ¡es tan fácil amar!... Aunque debo advertir que nunca se preocupó de mí. Una vez tuve que vender un crucifijo para salir de cierto compromiso apremiante; aquel negocio me repugnaba, me parecía un sa-

crilegio... pero hay pocos hombres como Brunell, el prestamista a quien Quincey embobaba hablándole de literaturas clásicas; mi acreedor no tenía entrañas. Hube, pues, de resignarme a vender a Cristo, y las treinta pesetas que cobré por El es lo único que puedo agradecerle. Y sospecho que soy uno de los mortales que le están más obligados...

Elena hizo un ademán de desagrado.

—¡Calle usted!—exclamó—. Todas esas son bromas de mal gusto.

Renata Blaner se divertía, por igual, con las ingenuas explosiones de la una, y las gorjas y sutiles impiedades del otro. Después, dejando teologías a un lado, hablaron del libro famoso.

—El tipo de Carlota me repugna, porque es antinatural—sostenia Juanito—; mujer de hielo, egoísta y dura, especie de salamandra que jugó, sin quemarse, con el fuego que consumía a Werther.

—No, Carlota fué buena—interrumpió Elena Santa-Cruz—; Carlota pertenecía a su marido, le debía fidelidad y cumplió con su deber al no faltarle.

—Se deja usted ilusionar lastimosamente por los sofismas de la moral. "¡Carlota fué buena; Carlota fué santa!..." ¿Por qué? Antes que esposa, era mujer; y si su espíritu hubiera igualado al de Werther, si hubiese habido electricidad en sus nervios y un germen de bondad en su corazón, no habría sacrificado una vida a los inhumanos imperativos de la costumbre. Afortuna-

damente, su pernicioso ejemplo lo imitan pocas casadas.

—¿Cómo? Hay muchas mujeres incapaces de infringir sus deberes.

—¡Oh!... Suponiendo que el deseo y el deber vayan siempre juntos, lo que sucede rarísimas veces, creo que no hay ninguna mujer absolutamente insensible: no hablemos de las que se prostituyen por interesado y razonado cálculo, sino de las livianas por amor. Entre estas adorables criaturas, desesperación de moralistas misóginos, las hay de gusto fácil y muy predispuestas a ceder al menor agasajo; éstas no me interesan. Pero hay otras tan miradas, pudorosas y descontentadizas, que si alguna vez son vencidas se aferrarán al que las burló, y siempre le serán adictas y fieles. Esto es lo natural, lo humano; y si alguien me tildase de licencioso y alegase para confundirme que siempre hubo matronas nobilísimas que murieron limpias de amor, yo les argüiría que ello fué por falta de ocasión, pues para esas mujeres el cuarto de hora de la muerte se adelantó al cuarto de hora del pecado; que a ser eterna la vida de Lucrecia, no respondería yo de su castidad.

Estos temas formaban el asunto predilecto de sus conversaciones: a veces Elena se apasionaba en la discusión y fustigaba al estudiante con asperezas de pedagogo; otras se rendía a los picarescos amaños con que Juanito aderezaba sus impiedades, y, siguiendo una evolución casi inapreciable por su lentitud, sus preocupaciones místicas y sus ideas mejor asentadas se deste-

zaban ante el escepticismo humorista del taimado conversador. Entre tanto Romero iba dándose cuenta de los estragos que sus sutiles zangamangas causaban en la joven, y hasta hubo de propasarse a enviarla un billetito amoroso metido entre las páginas de un libro. Elena estuvo de monos varios días; pero luego tornaron a verse, aunque ninguno de los dos se atrevió a recordar el motivo de aquel momentáneo rompimiento; mas como no es fácil que los pollos engañen a los recoveros, y Juanito era, en materia de enredos amorosos, doctor peritísimo, bien echó de ver la poca sinceridad de tal desvío. No desmayó, pues, en la amorosa lid, sino que la continuó con mayores bríos y ardimiento, si bien cohonestando su conducta con la aparente frivolidad de su carácter, para no herir la susceptibilidad de Elena, ni despertar sospechas en Elisa.

Tantos y tan ladinos manejos no podían menos de dar el resultado apetecido; y como, según Erasmo, "las mujeres corren detrás de los locos y huyen de los sabios como de animales dañinos", Elena Santa-Cruz fué entregándose, casi sin advertirlo, a los hechizos del sedativo sincretismo de Romero.

Su voluntad se había debilitado como la de los fumadores de opio, y experimentaba una dejadez íntima, una amplitud de criterio que la tornaba tolerante y benévola. Contra lo que hasta entonces había creído, juzgaba que nada puede servir a la moral de base inamovible, y que el mérito de las virtudes es tan relativo en el terreno de la ética, como el valor del oro en la serie

de los metales; luego su incipiente escepticismo invadió los venerandos trigos teológicos.

La religión, como la filosofía y las bellas artes, es algo humano y, por ende, inseguro y mudable.

Hoffmann, hablando del influjo de las bebidas en la música, recomienda el Champagne para la ópera cómica; para la ópera seria, el mejor Bo goña; para los cantos litúrgicos, los vinos viejos del Rhin; y esta conexión entre el espíritu del mosto y la música religiosa, según el criterio de Elena Santa-Cruz, abogaba elocuentemente en contra de los manantiales divinos del culto. Porque, siendo esto así, ¿cómo explicar que en el origen de algo tan sobrehumano, metafísico y preexcelente como el sentimiento religioso, puedan influir unas copitas de vino añejo? ¿Es posible que la misma botella que presta vigor al poeta y audacia temeraria al cobarde y alegría chispeante a los melancólicos, guarde también los gérmenes de la inspiración que arranque de las trompetas del órgano notas dolientes, y excelsas y nunca escuchadas armonías?

Estas dudas y enfriamientos eran obra de Juanito Romero, a quien veía en todas partes como símbolo animado de la tentación, y por momentos hallábale más simpático y discreto: con sus ojos azules alegrados por el ardiente cabrilleo de las pasiones, su nariz larga y aguileña de hombre osado, y la gracia de sus ademanes; delgado, elegante y pamplinero, y gran aliñador de anécdotas regocijadas.

Un suceso insignificante contribuyó a fortificar la nueva pasión de Elena.

Sucedió que una noche discutían en la tertulia de Elisa el mérito de cierta estatua premiada recientemente en una Exposición de Münich. El periódico ilustrado que reproducía la escultura pasaba de mano en mano: algunos la encontraban angulosa en demasía; otros porfiaban que era imposible modelar nada más perfecto.

Paco Vergara, el implacable crítico de "La República", se declaraba partidario acérrimo de las mujeres delgadas, y en su defensa derrochó un caudal prodigioso de erudición; su tocayo Cárdenas le secundaba, sin duda para consolarse de las horas que malgastó con Elisa Conde. Contra ellos discutía animoso Pérez Esteban, y para ambos tenía frases y donaires a granel que levantaban la polémica: Sánchez Garfín, el alegre músico que, según Vergara, había atado a las cuerdas de su violoncelo todos los animales que salvó Noé, declaraba que nunca perdió tiempo en tales alambicamientos ni distingos, y que todas las mujeres, por pródigas o tacañas que fuesen de carnes, siempre le parecían dignas de estimación sincera.

—Y como no se escribió ningún libro que no tenga algo malo—decía—, tampoco ha nacido mujer que no guarde algo bueno...

Elisa y Elena, que por extraña coincidencia representaban allí los dos ideales defendidos por los partidos beligerantes, escuchaban sonrientes y envanecidas de recibir el incienso que en honor suyo quemaban sus adeptos. Estaban

sentadas muy cerca la una de la otra, parecían hermanas y sus rostros eran como las dos fases extremas de una misma hermosura: Elena Santa-Cruz, esbelta y delgada, era el risueño amanecer de un día estival, la juventud briosa que ha dado mucho y promete más; y la Venus Loca, gruesa y alta, conservándose fresca como aquella Diana de Poitiers, que deslumbró a Enrique II con la milagrosa hermosura de sus sesenta inviernos, o como aquellas terribles cortesanas de Bizancio que poseían el secreto de no envejecer, resplandecía como un tranquilo y lujuriante ocaso estival.

Pérez Esteban se apasionaba demasiado, y pronto lo que empezó siendo plática frívola de salón, trocóse en debate serio: el pintor hablaba con encono, como para ofender el amor propio de Elena y vengarse así del desvío con que ésta siempre recibió sus amoricones y necios arrumacos.

—Mi voto de pintor—decía—es de mucha calidad: ¿dónde visteis que ninguno de los maestros del pincel escogiese para modelo una mujer delgada?... Unicamente en la carne están las perfecciones más bellas del cuerpo femenino, y cuando los huesos aparecen, la mujer, de supremo ideal estético, se convierte en lastimosa caricatura; el cuello se alarga, las clavículas se acentúan, las caderas pierden su pomposidad adorable...

Y añadió, mirando a Elena Santa-Cruz con intención marcada;

—Tal es mi opinión, que defenderé a riesgo

de enemistarme con más de una mujercita delgada.

La alusión era tan viva, que todos miraron a Elena, creyendo aceptaría el guante que con tan soez audacia le arrojaban; pero ella parecía distraída y no respondió. Entonces Romero intervino en la discusión, temiendo un desenlace penoso para todos.

—En esta polémica—dijo—perdemos el tiempo: se discute una cuestión de gustos, y es indudable que cada cual se quedará con el suyo a despecho de los oradores. Yo, por mi parte, prefiero las mujeres delgadas, y para opinar así me atengo al parecer de las cocineras, según las cuales, la mejor carne es la pegada al hueso...

Sánchez Garfín, que comprendió el discreto propósito del estudiante, quiso auxiliarle; pero Esteban era mozo descaradote y de arrestos, y quiso lanzar sobre Elena un último dardo.

—Por mi parte, esto ha concluído—exclamó—; y retiro cualquier frase que haya podido ofender la natural presunción de esta señora.

Las mejillas de Elena se arrebolaron: sentíase humillada ante aquel fantoche, y no sabía cómo vengarse.

—Esté usted tranquilo—repuso—; no me ha hecho usted daño: le he oído con absoluta indiferencia.

—La veo a usted seria, y lo deploro; mientras hablaba, no he pensado ni una sola vez en usted.

—Se lo agradezco mucho.

—¿Se ha enfadado usted?

—Sí; abusa usted de la confianza que aquí le damos.

Pérez Esteban lanzó una insolente carcajada.

—¡Bonitas salidas tiene usted! Aquí se debatía una cuestión artística, y... ¿sabe usted lo que a mí me gusta?

—Lucirse—contestó Elena secamente—; eso es lo que usted quiere y nunca consigue.

Todos rieron la venenosa respuesta, y Elisa Conde exclamó con severidad:

—Basta de gresca, Fernando; no permito que mi casa se convierta, de ateneo familiar, en reñidero de gallos.

El pintor fingió no advertir la indicación y replicó, dirigiéndose a la joven:

—Procura usted ofenderme... y siento que sea usted gallina, que, a ser gallo, ya probaríamos cuál de los dos cantaba más alto.

El despecho arrasó en lágrimas los ojos de Elena.

—Caballero, si estuviese aquí mi marido no hablaría usted así.

Quiso levantarse para salir, cuando un hecho inesperado la contuvo. Juanito se había acercado a Pérez Esteban y vigorosamente le sacudía por las solapas.

—¡Esto ha concluído porque lo quiero yo, ¿entiendes?, porque lo mando yo! Y si no te acomoda esta imposición mía...—y chasqueó la lengua con gesto despreciativo—largo: la puerta está franca.

El pintor se puso de pie.

—Juan—murmuró—; eso no me lo dices tú fuera de aquí.

—Eso te lo hago bueno aquí y en todas partes...

Estaba pálido, la voz destemplada por el coraje, dardeándole con la expresión acerada de sus ojos azules, mirada retadora de hombre que jamás tuvo frío en el corazón. Los circunstantes intervinieron: Vergara y Paco Cárdenas sujetaron al pintor, mientras Mariano Cortés y Sánchez Garfín procuraban calmar a Romero.

Elisa Conde se había levantado también, muy emocionada.

—Jamás hubiera creído que usted, Juanito, provocarse estos escándalos.

—Señora—repuso el estudiante—; yo siempre estoy en lo justo; mas si usted no me acepta como soy, me iré a la calle.

—¡Juanito!...

Pero la ira había agotado los pacientes miramientos de Romero, que gritó furioso:

—¡Calla, de una vez!

Elena Santa-Cruz, sin moverse de su asiento, vibraba poseída de emoción intensa y admiraba el viril arrebato del estudiante. Después, cuando vió la cariñosa sumisión con que Elisa Conde le hablaba y la réplica despótica del mozo, creyó sorprender la prueba irrecusable de aquellas relaciones secretas que tanto comentaban los murmuradores.

—No tengo que guardar consideraciones a nadie—decía Romero—, porque nadie es más que yo; y todos vosotros, el uno con su pintura, el

otro con su música y el de más allá con su poesía, sean artistas de genio o no, me importan menos que el dinero: yo soporto la sociedad de un individuo mientras me agrada; cuando empieza a aburrirme le doy un puntapié...

Pérez Esteban, que parecía muy sosegado, contestó:

—Lo veremos después.

—Pues eso—repuso Juanito—; ya lo veremos, que andando va la barca...

El resto de la velada fué corto y desabrido: los alardes despreciativos del estudiante habían lastimado la susceptibilidad de los contertulios, quienes, terminado el incidente, rodearon a Pérez Esteban, pues le tenían por hombre terne, incapaz de echar las ofensas en saco roto. Juanito Romero se aisló en un balcón con las dos mujeres y Mariano Cortés. Elisa reconvenía al estudiante por su atropellamiento, pero cariñosamente, para no exasperarle.

—¡Loco, loco!—repetía—. Tiene usted un geniecillo salvaje que da de barato cuanto se le pone delante.

—Así soy y así seré, Elisa. Si no quiere usted perdonarme estos defectos, me voy y se queda usted con su plantío de notabilidades.

—Si no se trata de eso; ya sabe usted que le prefiero a todos...

Asustada por el peligro que amenazaba a su amante, le cogió una mano, movida a ello por un subidísimo afecto maternal de querida vieja:

—Juanito—dijo—, ¿quiere usted marcharse

ahora? Me atormenta la idea de que esta noche vea usted a Fernando fuera de aquí.

Elena Santa-Cruz les miraba alternativamente con ojos preguntones, deletreando en aquella serie de palabras ambiguas y de frases incompletas las inquietudes de una pasión; y esta convicción parecía recabar para el joven esa especie de nimbo prestigioso en que aparece envuelto, ante los ojos femeninos, el amante de una mujer de mérito. ¿Qué cualidades, en efecto, atesoraría Juanito para que así le quisiese aquella Venus Loca que corrió tanto mundo y había conquistado tantos adoradores?...

Después de las once, Elisa vió llegar a Venegas, que regresaba del circo. Había desembocado en la calle del Prado por la de Santa Catalina, y avanzaba con su paso inseguro y lento de viejo cansado.

—Ahí tienes a Pepe Antonio—dijo Elisa a Elena.

Tik-Nay se detuvo y saludó.

—¡Hola, don José!—exclamó Elisa—. ¿Quiere usted subir?

—No; ¿para qué? Si Elena baja...

—En seguida; aquí está la pobrecita suspirando por usted.

La Venus Loca y José Antonio se acariciaban con una sonrisita intraducible.

—¿Y esa salud?—preguntó ella.

—Mal, pero los brazos están fuertes. Dentro de pocos días celebraré mi beneficio; la enviaré a usted un palco, para que lleve a sus amigos...

Sus voces resonaban claramente en la oque-

dad de la calle, espaciosa y solitaria. Romero y Elena Santa-Cruz se hallaron un momento solos, detrás de Elisa, bajo el pabellón de los cortinajes de la ventana, y medio ocultos por la estatua de la Venus Loca.

—Juanito—dijo la joven—; júreme usted que lo ocurrido esta noche no tendrá consecuencias: hágalo usted por mí.

El la cogió una mano y se la apretó nerviosamente, sin responder.

La retirada de Elena Santa-Cruz disolvió la reunión; todos estaban disgustados y aprovecharon aquel pretexto para escapar. Llegaron al portal en grupo, precedidos de una criada que bajó a abrir la puerta. Ya en la calle, saludaron a Venegas, despidiéndose en seguida de él y de Elena Santa-Cruz. Al llegar a la acera opuesta, José Antonio miró a Elisa Conde, que se destacaba en el balcón sobre el fondo iluminado de la ventana: vista a tal distancia parecía más hermosa y más joven, con su bata clara de seda y su ondulante cabellera rubia.

—Hasta mañana, ¿eh?—dijo ella.

—Sí, hasta mañana—replicó el payaso.

El matrimonio caminaba pausadamente hacia la plaza de Santa Ana; en aquel trozo de calle sólo se veía al sereno, sentado junto a la puerta del antiguo Café del Prado. Los contertulios de Elisa permanecían quietos y en grupo, como esperando a que Elena y José Antonio se alejasen; cuchicheaban. De pronto, dominando aquellos murmujeos ininteligibles, resonó la voz interpelante y sañuda de Pérez Esteban:

—¡Oye, tú!...

Sus palabras llegaron hasta Elena, que instintivamente se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Qué miras?—preguntó Venegas.

—A ésos... que van a reñir.

—¿Por qué?

Acababa de sentir la nerviosa conmoción que sacudió el brazo de la joven, y también miró.

—No sé, ya te contaré... espera...

Oyeron a Elisa Conde que repetía ansiosamente:

—¡Juanito, Juan!

Todos hablaban a la vez. Sánchez Garfín decía:

—¡Qué diantre de muchachos! ¡Y todo por una bagatela!

—¡Dejadle, quiero que me lo repita aquí! — insistía Esteban con acento de altanera petulancia—. ¡Ya dije que todavía no ha nacido el abuelo de quien me corte a mí la cara!

—¡Vamos a ver!— exclamó Elena, queriendo zafarse del brazo de Venegas.

José Antonio la retuvo:

—¿Para qué, muñeca? A nosotros, ¿qué nos importa? ¡Déjales!

—¡Quiero que me rete aquí!— porfiaba el pintor.

Juanito respondió a la provocación: su voz vibraba, destemplada por el coraje:

—¡Te lo repito aquí y en la iglesia, cuando estén alzando!

Sonó una bofetada, otra luego, y los que formaban el grupo se apartaron para no estorbar a los reñidores.

Entonces se vió a Juanito Romero dar un brinco hacia atrás para evitar que Esteban, cuyo vigor conocía, se le acercase demasiado; después, esgrimiendo un bastón y merced a una finta hábilmente calculada, descargó un fortísimo golpe sobre la cabeza del pintor. Pérez Esteban se llevó las manos a la parte herida, dió algunos pasos inciertos y cayó inerte.

—¡Juan, Juan! — gritaba Elisa Conde desde el balcón.

El sereno acudía presuroso hacia donde Paco Vergara y los demás testigos del lance procuraban levantar al caído; pero cuando llegó, ya Juanito Romero había desaparecido cautamente.

José Antonio y Elena reanudaron su camino.

—El muchacho sabe reñir—dijo Venegas—; tiene el desparpajo que casi siempre asegura el éxito de la sangre fría sobre la acometividad del valor irreflexivo.

—Y me alegro—repuso ella aferrándose al brazo del viejo payaso—, porque Juanito tenía razón.

Transcurridos unos momentos, la joven preguntó:

—Dime: ¿es cierto que Romero y Elisa Conde se aman?

Tik-Nay insinuó una leve sonrisita de asentimiento.

—Tal vez—repuso—; eso murmuran; y cuando el río suena...

VI

AQUEL invierno la salud de José Antonio Venegas, excepción hecha de algunas crisis, fué relativamente buena.

Entretanto, la ataxia continuaba su obra, bocetando los tristes prolegómenos de un desenlace fatal. El viejo clown lo sabía: mas la degeneración de su organismo era tan lenta, que sólo podía reconocerla comparando entre sí épocas lejanas. Perturbada la actividad regular y armónica de sus piernas, padecía las contracciones involuntarias de los músculos flexores del pie. Estas vacilaciones motrices las remediaba pensando fuertemente en lo que quería ejecutar, con lo cual su marcha se transformaba, de mecánica o espinal que es en los individuos sanos, en voluntaria o cerebral, lo que le producía una indecible extenuación nerviosa. Estos sintomas se recrudecían a consecuencia de algún mayor gasto de actividad mental provocada por un exceso de trabajo, o un abuso erótico; entonces la enfermedad, ensoberbecida, se aferraba a sus

miembros, los espasmos musculares se acentuaban, iniciábase la anestesia plantar que le producía una sensación extraña de vacío o de trepidación, cual si la tierra temblase, y que le asustaba con la ilusión de una caída inminente; y entonces el desdichado golpeaba fuertemente el suelo con los pies, avanzando, según la gráfica expresión de Charcot, con el paso inseguro y vacilante de los segadores.

El deseo de vivir dictó a Venegas cuantos remedios y procedimientos recomienda la ciencia en casos tales. Con el sistema hidroterápico no experimentó sensible mejoría; las corrientes galvánicas de Benedikt sólo le proporcionaron bienestar pasajero, y los dolores fulgurantes, que castigaban su medula con insoportables latigazos, acrecían obligándole a retorcerse de dolor bajo los golpes de una tralla invisible. Los medicamentos que más le aliviaron fueron los gramos de yoduro potásico que tomaba diariamente, las inyecciones subcutáneas de sulfato de atropina y la belladona, aunque este último calmante le produjo anginas y delirios aterradores.

Todo esto determinó en José Antonio una tristeza infinita. Cuando su vieja carne dejó de sentir por Elena Santa-Cruz la torturadora afición de "lo nuevo", fué habituándose a amarla castamente y a poner en ella un afecto paternal. Esta metamorfosis de su cariño proporcionóle gran consuelo, pues era un afecto sin tempestades, especie de muelle cabezal donde podía reposarse sin temer la roedora comezón de los celos, ni los espolazos de la carne.

Prolijas fueron las fases sentimentales que José Antonio Venegas recorrió antes de trocarse, de amante rendido y besucón, en padre bondadoso.

Esta evolución secreta ofreció miriadas de estados psicológicos: a ratos Venegas reconocíase saludable y alegre, se le antojaba Elena más gentil y seductora que de ordinario, y una lujuriante corriente sensual le arrebataba hacia ella. Pesaroso entonces de sus horas de castidad, la excitaba a vestirse sus mejores trajes para poseerla; pero pronto sobrevenía con el cansancio la reacción, el viejo payaso echaba de menos las energías derrochadas, y temeroso de cosquillear en la carne de aquella niña, la miraba tristemente, con el mirar mortecino de los enfermos desahuciados.

Durante los primeros meses, estas alternativas fueron frecuentes y raros los días en que su espíritu no pasó varias veces de un extremo a otro; después aquellas oscilaciones escasearon, y, más tarde, cuando sobrevinieron las pasividades de la costumbre, su voluntad se rindió a discreción y estas postreras alegrías quedaron soterradas en su alma, esperando un hálito pasional que las despertase, como las armonías contenidas en las trompetas del órgano aguardan el soplo que ha de lanzarlas en el silencio del templo.

En estas sutiles raspaduras y perfiles psicológicos de Venegas influyó también eficazmente la edad de Elena. La encontraba fina, aniñada y babosita, y como el recuerdo de Rosarito Casti-

llo invadía tenaz su memoria, según la idea de aquella paternidad postiza se afianzaba en su ánimo, la traviesa imaginación buscaba semejanzas entre la querida muerta y la esposa viva, acentuando rasgos y enmendando detalles hasta componer un tipo ideal donde convivían fraternalmente el pasado y el presente del viejo Tik-Nay. Rosario fué morena, pero su pelo ofrecía iguales ondulaciones y reflejos que el de Elena Santa-Cruz: las dos tenían la misma forma de cabeza, la misma frente pequeña y bombeada, la misma boca de labios frescos y reideros. Los ojos de la muerta eran verdes, y pardos los de Elena Santa-Cruz; pero unos y otros miraban de igual modo; y tanto llegó a familiarizarse José Antonio con esta singular asociación, que en poco tiempo las imágenes de Elena y Rosario Castillo se confundieron, y muchas noches en que la luz artificial favorecía los desvaríos de la embelequera imaginación, Venegas contemplaba a la joven, murmurando:

—¡Hija mía, hija mía! ¡Qué hermosa eres!

En las crisis agudas de su enfermedad, cuando la ataxia exasperaba las alucinaciones forjadas por la belladona, José Antonio oía de nuevo la carcajada del loco Leandro. El tiempo no pudo aminorar la intensidad de aquella risa sardónica que repercutía simultáneamente en todos los puntos del horizonte, como un rugido cósmico: unas veces amenazadora y terrible, cual la voz de Estentor; otras, apacible y tenue como el piar de un pajarillo; murmurando en sus oídos, saliendo de las colgaduras del lecho,

de los cortinajes de las ventanas, de los ángulos mal alumbrados del salón; repercutiendo débilmente por las noches en los tránsitos de la casa, o en el hueco de la escalera, o en la chimenea del gabinete, con pertinacia desesperante.

Esto ocurría generalmente de madrugada, y el poder de la odiosa alucinación era tal, que Venegas despertaba a Elena rogándola encendiese una luz, porque la claridad le sosegaba: ella le complacía, hablándole cariñosa y solícita como Micheline, la santa mujer que ahuyentaba los espectros de Offmann.

—¿Qué tienes?... ¿Te sientes peor?...

José Antonio achacaba sus desasosiegos a los dolores fulgurantes de su espalda, cogía una mano de Elena y se la llevaba a los labios, como queriendo tapar con ella la boca de Leandro. Después quedaba tranquilo, protegido por el influjo bienhechor que parecían irradiar aquellos blancos dedos infantiles.

Desde la noche en que riñeron Pérez Esteban y Juanito, Elena no volvió a ver al estudiante, y este alejamiento parecía robustecer la óptima impresión que en su ánimo causara la bizarra conducta del mozo.

Juanito también parecía rehuir la sociedad de Elisa Conde, y pretextando ocupaciones perentorias, sólo la visitaba a muy espaciados intervalos.

—¿No quieres que sea trabajador y buen chico?—decía—. Pues ¡ea! a complacerte voy. Ahora, en junio, aprobaré el Derecho Natural y la

Economía Política... y si la flor de mi virtud no se marchita con los calores estivales, en septiembre despacharé otra asignatura.

—Pero, ¿cuántos años hace que estudias Economía Política y Derecho Natural?

—Algunos: lo menos, tres.

Y añadía, chasqueando la lengua:

—¡Bah!... Soy perezoso, ¿y qué?... La pereza es aristocrática. Unicamente los plebeyos que vinieron al mundo para luchar por la existencia, necesitan vivir en incesante actividad. La pereza es noble: la sienten los dichosos, los ahitos, los muy amados...

A pesar del cariño maternal que la antigua modelo le profesaba, Juanito Romero tenía disimulos y altanerías que irritaban a la Venus Loca. Ella sabía que Juanito se hallaba sin amparo ni protección de nadie; y si no estaba empleado ni ejercía profesión lucrativa ninguna, ¿cómo pagaba su pupilaje? ¿Qué espíritu bienhechor cuidaba de vestirle, costeaba sus vicios y daba a su patrona la filantrópica abnegación de mantenerle gratuitamente? ¿Era admisible que una pupilera, probablemente fría y descastadota, se hubiese allanado a menoscabar su peculio por mero altruismo y sin perseguir fines ulteriores? ¿No habría algunos gramos de amor en aquel enredo venteril?

Para resolver dudas, fué una mañana a casa del estudiante.

Juanito Romero vivía en la calle de Santa Isabel, cerca del Colegio de San Carlos. Elisa Conde llegó a la portería que buscaba y preguntó

por una doña Concha, que admitía huéspedes.

—Sí, señora—la contestaron—; aquí es; piso tercero, número cuatro, pasillo de la derecha...

La viuda de don Gonzalo echó escaleras arriba, recogiéndose las faldas para no ensuciárselas con los salivazos que maculaban el suelo. Los peldaños, ya muy gastados, tenían manchas inclasificables que resistían, desde tiempo inmemorial, a la acción combinada y salutífera del estropajo y de la greda; las paredes ostentaban figuras obscenas y letreros indecentes, y la parte adonde no alcanzaba el lápiz procaz de los muchachos, presentaba ese tinte grisáceo que el polvo da a los viejos muros revocados de blanco.

Cuando la Venus Loca llegó adonde iba, fué recibida por una mujer sexagenaria, cuya edad y lamentable empaque ponían su castidad a cubierto de sospechas: era doña Concha. Por ella supo Elisa que Juanito Romero no había dormido allí aquella noche, y, mientras hablaban, la antigua modelo pudo lanzar una mirada escrutadora al interior del cuarto: los suelos eran de ladrillo, los techos abohardillados; al término del carrejo estaba la cocina, única habitación de la casa que tenía luz propia, y en ella aparecían los vasares sin vajilla y el ángulo de una mesa de pino. Todo acusaba una pobreza extrema, pero miseria limpia, de esas que, todas las mañanas, se lavan con jabón. Este descubrimiento exacerbó la pasión de Elisa, quien, condolida de la orfandad y penuria del estudiante, se brindó a ayudarle: pero Romero apartó honestamen-

te los ojos de aquella bolsa abierta, asegurando que vivía bien, y que ya no estaba en edad de tener curadores.

La noche en que el famoso Tik-Nay celebraba su beneficio, el matrimonio Venegas fué en busca de Elisa Conde, a quien el payaso había enviado un palco aquella tarde. Cuando llegaron, la Venus Loca estaba en sus habitaciones concluyendo de vestirse, y en el gabinete japonés Juanito Romero leía un periódico. Al ver a los esposos adelantóse a saludarles con su amable solicitud habitual.

José Antonio ocupó una butaca, enfrente de Elena y de Juanito: su rostro, enjuto y surcado de arrugas burlescas, expresaba un gran cansancio. Tenía los párpados entornados, la boca entreabierta...

—¿Ha preparado usted muchas novedades para esta noche?—preguntó el estudiante.

—¡Oh! ¡Ninguna! Haré lo de costumbre: el público ríe siempre conmigo.

—¿Y sus achaques?

—Estoy mal... muy mal... Para mí no hay redención.

Hablaba despacio, la vista fija en el suelo, como si lo que iba diciendo estuviera escrito en la alfombra.

Elena le observaba atentamente, hallándole hermoso, pero viejo. Hubo un silencio, durante el cual Romero creyó escuchar los pensamientos que flotaban en la habitación. Las luces vertían claridad suave; sobre los muros triunfaban la chillona policromía de los macacos japone-

ses, y la blancura de mármol limado de la Venus Loca; por las ventanas abiertas penetraba un viento tibio, saturado de lujuriantes aromas primaverales, que Elena Santa-Cruz respiraba a pleno pulmón, soñando...

Apareció Elisa poniéndose los guantes, presurosa y sonriente. Vestía un traje claro, muy sencillo, que ceñía coquetonamente las turgencias de su cuerpo insensible a los años: llevaba al brazo una capa de seda negra, y, como no había querido ponerse en la cabeza ningún adorno, su abundante cabellera rubia, salpicada de hilos plateados, lucía semejante a un victorioso casquete de oro; alta, gruesa, magnífica, como Tanit, la diosa de Cartago.

—Nuestros amigos—dijo—nos esperan en el circo; no perdamos tiempo. ¿Quién de ustedes quiere servirme de caballero?

José Antonio se apresuró a responder:

—Este es mi brazo.

Elena Santa-Cruz sonreía viendo las maquinaciones de la fatalidad.

—Queridísima Elenita exclamó Elisa jovial—le robo a usted su marido por un rato; conténtese usted con Juanito, que tampoco es saco de paja, y... "¡andando va la barca!", como él dice.

—Pues ¡andando va!—repitió el estudiante.

Cruzaron la calle del Prado y siguieron la de Santa Catalina, hacia la de Cedaceros.

Delante iban Elena Santa-Cruz y Juanito; y los cuatro caminaban seguros, cual llevados hacia su fin por el Destino, que les empujaba.

—Tenía ansia de pasear contigo así, cogida a

tu brazo—musitaba Elisa—como en nuestros mejores tiempos... ¿Te acuerdas?

—¿No he de acordarme?... ¿Olvidaste que las páginas de oro de mi vida las escribiste tú.

—¡Ah, mi toro viejo!... Te juro que me siento completamente dichosa. Tú dirás que ésta es la caricatura de aquella obra maestra que compusimos en nuestra juventud... ¿Qué importa, si te quiero mucho?...

Se reclinaba sobre su brazo y acercaba su rostro al de José Antonio, solicitando un beso de aquellos labios irónicos que tanto la habían hecho reir. Venegas aceptó la dulce oferta.

—No te preocupe este pecadillo—murmuraba Elisa, entre soboncita y burlona—, porque estamos en mayo. Yo creo que en estas noches vernales hasta las mismas estatuas de los parques descienden de sus pedestales para tenderse sobre el césped.

Elena y Juanito hablaban de lo que más les preocupaba.

—¿Dónde se ha escondido usted estos días?—preguntó la joven.

—En mi casita, para estudiar.

—No le creo a usted capaz de tanta virtud.

—Acaso acierte usted, pues no lo hice por virtud, sino para ahuyentar una idea fija. Quise emborracharme y lo conseguí; pero mi prudencia me aconsejó bien, y mi borrachera no fué de alcohol, sino de Derecho Natural.

—¿Y olvidó usted su pesadilla?

—Imposible.

—Pues todos los que le queremos debemos

congratularnos de esa enfermedad que así le mueve a ser juicioso.

Continuaron la conversación, declarándose de soslayo muchos conceptos que no hubieran osado decirse rotundamente.

—¿Estará usted enamorado?—indagó Elena.

—De usted, y locamente; usted lo sabe.

—Las otras noches—repuso ella, que fingió no oir la atrevida respuesta de Juanito—¡me dió usted un susto!... ¿A quién se le ocurre reñir con Pérez Esteban por una tontería?

—Yo riño por usted con Esteban y con el Cristo de la Vega, y por usted le pego fuego a Madríd...—contestó Romero, cuyo acento oscilaba discretamente entre el tono zumbón y el apasionado.

—Usted está loco de remate. ¿Qué hubiera dicho José Antonio si sabe que andaba usted rompiendo lanzas por mí?

—Lo que entre nosotros suceda no lo sabrá su esposo, ni nadie... Porque al que lo supiera le arrancaba la lengua para que no lo hablase, y le amputaba las manos para que no lo escribiese.

Elena Santa-Cruz reía a carcajadas, asegurando que aquellas dramáticas exageraciones tenían mucha gracia.

—Esta noche estoy destemplado—decía José Antonio respondiendo a una ironía de Elisa—. ¿Puedes creer que la risa de Elena me lastima?

Al embocar la calle de Alcalá se detuvieron los cuatro.

—Digan los mayores en edad y gobierno—ex-

clamó Juanito—el itinerario que debemos seguir; ¿por dónde vamos?

—La calle de las Torres es el camino más recto—repuso Elena.

—Sí—interrumpió Elisa—; pero aún es temprano para encerrarse en el circo, y ya que José Antonio no trabaja hasta las diez y media, podemos llegarnos a Recoletos.

Hubo unos momentos de vacilación, durante los cuales todos miraron al cielo como buscando en la primaveral serenidad de la noche una razón para continuar el paseo: la alegre sociedad del Madrid nocturno empezaba a bullir, y en la acera opuesta un grupo de personas se apiñaba ante el pórtico de Apolo, cuyos arcos de luces dibujaban sobre la fachada dos cejas luminosas.

—Conque, señores, ¿qué hacemos?—insistió Romero.

—Sea lo que dijo Elisa—repuso Venegas.

Y continuaron como hasta allí hacia la Cibeles.

—Usted conoce el calvario durísimo que desde hace tiempo recorro por causa suya—decía Juanito—; la amo a usted, me duele el corazón de quererla tanto...

—Usted es muy joven y muy loco—respondía Elena evasiva—; lleva usted una vida alegre y, estando ansioso de impresiones nuevas, corre de amorío en devaneo siguiendo el ejemplo pernicioso de las abejas. ¿A cuántas mujeres habrá repetido usted lo que ahora está diciéndome?

—Sí, muy cierto, porque tan menguados son nuestros medios de expresión, que el amor verdadero y el fingido visten el mismo ropaje. Pero si las palabras en que lo real y lo aparente se envuelven son iguales, no son idénticos ni pueden serlo, so pena de negarlo todo y de dudar de todo, el ardor que exalta la voz y los gestos que subrayan las frases; y apelo a este testimonio supremo. Otros hombres la habrán cortejado a usted antes que yo; mas compare lo que entonces la dijeran, mintiendo, con lo que ahora yo afirmo. Entre ambos discursos mediará el abismo que separa lo cierto de lo falso; la diferencia entre la ardiente luz directa del sol, y la fría que reflejan los astros; entre el grito y el eco... ¡Sí, los hombres son habilísimos embusteros! Yo mismo fuí traidor en ocasiones; pero estos errores fueron pasajeros y no menoscabaron la honradez de mi carácter; pues así como no puede llamarse gran poeta al rimador que sólo alguna vez logró remontarse a las alturas de la verdadera poesía; y como no puede calificarse de neblinoso el cielo de Nápoles porque de tarde en tarde lo enluten nubes de tempestad, tampoco debemos considerar malo al hombre que, en ciertos casos, se olvidó de ser bueno. Yo he sido burlador y libertino, pero merezco perdón, supuesto que tales liviandades fueron transitorias. Yo soy leal, Elena; lo soy, al menos para usted. ¿Qué puede importarla que sea artero con las demás?

Habían cruzado la calle de Alcalá y la joven se detuvo junto al pabellón del Ministerio de la

Guerra, esperando a que Venegas y Elisa Conde les alcanzasen. José Antonio caminaba mal.

—¿Por dónde vamos?—preguntó Elena.

—Sigamos por Recoletos—repuso Elisa—; hay más frescura.

Un mendigo les abordó y Venegas apresuróse a socorrerle.

—¡Qué blando de corazón es el señor Tik-Nay!—exclamó Elisa.

—A la edad de nuestro amigo—interrumpió Juanito—esas debilidades altruístas son resultado de la experiencia. Casi todos los hombres de mundo son filántropos, porque los enredijos amorosos de la vida les enseñaron a ver un padre posible en cada anciano, y un hijo probable en cada niño. Por mi parte, cuando la diferencia entre mi edad y la del individuo que considero es tan pequeña que niega toda idea de descendencia o de paternidad, "¡quién sabe, digo, si será hermano mío!..." Y le quiero también.

Celebraron todos la volteriana observación del estudiante, y prosiguieron el paseo.

—¿Le quieres mucho?—interrogó Venegas en voz baja.

—¿Qué sé yo?... Quizás un poco más de lo prudente. Yo me agarro a él, como tú te aferras a Elena. Sí, Pepe; nosotros pertenecemos a la misma generación, fracasamos en el mismo naufragio y ahora queremos recibir de la juventud que va empujando el calor y la alegría que el tiempo nos niega. Poniendo los puntos sobre las íes, y dando de lado sentimentalismos de tramoya, resultamos dos perfectos egoístas.

Elena es para ti lo que Juan para mí: dos retazos, ¿entiendes?, con los que pretendemos remendar nuestra felicidad jironada.

—Sí, estamos viejos—musitó Venegas como hablando consigo mismo.

Por el Paseo de Recoletos discurrían pocos transeuntes; en las sillas, disimuladas bajo la sombra encubridora de los árboles, cuchicheaban algunos enamorados. Las carcajadas de Elena interrumpían el silencio.

—¡Oh!—murmuró Venegas—. Decididamente, esta noche no estoy en mi cabal juicio. ¿Oyes?... La risa de esa chiquilla me hace daño... ¡Trae a mi memoria tantos recuerdos!...

Estaba pálido; temblaban sus piernas.

—¿Quieres que la llame?—preguntó Elisa.

Pero la joven había dejado de reir y el payaso replicó, ya más sereno:

—No, déjala; vamos así mejor.

Prosiguieron cogidos del brazo y platicando en voz baja: él, lacónico y tristón; ella, cariñosa y gaitera. Juanito continuaba su apasionada conversación, derribando mañosamente cuantos obstáculos le oponía la fidelidad de Elena Santa-Cruz.

—Por usted—decía—padezco horriblemente; estoy deseando verla y huir su compañía; su presencia me reanima y me abate, me entristece y me alegra. Como si hubiese nacido en el mar, mi pasión tiene del océano el amargor y la inmensidad.

—¡Ah, no desespere usted!—replicó la joven distraída—; tenga paciencia...

—Sí, la tendré; si usted me promete tener piedad de mi paciencia...

Hablaban a la sordina, atraídos mutuamente por la complicidad del silencio. Elena, poseída de dulce laxitud, contemplaba el paseo solitario ensombrecido por las frondas entrelazadas de los árboles, y pensaba en Juanito y en Werther... pálido, ojeroso, demacrado, paseando junto a Carlota por los bosques la fiebre de su pasión insaciada; y luego meditaba en sí misma y en la noche en que el Destino la arrancó de su hogar para arrojarla en brazos de Venegas... José Antonio la habló como Juanito lo hacía en aquellos momentos: empleando iguales palabras ardientes, los mismos gestos desesperados; era el eterno grito de la lujuria humana que pide más vírgenes, más carne inocente. Y Elena calculaba si habría envilecimiento en servir de deleite a más de un hombre. Detrás de ella resonaban las risas contenidas de Elisa, aquella Venus Loca cuyo cuerpo desnudo, célebre en Europa, encandiló las pupilas de tres generaciones.

—Necesito que jure usted tener compasión de mi paciencia—insistía Romero.

—Hable usted más quedo—observó Elena echando atrás y de soslayo una mirada inquieta—; pueden oirnos.

—No se preocupe usted: van distraídos. Son viejos, y los que vivieron mucho, siempre tienen mucho de qué hablar.

—¿Cuándo sales de Madrid? — preguntaba Elisa.

—A mediados de junio: voy contratado a Bar-

celona. Quiero realizar un último esfuerzo antes de retirarme. Estoy muy quebrantado; no puedo más...

—Usted— decía Juanito — conoce todos los afectos: el amor filial, cariño que nace con nosotros y tiene dejos de agradecimiento y de ternura; y ha gozado usted también del amor de esposa; y, finalmente, amén de buena hija y de esposa amante, es usted devota, cree usted en otra vida, en un cielo habitado por un Dios todo bondad y misericordiosa abnegación, dechado de omnisciencia y de justicia... y ese Dios llena la mitad, cuando menos, de la existencia moral de usted.

Elena escuchaba atentamente, con el candor del niño que oye referir una leyenda oriental.

—Usted—continuó Romero— tiene todo eso, que es mucho, ciertamente; pero yo, ¿qué tengo? ¡Si me faltan mis padres y me falta la fe! Esta soledad acicatea el amor que usted me inspira. Ya que no tengo padres a quienes obedecer, ni Dios a quien reverenciar, pondré en usted toda mi alma. Lo que los teólogos no consiguieron de mi entendimiento con sus silogismos, lo obtuvo usted de mi corazón con sus miradas. ¡Ay, Elena! También el ateísmo tiene su poesía. ¡Nadie, nadie sabe querer como los ateos!... porque el devoto pospone la mujer a Dios; y el ateo hace de su amada su Dios y la antepone a todo...

Elena Santa-Cruz permanecía absorta, antojándosela que todo aquello, tan bonito, lo había leído mucho antes en algún libro.

Emprendieron el regreso los cuatro reunidos,

y por la acera del Príncipe Alfonso; torcieron luego a la derecha, subiendo la cuesta de la calle del Saúco, y desembocaron por la del Barquillo a la plaza del Rey, donde la estatua del teniente Ruiz parece arengar a una legión invisible de patriotas muertos.

Delante del Circo, iluminado por cuatro focos eléctricos, el público regateaba a los revendedores el precio de las localidades. De pronto oyó Elena la voz de Romero, que murmuraba impaciente:

—¡Deme usted una esperanza!

—¡Calle usted, imprudente! — repuso la joven en el mismo tono mesurado.

—¡Una, una sola!...

—¡Oh!... ¡No sé, no sé!...

Le contestó sin propósitos de cumplir la promesa que envolvía su respuesta, únicamente por substraerse a la sugestión de aquella voz simpática que mendigaba piedad. Entretanto, sus ojos leían un gran cartelón, amarillo y rojo, que decía:

"Compañía ecuestre, cómica y acrobática, formada por los artistas más célebres del mundo. Gran gala. Beneficio del famosísimo Tik-Nay, el payaso inimitable. ¡Atracción monstruo!"

Entraron: José Antonio despidiose de sus amigos y desapareció por la puertecilla que conducía a bastidores. En el palco de Elisa Conde estaban Renata Blaner, Mariano Cortés, Paco Vergara y Cárdenas, con su rostro macilento de trasnochador.

—¿Ha trabajado usted ya?—preguntó Elena a

la francesa, que la saludaba con el dulce mirar de sus ojos azules.

—Todavía no; tenemos el tercer número de la "segunda parte".

En aquellos momentos atraía la atención pública Miss Eldwer, la "emperatriz del alambre". Unas veces corría a lo largo del hilo; otras se arrodillaba para coger con la boca un pañuelo colocado a sus pies. Todas las sillas y los palcos estaban ocupados; en la entrada general tampoco quedaban asientos vacíos.

—Bien se conoce—observó Elisa—que hoy celebra su beneficio un artista favorito del público.

—Hemos comprado una corona adornada con cintas, que dicen: "La tertulia de Elisa Conde a Tik-Nay, el payaso inimitable" — exclamó Paco Vergara—. Cárdenas, nuestro inspirado vate, intentó obsequiar al beneficiado con un soneto; pero esto nos pareció a todos un abuso de confianza, y hemos evitado la agresión.

Cárdenas, que leía un periódico, interrumpió a su amigo:

—Aquí hablan de Venegas: "Esta noche celebrará su beneficio Tik-Nay, el célebre payaso del Circo de Price. Tik-Nay es uno de los mejores bufones del mundo"...

Elena Santa-Cruz oía todo aquello sintiéndose poseída de un orgullo semejante al del pedagogo a quien se encomian los méritos de su discípulo predilecto; porque era ella quien, al compartir la casa, la mesa y las noches de Tik-Nay, compartía también sus triunfos de clown.

Miss Eldwer había descendido de la maroma

y saludaba al público levantando los brazos y dejándolos caer después lentamente, con el desmayado movimiento de una palmera que abre su follaje. Luego se retiró disparando besos que parecía recoger con los dedos del borde de sus labios pintados, y dando brinquitos y piruetas ridículas.

Después apareció Chi-Laot, "el Hombre-Serpiente".

Era un japonés canijo y delgado, vestido con un traje de malla verde salpicado de lentejuelas plateadas. Saludó a la concurrencia con un expresivo movimiento que hizo vibrar las dislocadas articulaciones de todo su cuerpo, y seguidamente y con pasmosa presteza empezó a doblarse hacia atrás, sometiendo su macerada columna dorsal a una torsión inconcebible. La luz eléctrica mordía las lentejuelas de su traje, dándole las apariencias de un lagarto epiléptico y brillante, que se retuerce: la orquesta ejecutaba una música barroca, pobre en modulaciones y cuyas notas estridentes se prolongaban, quejándose, como para disimular el sordo crujir de aquellos huesos desarticulados.

El público observaba consternado y atento aquel remedo de esas torturas crueles prescriptas en los códigos orientales. El Hombre-Serpiente continuaba doblándose, y cuando consiguió colocar sus lomos sobre sus nalgas, sacó la cabeza por entre las piernas y miró a todas partes con ojos dilatados. Parecía un icono quimérico.

Los espectadores nerviosos, dolorosamente

impresionados hasta allí, lanzaron un suspiro de satisfacción creyendo que Chi-Laot no podría exagerar más su torcedura. Pero aquello sólo era el prolegómeno de los histéricos esguinces que el chino meditaba.

Empezó, pues, a recorrer la pista volteando sobre sí mismo y sin variar de actitud: se dejaba ir hacia atrás, y, ayudándase con un rapidísimo movimiento de manos, giraba sobre sus caderas dislocadas y volvía a quedar de pie un instante, y a caer de nuevo, aprovechando la inercia del primer impulso. En aquel rápido girar su cuerpo magullado aparecía sucesivamente en las actitudes más fantásticas y grotescas, semejantes a esos disparates antropomórficos que pueblan los cuadros de brujas.

Tan pronto estaba de pie, la cabeza entre las piernas y el vientre en alto, tal que un cuerpo humano cortado por la cintura; como, siguiendo las evoluciones de su ejercicio, aparecía apoyado en el pecho y el mento, o sobre el pubis, en una actitud que debía de lastimar su pobre virilidad magullada.

Luego volvía a caer, el rostro contra la arena, y entonces sus manos repetían el empuje que le devolvía la posición bípeda.

Cansado de rodar por la pista, se puso de pie sin variar de actitud, y por entre los muslos sacó un brazo largo, enjuto, y tras él fueron deslizándose el hombro, la cabeza y la mitad de la espalda, mientras la pierna izquierda iba doblándose, y perdiendo el cuerpo su aplomo. La luz eléctrica bruñía las lentejuelas del traje verde

de Chi-Laot; y en tanto la orquesta ejecutaba la misma música desapacible y quejumbrosa, el chino continuaba dislocándose con movimientos sigilosos de culebra. Sus músculos eran mezquinos; los contornos del cuerpo indecisos y flexibles, como los de un muñeco de goma. Visto a distancia parecía una masa informe, gelatinosa, blanduzca, retorciéndose sobre sí misma, como una cola de gusano. Finalmente, Chi-Laot quedó tendido en el suelo, con un hombro y un brazo contra la arena, la pierna derecha en el aire y colgando, y la cabeza y el tronco atravesados sobre el muslo izquierdo; el otro brazo yacía caído hacia afuera, como un miembro muerto. En aquella posición era dificilísimo aclarar el laberinto de sus huesos y reconstituir su esqueleto deshecho: parecía uno de aquellos raros reptiles de las faunas prehistóricas, o un lagarto borracho, jugueteando al sol. Cuando se levantó estaba tan molido, que sus piernas flaqueaban, y se retiró desmazalado, tambaleándose como un beodo.

Entretanto, José Antonio Venegas se preparaba a salir. Un invencible desasosiego le invadía, y sus piernas de atáxico se negaban a moverse con la coordinación debida. El recuerdo de aquella multitud levantisca, que rugía en el teatro, le asustaba: aquellos espectadores eran admiradores suyos que habían ido allí a aplaudirle, a reirse de él... y la visión de tantos centenares de bocas riendo, le horripilaba: era una funesta explosión de júbilo que también contribuía a agarrotar sus pies.

Tik-Nay apareció vestido de rigurosa etiqueta. Nada extraordinario, de consiguiente, había en su figura, si no eran los pies: unos pies de goma desnudos y negros como los de un natural del Congo; anchos, juanetudos y de medio metro de longitud: al andar producían un ruido sordo, y los dedos se señalaban en la arena. Llevaba el rostro empolvado y la nariz pintada de rojo. El público empezó a aplaudir.

—Perdonen que venga así—dijo Venegas mirándose los pies y hablando con el acento infantil y exótico peculiar a todos los payasos—: pero acabo de escribir un artículo, y no he tenido tiempo de calzarme...

A un lado de la pista un gran lienzo blanco representaba la fachada de una "Barbería", con puerta y ventana. Tik-Nay, dueño del establecimiento, empezó la mojiganga ofreciendo al público sus servicios.

—¿Quien se atreve?—decía—. Yo afeito, corto el pelo y lo rizo, y saco muelas con los dedos y sin dolor.

Un individuo de la entrada general gritó, con voz estentórea:

—¡Espérese usted, que quiero afeitarme!

—¿Por qué no ha venido usted antes?...—preguntóle en el mismo tono el payaso.

—Porque aún no tenía la barba bastante crecida...

Levantóse y echó a andar apresuradamente, pero tropezó y bajó rodando hasta la pista, lo que produjo tumultuosa conmoción en la sala.

Durante aquel corto intervalo, José Antonio

Venegas contemplaba al público con una expresión dolorosa que pasaba inadvertida en su rostro grotesco de bufón: sus ojos se detuvieron en el palco de Elisa Conde y vió a Elena, algo pálida, y a Juanito Romero que la hablaba, con el aguileño semblante casi apoyado en su hombro...

—¿Conque usted es barbero?—dijo el recién llegado, cuadrándose ante Tik-Nay.

—Sí, señor.

—Pues aféiteme usted y déjeme guapo, porque esta noche voy de conquistas.

—¡Pero hombre! ¡Si tiene usted la cara de un puerco-espín!...

Tik- Nay contempló minuciosamente a su interlocutor, que, a su vez, le miraba estupefacto; le inspeccionó por delante, por detrás, muy de cerca, metiéndole la nariz por los ojos; se agachaba... y, de pronto, empezó a reir, oprimiéndose los costados. Era una carcajada sugestiva, irresistible, que excitaba a la alegría, cual si en su garganta se rebullese el dios de la risa: el público, impresionable y cándido como un niño, reía también. Esto duró largo rato.

—Ea, pues—dijo Tik-Nay serenándose de pronto—, espéreme usted; ahora vuelvo.

Entró en la barberia y a poco salió trayendo un sillón, un cubo, dentro del cual había una brocha de albañil, y una enorme navaja de afeitar. Después cogió a su parroquiano por los cabezones y exclamó, dándole una sonora bofetada que le hundió violentamente en el sillón:

—¡Siéntese usted!

Acto seguido le ató una toalla al pescuezo; pero con tal fuerza, que el otro, medio estrangulado, empezó a hacer aspavientos y a sacar la lengua.

—Conque, de conquistas... ¿eh?...—preguntaba Tik-Nay—. ¿El señor va a hacer conquistas?... ¡Muchas conquistas!...

—Hombre, sí—respondía su interlocutor angustiado—; si usted no dispone otra cosa...

Tik-Nay continuaba preparando dentro del cubo el agua de jabón y, después de empapar bien la brocha, administró al infeliz cliente una feroz jabonadura, que le cubrió todo el rostro.

—Conque, de conquistas... ¿eh?...—repetía el payaso.

Y en cuanto el otro abría la boca para responder, Tik-Nay le escupía en el rostro y le sofocaba con nuevos brochazos.

—¡Hay que ablandar la barba!...—repetía—; hay que ablandar la barba.

El público reía estrepitosamente la grotesca bufonada, y Tik-Nay hablaba a tente bonete, mientras afilaba la navaja contra el respaldo del sillón. De pronto el paciente se enfadó:

—Si no concluye usted—dijo levantándose—, le hincharé los morros...

Tik-Nay dió un paso atrás, mirándole amenazador; después cayó en la cuenta de que su rival estaba cegado por el jabón, miró al público y volvió a reir con una carcajada silenciosa. ¡Carcajada admirable!... porque diríase que su espíritu era hermano de los de Aristófanes y Rabelais, y que sus guiños expresaban cuanto de

más burlesco escribieron aquellos dos príncipes de la hilaridad.

De repente se puso serio y recogió la amenaza que le dirigían.

—¿Tú a mi hincharme la jeta?... ¡¡Toma!!

Y dándole un puntapié en el vientre, le obligó a sentarse; seguidamente le aplicó en la cara un par de brochazos terribles, y, sin darle tiempo a reponerse le sacudió dos bofetadas tremebundas, concluyendo por colocarle, a guisa de montera, el cubo lleno de jabón.

El agredido arrojó el cubo y, limpiándose los ojos, arremetió a Tik-Nay, gue le puso en el rostro uno de sus pies enormes, derribándole con gran fracaso y ruina. Mientras Tik-Nay celebraba su hazaña, el otro se levantó, sacudiéndole en la cabeza un sonoro garrotazo, y entonces emprendieron alrededor de la pista una carrera delirante; hasta que el fugitivo, no sabiendo cómo sustraerse a aquella persecución sin cuartel, se arrojó por la ventana dentro de la barbería, oyéndose el ruido de su cuerpo al caer y el agudo crepitar de los cristales rotos. El público reía; parecíale que aquella serie de funambulescos episodios no iba a tener fin. A Tik-Nay, sin embargo, se le había ocurrido un medio de tomar rápida venganza de su enemigo, y, en vez de perseguirle, abrió su navaja y fué a esconderse junto a la puerta del establecimiento, esperando al revoltoso parroquiano; cuando éste reapareció, seguro de que todo había concluído, Tik-Nay se precipitó sobre él, degollándole con desenfado barberil y arrojando después al suelo la cabeza

amputada, con la solemne indiferencia de un verdugo, mientras el decapitado escapaba seguido de Tik-Nay que corría a largas e inseguras zancadas. El viejo payaso explotaba su ataxia en provecho de la mojiganga, y el público reía pareciéndole que aquel modo de correr, desigual y torpe, de segador ebrio, también era un donaire.

—Todo esto es muy gracioso—decía Romero a Elena, que parecía triste—; pero el espíritu delicado de usted propende a la melancolía más que al regocijo: el contento pasa pronto. ¿Quién recuerda su primera sonrisa?... Nadie. Y, en cambio, ¿quién ha olvidado la primera lágrima?... Ninguno.

—Esta noche—dijo la joven—, José Antonio no está como otras veces.

—Ni tú tampoco—repuso Elisa pasándola una mano por delante de los ojos como para desvanecer sus preocupaciones—; andas ensimismada y con el juicio en las Batuecas. ¿En qué piensas, muchacha?...

—Elena y Cárdenas dicen bien—observó Vergara—; don José está ocurrente, como siempre, pero trabaja con dificultad; hay en sus movimientos y en su risa algo que apena.

—¡Ha cambiado mucho!—exclamó Elisa Conde—; yo le conocí en París hace veinte años, y ahora no es ni un remedo de lo que fué...

Lanzó un suspiro y quedó silenciosa, mientras desfilaban por los neblinosos horizontes de su memoria aquellos días lejanos.

El público seguía aplaudiendo y pidiendo a voces:

- ¡¡El muerto, el muerto!!

Y el empleado que salió a anunciar un descanso de quince minutos, fué despiadadamente silbado.

Venegas se había refugiado en su cuarto y desde allí espiaba aquel vocerío de la muchedumbre exigente, que le reclamaba; estruendo amenazador y terrible, como el de la marea.

El cuarto de Tik-Nay era una habitación pequeña y estucada, sin otros muebles que un lavabo con espejo, dos divanes forrados de terciopelo color musgo, y algunas sillas del mismo estilo y calidad; en las paredes una mano hábil había pintado varios semblantes grotescos de payaso, mujeres desnudas, cabezas de perros y otros caprichos; todo ello a medio concluir, disperso, sin orden ni plan.

José Antonio reposaba sobre un diván, una pierna cruzada a lo largo de la otra y los brazos abiertos, anonadado por la fatiga y sin cuidarse de las personas que le acompañaban, con ese egoísmo impolítico de los enfermos que se creen autorizados para todo.

Entre los circunstantes estaban César Romero, disfrazado ya con el traje adecuado a la orientalesca persona de Sadi-Alí-Komar, y varios amigos del viejo payaso. Los regalos abundaban. Sobre un velador se amontonaban las cajas de cigarros habanos, buen número de petacas, bastones, figulinas de mármol, fosforeras y otras chucherías, y una bandeja cubierta de tarjetas.

En pie, delante de Tik-Nay, estaba Juan Walter, el payaso que acababa de representar con

Venegas la mojiganga de la barbería. Era un titán de hombros cuadrados y rostro seco y grave; permanecía con los brazos caídos, inmóvil y callado, con ese mutismo inquietante de los colosos; vestía un traje de arlequín; la sombra de su cuerpo se quebraba en un ángulo de la habitación, y en el techo su cabeza recortaba un perfil disforme. Tik-Nay había cerrado los ojos y alentaba penosamente; la pechera almidonada de su camisa crujía.

—¿Se encuentra usted peor?—preguntó Romero.

José Antonio tardó en abrir los párpados.

—Sí—balbuceó—estoy peor; la fatiga... y los gritos de esa gente, que ríe...

Recordaba el conjunto de tantos rostros desconocidos y risueños, mostrándole sus dentaduras blancas, y el grupo de los amigos de Elisa Conde: todos le miraban, todos reían...

Hubo un momento de silencio, y luego, por la puerta entornada, penetró, como un soplo de tempestad, el vocerío furioso de la multitud impaciente y tenaz, que seguía pidiendo:

—¡El muerto, el muerto!

—No callarán, no —murmuraba Tik-Nay.

César Romero, acostumbrado a la exhibición pacífica de sus gatos amaestrados, miraba distraídamente las puntas de sus babuchas amarillas, ajeno a las extravagantes emociones que sacudían el espíritu del payaso. Por la puerta volvió a penetrar una ráfaga avendavalada de voces impacientes, que repetían:

—¡El muerto, el muerto!...

Cansada de gritar la muchedumbre porraceaba el suelo con los bastones y los pies; el teatro se estremecía bajo aquella protesta unánime.

—¿Salimos?—preguntó Walter dirigiéndose a la puerta.

—Espera—repuso Venegas, que había tornado a cerrar los ojos—; tal vez se cansen...

De pronto aquel ruido cesó, reemplazándolo un clamoreo ensordecedor rasgado a intervalos por silbidos agudísimos que recorrían toda la escala. La protesta iba dirigida contra Renata Rosinthal, amazona inglesa: y tan violento y descortés se mostró el público, que la gentil artista hubo de retirarse. Entonces José Antonio se levantó, resignado:

—¡Ea, pues; vamos allá!

Venegas había introducido en aquel disparate bufo de su invención grandes novedades, alargando la mojiganga con una primera parte que se desarrollaba en el escenario. Al levantarse el telón, la muchedumbre se aquietó.

—¡Ya van a empezar!—exclamó Elena haciendo guiños de pueril regocijo.

Y Juanito repuso cruel:

—¡Pobre Venegas! ¡Cuánto trabajo le costará proporcionarnos este buen rato! Porque, a despecho de su bondad, a nuestro excelente amigo la alegría del prójimo le hace sufrir horriblemente.

La representación comenzaba. Salieron tres payasos vestidos de nodrizas, con tocas blancas y refajos adornados de pintorescos galones y cintajos policromos. Cada una [de aquellas ro-

bustas montañesas llevaba en brazos dos mamoncillos de cartón, a quienes trataban de divertir con desaforados cuneos, para acallar los gritos que por cuenta de los rapaces lanzaban varias mujeres desde bastidores. Los payasos les zarandeaban, les besaban; pero los chicos no cejaban y seguían llorando, mientras el contento del público estallaba en carcajadas. El diapasón del guirigay infantil crecía: unos gimoteaban, otros gruñían, en desconcertante sexteto. De súbito pensaron las nodrizas que los chicos tenían sueño, e inmediatamente allegaron tres sillones en los cuales empezaron a mecerse, cantando:

—¡Duérmete, niño mío, que viene el coco!...

Los vaivenes eran tan descompasados, que a ser los muchachos de carne y hueso hubiesen quedado muertos allí mismo. Sus gritos redoblaron.

—¡Lo que tienen es debilidad!—exclamaron los payasos.

Diligentes aprestáronse a satisfacer el hambre de los mamoncillos, desabrocháronse los corpiños y echaron al aire seis pechos descomunales de goma, grandes y pomposos como ubres, mientras continuaban meciéndose y repitiendo el medroso estribillo:

—¡Duérmete, niño mío, que viene el coco! ¡Que viene el coco... el coco... el coco...!

En esta brega estaban cuando apareció Tik-Nay, que no era sino el mismísimo Coco en persona, disfrazado bajo una sábana y con un gran sombrero muy campanudo de copa y caído de

falda: avanzaba a largos pasos y haciendo repercutir sobre el escenario sus pies de esqueleto, con cuya medrosa aparición las tres mujeres quedaron boquiabiertas y sin saber a qué santo encomendarse.

—Vosotras, en esas tetazas, no tenéis cosa de provecho—exclamó el fantasma con voz campanuda, como salida del otro mundo.

—Y ¿qué haremos, señor Coco?—preguntaron humildemente las nodrizas.

—Eso lo veréis ahora. Por lo pronto, traedme cuantos chicos anden por ahí, y volved en seguida.

Ellas lo hicieron todo conforme él lo dispuso; y muy luego reunieron hasta una docena de famélicos mamoncillos que, al ver la guisa y porte extraordinarios de Tik-Nay, empezaron a gritar como pudieron hacerlo los hijos de Saturno entre las mandíbulas de su padre. Mientras el público reía con el mismo empuje y gana con que los muchachos lloraban, Tik-Nay trajo una gigantesca barrica de cristal colocada sobre un carricoche de cuatro ruedas: en su parte superior tenía doce tubos de goma, destinados a irrigar en el cuerpo de los chicos la leche contenida en la vasija y que había de extraerse por el sencillo mecanismo de una bomba. Al ver el aparato, las risas del público aumentaron. Tik-Nay colocó el extremo de los tubos en la boca de los cuitados mamoncillos; los introducía dando vueltas, como si les barrenase los labios; pero apenas los rapaces comprendieron la bondad de aquella especie de cordón umbilical que

les ponía en provechosas relaciones con el barril-nodriza, empezaron a gruñir de gusto.

—¡Pobrecitos, pobrecitos míos!—exclamaba Tik-Nay—. Están rabiando de hambre.

Aferrándose a la palanca de la bomba, púsose a trabajar con el desesperado frenesí del marinero que achica el agua de una embarcación que se hunde.

—¡Están pereciendo de hambre!—insistía—. ¡Lástima de niños!

Y el público, que veía descender en la vasija el nivel de la leche y escuchaba los regocijados suspiros de los monigotes, reía a mandíbula batiente.

—¡Pobrecitos míos, pobrecitos... pobrecitos!—repetía el clown sin soltar la bomba.

Los muchachos habían dejado de llorar, y aquel silencio de ahitos aumentó la hilaridad general. De repente las tres nodrizas, que hasta allí dieron muestras de satisfacción y ufanía, empezaron a alarmarse.

—¡Ya está bien!—decían—. ¿No comprende usted, señor Coco, que las criaturitas van a reventar?

Ciertamente las mantillas de los muchachos iban redondeándose, y adoptando la forma ventruda de los botijos.

—¡Que van a morir de indigestión, señor Coco; tenga usted caridad!

—¡A callar, badulaques!—respondía Tik-Nay despótico—. Los niños han de beberse, quieran o no, toda la leche que he traído.

Y continuó aferrado a la bomba. Momentos

después, diez de los doce chicos sometidos al implacable amor maternal del payaso, empezaron a expeler por los ojos la leche que ya no les cabía en el cuerpo. Las nodrizas se precipitaron aterradas sobre el diabólico payaso, gritándole:

—¡¡Basta, basta!!

Pero Tik-Nay, que parecía poseído de un vértigo, las rechazó:

—¡Todavía no, imbéciles! ¿No veis que los dos más grandullones tienen cara de hambre?

Ellas, convertidas repentinamente de pacíficas mujeres gordiflonas en arpías furiosas, arremetieron a Tik-Nay, que se defendió a puntapiés.

En una de las alternativas del combate, Tik-Nay fué empujado hacia atrás... Y entonces sucedió algo de lo acontecido al gitano socarrón que se acusaba de haber robado un ronzal; y fué que tras el ronzal se llevó una jáquima, y tras la jáquima un burro que traía otros dos de reata cargados con varias fanegas de trigo.

Como Tik-Nay, al retroceder, no soltase el brazo de la bomba, arrastró consigo el aparato donde la vasija estaba colocada, y tras la vasija se fueron los doce muchachos, que cayeron al suelo con gran fracaso; y como si aquel laberinto y desgobernada máquina de cosas no fuese bastante, la leche quebrantó, merced a una postrera impulsión de la palanca, la cabeza de los muñecos que aun no se habían derramado por los ojos, y los dos monigotes estallaron simultáneamente. Ante aquel infanticidio inaudito, las tres mujeres lanzáronse con redoblados bríos sobre Tik-Nay, que huía horrorizado de su haza-

ña, y el telón cayó mientras el público comentaba la absurda pantomima.

Durante este tiempo, los empleados del circo habían levantado una especie de puente rústico entre el escenario y la pista; y cuando el telón volvió a alzarse, la escena representaba un bosque, iluminado por la luna. Reaparecieron luego las tres nodrizas, y a poco cuatro o cinco payasos provistos de nudosas estacas, y que andaban con notable silencio y mesura. Entonces ellas, con melindrosos remilgos y huracanados suspirones, refirieron el daño que Tik-Nay las hizo, describiendo el trágico estallido de los angelitos y pidiendo pronta y reparadora venganza de tamaño desafuero.

Renata Blaner había salido del palco para reunirse con César Romero, que la esperaba entre bastidores, y Juanito avanzó su silla hasta colocarse entre Elisa y Elena Santa-Cruz, de modo que podía charlar con ésta sin exponerse a ser oído.

—¿En qué piensa usted, Elena?—preguntaba el estudiante.

—¿Y usted, Juanito?

—¿Yo?... En una mujer que con ser la esencia de lo superfino y el remate de lo mejor, es más ingrata que bonita...

—¿Nada más?... ¡Sufrirá usted mucho pensando en ella!...

Romero la contempló de hito en hito, y repuso desdeñoso:

—Otro tanto merecía usted sufrir por mí...

Tik-Nay cruzaba el escenario y en la muche-

dumbre hubo un movimiento de curiosidad, porque el fúnebre disfraz del viejo clown tenía algo solemne. Tik-Nay permanecía inmóvil bajo su peplo blanco; la luz eléctrica le iluminaba completamente, y el sudario pendía de sus hombros dándole apariencias lapidarias de estatua. El cráneo brillaba con templados reflejos marfileños, y los ojos parecían inspeccionar los rincones de la sala desde el fondo de sus cuencas, secas y obscuras como cráteres apagados.

Transcurrieron algunos minutos de expectación: Tik-Nay reía, cual mofándose desde el seguro misterio de la muerte del imbécil artificio de la vida, y el público debió de interpretarlo así, porque, apagada la primera impresión, rió también. En realidad, el viejo payaso estaba descansando; procuraba serenarse, reunir sus fuerzas. La visión de tantos semblantes hilarantes le recordaba el guiño sardónico con que la muerte desfigura a los que perecen de frío; y los rumores de la sala llegaban agrandados a sus oídos, como un bramido rencoroso de terremoto. Era la suma de cuanto había visto y oído en su larga peregrinación por el mundo, una síntesis palpitante de lo que fué, un eco de todas las carcajadas que supo arrancar a los públicos de Europa, el huracán de mofa levantado a su alrededor por tres generaciones consecutivas.

Allí, en los palcos, acomodados sobre las rodillas de sus niñeras, habría nietos de aquellos hombres que muchos años antes, cuando eran jóvenes, premiaron con risas sus primeros triunfos; ¡todos, abuelos, padres, hijos... todos se ha-

bían reído de él!... Y entre aquella algazara de risas, José Antonio imaginaba percibir carcajadas desapacibles de epiléptico, lamentos y gritos de mujeres violadas.

Pasados los primeros instantes de dolorosa expectativa, se aventuró por el puente: bajo la luz, su elevada silueta tenía un prestigio espectral. Los payasos le atisbaban desde el escondrijo donde estaban emboscados, y cuando llegó al comedio de la pista le arremetieron, lanzando gritos estridentes.

Entonces dió comienzo la escaramuza que ya el público conocía, y en la cual "el payaso inimitable" demostraba ser un espadachín sereno en la defensa, vigoroso y porfiado en el ataque, ágil y habilísimo en toda laya de fintas y cambios. Armado de un zancarrón de grandes dimensiones, Tik-Nay rechazaba gallardo la acometida de sus contrarios, porraceando sobre sus rostros pintarrajeados; mas como aquéllos no eran mancos ni rencos, ni habían acudido allí para recibir humildemente tan gentil paliza, también menudeaban con ahinco y denuedo.

Advirtiendo Tik-Nay que uno de sus rivales se le venía encima, y que su brazo enflaquecido no daba abasto a las muchas necesidades de la pelamesa, resolvióse a despojarse de su sudario para liárselo al brazo izquierdo y así servirse de él como de un escudo.

Entonces apareció su raro disfraz de esqueleto: con su mondo cráneo insensible a los golpes, su columna vertebral, sus costillas, perfectamente simuladas, y todo su fúnebre armazón,

en fin, iluminada por la luz que se quebraba en las aristas de los huesos. Aquello, tan incongruente y original, era la muerte, la muerte fría y sola, luchando contra la vida y venciéndola.

De pronto Venegas experimentó un desfallecimiento infinito, un anonadamiento supremo; sus piernas flaquearon; era el vértigo de los que atraviesan un abismo por un angosto puentecillo de tablas. Quedó extático; la noción de la bufonada que representaba borróse súbitamente de su memoria; zumbáronle los oídos y sus ojos se dilataron, fascinados por el conjunto de aquellos centenares de bocas que reían amenazándole con el gesto del mastín que se prepara a morder. En el palco de Elisa Conde, Juanito Romero y Elena Santa-Cruz reían también.

Las alucinaciones visual y auditiva se aunaron, y el fingimiento presente exaltó las roedoras acusaciones del pasado. Aquello era la carcajada del loco del molino que resonaba en los ángulos de su dormitorio de recién casado, en el hueco de la escalera, en las chimeneas, en pasillos; unas veces tenue como el piar de los pajarillos moribundos, otras discordante y bravía, y que ahora bramaba ensoberbecida, estallando simultáneamente por las bocas incontables de la multitud. Y Tik-Nay dejó caer los brazos y vaciló, arrebatado por aquella tromba que giraba delirante envolviéndole en un embudo siniestro...

—Realmente—comentaba Elisa — José Antonio no pudo idear otro disfraz más horroroso.

Y añadió, dirigiéndose a Elena:

—Confiésate aquí: ¿no pensaste nunca en que ese esqueleto dormía contigo?

Juanito Romero murmuraba al oído de Elena el epílogo de una interesante conversación.

—Dígame usted algo concreto.

—Tenga paciencia...

—De todos modos, pasado mañana iré a verla.

—Sí.

—¿Por la tarde?

—Perfectamente.

—Y ¿estaremos solos?

—Es lo probable...

Tik-Nay les miraba fijamente; parecía que el murmullo de aquella conversación llegaba a él...

De súbito quiso huir, para librarse de una repentina y terrible sospecha; mas la ataxia había agarrotado sus piernas; entonces, presa de un chispazo de agresiva desesperación, levantó su brazo musculoso y descargó un formidable garrotazo sobre Walter, que se le acercaba dando saltos; afortunadamente, el coloso ladeó el cuerpo y recibió en el hombro el golpe que Tik-Nay le dirigió a la cabeza, deseoso de provocar una tragedia que finase con aquel reir inacabable; la agresión, no obstante, fué tan violenta, que Walter se molestó y miró a Tik-Nay, recomendándole con los ojos que no zurrase tan fuerte.

Venegas no comprendió: condenado a permanecer inmóvil, puesto que las piernas no le obedecían, empezó a asestar desesperados puñetazos; algunos payasos rodaron maltrechos por el suelo, entre las risotadas del público: muchos espectadores aseguraban que nunca había tra-

bajado Tik-Nay tan bien como aquella noche...

Entretanto un drama, el verdadero, iba acercándose. Por segunda vez Walter, al aproximarse al viejo payaso, recibió un golpe que le encendió la sangre, y provocado por el semblante corajoso y retador de Tik-Nay, enarboló el brazo y descargó sobre la cabeza del fantasma un garrotazo que el público no celebró, porque súbitamente había sentido que el espíritu de Melpómene acababa de pasar por el salón.

Tik-Nay, atontado, se llevó las manos a la frente, dió algunos pasos inseguros y cayó de bruces contra el suelo. Ajenos a la verdad de lo que ocurría, los payasos, según costumbre, empezaron a lanzar gritos de júbilo y a bailar alrededor del caído, mientras Venegas pugnaba por levantarse. Su cráneo brillaba a la luz, sus manos descarnadas escarbaban la arena. Era una agonía tan admirable, tan real, que la multitud calló sorprendida de ver a su payaso favorito metamorfoseado en actor eminente.

Tik-Nay había levantado la cabeza y miraba hacia el palco de Elisa, donde Juanito Romero sonreía mostrando su pulcra dentadura de mujer; aquella dentadura en la que tantas veces pensó Elena Santa-Cruz con adúltera delectación. El payaso, flagelado por los dolores fulgurantes de su medula, se retorcía adoptando actitudes desesperadas, como las fijadas por Luna Novicio en su famoso "Spoliarium": sus ojos giraban fuera de las órbitas, sus labios afásicos barbotaban palabras ininteligibles; hacía señas de que le dejasen... Walter le miraba ató-

nito, pesaroso de haberle golpeado tan fuerte...

Luego Tik-Nay se incorporó, lanzó un grito ronco, inarticulado, un grito de angustia, y perdió el conocimiento. A su grito otro grito de mujer respondió. Elena Santa-Cruz estaba de pie, el cuerpo inclinado hacia adelante, como dispuesta a precipitarse por encima de la barandilla del palco; Elisa la sujetó de un brazo, arrastrándola tras sí, y todos sus amigos corrieron hacia bastidores.

Mientras esto sucedía varios artistas se habían llevado a Venegas, y en la pista sólo quedaban los toneles y los garrotes que sirvieron para la mojiganga. Durante unos instantes prodújose en la sala gran confusión. Al cabo apareció un empleado reclamando de la concurrencia autorización para hablar; su voz resonó limpiamente:

—Respetable público: la Empresa se ve obligada a variar el programa de la función de esta noche. Tik-Nay, el célebre payaso, está gravemente enfermo.

VII

EL ataque nervioso de Tik-Nay revistió, en sus comienzos, gravedad extrema, y durante varias horas permaneció inmergido en una postración casi inconsciente; de allí a la eternidad sólo había un paso, un suspiro, menos aún...; y Venegas acarició la probabilidad de quedarse así, en brazos de una muerte plácida, como la de quien se durmió en la playa y fué sorprendido por la marea.

Cuando regresó de aquel sueño letárgico, hallóse tendido en su ancha cama de matrimonio, en posición decúbita y con el brazo izquierdo sobre el embozo de la sábana. Miró a su alrededor: recordaba lo ocurrido en el Circo, hasta que cayó al suelo lanzando un grito; luego había en su memoria un vacío extraño...

Su primer movimiento fué de curiosidad y paseó por la habitación una mirada escrutadora: sobre la mesilla de noche había frasquitos de yoduro potásico, extracto tebaico, belladona y otras medicinas que le eran familiares; en un

ángulo del dormitorio vió un crucifijo al que custodiaban una lamparilla de aceite y un ramo de flores. José Antonio sonrió: aquel altarito era obra de Elena, que probablemente se puso a rezar allí, mientras él dormía: junto a la ventana había un taburete y un velador con enseres de costura; por las persianas se filtraba un melancólico claror crepuscular. En aquel taburete adivinó también Venegas la presencia de su mujer, quien seguramente estuvo cosiendo después de rezar.

Tik-Nay cerró los ojos, gozando la calma de aquella convalecencia perezosa. De pronto halló aquel silencio pesado y sofocante. ¿Por qué le habían dejado tan solo? Se imaginaba a Elena, con sus morritos abultados de joven que mamó mucho cuando niña, sus ojos grandes y su naricilla sensual de devota que olfatea la gloria, cuidándole, celosa de su reposo, cerrando por sí misma las puertas y andando de puntillas, para no despertarle. Después le distrajo la agonía de aquel Cristo pequeñín cuyo cuerpo parecía escurrirse a lo largo de la Cruz y que, sin embargo, no acababa de caer. Una campanada del reloj del comedor anunció una hora que se quiebra.

Venegas, impaciente, tiró del cordón de una campanilla, que respondió a su llamamiento desde las profundidades de la casa con un alegre tintineo metálico; en seguida percibió las pisadas sigilosas de una mujer. José Antonio la oyó avanzar por el carrejo y empujar suavemente la puerta... Era Manuela, la criada: una moza de veintitantos años, tan exuberante de aparejo

como tacaña de estatura, con el redondo semblante picardeado por la expresión reidera de unos ojos azules y maliciosos de campesina que ha vivido en la corte.

—¿Llamaba el señor?

—¿Y la señora?...

—Ha salido.

Venegas quedó perplejo, y una voz repitió en sus profundos, como un eco celoso, doliente y asombrado: "¡Ha salido!..."

—¿Dónde?—preguntó.

—Subió, hace poco más de un cuarto de hora, al cuarto de don César, y luego, ella y doña Renata se marcharon. Me extraña que no hayan vuelto ya; son las siete y media.

Sorprendida de que José Antonio no contestase, añadió sumisa:

—Yo he estado cosiendo hasta hace poco ahí, al pie de la ventana; la señora me recomendó que tuviera mucho cuidado con usted.

—Está bien; vete...

—¿Necesita el señor algo?

—Nada.

—A sus órdenes...

Fuése y José Antonio quedó inmóvil, escuchando los pasos cautelosos de la muchacha que se alejaba. Se había equivocado: la cariñosa solicitud de que se creyó envuelto, no existía: estaba solo, sin otro amparo que el de una mujer cuyos servicios pagaba mensualmente. Nadie veló su sueño, ni rezó por él; todo fué una ilusión...

A la semana siguiente, Tik-Nay pudo levantar-

se, merced a las corrientes galvánicas que le aplicaron sobre la medula y que le probaron a maravilla: sus piernas, no obstante, continuaban rebeldes a todo movimiento voluntario, y el payaso, asustado por las singulares alucinaciones que le producía su anestesia plantar, caminaba lentamente, a pasos inseguros y lentos y mirándose los pies, como un niño que aprende a andar. A veces, los músculos antagonistas se contraían violentamente y sin previa determinación voluntaria, y sus pies entonces golpeaban el suelo, como si patalease; otras, permanecían inmóviles, indiferentes, ajenos a todo sentimiento coordinado.

Ante aquel desastre de su organismo, Venegas armábase de estoica paciencia, y en cuanto cesaban las contracciones musculares arbitrarias, probaba de nuevo a caminar: este esfuerzo continuo le agotaba y tenía que sentarse, anhelante, cual si acabase de recorrer una jornada de muchas leguas. El exquisito agasajo con que Elena le atendía, le emocionaba profundamente, y en sus obsequios su cariño adivinaba un verdadero amor filial, firme y casto.

—No sirvo para nada bueno—solía decirla José Antonio, bromeando—: cuando te canses de sufrir mis impertinencias, me echas a la calle...

Para no molestarla, dispuso que le arreglasen un lecho en la alcobita contigua al despacho. Era éste una habitación muy grande, con ventanas a un patio. La sillería era de cuero claveteado, y adornaban las paredes cuadros al óleo y multitud de objetos de arte: cornucopias, mayóli-

cas, armas antiguas, retratos de mujeres desnudas y de artistas famosos... todo desparramado en armonioso desconcierto. También atraían la atención algunas esculturas en mármol, preciosas imitaciones de obras clásicas: los bustos de Isis y Alcibiades, Sileno con Baco entre los brazos, y Ariadna envuelta en una leve túnica; en un ángulo había una Venus de Milo, y en el opuesto un Marte, de espaldas a la diosa, como para no ofender su hermosura con su virilidad dormida.

El anciano payaso pasaba gran parte del día en aquel escondite, sentado en un amplio butacón de cuero, junto a la ventana. Allí recibía a sus amigos: Cárdenas y Paco Vergara le visitaron una vez; Mariano Cortés fué a regalarle un ejemplar de su primera novela, que acababa de aparecer. Los más asiduos eran Elisa y Juanito Romero.

De noche se recrudecían las dolencias de José Antonio, que creía escuchar una carcajada muy tenue, como de persona que sofoca su hilaridad con un pañuelo; o experimentaba delirios terroríficos en los que veía un hombre viejo riéndose de una mujer muerta. Tales espectros y otros que después no recordaba, brotaban del suelo como esas neblinas que vahean los terrenos húmedos a la puesta del sol, y a la luz del altar componían un cuadro siniestro.

Aquellas crisis contribuyeron eficazmente a trocar en plácido afecto paternal el cariño varonil de Venegas. Elena había perdido para él los hechizos de la hembra, y aunque la hallaba gen-

til sobre toda hipérbole, no la deseaba: era muy niña, muy tiernecita, cuca y frágil, como capullo a medio abrir, y temeroso de que su provecta ancianidad ofendiese aquella pubertad mal definida, sólo se atrevía a besarla en la frente, con un beso largo, reposado, de abuelo acostumbrado a mirar el amor a través de la bonachonería de los años.

Este sosegado matiz sentimental lo reafirmaron nuevas debilidades.

Venegas experimentaba la necesidad terminante, improrrogable, de confesarse, pues pareciale que así su conciencia quedaría más libre y aliviada.

Para su criterio escéptico de hombre que conoce prácticamente los bastidores de la vida, prosternarse ante un clérigo es desmoralizar la confesión, es convertir la expansión más alta del espíritu en ceremonia mecánica de devoto que cuenta sus pecados por los mandamientos, como los poetas malos miden sus versos por los dedos: esto lo juzgaba José Antonio Venegas pueril, por parte de los creyentes; y teatral, en cuanto a los clérigos, especie de porteros tonsurados del paraíso prometido.

El no necesitaba reconciliarse con un cielo problemático, ni merecer la inútil bendición de un pecador ensotanado, sino el favor de un espíritu cándido que aceptase sus protestas de arrepentimiento, de una inteligencia comprensiva y de un corazón emotivo, todo ello reunido en una persona que le amase y propendiera, por tanto, al indulto.

A Elisa Conde la había referido toda su historia, sin omitir ni aun los más callados capítulos; pero la Venus Loca no le entendió: era vieja, tenía todas las frialdades, las crueles ironías y los escepticismos de la senectud, y recibió sus confesiones sin inmutarse. Entonces José Antonio se dió cuenta de que necesitaba recurrir a Elena, único espíritu apasionado y joven capaz de traducir sus pesares y de llorar con él... ¡Ah!... ¿Por qué no decírselo todo? ¿Por qué vivir como Raquel, llorando a sus hijos y sin permitir que nadie la consolase?...

Aquella tarde, sintiéndose mejor, salió a pasear acompañado de Elena Santa Cruz: fué una escapatoria embellecida por esa dilecta melancolía que sólo conocen los convalecientes.

Por la noche recibieron la visita de César Romero y de Renata, que iban al circo.

—Tienen ustedes dos asientos reservados en el palco de Elisa—dijo Romero.

Con los ojos, Elena pidió a Venegas una contestación.

— Siento no acompañarles — suspiró Tik-Nay—; pero no me atrevo a salir.

—¡Es lástima!—exclamó Renata—; hoy es la penúltima representación de la temporada...

Y añadió, dirigiéndose a Elena Santa-Cruz:

—¿Por qué no viene usted con nosotros?

La joven bajó los ojos sin responder, mirándose su traje de calle, como para expresar su deseo de ir con este ademán vago.

—Anímese usted—insistió Renata—; José Antonio está bien...

Viéndola indecisa, Venegas se apresuró a decir.

—Sí, vete; yo me acostaré cuando vuelvas. Puedes ir tranquila.

Ella se decidió de repente, con infantil alborozo. En el recibimiento, Elena Santa-Cruz se volvió hacia Venegas para recibir en la frente el beso de despedida.

—Me asomaré al balcón para veros marchar —dijo el payaso—; te recomiendo que no dejes de volver la cara cuando llegues a la esquina...

Después de cerrar la puerta avanzó tambaleándose por el tránsito, cruzó el gabinete y abrió el balcón. En aquel momento atravesaban la calle, cogidas del brazo, Elena y Renata Blaner; César Romero, pequeño y tripudo, con su tipo vulgarísimo de comerciante retirado, se había rezagado mientras prendía un cigarrillo. En la acera opuesta los tres se encontraron con Juanito Romero: detúvose el estudiante a saludarles, y todos formaron un grupo ante el escaparate iluminado de una carnecería. Venegas, desde la sombra, distinguía perfectamente sus rostros. El estudiante realzaba su conversación con ademanes expresivos; después, Renata Blaner dijo algo, a que debió responder Juanito con una agudeza que hizo reir a Elena. En seguida los cuatro echaron a andar, y el viejo Tik-Nay les vió doblar la esquina sin que Elena, que reía siempre a carcajadas, se acordase de volver la cabeza.

Quedóse Venegas acodado sobre el balcón, sumido en una perplejidad melancólica, miran-

do con sañudos ojos aquella esquina agresiva como el tajamar de un buque de guerra, contra el cual acababa de quebrársele una ilusión: todavía se imaginaba a Juanito divirtiendo a Elena Santa-Cruz con sus chuscadas, y al grasiento César Romero, cogido del brazo de Renata Blaner, pálida y rubia, que al andar apenas movía sus chafadas caderas de mujer estéril.

Después cerró la ventana y fuése hacia sus habitaciones; en el comedor vió a Manuela, dormida sobre una silla.

—Puedes acostarte—dijo José Antonio.

Despertó ella sobresaltada, frotándose los ojos.

—¿Y la señorita?...

—Ha salido, pero vete a la cama; yo la esperaré.

Agarrándose a las paredes, llegó a su despacho: la luz del crucifijo, que la devoción de Elena puso en la alcoba, abrillantaba el mármol de las estatuas y ceñía a los objetos un nimbo blanco. Venegas se reclinó sobre el alféizar de la ventana abierta, mirando al patio, al que la noche daba el aspecto de un abismo rectangular y siniestro: la luz del Cristo, bañando el cuerpo de José Antonio por detrás, arrojaba su silueta sobre la pared opuesta; una sombra incierta, con una cabeza enorme. El patio formaba una oquedad tenebrosa, en cuyas profundidades latía una fuente mal cerrada. Venegas escupió varias veces adrede, calculando la altura por los segundos que tardaba su saliva en llegar al suelo.

Cansado de mirar hacia abajo, dirigió los ojos al espléndido retazo de cielo circunscripto por los aleros del tejado. La luna iba subiendo y se ofrecía, como emboscada, entre dos chimeneas: aquel cuarto de luna tenía un perfil de hoz, y el payaso lo contemplaba pensando en que parecía la guadaña con que la muerte siega las vidas, y que después cuelga del cielo, a la vista de todos, suspendida en el vacío como la cuchilla de la guillotina universal.

Luego acercó un sillón a la ventana y se sentó de golpe, lanzando un suspiro de animal cansado que se acuesta.

El silencio era tan completo, que Venegas podía oir palpitar su propio corazón; esta paz, que envolvía una idea de abandono, le aterró, y parecióle volver a escuchar las últimas carcajadas de Elena, que, un poco ingrata, se marchó sin mirarle.

Entonces sufrió un redolor extraño, consideró su estado y un tropel de recuerdos torcedores hicieron de su pobre corazón un acerico de penas.

Durante aquel sopor, Tik-Nay, el payaso inimitable, discurrió tristemente acerca de la inutililidad de su vida: ¡sólo la muerte es cierta y perdurable!... ¡El Cielo!... ¿Para qué sirve?...

Los que fallecen repentinamente, al caer de bruces parecen despreciarlo, volviéndole la espalda. Venegas acariciaba la idea de no existir, para descansar perpetuamente del infinito trabajo de haber nacido... Si pudieran reunirse los entierros de cuantos mueren en un mismo día,

se formaría un cortejo terrorífico inmenso, una comparsa fatídica que patentizaría el triunfo de la muerte, arrastrando sus víctimas: aquello sería la apoteosis de la nada, la visión siniestra de la humanidad que pasa. José Antonio miró a la luna, la hoz autora de aquel desfile universal, y luego al patio, en cuyo comedio parecia bailotear una sombra...

No; la muerte no perdona nada, no respeta nada y a todo se atreve. La pátina de los años que deslustra el tinte de los cuadros, también roe los muros milenarios de las pagodas y de las pirámides, y el tiempo, que tantos mundos ha destruído y que aventó el polvo de tantos pueblos olvidados, también extinguirá el fuego central del globo, cubrirá el disco solar de hielos perdurables y acallará ese grito eterno con que el océano rima la peregrinación del mundo a través del espacio.

Las mejores fragancias de la vida, germinan y se nutren en el légamo pestilente de la muerte. ¿Cuántas veces habrán recorrido los elementos cósmicos el círculo en que se mueve el universo? ¿Cuántas lo que era inorgánico pasó a ser vegetal, y luego animal, para tornar después a las entrañas de la tierra fecunda? ¿Qué serie incalculable de metamorfosis habrán sufrido los pintorescos paisajes donde la vista se divierte? ¿Cuántas veces los mares de hogaño estuvieron suspendidos en la atmósfera, dibujando sobre el fondo azul del cielo nubes agoreras de tempestades o celajes risueños? ¿Y cuántas, también, el aire que ahora respiramos habrá sido

agua y servido de tumba a navegantes ignorados?

El hombre, como el escarabajo, es animal escatófilo; formado está de excrementos, de residuos de otros seres desaparecidos, pulverizados bajo el aparato triturador de las horas, y se mantiene de excrementos adobados en armonía con las necesidades de su organismo. Quien no ha asistido a una autopsia, no imagina toda la podredumbre y mortal hediondez que guardan las entrañas del hombre: la Naturaleza parece recrearse en estos contrastes brutales, y la mujer más hermosa lleva en el vientre un pozo negro. De la materia nacimos, al gran estercolero cósmico volvemos y todo nuestro ser, los ojos con que miramos las lejanías celestes, los huesos que nos sustentan, las carnes adorables de la amada, los nervios vibrantes del artista, la leche que el niño extrae de los pechos maternales... todo es materia, todo formó parte de otros seres, de otros hombres, tal vez, que vivieron muchos siglos atrás. Todos somos hermanos en la infinita podredumbre de la tierra, nuestra madre común. Día por día se nos corrompe el cuerpo, se nos corrompe también el alma... La Naturaleza nos condenó al bárbaro martirio de sufrir la agonía lenta de nuestra conciencia y de dormir con nuestro esqueleto... ¿Para qué temer, pues, a la Muerte, si todas las noches se acuesta con nosotros?

Tik-Nay miró hacia su dormitorio, silencioso como un panteón, y sus ojos se fijaron en la cama, aquel lecho donde la Nada dormía con él:

imaginó su esqueleto acostado en la misma posición que él adoptaba para descansar: en actitud decúbita, con las piernas extendidas y el cráneo, frío y mondo, sobre la almohada... Y recordó aquellas noches de amor en que el veneno de su sensualidad, buscando tríaca dulcísima en Elena Santa-Cruz, consumaba la cópula macabra de dos esqueletos que se poseen: las mandíbulas juntas, mezclados sus alientos nauseabundos, registrándose mutuamente el cráneo por los agujerillos de sus órbitas vacías, los fémures del uno adheridos a los del otro y oprimiéndose con los escuetos brazos crispados la seca armazón de sus costillas, mientras las manos de él buscaban anhelantes, bajo el cóxis áspero de la hembra, las sabrosas morbideces perdidas... Posesión absurda donde había crujidos de huesos y chirriar de dientes que se muerden, perdiendo su esmalte.

La brisa de la noche estremecía suavemente los cabellos blancos del viejo payaso: un soplo más fuerte arrebató de la mesa algunos papeles, que cayeron sobre la alfombra, y fué a cerrar, con un pequeño golpe, la puerta del gabinete, que había quedado entornada; y José Antonio tembló, recordando el eco temeroso de los ataúdes al cerrarse... Después quedóse dormido pensando en aquella momia que adorna el sepulcro del conde de Nassau, y que está de pie, la cabeza erguida y el cuello y el vientre desgarrados, mientras sonríe sarcásticamente al corazón, que acaba de arrancarse...

Un brusco campanillazo despertó a Venegas:

era Elena que volvía del teatro. El payaso vió a Romero y a Renata Blaner, que subían la escalera; él iba delante, llevando una cerilla encendida.

—¿Quieren ustedes entrar? — preguntó Venegas.

—Es tarde—repuso César—, y vengo cansado; gracias.

—Vaya, pues, adiós. Hasta mañana.

Apenas cerró la puerta, Elena Santa-Cruz comenzó a desnudarse: tenía las mejillas encendidas y hablaba con verbosidad inquieta, como quien, charlando, procura espantar del magín un mal pensamiento.

—¡Oh!... qué calor hace... Creí que la maldita función no concluiría jamás. Pero ¿cómo venirme sin ellos? Hubiera sido un acto impolítico imperdonable... ¿Cómo te encuentras?... Yo estoy aburrida; tengo sed... ¿Manuela, se acostó?

—Manuela duerme y yo estoy como el Diablo quiere... ¡Pero, chiquilla, no te desnudes así, entre puertas abiertas!... Tienes la cabeza a pájaros.

—Déjame, siento un calor horrible; y luego, en el palco ¡había tanta gente!... Elisa, Paco Vergara, con sus tonterías de costumbre; ¡no he conocido hombre más botarate ni con menos seso!... Y Cárdenas, Juanito... Estábamos prensados, como la carta en el sobre...

Habían llegado al despacho, y Elena encendió el quinqué. Venegas volvió a su sillón, junto a la ventana: ella iba y venía, moviéndose mucho, como procurando disminuir su nerviosa activi-

dad con aquel exceso de trabajo; luego se apoyó de codos sobre la mesa, y pareció distraerse con las páginas de un periódico ilustrado que había visto muchas veces; entretanto, su sangre circulaba presurosa y revivía las fuertes impresiones de aquella noche: pensaba en el estudiante, en sus protestas de amor y en todo lo que harían no bien Tik-Nay se fuese a Barcelona.

Hubo un largo silencio.

—Ya vi que, al salir de aquí, os encontrasteis con Romero—dijo José Antonio—; y tanta gracia te hacían sus donaires que olvidaste decirme adiós...

Por las claras pupilas de la joven pasó una expresión indefinible de inocencia, de arrepentimiento y de miedo.

—No me acuerdo— murmuró—; ¿es verdad? Tampoco recuerdo lo que Juanito decía. ¿Es cierto que no miré?...

—No miraste, no...—repitió Venegas.

Su voz tenía un leve acento de amoroso reproche; pero muy luego, viendo a Elena tan hermosa y tan joven, abdicó su antipática autoridad de marido y experimentó un acceso de tolerancia infinita, de olvido, de perdón.

—Niña—dijo.

Necesitaba confesión. Ella, que había tenido tiempo de serenarse, cogió una silla y fué a sentarse a su lado, admirada de encontrarle tan apesarado y quejumbrón. Estaba a medio vestir, al aire su blanca espalda de rubia; el pecho se lo recataba tras sus brazos cruzados con un pu-

dor de niña que por primera vez se desnuda ante un espejo.

—¿Estás enfermo?...

La luz del quinqué bruñía los cristales de los armarios, y las estatuas de mármol se escorzaban vigorosamente sobre el papel obscuro de la pared: dentro de la alcoba chisporroteaba la lamparilla del altar con un ruido semejante al que produce un hierro candente al sumergirse en un líquido frío. El viejo Tik-Nay empezó a decir lentamente:

—Sí, estoy enfermo; estoy triste, y presumo que mi tristeza es causa principal de mi enfermedad.

Ella continuó acercándosele con lagotera solicitud.

—Padezco un recuerdo abrumador—prosiguió Venegas—: alguien ha dicho que las ideas son entidades sutiles, que no pesan... ¡Mentira!... Quien tal dijo tuvo la suerte de no tener memoria. Quiero confesártelo todo... ¡He sufrido tanto antes de resolverme a hacerte sufrir a mi lado y por mí!...

Transcurrieron unos instantes de silencio.

—No te molestaré mucho; pero, antes de proseguir, necesito saber el lugar exacto que ocupo en tu corazón. Di: ¿me quieres?...

Las pupilas de Elena Santa-Cruz temblaron ligeramente, y repuso destosiendo, como para infundirse ánimos:

—Sí; te quiero mucho.

—¿Nunca sentiste junto a mí el tedio de nuestra existencia tranquila, o la pesadumbre de al-

gún deseo no satisfecho, de alguna ilusión malograda?...

—Jamás... y comprendo tu pensamiento, porque antes de conocerte sufrí la atracción misteriosa de ese "sin nombre", de que hablas.

En el semblante pálido y severo de José Antonio hubo un destello de felicidad beatífica.

—Antes, sí, ¿verdad?... Allá en tu pueblo... pero, luego, no... no... ¿verdad?... ¡Cuánto bien acaban de hacerme tus labios!... No haber maltratado las esperanzas de una niña como tú, es lo más a que puede aspirar un viejo como yo... ¿No es cierto?... Yo soy para ti un marido, una amiga, un padre...

—Sí, sí, ¿no lo sabes?... Lo eres todo para mí... ¡Todo!...

Mentía; pero ¿cómo no edulcorar con un embuste lisonjero las asperezas brutales de la verdad? Ella había tenido muchos pesares, muchas decepciones, muchas horas de tedio... Sin embargo, mentía, porque el rostro suplicante del desvalido payaso la robaba el valor de ser sincera.

Venegas hablaba pausadamente y con la vista fija en un ángulo del despacho. De pronto, se interrumpió: ¿a qué seguir?... Otro día continuarían platicando, si acaso tales historietas merecían el honor de ser contadas: aquella noche era ya muy tarde... ¡y, sobre todo, era tan feliz!...

Elena, sin embargo, se obstinó en hacerle hablar, alegando que la confianza es la manifestación suprema del cariño: quería saberlo todo. ¿No era su mujercita, su hija única?... El anciano

la observaba con sus ojos melancólicos, dilatados por la belladona.

—Sí—afirmó—, eres la compañera de mi alma, mi única hija, y deseo explicarte esta castidad de mi amor para que nunca lo juzgues ofensivo a tu belleza. Te considero como a un ser desprendido de mi ser, como a un pedazo de mi carne, no obstante seguir pareciéndome la más discreta de las hermosas, y la más hermosa de las mujeres.

Ella movió la cabeza, sonrió, intentó besarle las manos...

—Estoy enfermo—prosiguió José Antonio—; pero mi dolencia no cae en la jurisdicción de la medicina: el opio, las píldoras de Meglin y todos los menjurjes con que los médicos me aburren, son pasatiempos inútiles... El remedio de mis males no está en la botica; acaso esté en ti...

Vencido repentinamente por la necesidad de confesarse, refirió cuanto hasta allí había callado: los primeros años de su vida artística, sus amoríos con Rosarito Castillo, la muerte de Leandro...

Elena Santa-Cruz escuchaba atónita, viendo devanarse la clave explicativa de muchos fenómenos que nunca pudo comprender. José Antonio la cortejó por recurso, por distracción, para olvidar a la querida con las asiduidades de la esposa; pero sus cábalas, desgraciadamente, fallaron, y la muerta sobrevivía y triunfaba. Elena, un poco humillada, tuvo un ademán altanero de hembra ofendida; después, ante el espectáculo de Venegas tan viejo, tan desvalido, de-

poniendo humildemente su autoridad de marido y de anciano, acabó por holgarse de su inesperada soberanía.

—A fuerza de pensar en la pobre muerta—continuó Venegas—, no sé si la quiero aún; pero lo cierto es que todos los recuerdos me arrastran a su recuerdo, como a su sepulcro parece que me llevan todos los caminos... No obstante, más que Rosario, es su padre quien me preocupa; ese viejo maldito que ríe y ríe y ríe... sin concluir jamás. Su carcajada, que oigo a todas horas se burla de cuanto hay para mí de más sagrado. A eso achaco mi enfermedad y la convulsión que sufrí en el Circo: todo el público imbécil reía, tú reías también, me pareció que te burlabas de mí... ¿Comprendes?... ¡Oh!... y la visión de tanto rostro placentero y de tantas dentaduras blancas, me aniquiló...

A Elena se le habían arrasado los ojos en lágrimas.

—Perdona las crudezas de esta confesión—exclamó José Antonio, ya más sereno—; perdóname, Elena mía; pero soy muy viejo para ti, y condenarte a sufrir las debilidades de mi ancianidad, sería egoísmo manifiesto; perdona que no emplee contigo mis asiduidades de antaño...

Y agregó, suspirando:

—¡Qué descanso!... Quería decírtelo todo, todo... ¡Sufría tanto cuando te veía triste!... Creía que tus nostalgias embozaban un reproche para mí. Y ahora, que has descendido al fondo de mi alma, di, ¿me quieres aún?...

Ella, enternecida, le echó los brazos al cuello y le besó la frente.

—Di que me quieres—insistía Tik-Nay—; repítemelo muchas veces, muchas... ¡muchas!... sin cansarte...

—Sí, ¿por qué no?—repuso Elena con la voz ahogada de un eco—; te quiero bien...

Aún platicaron largo rato; luego, ella hizo un violento esfuerzo y se levantó.

—Vámonos; es muy tarde.

Venegas obedeció sin protestar y entró en su alcoba: Elena quedóse en el despacho abstraída en inextricables meditaciones: cuando José Antonio estuvo acostado, la joven se acercó a la puerta del dormitorio: desde allí miró a su marido sonriéndole tristemente, le dijo adiós, con la mano, y salió.

La convalecencia del viejo artista fué rápida, y pronto estuvo en disposición de salir para Barcelona. Al día siguiente de su marcha, escribía a Elena:

"He llegado bien y mi salud es satisfactoria. Hoy he trabajado por primera vez; ya sabes que mis pobres piernas no me consienten hacer ningún alarde de fuerza, y que los ejercicios acrobáticos me están vedados: las habilidades, por tanto, con que distraigo al público, son bufonadas sin cabeza ni pies. Afortunadamente, gustan. Estoy muy aburrido y con muchísimos deseos de verte.

„Qué haces? ¿Sales de noche? ¿Ves a Elisa?

„Escríbeme a vuelta de correo, diciéndome si

estás alegre o si extrañas la compañía de este amojamado galán que tanto te quiere. Y, a propósito: oye una quisicosa demostrativa del estado en que los pícaros años van dejándome.

„Ayer, pasando ante un portal donde había mujeres y chiquillos, uno de éstos se acercó a pedirme cerillas, y era tan bonito y repetía su demanda tan zalamero, que hube de complacerle. Entonces oí que una de las mujeres murmuraba: "Es Tik-Nay, el payaso del circo..." Y que comentaba: "¡Qué viejo está!..." No se la hubiera ocurrido otra exclamación viendo las ruinas de Tebas o la momia de San Isidro... Te reitero mi súplica de contestarme en seguida. Estoy tan acostumbrado a vivir contigo, que ahora no hago cosa con sindéresis y ando receloso, como devoto que hubiese perdido su escapulario. Te beso mil veces"...

En esta carta y en las siguientes se advertía el mismo humorismo amargo; un prurito de mostrarse superficial y jaranero, para encubrir arcanos disgustos. Elena Santa-Cruz, después de leerlas sin placer, las arrojaba con disgusto.

La confesión del anciano clown maltrató en ella muchas ilusiones; hasta allí su espíritu había fluctuado en la incertidumbre, abono precioso de la esperanza; pero ya era imposible dudar: José Antonio no la quería, no podía quererla...; él se lo había dicho: "Soy viejo para ti..." Su desencanto, por ende, era definitivo; un desencanto sin primavera.

Esta convicción permitió que los celos de Ele-

na estallasen. Tik-Nay, el payaso inimitable, era también un clown del amor, que brindaba a su esposa el cariño y las frases que no tuvo tiempo de ofrecer a la querida. En cortos momentos de reflexión reconstruyó Elena Santa-Cruz los diferentes estados que recorriera el espíritu de su marido: José Antonio había procurado fundir el ideal antiguo con el moderno con la paciencia del escultor que cincela, pule y retoca los contornos y dintornos de dos estatuas que quiere sean exactamente iguales. Era imposible negar aquel caso monstruoso de bigamia: Venegas había hablado de la muerta con esa vehemencia con que los monomaníacos explican su preocupación; y le vió palidecer al referir aquel episodio que llenó su historia de horror y blanqueó sus cabellos... La vejez le había sorprendido antes de obtener la fusión deseada, y Tik-Nay moría bígamo, abrazado a la mujer quimérica que vanamente procuraron resucitar los artificiosos espejismos de su deseo.

Este crudo descubrimiento desmoralizó a Elena Santa-Cruz. José Antonio la empujaba inconscientemente al adulterio, y seducida por el ejemplo de Elisa Conde, sus ansias se volvían hacia Juanito, pareciéndola que Séneca se equivocó, como cualquier pipiolo aprendiz de humanidades, al decir que la castidad es el supremo adorno de la mujer y la única belleza que resiste al tiempo. "Resiste al tiempo—pensaba Elena—precisamente porque no es belleza; pues la hermosura supone exaltación, plenitud de excelencias físicas, y la castidad es algo negativo,

indiferente o desmayado; es frío en la sangre, pasividad en los nervios; por eso los años, lejos de corregirla, la favorecen: la castidad es la virtud de la vejez"...

En los primeros días de agosto recibió otra carta de Venegas que, por sus incoherencias y laconismo, la impresionó desagradablemente:

"Hija de mi alma: Creo que no necesito disculpar mi largo silencio, pues te supongo enterada, por los periódicos, de lo que me ha sucedido. Fué un ataque horrible; la vista me faltó, me zumbaron los oídos y caí al suelo. Es evidente que ya no puedo resistir las carcajadas del público. Pobrecita, ¿cómo estás? ¡Oh, mi corazón!... Me hace sufrir mucho; y cuanto más ríe "el otro", ya sabes quién... más me duele; es como aquel terrible corazón revelador, de que habla Poe..."

Todos los renglones de la epístola estaban escritos con esa letra irregular, grande y gruesa, de los atáxicos: la firma era ininteligible.

Elena Santa-Cruz iba a salir cuando recibió aquella misiva, y después de leerla la arrojó sobre la mesa, sorprendida del poquísimo interés que su esposo la inspiraba: ella no había leído los periódicos y, sin embargo, no advirtió el silencio de que José Antonio se acusaba. Elena vivía en constante desasosiego: unas veces se abrazaba a su virtud como a una cruz salvadora; otras se rendía al suave embeleso de la tentación, como náufrago que entrega su cuerpo a

las olas; y el escepticismo, la indiferencia, el ansia de pedir la felicidad a lo desconocido, formaban la pecaminosa marea en que se ahogaba su voluntad.

El aislamiento en que se hallaba precipitó su caída.

César Romero y Renata Blaner habían salido para Bilbao y San Sebastián, de donde regresarían a mediados de octubre; y Elisa Conde también se disponía a pasar en Santander los meses de agosto y septiembre. La Venus Loca hizo cuanto pudo por llevarse consigo a Juanito; pero el estudiante eludió la invitación con el propósito que dijo tener de aprobar dos asignaturas en la próxima convocatoria. Mas como su querida le ofrecía no solamente dejarle estudiar, sino excitarle en tan cuerdo empeño y proveer a sus necesidades de modo que ninguna preocupación le disuadiese del trabajo, Romero cambió de táctica y mostrándose ofendido declaró que antes se cortaría las manos que emplearlas en recibir un dinero que él no hubiese ganado. Esto provocó entre ellos una escena violenta, en la cual el estudiante despotricó a su sabor, renegando de su mala suerte y echándolo todo a barato.

—Yo vivo como puedo—decía — y nadie tiene derecho a protegerme... Ya puedes suponer que cuando no voy a Santander es porque no puedo... o porque no quiero...

La trifulca ocurría en casa de Elisa. Ella vestía una elegante bata azul pálido, que exaltaba su hermosura opulenta: Juanito iba y venía in-

quieto y arisco. De pronto se detuvo, y clavando en Elisa el mirar baratero de sus ojos zarcos:

—Pero, ¿quién te dijo que yo podía regalarme con tu dinero? Yo, donde me ves, tengo dinero para comprarte a ti... Sí, a ti... ¡que no te has vendido nunca!...

—¡Qué loco eres, Juanito!—repetía ella bondadosa—; ¡qué loco... y qué chiquillo!...

—Pues si soy chiquillo, mejor para los dos. Y, sobre todo: si me quieres así, bueno; si no... hemos concluído.

Dirigióse hacia la puerta resueltamente, pero Elisa le cerró el paso, convenciéndole con besos y palabras de que se había incomodado sin razón. Al cabo ella cedió. Hicieron luego las paces, y aun tuvo Juanito ternezas y marrullerías que consolaron a la pobre mujer del mal rato sufrido.

En la tarde de aquel mismo día fué Elena Santa-Cruz a despedirse de Elisa, que la había notificado su viaje; poco después llegó Juanito y los tres acordaron comer juntos antes de ir a la Estación. Fué un piscolabis suculento, tomado entre risas y burlas, y remojado copiosamente con vino de las mejores cepas. Luego, mientras Romero buscaba un coche, las dos amigas bajaron al portal: Elisa, alegre, los ojos abrillantados por esa expresión feliz de los que se van; Elena Santa Cruz, pálida y mohina, con el semblante mustio de los que se quedan. Las criadas habían descendido el equipaje, y los porteros rodeaban a la Venus Loca con solicitud oficiosa: ella les recomendaba que cuidasen del cuarto, y que la

escribiesen si algo desagradable sucedía; desde la calle varios chiquillos carisucios la observaban admirados. Cuando llegó el coche, que era descubierto, las dos mujeres se sentaron juntas, y Juanito ocupó la bigotera. Al partir el vehículo, Elisa Conde volvió la cabeza hacia aquellos rostros complacientes que la sonreían desde el portal. Elena iba ensimismada; Juanito, parlanchín y gaitero, con un tabaco entre los dientes y mirando a todas partes, como pavoneándose de ir en tan buena compañía y de fumar tan caro.

Cuando entraron en el andén, el expreso de Santander se hallaba pronto a salir: la máquina lanzaba un penacho de humo que ascendía verticalmente, ensanchándose en curvas perezosas; un empleado corría a lo largo de los coches reconociendo y aceitando los herrajes; otro empujaba un cochecillo con almohadas y mantas de viaje. Elisa subió a un vagón de primera clase. Elena permanecía cabizbaja cerca de la portezuela, pensando en que dentro de un coche como aquél había conocido a Venegas dos años atrás; desde el estribo Juanito Romero cuchicheaba con Elisa y estaban sus bocas tan juntas, que hubo un momento en que pareció que se besaban. Ya el tren se movía y Elisa seguía hablando, medio cuerpo fuera de la ventanilla.

—¿Conque, me hará usted una visita?

—Seguramente —repuso Juanito.

—Dentro de pocos días escribiré... ¡Adiós!...

—Contestaremos en seguida. Buen viaje. Adiós.

—¡Hasta la vuelta!

—¡Adiós, adiós!

—¡Recuerdos a Pepe!...— gritó Elisa Conde.

Elena hizo un signo afirmativo. El último coche salía ya de la estación; a las ventanillas iban asomadas muchas personas que saludaban con sus pañuelos a los deudos y amigos que quedaban en el andén.

Al sentirse sola Elisa Conde, de pronto, tuvo una repentina explosión de celos. —¿Por qué les habré dejado solos?—pensó. Se imaginaba a Juanito y Elena como les vió momentos antes: el uno cerca del otro, sonrientes, diciéndola adiós con la mano, como contentos de que se marchase. Acaso fueron a despedirla para cerciorarse de que efectivamente se iba.

Elena y el estudiante salieron de la estación un poco melancólicos. La joven pensaba en su aislamiento de mujer mal casada, y en aquella Venus Loca con quien Juanito iría a reunirse después, olvidándose de ella, que ya estaba en inminente peligro de amarle. De repente exclamó, la voz alterada:

—¿Cuándo va usted a Santander?

El la miró sorprendido, y repuso con acento ingenuo:

—Yo no salgo de Madrid.

—¿No prometió usted a Elisa una visita?

—Sí; pero no cumplo mi promesa; me quedo aquí, con usted...

Subían pausadamente la cuesta del Paseo de San Vicente, y Elena, a quien aquellas palabras acariciaron dulcemente, recordaba otros momentos en que Juanito también caminó a su

lado, hablándola de amor. Deseando ser interrogada, para que la pregunta sirviese de escudo a su curiosidad, se echó a reir.

—¿De qué ríe usted? -indagó Romero.

—De nada... Una tontería.

—¿Puedo saberla?

Le miró titubeando.

—Juanito, ¿usted tiene confianza en mí?

—Absoluta.

—Dígame entonces francamente: ¿es cierto que se aman ustedes?

—¿Quién... y quién...?

—Elisa y usted.

La pregunta era tan imprevista y podía ser tan trascendental, que las mejillas del estudiante palidecieron.

—¡Pero, Elena!... ¡Es posible que dé usted crédito...!

Y mientras rebuscaba el medio mejor de librar aquel tropiezo, la joven le miraba de hito en hito, gozándose en su confusión; después su ánimo cambió y hasta llegó a incomodarse, creyéndose juguete de Juanito, quien acaso la cortejó por mero pasatiempo, o por enojar a Elisa y con los celos avivar su cariño, en cuyo caso ella había representado un desairado papel. Los ojos de Elena Santa-Cruz chispearon de encono.

—Conque—insistió—, ¿están ustedes en relaciones?

Pero ya Juanito había dominado la situación, y repuso indiferente:

—Sí, acertó usted: somos amantes.

Habló con el acento desabrido y breve de un hombre hastiado, y Elena le escuchó con recelosa alegría. Atravesaban la plaza de San Gil; el calor era sofocante y del suelo ascendía una liviana nube polvorienta que dificultaba la respiración.

—Estoy en relaciones con ella...—repitió Juanito respondiendo a las cavilaciones de Elena—; pero yo, a quien quiero es a usted...

—No pretendía saber tanto.

—Así lo sabe usted todo. Y por eso no me voy, porque necesito vivir junto a usted... verla a todas horas...

Se había atrevido a enlazar su brazo al de ella, que, aturdida, procuró desasirse.

—Sepárese usted—balbuceó ruborizada—; no quiero que nadie nos vea así.

—¡Bah, no hay cuidado!... El único hombre de quien tiene usted que guardarse no está en Madrid.

Elena Santa-Cruz saboreaba de nuevo la íntima y dilecta convicción de ser deseada. Por decir algo, exclamó:

—¡Qué guardadito tenía usted su secreto!... ¡Nadie lo hubiera creído!... y, de verdad: ¿la quiere usted mucho?

—No sea usted mordaz. En esas relaciones no hay cariño, por la misma razón cronológica que no puede haberlo entre usted y José Antonio: Venegas es muy viejo para usted, y Elisa es muy vieja para mí... Los dos pertenecen a una generación que pasó y se aferra a la nuestra para cobrar de nosotros contento y vigor. El pobre Tik-

Nay, casándose con usted, me recuerda al rey David, ya decrépito, durmiendo, por miedo al frío, entre dos mujeres...

—Y si no quiere a Elisa, ¿por qué la entretiene?

El estudiante se alzó de hombros; hizo algunos gestos dubitativos y rió.

—¡Qué sé yo!... La costumbre, la holganza... ¡A veces creo que sólo me acuesto con ella por vengarme del Pasado!

El desenlace de este ardoroso asedio era inevitable y llegó pocos días después. Más tarde, las indiscreciones de la joven pusieron a Manuela al tanto de lo que ocurría, y ambas se aliaron para engañar a Venegas, guiadas por ese espíritu de asociación característico de los débiles y de los cobardes.

Una mañana llevó Manuela al dormitorio de su ama una carta que acababan de traer. Elena y Juanito Romero estaban acostados aún; cerca del lecho y sobre un velador, había botellas de vino y algunos fiambres. La carta era de Tik-Nay; Elena rasgó el sobre y leyó:

"Hace dos días que el médico me dió de alta; y como efectivamente me siento mejor, mañana saldré de aquí. Escribo estos renglones para evitar que mi llegada te cause impresión excesiva"...

La esposa de Venegas se estremeció; Juanito lanzó una interjección soez.

—¡Nos ha divertido el payaso!—exclamó.

La carta continuaba:

"¿Me quieres mucho? No puedo vivir sin ti, y no verte es uno de mis males mayores; creo que a tu lado he de curarme como por ensalmo. Considerando que nuestros ahorros bien administrados pueden producirnos lo suficiente para vivir, he decidido retirarme de los circos; ¿qué te parece?... Pero de esto ya hablaremos despacio. Adiós; te quiero siempre por hermosa y por buena..."

Romero observó:

—¡Qué mala letra tiene!... Parece un chiquillo que anda en palotes.

Después dejó caer la carta al suelo y encendió un cigarrillo. Transcurrieron unos momentos; Elena permanecía abstraída, el pensamiento abismado en el porvenir.

—¡Pobrecillo!...—dijo.

—No te enternezcas, prenda—repuso el estudiante—, pues todos merecemos indulgencia. ¿Quién será más digno de piedad? ¿El, queriéndote sin esperanza de ser correspondido, o tú, que, sin amarle, tienes que soportar su cariño?

—Dice que me quiere "por hermosa y por buena..." ¡Yo, buena!...

Juanito Romero replicó vivamente, con el arrebato de quien tiene fe ciega en sus ideas:

—Y ¿por qué no?... ¡¿O eres totalmente mala porque no seas buena para él?...

Lueño añadió, más sosegado y lanzando una gran bocanada de humo:

—¡Desengáñate, muñeca!... El mundo es una cadena de contrastes: lindando con la juventud está la vejez, con la ilusión el hastío, con el deseo la hartura; la felicidad de los unos labra el dolor de los otros, y precisa que aquéllos lloren para que nosotros podamos reir. Mientras los miembros de tu viejo Tik-Nay tiemblan de frío, los nuestros vibran con el fuego de la sangre joven.

Se había incorporado en el lecho y la besaba glotonamente, excitándola a reir:

—Abracémonos, chiquilla, a la salud de los que fueron, para que no se burlen de nosotros los que nos sigan. El frío ajeno me da calor... ¡Anda, abrázame y alégrate, que la vida es un vals bailado sobre el hielo!

VIII

ELISA Conde estaba celosa.

Los amores del estudiante con Elena Santa-Cruz ya no eran un misterio para los individuos que frecuentaban las tertulias de la Venus Loca, y este fracaso, tan ostensible, este sacrificio de su belleza y de su cariño en aras de otra mujer, inspiraron a Elisa un despecho rayano en el odio.

El amor de Juanito Romero ocupaba su corazón y saciaba sus sentidos; merced a él se consideraba joven aún y apetecible, y tenía deseos de emperejilarse para continuar sirviendo de grato recreo al tiranuelo poseedor del espléndido ocaso de su vida. Su pasión por Juanito era invencible: a ratos le quería con afición viciosa; otros le acariciaba castamente, doliéndose de su orfandad y pobreza, deseosa de remediar por sí misma todo aquel desamparo.

La infidelidad del estudiante abrasó el corazón de Elisa en la hoguera de ese despecho satánico que hiere a las mujeres cuando compren-

den que van dejando de ser hermosas; un rencor infinito contra el tiempo que las humilla y el mundo que las desprecia por feas después de haberlas ensalzado por bonitas.

Los peores celos femeninos, los irremediables, son los de la vejez. No hay tortura comparable al de las ancianas coquetas, a quienes una experiencia dolorosa demuestra que su misión ha concluído y que es inútil esforzarse en parecer bonitas: es una transformación brutal de ángel de luz en ángel caído; de rey, en paria. Antes el mundo rindió culto a su belleza y los hombres elogiaron su hermosura, y enardecidos buscaron la golosina de sus labios. Para ellas eran las comodidades, los obsequios, el mejor asiento en los palcos. Mas después, cuando el tiempo y las pasiones desmoronaron su juventud, el deseo, desdeñosamente, las volvió la espalda.

¡Ser viejas, ser feas!... Es renunciar a todas las alabanzas, a todos los honores; la ancianidad es una especie de prendería humana donde van hacinándose las bellezas que fueron: ya nadie quiere una mirada de los ojos, ni un beso de la boca, que estropearon los años. Como la hembra nació para el amor, cuando ya no sirve para el placer, por fea, ni para la maternidad, por infecunda, recibe en pleno rostro ese desprecio anodino con que el mundo aísla a las mujeres que tuvieron la temeridad de llegar a viejas. Los hombres que las codiciaron, ahora pasan a su lado sin volver la cabeza, y su indiferencia parece envolverlas en una atmósfera de hielo: el deseo no las acecha; bien pueden ir solas adonde

quieran, seguras de que nadie ha de tenderlas ninguna celada: son pobres seres inútiles a quienes la ley prohibió toda misión política, y la edad despojó de tentaciones. El hombre puede siempre enamorar y dar vado a sus caprichos con dádivas; pero ellas, desprovistas de atractivos que despierten la carne, ¿cómo satisfarán los suyos?... ¡Ser vieja, ser fea!... Es algo tan triste como saber lo que la posteridad dirá de nosotros.

Estos celos mordían el espíritu altanero de Elisa Conde: se hallaba vencida, humillada, cual si la humanidad masculina, ansiosa siempre de carne joven, la reprochase su vejez, diciéndola: "¡Vete, retírate, que ya no sirves!"

Para mayor acopio de pesadumbres, Elena, so capa de cuidar a Venegas por las noches, no iba a visitarla, en lo cual vió Elisa el retraimiento de la mujer vencedora que no quiere guardar relaciones con la rival vencida. Además, Renata Blaner, que observaba las relaciones de su sobrino con Elena Santa-Cruz, dejó traslucir, quizás con propósito deliberado, livianos perfiles de sospechas que la aguda imaginación de Elisa recogió en seguida. Por Renata supo que Juanito y Elena se veían casi a diario, unas veces en casa de Venegas, otras en la calle. Todo esto lo decía la francesa llanamente, como si en ello no hubiese pecado.

José Antonio, entretanto, desfallecía.

La mielitis continuaba victoriosamente su obra devastadora, y luego de destruir los movimientos coordinados de las piernas, empezó a arrui-

nar las funciones nutritivas. La salud y la vida se batían en retirada: al principio, Venegas, cuyo recio espíritu se rebelaba contra la idea de morir, intentó fortificar sus miembros por medio de largas caminatas. En aquellos paseos no consentía que Elena le siguiese.

—Te aburrirás—decía—; yo voy muy despacio, y como necesito cavilar mucho en lo que hacen mis pobres piernas, no puedo sostener una conversación...

Ella, sin embargo, para mostrarle afecto le acompañaba un rato, y luego corría en busca de Juanito; y Venegas, cuyos males parecían recrudecerse en la soledad, proseguía su camino trabajosamente, apoyándose en un bastón, arrastrando los pies.

Entretanto, sus alucinaciones auditivas se agravaban y la risa de Leandro resonaba siempre, semejante a una marcha fúnebre. Era una obsesión implacable, que amargaba todos sus recreos.

Un domingo, en los toros, sufrió una alucinación horrible.

Fué durante la lidia del segundo toro. Un picador se adelantaba hacia la fiera; los peones, desplegados los capotes, acompañaban al jinete, prontos a salvarle de cualquier desgraciado accidente; los mantones filipinos, los abanicos y las sombrillas multicolores, daban un aspecto abigarrado a la multitud que gritaba enardecida por el sol, la inminencia del peligro y el olor a sangre fresca; el cielo azul aparecía lleno de luz tropical. Sobre el redondel flotaba algo magné-

tico: el espíritu de tragedia que preside, magnífico, las corridas españolas.

El momento decisivo llegó: el toro había comprendido el reto lanzado a su bravura por el hombre, y, rectilíneo y heroico, arremetió al picador: la plaza tembló con un rugido de ansiedad, y la multitud osciló como un campo de trigo bajo el viento. Levantó el toro la victoriosa cabeza, y caballo y jinete rodaron por el suelo; el picador desestribó como pudo y ganó la barrera; los toreros se llevaron a la fiera engañándola con sus capotes, y el público empezó a silbar porque la pica no estuvo bien puesta.

Pero José Antonio, emocionadísimo, no podía apartar los ojos del caballo, que quedó sobre la arena con el vientre abierto en toda su longitud por una terrible cornada, al aire los intestinos palpitantes, y las patas estremecidas por los últimos estertores agónicos; sus ojos expresaban una angustia elocuente, humana, y sus belfos contraídos descubrían unas mandíbulas armadas de dientes amarillentos. Y Venegas, fiel a su obsesión, miraba aquella cabeza moribunda y fascinadora que reía de dolor, y aquella crin negra extendida sobre el suelo como una destrenzada cabellera de mujer... Mientras duró la lidia del segundo toro, el viejo payaso estuvo abstraído, ajeno a cuanto le rodeaba, contemplando con ahinco malsano aquellos ojos vidriosos, y pareciéndole oir aquella risa cristalizada. Luego, cuando los empleados de la plaza acudieron a llevarse al animal, al enlazarlo por el cuello las mandíbulas del caballo se abrieron y su crin

se esparció, dándole a Venegas la horripilante visión de una mujer muerta a quien arrastrasen del pelo... Tik-Nay perdió el conocimiento.

Quince días después, ya recobrado de aquel accidente, José Antonio logró levantarse otra vez; pero ya no se atrevía a salir, y pasaba las horas en su despacho, sentado en un sillón, junto a la ventana. Unicamente le sostenían su voluntad, que parecía acrisolarse y purificarse en aquel combate titánico, y su cuerpo de atleta, que no concluía de rendirse a la enfermedad invasora y la disputaba el dominio de sus miembros palmo a palmo.

El mes de octubre tocaba a su fin, y los días nublados del invierno cooperaron a aumentar la tristeza de aquella agonía tranquila.

Rígido y severo, sentado siempre, Tik-Nay, el payaso inimitable, parecía una estatua: con su frente dura de hombre resuelto, orlada de cabellos blancos, sus ojos serenos, su nariz aguileña y dominadora, su bigote cano, sus mejillas demacradas y pálidas, su rostro moreno, surcado de pliegues burlescos. Todavía conservaba sus brazos fortísimos de titán y su cuello hercúleo de toro; pero sus piernas, debilitadas y enflaquecidas, no correspondían a la pagana gallardía del tronco, que apenas podían sostener, y yacían inactivas bajo una manta de viaje, como dos colgajos inútiles. Era la suya una ruina pausada y magnífica, un desmoronamiento solemne una agonía terrible, como la de Ossián...

Lo que más apenaba al desvalido payaso era el desamor de Elena Santa-Cruz. En la habita-

ción de Venegas nada recordaba la presencia de la mujer: ya no veía en su lecho, como antaño, al levantarse, ninguna horquilla caída, ni las colchas vaheaban el grato tufillo que exhala el cuerpo de las hembras dormidas; ni en la mesa del despacho había tijeras, ni dedales, ni ovillos de hilo...

Elena iba a verle por las mañanas, y después de dejarle instalado en su sillón decía que se iba a misa, el pretexto favorito de las mujeres que se aburren en casa; por las tardes también hallaba motivos para nuevas escapatorias. A José Antonio le llevaban la comida en una gran bandeja que Manuela ponía cerca del sillón del enfermo, sobre una mesita; Elena comía sola, en el comedor. Las primeras horas de la noche eran las únicas que pasaban reunidos; hablaban poco; la joven ojeaba distraídamente un periódico; Venegas, harto de leer durante el día, permanecía ocioso, fumando cigarrillos, el mento sobre el pecho, mientras la luz verdosa del quinqué ceñía a su cabeza venerable un nimbo triste. Al filo de la media noche, Tik-Nay se acostaba, y entonces Elena, después de ayudarle en todo, le daba un beso en la frente, apagaba el quinqué, corría los cortinajes de la ventana para que la luz de la mañana no mortificase al enfermo, y volvía a su dormitorio: aquel nido cálido donde, a pesar de la ausencia de su marido, muy raras veces dormía sola...

Todas las noches, después de cerrado el portal, el estudiante subía a tientas las escaleras, y Manuela, que le esperaba, le llevaba a la habita-

ción de Elena, conduciéndole sigilosamente de una mano por los carrejos obscuros. Mientras, Elena y José Antonio se aburrían en el despacho, ofendiéndose mutuamente con ese silencio agresivo que acompaña a los matrimonios hastiados. De pronto, ella, que había percibido—o, más bien, "presentido"—los pasos fantásticos de su amante, se levantaba bruscamente y escapaba murmurando un "Ahora vuelvo"... ahogado; corría a su cuarto y se arrojaba en brazos de Romero.

—¡Muñeca, querida!

—¡Juanín!...

—¿Se acostó ya?

—Aún no: ten calma, que no tardará mucho.

En seguida se marchaba; pero algunas noches era tan grande su impaciencia, que visitaba a Juanito varias veces, temerosa de que se fastidiase demasiado. El estudiante aprovechaba aquellas ocasiones para ser exigente.

—Dame otro beso; si no me lo das, no te dejo salir...

Ella le complacía y escapaba corriendo.

Aunque Elena sabía que José Antonio no podía moverse, no por ello desechaba cierto temorcillo que la mantenía desvelada y alerta. Esta preocupación se disipaba muy tarde, cuando se persuadía de que Tik-Nay estaba dormido. Más de una noche, las pesadillas de José Antonio la aterraron: la voz de Venegas repercutía medrosamente en los ámbitos de la casa silenciosa; el anciano visionario deliraba y sus terrores le arrancaban lamentos de

angustia, aullidos selváticos de terror cerval.

—¡Basta ya, por favor!... ¡Socorro, Elena!... ¡Socorro!...

El infeliz se retorcía sobre su lecho, desesperado, cual si un espíritu maléfico le explicase el adulterio de su mujer en carcajadas de befa y escarnio. Elena se incorporaba diligente, refregándose los ojos, y empezaba a despertar a Romero, que dormía beatífico.

—¡Juanín, Juanín, arriba!...

Saltaba del lecho y corría, en camisa y descalza, al dormitorio de Venegas. Cuando reaparecía, el estudiante la interrogaba malhumorado y curioso:

—¿Qué, pasó ya?

Ella se estrechaba contra él, tiritando.

—Sí; le dí un poco de yoduro, y ya está tranquilo.

Esta época provocó en Elena una abundante germinación de sentimientos que habían permanecido en ella adormilados largo tiempo, en espera de ese milagroso "resurrexit" que generalmente pronuncia la Casualidad. El estudiante la excitaba refiriéndola episodios estupendos, acaecidos a él o a sus amigos; y la joven experimentaba esa envidiosa comezón de los mozalbetes que oyen desbarrar a un viejo muy corrido.

Una mañana iban los dos por la calle Fuencarral, cogidos del brazo y recatándose, bajo un mismo paraguas, de la menuda llovizna que caía: la juventud, y la divina alegría de amarse, daba a sus figuras una armonía triunfal.

—¿Adónde vamos, Juanín? — preguntaba ella.

—Por ahí, por donde vaya el humo...

Y, chupando su cigarrillo, lanzaba una bocanada de humo, que el viento parecía llevar hacia la Puerta del Sol. Elena le estrechaba el brazo con infantil ufanía.

—¡Cuánto me gusta ir así — decía—, sin saber adónde!...

Embocaron la calle del Desengaño, y al llegar a la de Valverde la joven propuso entrar en el antiguo café Habanero.

Juanito parecía indeciso.

—Bueno...

Pero Elena Santa-Cruz vaciló; se había acordado de Elisa.

—¿O quieres—dijo—que alquilemos uno de ésos?...

Indicaba con un gesto los coches alineados en la acera opuesta. Juanito dudaba, contenido por su pobreza.

—¿Adónde iremos?

—A cualquiera parte. Anímate... yo llevo dinero.

Juanito se echó a reir.

—¡Andando va la barca, entonces!... Ven...

Elena subió a un vehículo cerrado, mientras Juanito explicaba al cochero el itinerario del paseo: el caballo trotaría hasta la fuente de la Cibeles, y luego seguiría al paso por el Salón del Prado.

El coche echó a rodar por la calle Fuencarral; las herraduras del caballo herían los adoquines mojados con un fuerte ruido metálico, y muchos

transeuntes lanzaban al interior del vehículo una mirada curiosa; la lluvia y el vaho de las respiraciones habían extendido sobre los cristales un sutilísimo velo lechoso.

Desde la Cibeles, el caballo siguió al paso por el Salón del Prado. Juanito había bajado las cortinillas, convirtiendo el vehículo en una especie de alcoba; las ruedas volteaban lentamente sobre la tierra húmeda con un rumor sordo; el cochero, arrellanado en el pescante, las piernas liadas en una manta impermeable y el cuello cubierto por una bufanda, dormitaba bajo un gran paraguas rojo de algodón, ajeno a los estremecimientos íntimos del vehículo. Cuando llegaban al Botánico, Juanito y Elena oyeron una voz que decía, desde lejos y a gritos, algo que no pudieron entender.

—¡Siga usted hasta la estación del Mediodía!—ordenó Romero al auriga— ¡y regrese después por el mismo camino!

El cochero, sin embargo, no debía de ir tan tranquilo como los enamorados presumían, sino entregado a cábalas y conjeturas alarmantes, porque mucho tiempo después, al repasar por la plaza de Neptuno, el coche se detuvo repentinamente y su conductor saltó del pescante y abrió la portezuela. Elena Santa-Cruz y el estudiante iban charlando, lo que les facilitó la solución del lance. El rostro descompuesto y los airados ademanes del automedonte revelaron a Juanito de qué se trataba; pero disimuló su turbación apresurándose a decir:

—No, no... siga usted.

El cochero le había cogido por un brazo; quería obligarle a salir.

—¡Baje usted, poca vergüenza—gritó—, que voy a cortarle los hígados!

Elena permanecía en su asiento, petrificada de terror. Juanito Romero había apreciado en un instante la gravedad del peligro: lo que más le soliviantaba era el temor de que algún guardia acudiese y detuviera a la joven como a una mujerzuela perdida, y de que tan vergonzoso escándalo llegase a oídos de Elisa, tal vez a los de Tik-Nay. Poco le importaba arrostrar las iras de aquel furioso ganapán que, valido de su derecho, quería maltratarle o venderle su condescendencia a precio muy alto: lo esencial era que Elena tuviese tiempo de ponerse en salvo, y miró a todas partes, calculando las probabilidades de una fuga.

La lluvía caía pertinaz, y el Salón del Prado estaba casi desierto. Juanito saltó a tierra y ordenó a la joven:

—¡Vete tú; yo me entenderé con éste!

Ella había comprendido, pero no se atrevía a dejarle solo.

—¿Y tú... y tú?...

—Yo escaparé como pueda; vete pronto.

Los dos hombres forcejeaban ante la portezuela abierta.

—¡Quia!—decía el cochero—; ¡la señora esta duerme hoy en la delegación!...

Elena, al oir esto, echó a carrer. Juanito, agotados los argumentos conciliadores, fuera de sí, agarró al cochero por el cuello.

—¿Quieres callar?...

Levantó el brazo derecho y dejólo caer rudamente sobre el rostro de su enemigo; fué un golpe sonoro que descargó con la mano abierta porque la impaciencia de su cólera no le dió tiempo a cerrar los dedos. Tartajeando de coraje, el agredido arremetió a Juanito; menudeaban los puñetazos; las narices manaban sangre. Separados momentáneamente tras aquella furiosa acometida, el cochero empezó a buscarse en los bolsillos la navaja; luego corrió hacia el pescante, recordando haberla dejado allí; Romero, que adivinó su intención y que se hallaba desarmado, le cerró el paso, reanudando la pelea.

Algunos curiosos se acercaban a los reñidores, cuyos pies resbalaban sobre el suelo fangoso, pero nadie trataba de poner término a la cachetina. En esto, como Juanito Romero advirtiese que varios cocheros, animados por el espíritu de clase, se apercibían a favorecer al camarada, hizo un esfuerzo supremo para rematar gallardamente aquel "paso honroso". Abalanzóse, pues, sobre su contrincante y rodeándole el cuello con un brazo tuvo el acierto de meterle los dedos en la boca, tirando después hacia atrás al mismo tiempo que con la otra mano le daba un fuerte golpe en la mandíbula.

Aquellos dos movimientos estuvieron tan diestramente combinados, que el agredido, al sentir que su boca se desgarraba, cedió, cayendo de espaldas a los pies de Romero. El estudiante, frenético, le pisoteó el rostro sin piedad;

el caído, atontado, giró sobre sí mismo, echándose de bruces y recibiendo en la nuca muchos golpes. Cuando llegaron los guardias, que un muchacho había ido a buscar, el cochero ya estaba de pie, con el rostro manchado de barro y de sangre; en cuanto a Juanito Romero, se entregó sin resistencia, muy ufano de haber vencido y de que Elena Santa-Cruz hubiese escapado.

De aquella aventura tuvieron noticia Cárdenas, Mariano Cortés y otros amigos del estudiante, y el mismo Romero tuvo la presunción de referirla días después delante de Venegas.

—Así se cumple—dijo José Antonio cuando conoció el resultado del lance—; aunque supongo que la mujer que iba con usted no sería un modelo de recato.

—No... pero la quiero mucho. ¡Bah! Total: el juicio de faltas ha costado sesenta pesetas...

Multa que pagó Elena Santa-Cruz con el empeño de unos pendientes.

Poco a poco las secretas relaciones de Elena con Juanito iban trascendiendo, y entre los amigos de Elisa Conde hubo, al fin, un movimiento unánime de sincero afecto hacia Venegas, aquel titán moribundo, aquel león encanecido y enfermo, que ya no podía vengarse. Aquello era algo muy triste: la agonía de una águila, los últimos momentos del hombre que muere solo después de haber conocido el éxito; la ruina, el anonadamiento total de algo muy fuerte que se desploma desde muy alto... ¡Pobre Tik-Nay!...

Estos juicios contristaban a Elisa. Sufría, cual si fuesen suyas, las vergüenzas de José Antonio,

por quien experimentaba una firme amistad, y también quería a Juanito con un cariño ineluctable que disculpaba todas las inconsecuencias y devaneos del cascabelero estudiante. La Venus Loca había intentado formar una familia constituída por Tik-Nay, Elena Santa-Cruz y Juanito, y donde ella sirviese de vínculo entre todos; amañando lo que fué con lo actual, y siendo, en cierto modo, hija de Venegas, madre de Elena y amante de Juanito, para así gozar de los tres mayores afectos humanos y divertirse con ser, hasta el último instante, hija, madre y esposa.

Mas todo aquel lucido andamiaje fracasó: Elena Santa-Cruz la había burlado, y la Venus Loca sintió nacer en su corazón hacia la traidora un odio infinito.

Los términos del problema estaban colocados de modo que era imposible resolver el enredo satisfactoriamente: confesándoselo todo a Venegas deshacía el nudo y hundía a su rival; mas ¿cómo vengarse de Elena sin perder a Juanito?...

Entretanto seguía visitando a José Antonio, no sólo por el interés que la inspiraba, sino para evitar que los murmuradores advirtiesen el antagonismo que la divorciaba de su antigua amiga. Casi nunca veia a Elena, que se marchaba después de almorzar, y sin la voz de Manuela, que cantaba en la cocina, el hogar del pobre payaso hubiese parecido una sacramental abandonada. Una tarde Elisa saludó en el zaguán de la casa de Venegas a Renata Blaner, que salía: las dos mujeres cambiaron un apretón de manos. Elisa Conde maldijo del es-

tado del tiempo: cuando no nevaba, llovía a cántaros...

—Me gustan los cielos así—replicó Renata con su suave acento extranjero—; se respira mejor... Si yo fuese rica viajaría continuamente, por todas las latitudes, en busca del invierno.

Y añadió, haciendo un picaresco mohín:

—Está usted muy guapa... ¿Va usted a visitar al señor Venegas?...

—Sí—contestó Elisa, sin turbarse por la insinuación benévola que implicaban el piropo y la pregunta de su amiga—, voy a verle. ¿Está Elena?...

—No sé... probablemente no estará; sale todos los días. ¿Y mi sobrino, la visita a usted?...

—Muy a menudo.

—Hace una semana que no le veo, aunque viene aquí diariamente: parece, sin embargo, que la escalera le fatiga mucho y siempre se queda en el segundo piso, en casa de José Antonio...

Y se despidió sonriendo, con la alegría de quien cree no haber dicho nada grave.

Elisa Conde llegó al despacho de Venegas excitada y jadeante.

—Pepe, ¿qué haces?...

Tik-Nay levantó la cabeza y murmuró algo ininteligible.

Ella cogió una silla y fué a sentarse cerca de él.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás más firme?...

Le miraba a los ojos, después de haberle besado apasionadamente en la frente. Tik-Nay ha-

blaba con la pronunciación insegura y tardía de los afásicos.

—Estoy... como siempre; hoy apenas puedo hablar... Lo peor es que toda la energía de mi cuerpo refluye a mi cerebro; mi actividad mental es continua... No es fácil imaginarse lo que cavilo en el transcurso del día, y, sin embargo..., escucha: tengo una lengua torpe... y estropajo sa... de imbécil...

Ella, abstraída en sus meditaciones, hablaba sin tino, por decir algo.

—¡Bah, no te alarmes; eso pasa pronto! Consuélate suponiendo que bebiste una botella de más; el vino tiene la lengua de plomo...

Las palabras socarronas de Renata Blaner repercutían en sus oídos y no podía desviar el pensamiento de aquel anciano tan desdichado y tan caballero. Elisa paseó por la habitación una mirada interrogadora, como pidiendo a los muebles parecer y consejo. Venegas había mandado quitar los visillos de la ventana y por los cristales desnudos penetraba una luz cruda y molesta; los carbones que ardían en la chimenea no bastaban a mitigar el frío de aquel ingrato retiro de viejo solitario: allí faltaba la mujer el ente misterioso que sabe encender el fuego, correr las cortinas, tibiar y aromar el aire...

Elisa se había quitado el sombrero y charlaba con su facundia habitual; José Antonio la oía complacido, agradeciéndola aquellos instantes de bienhechor entretenimiento: de pronto se sintió mejor...

—¿Y Juanito?—preguntó.

Ella palideció y repuso indecisa:

—Sigue bien; un poco distraído...

—¿Reñiste con él?

—No, eso no; pero... seguramente, tiene por ahí distracciones. ¡Ay, Pepe! Ahora lo reconozco: somos viejos, somos feos... y los jóvenes van cerciorándose de que no merecemos su cariño.

Por un fenómeno psicológico inexplicable, el anciano payaso parecía aficionarse a la vida según iba perdiéndola, y recobrar paulatinamente las ilusiones que Elisa Conde desechaba como bagaje inútil.

—Afortunadamente — dijo —, mi carácter de bronce está incólume: todavía servimos, Elisa; todavía tenemos derecho a la vida y a unas migajas de amor. ¡Y eso no nos falta, tenlo por cierto!... A ti, te quiere Juanito; a mí, Elena. ¡Conformémonos!

Elisa experimentó el violento deseo de descubrirle toda la horrible verdad; pero su piedad ahogó su despecho, y se contuvo. En aquel momento Tik-Nay, sofocado por una extraña opresión, empezó a toser. Luego hubo un silencio.

—¿Y tu mujer?—interrogó de pronto Elisa.

—Ha salido... creo que con Renata.

—No; con Renata no, porque a Renata la he visto hace un momento, en el portal.

Venegas se encogió de hombros.

—¿No te importa saber lo que hace?—insistió ella—; pues no debías dejarla tan libre, tan entregada a sí misma.

José Antonio levantó la hermosa cabeza y sus ojos buídos fulguraron.

—¿Por qué?—murmuró—; ¿qué sabes?

Transfigurado por el tósigo de los celos, dió un rudo puñetazo sobre el brazo del sillón y pareció que iba a levantarse y a recobrar su vigor de atleta. Ella le contempló, sorprendida de aquel alarde de voluntad.

—¡Diantre!—exclamó en tono de gorja—; ¿qué quieres que sepa?... Sosiégate. Sólo quise darte un consejo: a las mujeres no se nos debe dejar demasiado solas, porque la indiferencia del marido, de una parte, y el agasajo de los cortejadores, de otra, son dos muy malos consejeros de la fidelidad. Yo nada sé, Pepe, te lo aseguro... mas de todos modos, guárdala...

Y añadió, sonriendo:

—Acuérdate; así empecé yo.

—Sí; pero tú...

Se interrumpió para no decir algo muy amargo que el despecho le puso en los labios; y agregó, ofreciendo el concepto dulzurado en una perífrasis:

—Tú no tienes el temperamento de Elena... Afortunadamente, no todas las mujeres son de la misma madera: las hay duras y frías, como el boj; y otras ardientes como la retama; tú eres de las que arden bien...

Mas ella, a pesar del hábil circunloquio de Venegas, había adivinado su pensamiento, y se sintió ofendida.

—Pues, ten cuidado—replicó—que Elena no sea ardiente como la retama para los demás, y, como la retama, amarga para ti...

Venegas había recaído en su estado habitual

de postración, y la escuchaba sin levantar la cabeza ni apartar del suelo los ojos. La Venus Loca hizo ademán de marcharse; José Antonio la interrogó con voz reposada:

—Las frases que acabo de oir me sorprenden mucho en labios de una mujer tan discreta y tan noble como tú. Dime, Elisa; di la verdad; la santa verdad: ¿sabes algo?

—¡Hombre testarudo!... Nada sé; nada...

A medida que el celoso recelo abrasaba a Tik-Nay, ella se arrepentía de lo dicho, asustada del alcance de sus palabras. Al fin, los dos concluyeron por aterrarse de haber avanzado tan de prisa por el camino de la duda.

— Confiésate — porfiaba Venegas — : ¿sabes algo?... Dada la confianza que media entre nosotros, tu disimulo es criminal. Habla, Elisa: el efecto inesperado y desgarrador que me causan tus reticencias me dice que yo estaba celoso sin saberlo. Dime, dímelo todo...

La miraba tenazmente a los ojos, queriendo registrarla el corazón. Ella se levantó: aquello era el espíritu de la venganza que la invitaba, por boca de José Antonio, a una declaración horrible, y quiso huir temerosa de tener un momento de delatora debilidad.

—No sé nada, nada he visto—dijo—, y el "ten cuidado", que ahora te preocupa, no pasa de ser un consejo atendible.

Y se retiró sin más explicaciones, confiando a su prudente huída la salvación de todos.

La semilla, sin embargo, de los celos, quedó plantada, y Tik-Nay empezó a maravillarse de

que Elisa le dijera lo mismo que él había pensado tantas veces. Realmente se advertían en Elena veleidades y humorismos anormales. Cuando salía a la calle iba inquieta, como quien va en busca de algo inseguro; y luego regresaba tranquila, con el cansancio que inspiran los deseos ahitos, las promesas cumplidas... Todo esto encerraba un secreto que tenía el pavoroso perfil de un adulterio.

Aquella noche, José Antonio Venegas se acostó temprano, deseoso de atajar con el sueño sus interminables y retorcidas alegaciones. Elena le ayudó a desnudarse, y tras de medicinarle y arroparle, salió del despacho. En seguida corrió a su dormitorio en busca de Juanito, que esperaba.

—¿Ya cayó?—preguntó el estudiante.

—Sí—dijo ella abrazándole—; hasta mañana le tenemos seguro.

Se acostaron, felices de correr tantas aventuras juntos y de saber librarse galiardamente de todas.

Tik-Nay, completamente desvelado, repasaba y desmenuzaba nuevamente las frases de Elisa Conde, mientras fijaba sus ojos distraídos en la luz macilenta del altarito de aquel Cristo, esmirriado y pequeñín, que no acababa de caer.

Soliviantado por sus cavilaciones, se revolvía en el lecho sin poder desechar las sospechas que tenía de Elena; aquella niña que insensiblemente fué trocándose para él de esposa en hija... ¡Una hija absurda que no podía casarse!...

¿Adónde iba por las tardes? ¿Qué compras

qué visiteos, la retenían en la calle tantas horas?... Y en contestación a estos misterios insolubles, le parecía escuchar aquel enigmático "ten cuidado", de la Venus Loca, que embozaba una traición.

Venegas, sin embargo, no podía creer que Elena le infamase. Olvidar sus deberes de esposa, mancillar el decoro del hombre que la había amparado y que tanto trabajó para hacerla rica y feliz, renunciar a la estimación de su propia conciencia para rendirse a cualquier advenedizo dicharachero y embaucador, disponer, en fin, de su cuerpo como de cosa sin dueño, y engalanarse con los vestidos que él la compró para parecerle más codiciable a otro... era algo monstruoso, inadmisible.

La imaginación, mariposeando de aquí para allá, había continuado su camino; y de repente Venegas quiso ver a Elena, para asesorarse de que estaba allí, durmiendo con la inocente placidez de una niña. Al pronto temió que su inesperada visita la asustase; luego pensó verla y marcharse sin despertarla; y, en último caso, si ella le sentía, justificar su presencia alegando un motivo cualquiera.

Dócil a un mandato irresistible de su voluntad, probó a levantarse: incorporóse en la cama, apartó las colchas y, vistiéndose ligeramente, se deslizó hasta el suelo. Sus manos robustas le ayudaban. Una vez en pie, hubo de sentarse porque sus piernas, atacadas de repentino temblor, apenas podían sostenerle: tenía frío y miedo. Cuando se tranquilizó echó

a caminar lentamente, agarrándose a la pared.

Elena y Juanito Romero habían tardado en acostarse. Estaban en el gabinete y a obscuras: disputaban; Elena tenía celos de Elisa Conde.

El procuraba demostrar la conveniencia de no enemistarse rotundamente con Elisa, que tanto ascendiente ejercía sobre Tik-Nay.

—Me consta que esa mujer sospecha nuestras relaciones—porfiaba el estudiante—, y si en un arrebato de ira le dice la verdad a José Antonio, imagina la marimorena que se arma... Ten diplomacia, muñeca, y no olvides que las cualidades relevantes de los diplomáticos más famosos fueron la paciencia y el disimulo.

—Y ¿qué importa que José Antonio lo sepa?... ¡No moriríamos del susto! A mí, lo imprevisto me seduce.

—Sí; ya sé que eres tan estrambótica y andas tan fuera de carril, que no acabas de reconciliarte con el sol porque te aburre que salga siempre por el mismo lado...

Al fin convinieron en dejar aquellas explicaciones para más tarde. Con este acuerdo se fueron a dormir, y ya estaba Elena Santa-Cruz en el lecho y Juanito disponiéndose a hacer otro tanto, cuando ella se incorporó bruscamente, lívida... Sus hermosos cabellos castaños cubrían sus hombros y daban al rostro mayor palidez. Se ahogaba; con una mano se oprimía el corazón. El estudiante la miraba suspenso, sin comprender. Ella, de súbito, dió un salto; había percibido el eco sordo, incierto, de algo moribundo que se arrastraba por el pasillo.

—¡Es él!—murmuró—; ¡vete!...

Romero, que tenía la precaución de poner toda su ropa junta, la recogió en seguida.

—¿Por dónde?...

La mujer de Venegas se llevó las manos a la cabeza con ademán desesperado.

—¿Por dónde?...—repitió—; no sé... no lo sé...

Aquel cuerpo claudicante que caminaba a lo largo del carrejo, estaba cada vez más cercano; la única puerta del gabinete daba acceso al salón, pero era imposible huir por allí sin exponerse a tropezar con José Antonio: en la alcoba no había escondite; el lecho era demasiado bajo.

—¡En el balcón!—murmuró Elena.

Sin titubear Juanito se precipitó hacia la ventana, que ella cerró tras él herméticamente; volvióse luego al lecho, y tan diligente anduvo y tan torpes estaban las piernas de Tik-Nay, que cuando el anciano apareció, la joven parecía dormir profundamente. Al presentarse Venegas con una vela encendida en la mano, Elena fingió despertar, y lo simuló magistralmente, arrugando el entrecejo, frunciendo los ojos, desperezándose: después, como si recobrase repentinamente el dominio de sí misma, gritó asustada:

—¿Cómo es eso? ¿Qué sucede, estás enfermo?...

Tanta sinceridad había en sus palabras, que José Antonio se avergonzó de sus celos; y, como permaneciese perplejo, ella insistió, completamente despabilada:

—¡Habla, Pepe!... ¿Ocurre algo?...

Tik-Nay sintió que sus viejos ojos se arrasaban en lágrimas.

—No sucede nada — balbució —; es, que... ¿sabes?... Perdóname, hija mía... pero... como estoy así, tan enfermo, te confieso que... tenía miedo a morirme solo...

Ella le observó unos instantes, compadecida.

—¡Qué ocurrencias tienes!...—exclamó jovial—. Pues, ea, ven; acuéstate conmigo... Aunque no te agradezco la visita, porque es tu miedo, mas no tu amor, lo que te trae...

Y como viese tiritar al anciano, añadió malévolamente, acordándose de Juanito:

—Si tienes frío piensa en los pobretes que duermen al raso: es una reflexión que abriga más que una colcha...

La primera precaución del estudiante al hallarse en su bien ventilado refugio, fué arrimarse a la ventana cuanto pudo para evitar que cualquier transeunte, viéndole en ropas menores, le creyese loco y avisase al sereno: arregló después las persianas, que eran de las llamadas "de libro", del modo que juzgó mejor para resguardarse del frío, y empezó a vestirse con infinitas precauciones en el escondrijo triangular que se había arreglado.

El tiempo era desapacible: el viento ululeaba furioso en los tubos de las chimeneas y en la curva de la calle, las luces temblequeantes de los faroles lanzaban reflejos sanguinolentos sobre el húmedo embaldosado de las aceras. Juanito sonreía unas veces al considerar la parte cómica de su situación, y otras renegaba de su

mala estrella y del difícil desenlace de aquella aventura. Por el momento, su única preocupación era la de no ser visto del sereno, que vigilaba junto a la esquina de Santo Domingo: era un hombre bajito, metido en un capotón que le llegaba a los talones; hallábase recostado contra la pared, la gorra sobre la cara, inmóvil cual si estuviese dormido; a su lado el farol, pendiente del chuzo, dibujaba sobre el suelo un círculo rojizo.

Juanito había conseguido vestirse el pantalón y la camisa: ajustarse las botas le costó trabajo ímprobo, pues eran brodequines y el trenzado de los cordones fué labor difícil. Llegó a trasudar. Cuando terminó de vestirse, se caló bien el sombrero y púsose de codos sobre el balcón: ya no le importaba ser visto, pues la corrección de su indumentaria no podía hacerle sospechoso.

Todas las ventanas estaban cerradas; los árboles de la plaza vecina, sacudidos por la tempestad, agitaban en las sombras sus ramas escuetas; en la panza de la calle, el viento rugía y roncaba. El estudiante prendió un cigarrillo. Pasados los primeros momentos de turbación, la idea de que Elena y su marido estarían durmiendo allá adentro, bien arropados, en el fondo de un lecho tibio, agravó su malestar.

Con el cuello de la americana levantado y el sombrero metido hasta las cejas, Juanito aguardaba paciente el socorro que la amorosa previsión de Elena Santa-Cruz no dejaría de enviarle. Pensó en sí mismo; en su padre, con quien estaba reñido desde hacía tiempo; en Elisa Con-

de, de quien habia recibido tantas pruebas de verdadero afecto...

Interrumpió sus meditaciones el ruido de un coche que venía de la plaza de Isabel II y que pronto apareció en la curva de la calle arrastrado velozmente por el vigoroso empuje de dos caballos. Tras aquel coche venían otros de alquiler, y todos, en llegando a la plaza de Santo Domingo, torcían a la derecha. Luego resonaron pasos y voces de muchas personas que se acercaban.

De todo ello dedujo Juanito que la función del Teatro Real había terminado; debían de ser las doce y media, acaso la una... Esta incertidumbre respecto de la hora exacta, le enfurecía y pensó en su reloj, un magnífico cronómetro, cuyo recuerdo iba ligado al de una humillante papeleta de empeño...

Cuando ya pasaban pocos transeuntes y el viento pareció reanudar su interrumpida canción, la calle volvió a quedar fría, hostil, silenciosa, oliendo a tierra mojada.

Acoquinado por la humedad, Juanito buscó de nuevo un refugio entre las persianas; tenía los pies ateridos, el temor a que le oyesen le quitaba el recurso de patear el suelo, y aquella ola helada iba invadiendo lentamente sus piernas inmóviles. Encendió otro cigarrillo y tornó a confiar en la inmediata proximidad de algún socorro... Cuando concluyó de fumar arrojó la colilla a la calle, y la vió estrellarse contra el suelo, desgranándose en un puñado de puntos rojos. Después, acosado siempre por el viento,

entornó mejor las persianas y esperó... Tiritaba: tenia los brazos cruzados sobre el pecho, y el calor de los sobacos no bastaba a mitigar el frío de sus manos: le dolían los pies; sus dientes castañeteaban... Pasó mucho tiempo, mucho... Caía una llovizna compacta, las luces de los faroles parpadeaban, y Juanito, amodorrado, iba rindiéndose al cansancio de la espera. Aquello era un vértigo; los minutos fluían desde el infinito a montones, sin concluir jamás... Luego parecióle que sus pies no le pertenecían: tenía la boca seca, los ojos se le cerraban... y, al fin, aquella última noción de realidad se esfumó también y quedóse dormido, derribado sobre la pared, en la actitud fayanca de una estatua que ha perdido el equilibrio.

Elena Santa-Cruz no le había olvidado.

Forzada a la compañia de José Antonio, esperó a que el anciano se durmiese para deslizarse sigilosamente fuera del lecho, cerrar la puerta del dormitorio y, sin vestirse ni encender luz, abrir denodadamente la ventana del gabinete. Juanito despertó al sentir que una mano apremiante le asía y arrastraba hacia adentro, y luego caminó tras la silueta de una mujer que le conducía con sigilo fantástico. Aquella guía misteriosa no tropezaba nunca: atravesaron el salón, salieron al pasillo y llegaron al recibimiento; allí, el fantasma bienhechor le puso en la mano la llave del portal, y, antes de despedirle, le besó en los labios murmurando un: "Hasta mañana..." ardiente. Empezaba a clarear.

Al domingo siguiente, Romero y Elena Santa-

Cruz oyeron misa en la iglesia de San Ginés. Venegas se había quedado esperando a su mujer en el balcón, sentado en su amplio sillón de cuero, tomando el sol; un sol pálido de invierno, que calentaba poco. El cielo, en cambio, era azul y el aire tibio y vernal.

Cuando los dos amantes salían del templo, vieron a Elisa Conde que cruzaba la calle Arenal: la Venus Loca les distinguió desde lejos y sufrió un gran dolor. Elena iba vestida majamente; apareció esbelta, un poco pálida, con el rostro embellecido por esas ojeras con que el deleite agranda los ojos: Juanito caminaba a su lado, con su contoneo habitual de mozo descreído que todo se lo echa a la espalda. Al saludo de Elisa ellos correspondieron fríamente y pasaron de largo.

—¡Cuánto deploro este encuentro!—murmuró Elena asustada.

—¿Por qué?—interrumpió Juanito despechado—; ¡peor para ella!

Elena suspiró:

—Ya lo verás: esta mujer nos traerá la desgracia...

Por la calle, limpia y oreada por la brisa matinal, circulaba gente devota que acudía a la misa de once; las campanas cantarinas llenaban el aire de notas alegres; Juanito respiraba gozoso y aseguraba que aquella tarde debían irse a merendar a Cuatro Caminos.

—Hoy no tengo pretexto que ampare mi salida—dijo Elena—; iremos mañana.

—De aquí a mañana puede cambiar el tiempo

o perder yo las ganas que tengo de darle al talón. ¡Contempla cuánta alegría victoriosa hay en la tierra, chiquilla; cuánta luz en el cielo!...

Cruzaban la plaza de Isabel II y embocaron la calle Campomanes.

—Separémonos aquí—dijo ella, deteniéndose.

—¡Quia! ¡Todavía!... Podemos ir juntos hasta aquel farol; sigue...

—¡Retírate, hombre; vas a comprometerme!

Juanito hizo un gesto de mal humor.

Avanzaron treinta pasos más: ella le seguía refunfuñando, pesarosa de verse constreñida a ceder. Después él se detuvo: le disgustaba renunciar a su proyecto de dar un paseo.

—¿Conque te quedas hoy de enfermera? Pues te bendigo el humor. Ea, hasta mañana; diviértele y cuídale mucho...

Se hallaban en la curva de la calle, y Romero extendía el brazo indicando el balcón donde estaba Tik-Nay. Elena alargó el cuello para verle y se sintió conmovida. ¡Pobre viejo!...

—Hoy, no—contestó resueltamente—, otra tarde cualquiera, ¿eh?...

El anciano payaso conservaba la actitud en que ella le dejó: con los brazos apoyados sobre los del sillón y el rostro vuelto hacia la plaza de Santo Domingo. En aquella posición su cabeza blanca asomaba por encima del respaldo; una cabeza de abuelo, cubierta de sol.

Juanito Romero se encogió de hombros, en ademán despreciativo y exclamó, señalando a Tik-Nay con un gesto obsceno:

—¡Mira: sol en Tauro!...

IX

TIK-NAY, el payaso inimitable, se moría. Ya no era dueño de sus piernas, la mitad inferior del tronco tampoco le pertenecía y la enfermedad indomable trepaba siempre, ganándole el corazón, entorpeciéndole la lengua y las funciones del aparato visual, codiciosa de llegar al cerebro, último reducto donde la vida del anciano se encastillaba.

Los médicos anunciaban un desenlace fatal inminente: el sistema espinal anterior se hallaba desorganizado, las sensaciones se transmitían con bastante regularidad y exactitud, pero los nervios centrífugos estaban deshechos y la voluntad no reaccionaba; las extremidades inferiores, emancipadas de la tutela cerebral, se movían desordenadamente. A esto se aunaban los dolores fulgurantes de la espalda, los desarreglos del aparato digestivo, los derrames biliosos, la incontinencia urinaria y otras perturbaciones de la vida vegetativa; y los días en que, por un caso fortuito cualquiera, el mal cobraba

nuevo auge, los movimientos respiratorios se dificultaban, precipitándose o retardándose según el incongruente dinamismo de los nervios, y el enfermo padecía ataques de estenocardia que motivaban síncopes y delirios momentáneos.

José Antonio Venegas ya no salía de su despacho. Las horas matutinas eran las mejores para él y las divertía en recordar, a través de los periódicos, los ecos de aquel mundo que le rodeó durante tantos años. Tik-Nay comía solo, mascujando con dificultad suma y bebiendo el vino a pequeños sorbos; a Elena Santa-Cruz y a la sirvienta las oía charlar en el comedor, y el murmullo de sus risas sofocadas llegaba a sus oídos como un rumor ofensivo de indiferencia. Terminado el almuerzo, encendía un cigarro habano y acercaba la frente a los cristales de la ventana.

El patio le brindaba puntos de vista interesantes.

La casa fronteriza era de las de corredor: en cada piso había un colgadizo largo, no muy ancho ni muy limpio, sostenido por grandes horcones pintados de amarillo: aquellos carrejos eran a modo de calles a las cuales tenían derecho todos los inquilinos, y adonde salían a gozar del aire y la luz que faltaban en sus zaquizamís. El viejo Tik-Nay les observaba curiosamente: aquello era un trozo de mundo, visto por dentro.

Durante los días húmedos del invierno, aquellos corredores estaban casi desiertos; pero las mañanas en que el sol echaba hasta aquellas

lobregueces su sonda luminosa, el caserón despertaba jocundo de su frío letargo: las puertas se abrían y las colgaderas extendidas de un extremo a otro del patio, se cubrían de ropa: calzoncillos, burdas camisas de mujer, delantales... todo ello machucado y lavado de prisa, impregnado de ese color amarillento de las telas que se secan en la sombra. Los corredores se poblaban de mujeres: las más jóvenes repasaban lo roto, otras acomodaban a sus hijos en el suelo, sujetándoles entre sus rodillas para limpiarles la roña de la cabeza y del cuello con un paño mojado.

En un ángulo del patio estaba la fuente que surtía de agua a los vecinos: a modo de manzana de discordia o de caja de Pandora, aquella fuente era causa de cuantas rencillas turbaban el buen concierto del vecindario.

Nunca faltaba alguna inquilina que volcase un cubo de agua sucia en el sumidero, o algún rapaz que bebiese aplicando los labios al grifón. Entonces comenzaba el zafarrancho: la dueña del cántaro o la madre del chico defendían a gritos su derecho, los brazos en jarras, el busto echado hacia atrás, en actitud batalladora; otras mujeres las respondían con igual denuedo y empuje, y pronto el incidente daba pie para que todas se insultasen sacando a relucir sus peores secretillos.

Por la considerable altitud de su atisbadero Venegas no podía ver a las protagonistas de la trifulca, pero oía sus gritos que ascendían amenazadores desde las profundidades del patio, y

notaba la sugestión de aquel griterío sobre la concurrencia: en todas las vecinas se advertía un desasosiego agresivo, una necesidad de reñir, de expansionarse gritando también, con esa acometividad irreflexiva que dirige a las multitudes sublevadas.

De pronto, una frase cualquiera, una simple interjección, lanzaba la chispa que hacía explotar el polvorín, y todas las mujeres se lanzaban a la refriega formando dos bandos capitaneados por las iniciadoras de la pelamesa: de las bocas manaban las palabrotas más soeces, y la chiquillería lloraba aferrándose a las enaguas de sus madres, mientras éstas gritaban como arpías, los brazos en alto, los puños crispados, las voces enronquecidas por el coraje.

El anciano payaso, olvidando sus cavilaciones, sonreía, distraído por el terremoto del patio.

Más tarde, imponiéndose al griterío femenino, solía resonar una voz varonil que ordenaba, en términos groseros, la suspensión de hostilidades, y era como el gruñido de un mastín en un concierto de gozquecillos ladradores.

Ellas, sobrecogidas momentáneamente, pronto reanudaban la batahola, y entonces aparecía un hombre que convertía el corredor en púlpito para insultar al vecindario, diciendo que aquella casa era un asilo de tías y de lechones sin migaja de vergüenza... La ingerencia del elemento masculino daba al cuadro un gran relieve: era la nota trágica...; porque aquel hombre necesitaba un contrincante que no tardaba en salir al pa-

lenque, poniéndose la chaqueta o ajustándose el ceñidor.

—¡Oiga usted, charrán: eso va usted a repetirlo ahí abajo!...

—¡Siempre que usted quiera!

Y entonces aparecían otros hombres que hasta allí estuvieron escondidos prudentemente en sus habitaciones, y que acudían a meter paz. Esto daba proporciones folletinescas al escándalo; a los gritos de desafío se añadían otros de miedo: las mujeres, promotoras del escándalo, se convertían en eficaces pacificadoras del proceloso cotarro: arremetían a los hombres y a puñados les volvían a sus cuartos; tras ellos iban los chiquillos, impulsados por elocuentes pescozones y puntapiés, y se oían los últimos apóstrofes de ellas y el estrépito de puertas cerradas violentamente. El vocerío se apaciguaba, en el interior de las habitaciones resonaban disputas parciales, que concluían bien pronto, y al fin el patio quedaba silencioso, alegre, lleno de sol; las ropas se mecían en las colgaderas, abajo resonaba el tenue gotear de la fuente mal cerrada y el cuchicheo de dos vecinas sesudas que comentaban en voz baja lo ocurrido.

Venegas llegó a encariñarse con aquel mundo pobre y obscuro, agradeciéndole los divertimientos que le proporcionaba, y a cada una de aquellas mujeres matasietes y de aquellos arrapiezos llorones les profesaba un afecto particular, semejante al que Silvio Pellico sentía por las arañas de su prisión.

Pero los vecinos que más hechizaban la aten-

ción de José Antonio eran unos mendigos ciegos que vivían amancebados. A él le llamaban Luciano: era un mocetón de hombros bien cumplidos y facciones correctas; usaba el traje pintoresco de los aragoneses: chaqueta y calzones cortos de pana, medias azules y alpargatas: un pañuelo rojo ceñía su cabeza; su voz, fuerte y simpática, tenía el acento franco de los campesinos. Ella era aragonesa también, casi una niña, y su voz aguda formaba con la de su amante un dúo perfecto.

A la calle se iban desde muy temprano: ella, con su bandurria; él, la guitarra terciada a la espalda, seguía a la joven, a quien siempre llevaba cogida por el cuello con aire de cariñosa y despótica soberanía. Todas las tardes regresaban entre siete y ocho: el rasgueo de la guitarra y los bullidores repiqueteos de la bandurria, anunciaban su llegada.

Al atravesar el patio deteníanse para cantar una copla, la última... Luciano echaba al aire su voz sanota y bien templada, a la cual en seguida uníase la de ella, que atacando resueltamente las notas agudas cooperaba admirablemente al encanto musical; y mientras modulaban el dúo según las inflexiones obligadas de la tonadilla, la guitarra marcaba el compás, mientras la bandurria desgranaba un diluvio de notas vibrantes.

José Antonio escuchaba emocionado aquella música popular, tan genuinamente española, que ascendía retozona desde las húmedas lobregueces del patio y con su alegría parecía escarabajear en sus piernas inútiles de tullido.

Luego todo quedaba tranquilo, el silencio y la obscuridad envolvían la casa, apagábanse las luces y a las diez de la noche sólo resonaba el tenue latir de la fuente, que goteaba allá abajo...

Las veladas del anciano no ofrecían atractivos.

Durante una hora o poco más Elena Santa-Cruz le acompañaba, con el semblante aburrido de quien acude a cumplir un deber, y Tik-Nay, mudo también, permanecía cabizbajo, recatado en la sombría hopalanda de su ensimismamiento, mientras su vigorosa cabeza recortaba un perfil gigantesco sobre la pared opuesta del patio. Elena Santa-Cruz le espiaba de reojo, pensando en Juanito.

La joven cruzaba esa edad feliz en que todavía la idea del deber no tiene fuerza para ahelear el contento, y su espíritu corría tras la novedad, como si en la variación radicase el supremo bien. Por José Antonio no experimentaba amor, pues que la senil debilidad del payaso había roto entre ambos todo comercio carnal; pero sí sentía agradecimiento a los favores recibidos, respeto a su ancianidad caballeresca y venerable, y una conmiseración romántica hacia todo aquel ostentoso poderío en ruinas.

A Juanito Romero tampoco le quería: ya porque su carácter movedizo no fuese accesible a ninguna verdadera pasión, o porque el estudiante no supiera inspirársela, ello fué que Elena sólo sintió por él un cariño pintoresco y a flor de piel. Juanito simbolizaba para ella el misterio, lo peligroso, lo ilegal, lo que no puede obtenerse a todas horas... Y por eso le buscaba, por-

que el verdugo mejor de lo legal es el encanto de lo prohibido. Ella había querido vivir con Juanito la misma novela que años atrás imaginó componer con Venegas; pero, a su juicio, ahora, como entonces, el interés de la narración decrecía, los últimos capítulos no correspondían a los primeros, y así siempre la faltó un poquito para ser dichosa. Ni José Antonio ni Juanito la satisfacían: aquél, porque tenía viejo el cuerpo; el segundo, porque tenía viejo y cansado prematuramente el corazón; la juventud del uno se parecía a la ancianidad del otro; eran dos fases de la misma existencia y se remedaban como los crepúsculos matutino y vespertino de un mismo día.

Egoísta y ecuánime, Juanito Romero, aun gustando mucho del amor de Elena, procuraba no reñir abiertamente con Elisa Conde, pues temía que ésta, en un rapto de locura celosa, les vendiese a Tik Nay.

Elisa había devorado su humillación hasta allí, creyendo que las relaciones de Romero con Elena Santa-Cruz durarían poco; pero los meses pasaban y el hijo pródigo no volvía. Entretanto, sus amigos hablaban de Romero con interés malicioso, y Paco Cárdenas extremaba sus asiduidades estimando que la ausencia del amante preferido favorecía sus esperanzas.

Llegó por fin el día en que la enamorada mujer no pudo resistir más y decidió buscar al estudiante, prefiriendo a la duda el rompimiento.

Salió a la calle muy temprano: iba vestida sencillamente, de negro, y descubierto el magnífico

casco ondulante de sus cabellos rubios, salpicados de hilitos plateados; pero siempre, a pesar de su indumentaria negligente y del cansancio con que los celos y el insomnio maltrataron su rostro, era la seductora Venus Loca de antaño: alta, gruesa, arrogante, nalgueando al caminar con una majestad victoriosa.

Bajó la calle del Prado, y por la de San Agustín y otras retorcidas callejas de aquella barriada, llegó pronto a la plaza de Antón Martín.

Al entrar en la calle de Santa Isabel sintió crecer su emoción: la mañana era legítima de febrero, húmeda y fría, y del cielo gris empezaban a caer algunas gotas, cual guerrillas delatoras de un chaparrón cercano. Elisa Conde se paró frente a la casa de Juanito: temía una derrota, un fracaso inapelable; de pronto, resuelta a todo, atravesó el portal y comenzó a subir la escalera. Nada había cambiado: las mismas paredes polvorientas, pintarrajeadas y afeadas por dibujos obscenos; los mismos escalones desiguales y salpicados de manchas obscuras; todo descuidado, viejo y mal barrido, trascendiendo a casa de vecindad. Al ver a doña Concha, Elisa dominó la inquietud que la sofocaba.

—¿El señor Romero?...

La vieja patrona la miró de hito en hito, sin reconocerla.

—Sí, señora; aquí es... pero está dormido.

—No importa; condúzcame a su habitación; tengo bastante confianza con él para despertarle.

Doña Concha la miraba sorprendida de que

hubiese subido hasta allí quien, por su porte y lenguaje, trascendía a gran señora. La Venus Loca también escudriñaba el cuarto, recordándolo: el carrejo largo y estrecho, las puertas cubiertas con pobrísimas cortinas de percal, y, al fondo, la cocina, con sus vasares vacíos...

—Como usted guste—repuso la patrona—; pero, ya digo: está durmiendo.

Caminó lentamente, arrastrando sus zapatos en chanclas; la Venus Loca la seguía, tan de cerca y con tal impaciencia, que casi la empujaba. Doña Concha levantó la cortinilla que disimulaba el hueco de una puerta.

—¡Don Juan!—murmuró alargando la cabeza.

Elisa Conde procuró inútilmente ver el interior de aquella habitación anegada en tinieblas. Como Romero no respondiese, la patrona insistió:

—¡Don Juan... don Juan... aquí le buscan!

Resonó la voz de Juanito, que barbotaba confusamente:

—¿Qué quieren? ¿Quién es?

—¡Soy yo!—exclamó Elisa adelantándose.

El eco de aquella voz tan conocida despertó completamente al estudiante, que se incorporó en el lecho: aquel era el encuentro temido, el Destino que aparecía de súbito, acoquinándole en la ratonera de una alcoba sin salida.

—Mujer, ¿eres tú?... ¿Es posible?...

—Sí; como no ibas a verme, he venido yo...

Doña Concha, a quien la curiosidad retuvo un instante delante de la puerta, dejó caer la cortina y se retiró sin despedirse, discretamente.

—Y ¿qué me quieres?—inquirió Romero—. Supongo que no me habrás despertado para una tontería.

La examinaba agresivo, queriendo conocer sus intenciones por su actitud.

Elisa se había sentado al borde del lecho, sin saber qué decir: cuando entró llevaba preparadas muchas frases de reproche; pero el tonillo displicente del estudiante la desconcertó. Mientras, sus ojos iban acostumbrándose a la obscuridad y distinguiendo los objetos: el cuarto era pequeño y sin luz; el techo, abuhardillado; a los pies de la cama, que era de las de tijera, había un baúl, y sobre él, y pendiente de la pared, una percha con ropas de Juan; a la cabecera del catre estaba una silla, que oficiaba de mesa de noche, y en ella un trozo de vela y una cajetilla de cigarros. Todo lo observó Elisa Conde sin poder imponerse a la fuerte emoción que la dominaba: después se tapó las narices con su pañuelo perfumado, mortificada por ese olor acre que tiene por las mañanas el dormitorio del hombre que se acostó borracho.

Juanito la examinaba también: tenía los brazos cruzados detrás de la cabeza y medio busto fuera de las sábanas; en la penumbra del dormitorio se bocetaban su semblante enflaquecido y pálido, su nariz aguileña y la brillante mirada de sus enérgicos ojos azules.

—¿No tienes nada más que decirme?—preguntó.

—Mal me recibes, Juanito—repuso Elisa esforzándose en parecer tranquila—; y eres injusto

tratándome así, pues ya sabes que las buenas palabras untan y las malas punzan, y las tuyas me punzan y maltratan sin razón.

Romero cogió un cigarrillo de encima de la silla, lo encendió y volvió a acostarse, sin responder.

—Hace más de ocho días que no recibo noticias tuyas—continuó ella—; ¿qué ocupaciones te roban el gusto o el tiempo de ir a verme?

—Tengo mucho, muchísimo, que estudiar; necesito aprobar tres asignaturas en la convocatoria de junio...

—¡Tú!... ¡Pero si de todo te ocupas menos de los libros!...

Hablaban en voz queda, para no despertar a los huéspedes de las habitaciones inmediatas; la cortina, extendida ante el vano de la puerta, recortaba sobre la claridad del pasillo un rectángulo rojizo: a lo lejos resonaban las chanclas de doña Concha, que barría la cocina.

—Nuestra separación obra tuya es—añadió la Venus Loca tras un corto silencio—; tú ya no me quieres, estás harto de mí, necesitas otras mujeres a quienes decir lo que tantas veces me repetiste. ¡Y aun te sorprende mi visita!... Pues vengo a eso, a pedirte cuentas de ese corazón ingrato que me huye, que me quitan, robándome con él lo único bueno que poseo. ¿Crees que dejaré pasar, sin vengarme, torres y montones?... Te engañas: tú eres mío, me costó mucho trabajo conquistarte, fuí muy feliz en tus brazos, he soñado mucho contigo, Juanín, y la que me dispute tu amor no lo conseguirá sin combate.

Romero, que conocía cuán grande ascendiente ejercía sobre su querida, tenía la costumbre de irritarse en seguida, o, al menos, de aparentarlo, para concluir pronto la escena; pero en aquel momento la figura de Elisa le interesaba, y la escuchó paciente, encontrándola seductora con su belleza de diosa griega y sus celos de mujer cristiana.

Ella continuó:

—¡Callas!... ¿Tan poco te interesa mi dolor que ni siquiera procuras consolarlo?

—No es eso, Elisa: callo... porque no me creo capaz de tranquilizarte.

—¡Ah!... pudiste, ingrato, persuadirme de que me amabas; y ahora no puedes convencerme de que me sigues amando...

Y añadió, levantando la voz:

—¡Sí, me consta; Elena es querida tuya!

—Mientes...

—Ni miento ni me engaño... ¡Es tu querida!... Lo sé, lo sé; lo he leído en tus ojos, en los de ella...

El replicó incierto:

—¡No seas necia; no digas locuras; no calumnies!...

Conforme Juanito Romero se batía en retirada, ella se crecía ensoberbecida:

—Y te advierto que, siguiendo ese camino, corres a tu desgracia y acarreas la de todos. Por ella no lo siento, pero lo siento por ti, por el pobre José Antonio, por mí, también, que te pierdo... ¡Sí!—añadió con expresión desesperada—; yo, yo soy la única autora de este enredo. Yo fuí

quien llevó a Venegas a las reuniones de mi casa; yo tuve el capricho de presentarte a él y de hablarle de ti en términos encomiásticos; yo quise que José Antonio me presentase a su mujer, porque creí que esto contribuiría a reforzar nuestra amistad. ¡Yo, yo misma me he cortado el cuello!...

Rompió a llorar, y su corazón, insensible hasta entonces, vertía en aquellas lágrimas, juntamente con las heces dolorosas del primer cariño, las desilusiones acerbas del último amor. Juanito la escuchaba conmovido: había un desmayo enorme, un calvario trágico de melancolía y desesperanza en el ocaso de aquella espléndida mujer que, después de gozar una juventud fastuosa y triunfal, se rebajaba a subir, en las postrimerías de su vida, a una buhardilla, pronta a darse sobre aquel miserable catre de tijera y en el fondo de aquella alcobita obscura y mal oliente; ella, tirana desdeñosa de tantos adoradores que la acariciaron en camarines tapizados de seda y sobre tálamos de caoba...

—¡Yo soy la autora de todo!—repetía Elisa llorando—; y el daño que mi imprevisión inició entonces, lo refuerzas tú, asestando golpe tras golpe sobre el honor de ese pobre viejo.

Hablaba atropelladamente, aligerando su pecho de aquella pena sofocadora.

—¡Quiero que dejes a Elena, Juan, quiero que la dejes!—sollozaba.

Calló sofocada por aquellos suspirones largos, anhelantes, de persona que se ahoga. Juanito Romero encendió otro cigarrillo y esperó,

un poco aburrido de que semejante escena se prolongase tanto.

—No permito que esto continúe así: necesito que renuncies a esa mujer—insistió Elisa.

—Pero, aun admitiendo como ciertas esas relaciones que supones entre Elena y yo...

—No niegues lo evidente—interrumpió ella enfurecida—; Elena es querida tuya; tienes la desfachatez de acompañarla por las calles; me lo han dicho muchas veces; y, aunque el testimonio ajeno no sirviese de nada, te he visto yo... y basta.

—Esos molinos de viento te los han metido en la cabeza los idiotas que frecuentan tu casa: Vergara, Cárdenas y compañía...

—¡Esos y otros!

El estudiante se impacientaba.

—Pero, ¿quién eres tú para exigirme fidelidad?—exclamó—. ¿No fuiste querida de José Antonio? ¿No te has reconciliado con él?

—¡Mentira!... Y, sobre todo, ahora no se trata de mí, sino de ti; de esa mujer... ¿Es cierto que la quieres?...

—¡Sí, acabemos!... ¡La quiero!...

—¡Oh!... ¿Lo ves, lo ves?

Juanito Romero gritó irritado:

—Ea, se acabó la discusión; es cierto, ¿y qué?... Si viniste a buscar camorra conmigo, yo, cortés, te ahorro la mitad del trabajo: hemos concluído.

Ella le miraba, con ojos de loca.

—¿Qué dices... hablas en serio?

—Es evidente. ¿Crees que no he reparado en los que te cortejan?... Pues, nada hay perdido: tú

sigues con quien te pete, yo me quedo con Elena... y aquí acabaron nuestros amores.

—Todo eso que dices—gritó Elisa Conde exasperada — es una miserable invención; tú no tienes celos de mí; mentira, mentira vil... el hombre celoso no huye, se venga. Ten el valor de decir que te aburro, pero no alegues pretextos que escuden tu ingratitud. Habla, di pronto a quién prefieres... ¿Te quedas con ella, te quedas conmigo?...

—Me quedo con ella.

—¡Es posible!... Juanito... ¿Es posible?... ¿No comprendes que me matas?...

Hubo un largo silencio. En el resto de la casa no se percibía ruido alguno: era indudable que doña Concha había aplazado sus faenas matinales para escuchar los lances de aquel drama íntimo. Sobre el techo abuhardillado del dormitorio porraceaba la lluvia, con eco monótono. En aquellos breves instantes de recogimiento, la Venus Loca comprendió todo el inmenso dolor de su derrota, y su acometividad se deshizo en femenil dulzura.

—¡Qué cruel eres, Juan, qué daño infinito me causas!... Tú eres hombre y joven, y puedes esperar mucho de la vida; pero, recapacita en la ruina irreparable de mi abandono; no me sacrifiques así, tan sin consejo, a una mujer que probablemente no te quiere. Soy vieja, ya. ¿Quién tendrá piedad de mi aislamiento, a quién enamorará el frío de mis canas, a qué ilusión nueva encomendaré el calor de mis últimos días?... ¡Me desprecias, Juan... me desprecias!... ¡Oh, es-

toy viéndolo y no puedo creerlo!... Pues bien, me someto a todo: sigue con Elena, si tal es tu gusto, pero dime que esa mujer es un capricho tuyo, que soy yo quien ocupa tu corazón, la compañera inolvidable, la favorita...

Suspiraba de dolor, vencida, rota, la gentil cabeza apoyada en el pecho del estudiante. Después habló mucho, mucho... volteando obstinadamente alrededor de la misma idea. Pero su humillación era tardía; el carácter irascible de Romero había reaccionado y aquellas lamentaciones le exasperaban en vez de calmarle.

—Ni tú debes degradarte— dijo — ni yo puedo consentirlo: preferible es que nos separemos con dignidad, sin insultos ni recriminaciones de mal gusto.

Transida de dolor, ella le besaba las manos, sollozando.

—No, jamás... separarme de ti es matarme; ¡di que me quieres, dilo... que yo lo oiga!...

Juanito Romero experimentó una basca rabiosa, brutal, de despecho.

—No—gritó—no; tus ruegos te denigran, te envilecen; ¡no quiero saber más de ti!... Cuando me voy con otra mujer, será que tiene algo que no tienes tú...

La despreciada se puso en pie, temblando, lívida.

—Y te aconsejo—añadió Juanito sosteniendo la mirada fulgurante de su querida — que depongas tu actitud batalladora: no hay nada tan ridículo, tan inoportuno, como los celos de una mujer desdeñada.

Tanta crueldad despertó el espíritu altanero de la Venus Loca.

—¿Desprecias la paz que te propongo—dijo—y quieres guerra?... ¿Quieres guerra?

—Quiero que concluyamos.

—Pues, tendrás guerra; guerra sin cuartel... ¡Lo juro, por la memoria de mi madre!

Juanito se encogió de hombros.

—Pues empieza, que es tarde.

—La tendrás, te lo juro. Tú no serás mío, pero tampoco serás de ella... Adiós. Por vengarme soy capaz de perder a todos, a todos...

—¿A mí también?

—A ti... ¡te deseo la muerte!

—¿Cuando? ¿Pronto?...

Ella no contestó y salió del dormitorio llorando, acosada por la risa irónica de Juanito, que, en realidad, ya estaba tranquilo y hasta pesaroso de haberse mostrado tan cruel.

Elisa corría, corría sin tino, espoleada por un anhelo de venganza: la señora de mundo, la amante ecuánime habían desaparecido en ella y sólo quedaba la mujer celosa, movida por los criminales impulsos de la hembra. En la plaza de Antón Martín las fuerzas la abandonaron y no pudo seguir andando. Eran las dos de la tarde; aquel lance horroroso había durado cerca de tres horas; estaba jadeante, y su turbación era tal que no acertaba a servirse de su paraguas para defenderse de la lluvia; entonces subió a un coche, después de indicarle al cochero el domicilio de José Antonio, y se acurrucó en un rincón del vehículo, los ojos desmesurada-

mente abiertos y fijos, y el rostro cubierto por la palidez terrosa, y como traslúcida, que dió Pradilla al semblante de Juana la Loca. Cuando la antigua modelo llegó a casa de Venegas, sólo tenía el temor de encontrar a Elena Santa-Cruz.

—¿Está la señora?—preguntó ansiosamente.

Manuela la contempló embobada, hallándola demasiado ojerosa y dolorida.

—No, señora—repuso—; doña Elena salió hace un momento.

Elisa halló a Venegas sentado cabe la ventana, leyendo; por los cristales desnudos caía una luz agria que nimbaba de blanco la cabeza apostólica del payaso. La Venus Loca apenas se acordó de saludarle.

—¡Pepe!...

Se retorcía las manos rabiosamente, dudando aún; el anciano, atónito, habia cerrado el libro y esperaba. Ella cayó de rodillas, sollozando, sin poder hablar; incorporóse luego y enlazó sus brazos al cuello de Venegas, mientras mojaba con lágrimas y besos el rostro de Tik-Nay.

—¡Pepe, Pepe de mi alma! — repetía—; perdóname el mal que voy a causarte, pero necesito que lo sepas todo, todo... ¡No consiento que se burlen de ti!...

En aquel instante supremo, el temor de comprometer a Juanito represaba aún, con tesón inquebrantable, su anhelo vengativo; no obstante, tras algunos segundos de duda, los rencores de la mujer humillada triunfaron.

José Antonio Venegas la miraba con sus grandes ojos dilatados por el abuso de la belladona;

no se atrevía a responder, ni a excitar a Elisa Conde para que hablase, y callaba presintiendo descubrir algo horrible. La solución de aquel enigma bochornoso le horripilaba y atraía simultáneamente con el imán de los abismos: hubiera querido ignorarlo... y saberlo... y olvidarlo después.

La Venus Loca parecía tranquila, y únicamente en sus pupilas ardía algo duro y cortante; luego añadió, acariciando una mano de Venegas y bajando la voz:

—Quiero que lo sepas todo, todo...

El la escuchaba sin mirarla, los ojos fijos en la pared.

—Todo, sí — agregó Elisa con crueldad—; lo acabo de saber, y no permito que se mofen de ti. ¿Recuerdas lo que días pasados te dije de Elena?... Pues acerté. Te engaña... te engaña con ése.,. con ése, de quien tú sospechas...

Calló y lanzó un suspiro largo, fuerte; el orgulloso suspiro del artillero que ha dado en el blanco. Algo incomunicable y siniestro quedó flotando en el aire de la habitación silenciosa.

Venegas no se movió, y Elisa Conde, aterrada de tanta impasibilidad, esperó una reacción terrible. El rostro del anciano iba ofreciendo una serie de expresiones, casi imperceptibles; se descomponía: palideció tanto como si en su cuerpo no hubiese quedado gota de sangre; luego, aquella palidez traslúcida tornóse opaca, terrosa; sus labios blancos se agitaron con un fugitivo temblor; un velo amarillo cubrió sus ojos; y pareció que se acentuaba el pliegue vertical

de su entrecejo, que sus mejillas se hundían, que el cuerpo, falto de fuerzas, se apoltronaba en el sillón, y que la frente era más grande, y el blanco de los cabellos más puro, cual si la violencia del dolor los hubiese encanecido repentinamente. Elisa, asustada de su obra, le miraba, creyendo asistir a las primeras metamorfosis de un cadáver.

—¡José Antonio!—gritó—; ¿qué tienes?...

Y le pasaba las manos por el rostro, como para quitarle de los ojos alguna espantosa visión. Entonces Venegas pareció despertar de su sueño y murmuró:

—Y ¿con quién?...

Su pregunta parecía la conclusión de un largo soliloquio.

—¿Con quién?...—repitió ella.

—Sí... ¿Con quién... me... engaña... Elena?

Lo dijo haciendo un esfuerzo sobrehumano, como si su vergüenza y su dolor aumentaran su afasia. La Venus Loca, arrepentida de haberse vengado a costa de tanto sufrimiento, empezaba a flaquear y su cariño a Juanito Romero reaccionó.

—¿Con quién?... habla—insistió Tik-Nay.

—¿Con quién? No sé... A él no le conozco.

Procuraba que la expresión atónita del rostro corroborase sus palabras. La reacción llegaba en José Antonio:

—¿No me engañarás también tú?...

—No; te juro que a él no le conozco.

—El... él... él...—repitió como un eco.

Sus facciones se emborronaban bajo una más-

cara de locura; su frente resplandecía, sus ojos divagaron, y en aquel momento Tik-Nay pareció como Coleridge moribundo, un viejo somnámbulo sublime.

—Ella me engaña... y todos los que lo sabían se burlan de mí. ¿Por qué? ¿Pude impedirlo?

Engallóse en su sillón y alargó el cuello y ladeó la cabeza, como esforzándose en distinguir un ruido lejano. Elisa le tenia sujeto por los hombros, temerosa de que hubiera perdido la razón.

—¿Oyes?—agregó Venegas—; ¿oyes esa carcajada?... Es la de Leandro, que se burla también. ¡Viejo maldito!... ¡Oh, qué horrible pesadilla!... Dentro de mi cabeza repercuten las carcajadas de cuantos públicos han reído conmigo. ¿No oyes?... Todos saben mi desgracia, todos... y todos ríen...

Probó a levantarse y cayó hacia atrás, prorrumpiendo en una carcajada corta; luego quedóse inmóvil, los ojos clavados en el techo, pero sin perder el conocimiento. Elisa le restituyó a una actitud más cómoda. Venegas, con las piernas bajo su manta de viaje, los brazos apoyados en los del sillón y la barba sobre el pecho, repetía entre dientes:

—¡Me engaña y todos lo saben... y todos se ríen de mí!

Esta situación duró mucho: José Antonio no salía de su estado; Elisa no acertaba a distraerle y ambos permanecían silenciosos y abatidos, como rezando ante las ruinas irremediables de todo lo que amaron. Había una pesadumbre in-

finita en el dolor de aquellos dos ancianos, a quienes las piruetas de la vida arrojaron sobre la misma playa, después de forzarles a correr tras de alegrías semejantes. Elena y Juanito simbolizaban para ellos la suprema ilusión, el más pomposo cogollo de su vejez, la única mujer casta, el último hombre apasionado y fiel. Ahora reconocían la mentira de su felicidad, porque ellos eran viejos y Romero y Elena Santa-Cruz se iban, por imperativos del tiempo, con la juventud. Y entonces, al medir su abandono y el regocijo que su derrota causaba a los demás, Elisa Conde, la predilecta de tantos amantes opulentos, y Tik-Nay, el payaso favorito de tantos públicos; la que tanto deleite repartió y el que tanto hizo reir, experimentaron de nuevo la necesidad de abrazarse para llorar juntos: abrazo casto, lágrimas ardientes y de las más amargas que exprime de los ojos la vejez. Elisa se arrodilló delante del clown.

—Llora—dijo abrazándole—; llora, llora mucho...

El no respondió ni hizo ningún esfuerzo para moverse de aquel sillón donde parecía empotrado; y así, reclinado el uno en el otro, formando un grupo simbólico admirable de la ancianidad dolorida, lloraron vehementes la inagotable desventura de no ser jóvenes.

Pasaron las horas; los muebles del despacho iban esfumándose en las penumbras crepusculares y la lamparilla que chisporroteaba delante del altarito cobraba nuevo vigor.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?—inquirió Elisa.

José Antonio Venegas parecía vencido.

—¿Qué determinación puede tomar — exclamó—un viejo baldado?... Ni siquiera me resta el consuelo cobarde de huir...

—Pues... llévatela a cualquier parte. Créeme; los viajes enmiendan muchos errores.

—No se trata de huir un peligro, sino de perdonar una afrenta, y mi corazón rechaza tamaña generosidad. ¡Ah, yo me vengaría! Pero, como no puedo, odio, odio... el odio es dulce a los impotentes.

—Encastillándote en esa idea—repuso Elisa—consumas un suicidio lento: el hombre que, en tus circunstancias y con dinero, no sabe adónde ir, me parece un sobre con sello de franqueo y sin dirección. Fíate de mis consejos; viaja...

Cuando Elisa Conde salió del despacho, llevaba la certidumbre de que, en el breve transcurso de aquella tarde, Tik-Nay, el payaso inimitable, había envejecido.

Abandonado a sí mismo y sin un cariño leal a que asirse en aquel desastre definitivo, José Antonio Venegas declinaba rápidamente hacia su fin. Las cábalas que su pobre cerebro compuso y deshizo en aquellas horas de soledad, fueron innumerables: a veces su viejo y compasivo corazón imaginaba pretextos que disculpaban la liviandad de Elena; otras, su altivez maldecía de su afrenta y de la enfermedad que le condenaba a la inacción. Aunque encerrado en su cuarto, todo giraba en torno suyo como si fuese un sol, y Elena, Juanito Romero, César, Renata Blaner, Elisa y cuantos frecuentaban la tertulia de la Ve-

nus Loca, iban a verle asiduamente. Estas visitas, lejos de distraer al anciano, aumentaban su tristeza; una tristeza que era más bochorno que melancolía. La presencia de Elena Santa-Cruz, especialmente, constituía para él un martirio; se reconocía inútil y ridículo, y experimentaba en su presencia un empacho semejante al que padecen las mujeres el día de tornabodas ante sus amigas. Por las noches, Venegas, contra su costumbre, se resistía a que Elena le desnudase.

—Déjame—decía—, puedo valerme yo solo; todo se reduce a que tarde algo más...

Y si ella no cedía y continuaba ayudándole hasta dejarle ensabanado, luego él, haciendo un movimiento cualquiera, procuraba esquivar el beso de despedida. Ella le miraba indiferente, con un vago deseo de que todo aquello acabase pronto. Elisa Conde iba a visitarle por las tardes, y cuando tenía sospechas de no ver a Elena. José Antonio la recibía siempre con alegría: ella era su único consuelo, la única persona que no le traicionaba: los demás visitantes le desesperaban.

Paco Cárdenas, atraído por el cariño de Elisa, también iba a verle con bastante asiduidad; Vergara estuvo una vez y Juanito Romero y Mariano Cortés fueron muchas, a última hora de la tarde, después que Elisa se había marchado; un día les acompañó Sánchez Garfín y las burletas del viejo músico aumentaron el mal humor de Venegas: parecíale que aquel solterón impenitente, parapetado en el fortín de su libertad, se burlaba de los cándidos que rindieron su cuello

al dogal suicida del matrimonio. El anciano hablaba poco, lo indispensable para que su silencio no pareciese descortesía, y mientras los contertulios charlaban alegres José Antonio les miraba, buscando en ellos algún indicio que le guiase en sus sospechas.

—¿Cuál será?—pensaba.

¿Sería Paco Vergara, Cárdenas, Cortés?... Pero no; esto era absurdo, puesto que Elisa no conocía al amante de Elena Santa-Cruz. Mecido por estas cavilaciones, reparó en Juanito. ¿Sería...? Recordó el afecto que el estudiante le demostrara desde sus primeras entrevistas, su pendencia con Pérez Esteban por defender a Elena, sus atenciones, sus visitas... Muchas tardes José Antonio le miraba de hito en hito, con ese ensañamiento con que apuntan los buenos tiradores; sí, aquél era el hombre odiado; no era posible dudar. Su cuerpo delgado y nervioso, sus ojos audaces y persuasivos de aventurero, su boca burlona de hombre acostumbrado a mentir... Pero no, Juanito Romero no podía ser; al amante de Elena, Elisa no le conocía... Y Tik-Nay daba por falso el caramillo de sus invenciones y volvía a buscar por otro lado la solución del enigma cruel.

La figura del anciano paralítico era tan notable, había tanta majestad en su continente y tanto dolor en su mirar, que todos sus amigos lamentaban la ruina de aquel titán caído que asistía a los funerales de su gloria, de su vida y de su amor. ¡Pobre Tik-Nay!... En secreto Venegas se revolvía furioso contra aquel sentimiento ge-

neral de conmiseración, contra aquel "¡vae victis!" humillante. ¿A qué obedecía tanta ternura? ¿Es que todos conocían la vil mansedumbre con que soportaba su afrenta? Y acosado por estas dudas se retraía en sí mismo, temiendo tanto la piedad de los misericordiosos como la befa de los malos. La revelación de Elisa Conde agotó sus últimas energías físicas: su debilidad intelectual era tan grande que estaba murmurando inconscientemente, durante el transcurso del día, las primeras palabras que hubiese oído por la mañana; y en tanto sus labios realizaban este ejercicio mecánico, aquella carcajada homótona, voz de un remordimiento, repercutía débilmente en sus oídos a modo de tocata luctuosa que hubiese compuesto para su entierro, a semejanza de aquella marcha fúnebre maestra que para el suyo escribió Mozart. Sólo le quedaba su voluntad, su albedrío prepotente que, rechazado de todas partes por la enfermedad invasora, se refugiaba en el cerebro, y día por día vigorizaba la expresión de aquella cabeza venerable que parecía vivir una existencia misteriosa sobre el cuello de su levita abrochada; con sus cabellos canos, su ancha frente, sus ojos inmóviles, su nariz aguileña, sus mejillas acuchilladas por la risa y el tiempo, su rostro enjuto cortado por un bigote blanco. Y siempre así, inmóvil y callado, los brazos sobre los del sillón y el mirar ausente, como un loco entretenido en contar las pulsaciones de un reloj.

Entretanto José Antonio meditaba una venganza terrible, de paralítico...

Aquella velada huía como tantas otras. Sentada a la mesa, Elena Santa-Cruz leía un periódico: la luz verde del quinqué intensificaba la palidez de su rostro y la profundidad de sus ojeras. Venegas la observaba con ojos sañudos, y ella debía de sentir el magnetismo de su mirada, porque no se atrevía a levantar la cabeza. El semblante del payaso tenía una expresión siniestra: parecía más largo, más seco, sus arrugas eran más profundas, su nariz más corva y los ojos irradiaban fulgores extraños, cual si tuviese dentro del cráneo una luz encendida.

En el silencio de la noche resonaron las diez campanadas de un reloj, y luego el tic-tac acompasado del segundero, empujador impasible de las horas. Los esposos callaban: ella, abstraída en su lectura; él, abismado en sus pensamientos. Dentro del dormitorio, la luz amarillenta del altarito chisporroteaba. Transcurrió un largo silencio. Elena levantó la cabeza.

—¡Qué tarde es! — exclamó—; ¿quieres acostarte?

—No—repuso Venegas secamente.

Ella volvió a su lectura, pensando en que nada perdería si aquel viejo atrabiliario se muriese. Allá dentro repercutía el infatigable latir del reloj. De pronto el anciano experimentó un calofrío, cual si hubiese tocado el reóforo de una máquina eléctrica: acababa de percibir el levísimo quejido de una puerta al abrirse, y luego, tras unos momentos de absoluto silencio, el roce cauteloso de unos pasos, que se alejaban. Una caliente oleada de sangre le subió a la gar-

ganta; se ahogaba; estaba cierto de que el rival odiado acababa de entrar... Después, vencido aquel crispamiento involuntario, tornó a escuchar; pero ya no se oía nada, nada... Aquel era el infinito silencio de los espacios siderales. ¿Habría soñado?... Elena Santa-Cruz continuaba leyendo; el tiempo corría...

—Me voy a acostar—dijo José Antonio.

Ella le miró, mientras fruncía los ojos con ese gesto de los que tienen cansada la vista, y repuso sofocando un bostezo:

—¿Ya?... Me alegro porque yo también tengo sueño.

Se acercó a él y del brazo le condujo a la alcoba, donde le desnudó y arropó con la solicitud comedida de quien cumple un deber. José Antonio parecía distraído y no respondía acorde a las preguntas de la joven.

—Ella, también, debe de haberle oído llegar—pensaba—; esos ruidos se oyen siempre porque se oyen con el corazón... ¡Maldita!...

—¿Estás triste? ¿Qué tienes?—interrogó Elena.

—Nada—repuso Venegas—, nada.

Elena volvió al despacho, entornó las maderas del balcón, y salió. Y José Antonio la oyó alejarse por el pasillo, cual si marchase tras los pasos fantasmales que momentos antes se deslizaron por allí.

El anciano quedó tendido boca arriba, escuchando la voz de sus recuerdos, mientras sus ojos, seducidos por la luz, contemplaban el suplicio de aquel Cristo que murió soltero después de predicar las excelencias del matrimonio. El

calofrío magnético que experimentó poco antes, se repetía ahora misterioso, irresistible: aquel lamento de la puerta, aquellas pisadas imperceptibles de fantasma que huye... Pero la impresión fué tan leve y fugitiva, que era temerario no creer en un error de sus sentidos. La risa del viejo Leandro sonaba débilmente bajo los pliegues del mosquitero. De repente fantaseó la posibilidad de una doble traición: aquel amante era esperado, Manuela le facilitó la entrada, y, en momentos tales, Elena Santa-Cruz estaría con él... La risa murmuraba siempre, como celebrando que la enfermedad del marido asegurase la inmunidad de los amantes. Esta convicción creció veloz, impetuosa, como ola encrespada; y Tik-Nay se incorporó resuelto a salir de aquel laberinto de terribles perplejidades. Nunca hubo prueba más concluyente del imperio que, en ciertas ocasiones, ejerce una voluntad fuerte sobre los males nerviosos.

José Antonio logró deslizarse hasta el suelo: tras muchos esfuerzos, la voluntad conseguía imponerse a los órganos que la ataxia había sublevado; mas como los nervios no estaban expeditos, las órdenes necesitaban recorrer un complicadísimo camino buscando los filamentos utilizables, y a esto obedecía la lentitud y torpeza de los movimientos. José Antonio se había vestido el pantalón y dió algunos pasos, agarrándose a los pilares del lecho.

Al pasar por delante del altarito, le pareció que Jesús, el apóstol glorioso del perdón, abría más sus brazos, invitándole a quedarse con él y

a echar también sobre las liviandades ajenas su indulgencia y su olvido; pero Tik-Nay no se sentía capaz de tal resignación, y pensó complacido en sus brazos de atleta, y en que si tenía la suerte de coger a su rival entre sus manos, duras como zarpas, aquel amante maldito era hombre muerto. Después, sigilosamente, salió al pasillo.

Le animaba la convicción de no equivocarse, de no tener que inventar, como otra vez que acometió idéntica sorpresa, un pretexto que disimulase el objeto de su salida. Mientras hubo luz pudo Venegas favorecer su locomoción mirándose los pies; pero al hallarse en el carrejo obscuro, las tinieblas agravaron los fenómenos atáxicos, y tuvo que agarrarse fuertemente a las paredes para no caer: iba descalzo, y su anestesia plantar le causaba una sensación desconcertante de vacío, cual si su cuerpo estuviese suspendido en el espacio; era un aislamiento físico que parecía el reflejo de su aislamiento moral.

El tránsito era largo, y al llegar a la cocina doblaba a mano derecha; Venegas pasó sin contratiempos por delante del cuarto de Manuela, que roncaba, y siguió avanzando. Pensaba en lo que iba a ocurrir, en el adulterio de aquella mujer a quien tanto quería, en todo lo que había sufrido... y caminaba con inseguros pasos, cual si sus pies chapoteasen sobre todo el barro que hubiera podido amasarse con las lágrimas de su inútil remordimiento. Aquel era un desfile fantástico de sombras que el Destino empujaba a lo largo del carrejo lóbrego: primero, el amante, deslizándose con pasos furtivos de zorro;

después, Elena Santa-Cruz, taconeando con la confianza de la mujer segura de no ser sorprendida; tras ellos Tik-Nay, el payaso inimitable, apoyándose en las paredes con la ansiedad de un cuerpo moribundo que se arrastra...

Al llegar al codo del pasillo, Venegas se detuvo para cobrar alientos; tenía la respiración febril, la frente empapada en sudor, los labios secos, la lengua agarrotada por la afasia: no hubiera podido hablar, tan grande era su emoción. Pasados algunos minutos reanudó su camino; sus pies resbalaban suavemente por la alfombra. El salón estaba abierto, y Venegas entró. Allí le detuvo el murmullo, casi imperceptible, de una conversación; bajo la puerta cerrada del gabinete se extendía, semejante a un burlete luminoso, un hilillo de luz; aquella luz y aquella conversación demostraban que Elena Santa-Cruz no estaba sola.

¡Era cierto!... Realmente José Antonio no lo había creído hasta entonces, que tropezaba con las pruebas irrecusables del adulterio, y tuvo miedo de haber ido tan lejos. Pero la sima de sus celos le atraía como una vorágine; estaba en medio de la sala, sin ningún punto de apoyo firme, aislado en aquel vacío medroso que le fingían sus pies, cautivado por la luz, que seduce a los atáxicos con una fascinación parecida a la que ejerce sobre las mariposas; fué un contubernio incontrarrestable de causas que aniquilaron el poder de su voluntad, y avanzó como un autómata hacia el abismo, bamboleándose sobre sus piernas enfermas. Cuando llegó a la puerta del

gabinete la empujó violentamente, y quedó inmóvil, abarcando la escena con los nistagmus pavorosos de sus ojos, cuyas pupilas giraban en todas direcciones.

Juanito Romero se había levantado, dispuesto a defenderse: Elena permanecía sentada en un sofá, petrificada de terror, mirando aquel viejo loco que surgía bruscamente del salón obscuro como el espíritu vengativo del hogar ultrajado. La lámpara azul, suspendida en medio de la habitación, reforzaba con su luz suave la fuerza trágica del cuadro.

Tik-Nay dió algunos pasos, y el estudiante sacó un cuchillo: Juanito estaba pálido, pero sereno; pensaba en el medio mejor de rehuir el abrazo mortal del payaso. En aquel cuarto de hora supremo, José Antonio Venegas, por uno de esos ocultos cataclismos que revuelven el cerebro de los moribundos, fué transportado a una época lejana y evocó toda su juventud en una impronta rapidísima de su memoria: se vió allanando furtivamente el molino del Guadaira; vió también, entre sus brazos, a Rosarito Castillo; y luego recordó al viejo Leandro, que aparecía con los puños levantados al cielo, y que de pronto se desplomaba prorrumpiendo en una carcajada estridente.

Al sorprender a Juanito, Tik-Nay experimentó una explosión de odio que rebosó de sus entrañas y enajenó su cerebro; era todo el honor, toda la altiva hidalguía de su raza, lo que despertaba en él súbitamente y pedía venganza: su afrenta también ofendía a su madre, a sus abue-

los... y él iba a vengar a aquellos ascendientes cuyas sombras coléricas sentía agitarse a su alrededor.

Y Tik-Nay extendió sobre su enemigo su brazo formidable de acróbata. En aquel momento Elena Santa-Cruz se irguió, lanzando un grito; José Antonio se contuvo.

La intensidad brutal de tantas impresiones había precipitado la locura de su cerebro: la escena acababa de ofrecerse a sus ojos invertida: el estudiante no era Juanito Romero, sino otro hombre, que él desconocía; Elena era Rosario Castillo, con su frente pequeña, sus ojos grandes, su cabellera undosa; y él era su padre, el padre de aquella mujer a quien amaba como a hija; el mismo Leandro, que resucitaba para seguir riendo... Luego prodújose en su alma una sombra; una paz...

Todo este turbión proceloso de ideas incongruentes se desenvolvió en poquísimos segundos, y bruscamente Elena y Juanito Romero vieron que Tik-Nay, el payaso inimitable, caía de hinojos, como si inconscientemente se arrodillase ante el Pasado, a pedirle perdón, alzaba los brazos y se echaba a reir...

. . . .

. . . .

Durante los tres días que duró su agonía, muchos amigos fueron a visitarle: todos sabían su desgracia, y estaban ciertos de que aquella tragedia íntima concluiría disimulada en un lance vulgar de manicomio.

Tik-Nay no reconocía a nadie; en sus accesos furiosos de locura era indispensable amarrarle; después quedaba tranquilo, desmazalado, alentando penosamente, mirando a los circunstantes con ojos estúpidos, vidriosos, de moribundo que no pestañea. Su boca, torcida por la epilepsia, infundía al semblante una expresión bestial: empezaba a reir poco a poco, de un modo intermitente, sacando la lengua y cogiéndosela entre los dientes; y era repugnante el aspecto de aquel músculo inmóvil, blancuzco y babeante. Después prorrumpía en una carcajada estentórea, que duraba varias horas. Aunque su lengua, paralizada por la afasia, no podía articular palabra alguna, los últimos momentos del clown inimitable constituyeron una agonía luminosa, elocuente, como la de Cyrano de Bergerac. Tik-Nay moría destrozado por la ataxia y moría también de dolor impotente, de vergüenza, de remordimientos, de celos, de amor... Moría desesperado, moría riendo...

¡Pobre Tik-Nay!

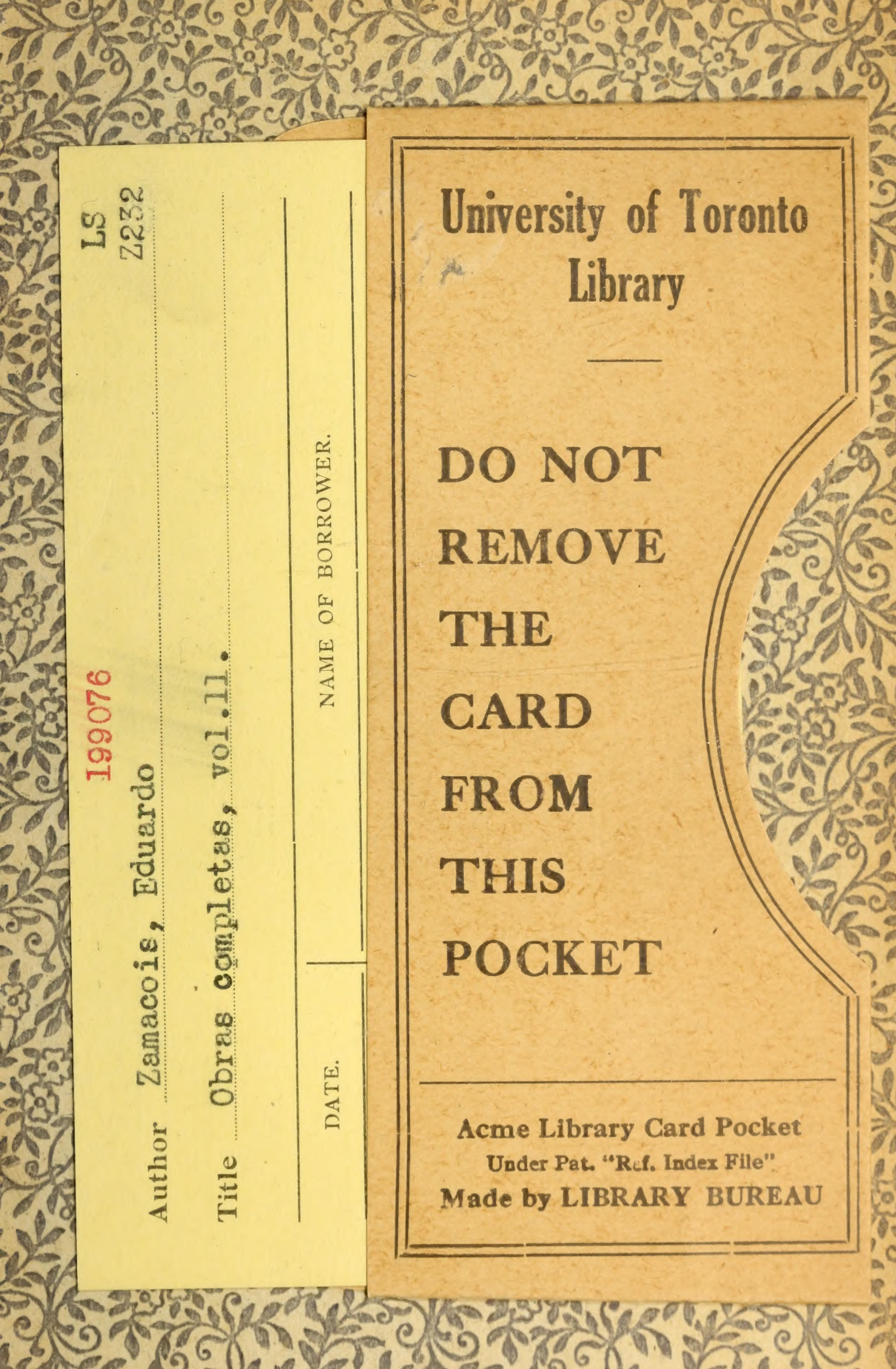
La risa le había roto el bazo, los intestinos, el hígado, los pulmones, la laringe, todo.

La autopsia comprobó, sin embargo, que había muerto del corazón. Lo que más había sufrido en él...

FIN

Barcelona.—Enero, 1900.





LS
Z232
199076
Author Zamacois, Eduardo
Title Obras completas, vol.11.
DATE.
NAME OF BORROWER.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

